

José Luis Ibáñez



NADIE DEBERÍA

MATAR

EN OTOÑO

Otoño de 1936. En el margen de unos pocos días aparecen los cadáveres de tres pratulleros anarquistas. Unos días después, Toni Ferrer, detective privado barcelonés, es convocado por Juan García Oliver, dirigente anarquista y futuro ministro de Justicia, que le hace un encargo envenenado: descubrir a los asesinos, Ferrer se verá inmerso en una complicada investigación que estará a punto de costarle la vida. Tras lo que, aparentemente, es una triple represalia política, se esconde una maraña de oscuros intereses que nadie quiere destapar. Complicándole la existencia algo más, Regina, un antiguo amor, reaparece en su vida con una petición inusual y muy peligrosa. Aquel es un otoño violento y teñido de sangre. Una estación hermosa, piensa Ferrer, en la que nadie debería morir. Mejor aún, nadie debería matar en otoño.



José Luis Ibáñez

Nadie debería matar en otoño

Toni Ferrer - 1

ePub r1.0

Titivillus 15-04-2018

NADIE DEBERÍA
MATAR
EN OTOÑO
JOSÉ LUIS IBÁÑEZ



Título original: *Nadie debería matar en otoño*
José Luis Ibáñez, 2007

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2



*A Gloria, por todo lo
vivido, Daniel y David.*

Una revolución solo triunfa
mediante métodos ajenos a los que la hicieron.
A menudo incluso mediante sentimientos igualmente ajenos.

ANDRÉ MALRAUX, *L'espoir*

La verdad, la bella verdad, solo puede ser apreciada si,
junto a ella, como parte de ella misma,
está también la fea cara de la verdad.

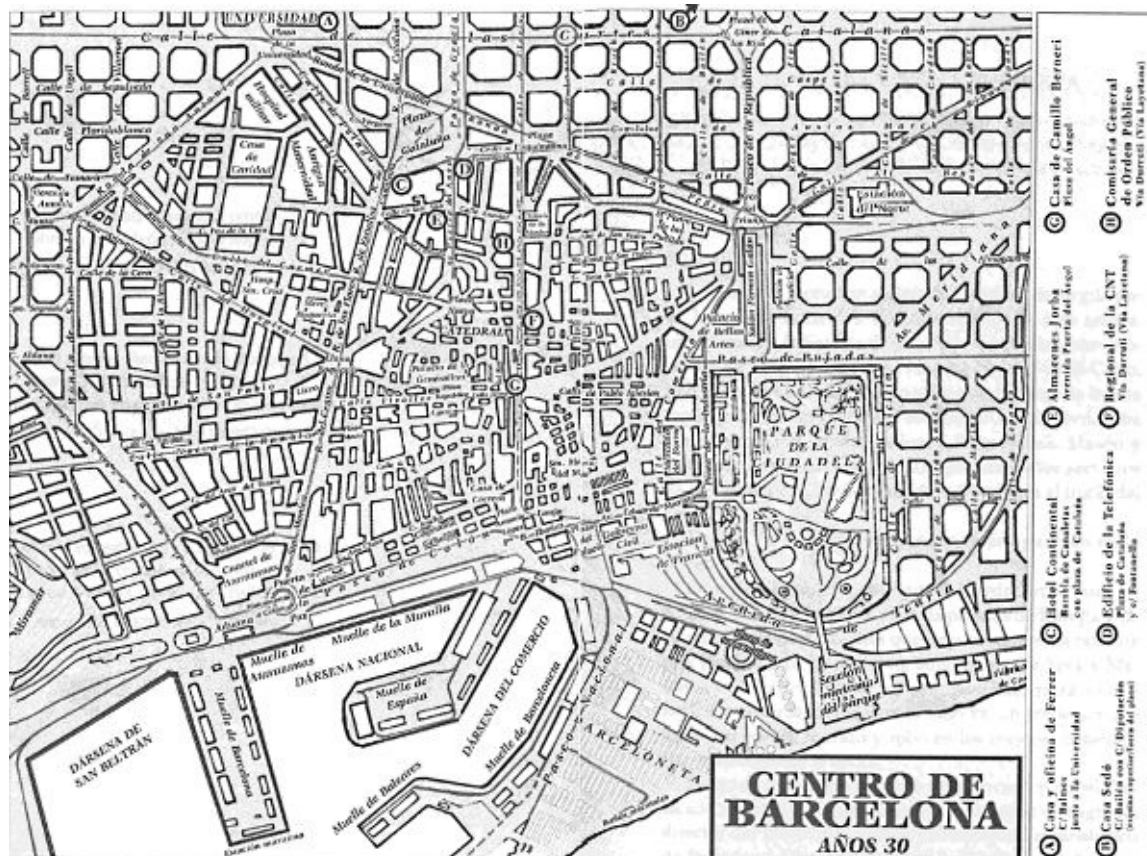
JUAN GARCÍA OLIVER, *El eco de los pasos*

A la memoria se me viene uno de los principales
peligros de la guerra; que no hay jueces.
Los «jueces» desaparecen, se convierten
en parte, y como tal juzgan, condenan y ejecutan.

LUIS ROMERO, *Tres días de julio*

Los más grandes revolucionarios, de los cuales la historia
se complace en hablar, son quienes más alejados
se encuentran del derramamiento de sangre y de la amoralidad
de las expropiaciones para su disfrute personal.

JOAN PEIRÓ, *Perill a la retaguarda*



La frontera entre lo verosímil y lo inverosímil es, en tiempos extraordinarios, difícil de distinguir; en especial, si al marco histórico sumamos la compleja naturaleza del ser humano.

A lo largo de esta novela aparecen personajes públicos —Juan García Oliver, Aurelio Fernández, Eduardo Barriobero...— de los que se intenta ofrecer una visión respetuosa con los acontecimientos conocidos, el testimonio de sus contemporáneos y los trabajos posteriores de los estudiosos del periodo. Su presencia en el libro forma parte de la esfera de lo verosímil.

Junto a ellos hay, sin embargo, otros hombres y mujeres cuyas vidas entrarían de lleno en lo inverosímil si no contásemos con documentos que acreditan su existencia y alguna de sus hazañas. Sus perfiles son tan sorprendentes que parecen sacados de la chistera del novelista para momentos de apuro argumental. Y no. La Suiza, el periodista inglés, Albert el falsificador y, por encima de todos, Eddy forman parte de una galería de seres fascinantes que merece la pena rescatar del olvido.

Por lo demás, los hechos principales de este libro, aunque inspirados en sucesos reales, son fruto de la imaginación del autor.

Barcelona, otoño de 1936

I

LA TORRE DE LOS GORRIONES

Rara vez al despertarse recordaba un sueño. Aquella noche no fue diferente, aunque le hubiese gustado haber tenido una premonición sobre cuanto sucedería después; una visión onírica en la que unos lobos hambrientos le hubieran perseguido por las calles desoladas de la ciudad. Al final de la pesadilla, como un mensaje de advertencia, los aullidos de la manada se habrían fundido con el chirrido de los neumáticos del automóvil que se detuvo frente a su casa. Se hubiera despertado inquieto y bastante más alerta de lo que estaba cuando, a duermevela, oyó que llamaban a la puerta.

Eran tres e imponían lo suyo, quizá porque llevaban máuseres y pistolas y él solo el pijama. Tenían ventaja táctica, superioridad numérica y armamento, tres razones de peso para dejarlos pasar sin poner muchas pegas. Tampoco pidieron permiso: en cuanto abrió, entraron.

El que parecía llevar la voz cantante se quedó junto a él. Los otros dos echaron un rápido vistazo al piso por si tuvieran compañía.

—¿Antonio Ferrer Tordera? —le preguntó el cabecilla del grupo.

—El mismo.

Ferrer aparentaba más tranquilidad de la que, en realidad, sentía. Era una cuestión de disciplina física. Por su estatura, sabía lo fácil que era confundir la tensión nerviosa con agresividad si, como era el caso, le sacaba una cabeza a su interlocutor. Alzó ligeramente los brazos para que comprobaran que la imagen de tipo medio dormido, desarmado e inofensivo se correspondía punto por punto con la realidad.

—Vístete, nos tienes que acompañar.

Aquellas cinco palabras tuvieron la virtud de espabilarlo. La magia del lenguaje. Tras casi cuatro meses de guerra y revolución, todo el mundo sabía que la visita nocturna de una patrulla de vigilancia no era una buena señal precisamente. Mientras se vestía, bajo la mirada atenta de su guardián, oía el ruido del registro: cajones y puertas que se abrían y cerraban con más fuerza de la necesaria.

No iban a encontrar nada comprometedor.

Todos los documentos relacionados con su trabajo los guardaba en el despacho y, aun allí, no creía que tuviera algo que justificara aquel despliegue.

En la mesilla, junto a su documentación, vio el brillo del revólver. No le dio tiempo a caer en la tentación y cogerlo. La duda lo delató. Su custodio era un sujeto de pocas palabras pero muy eficaz: se acercó, alargó la mano, tomó el revólver y lo guardó en uno de los bolsillos de su mono de miliciano.

—Vamos —le ordenó—. No tenemos toda la noche.

En la entrada del piso se les unieron los otros patrulleros.

—No hay nada —señaló uno de ellos.

A través de la puerta abierta del comedor, Ferrer vio la vitrina con la colección de plumas estilográficas de oro y plata heredada de su padre. Estaba intacta. Antes de salir, el que ejercía de responsable cogió las llaves del piso, que colgaban en la pared.

El portazo sonó como un punto y seguido. A lo peor, como un punto final.

Un cuarto hombre, el chófer, se había quedado en la acera, pendiente de que no se le ocurriera la peregrina idea de intentar escapar por el balcón o escaleras abajo.

El coche estaba aparatosamente estacionado frente al portal. Era un vehículo grande y oscuro, con unas enormes siglas de la CNT-FAI pintadas con blanco de España sobre el capó. Lo acomodaron en la parte trasera, en un asiento plegable, de cara a dos de sus captores. A su lado se sentó un tercero. El coche aceleró y realizó un giro de ciento ochenta grados que por poco le tiró al suelo.

Contuvo el aliento cuando, calle Balmes arriba, cruzaron la Diagonal y se encaminaron hacia la montaña del Tibidabo. Sabía lo que aquello significaba: o bien lo reclamaba uno de los muchos comités que se habían instalado en la zona alta, en San Gervasio, o bien seguirían hasta las curvas de la Rabassada y allí terminaría todo. Lo colocarían junto a un talud, lo iluminarían con los faros del coche y le pegarían dos tiros sin que tuviera ni puñetera idea de lo que había hecho para ser condenado y ejecutado de forma sumaria.

Pensó en la dramática ironía de su situación. Apenas un día antes habían empezado a funcionar los tribunales populares. Con ellos, anunciaron a bombo y platillo los periódicos, se pondría fin a la actuación de los incontrolados y se acabarían los *paseos*, en los que el juez, el fiscal y el verdugo eran la misma persona, una trágica trinidad sin misterio alguno.

A los pocos minutos empezaron a escasear los edificios. Los faros iluminaban árboles y monte bajo. Curvas cada vez más cerradas. Iban a cumplirse sus peores presagios. Miró a su alrededor con disimulo. Estaba lejos del tirador de la puerta. No tendría tiempo de abrirla y saltar antes de que le descerrajaran un tiro. Eso sin contar con que iban a excesiva velocidad y la caída sería muy peligrosa. Sin embargo, aquellos fulanos habían cometido su primer error: empuñaban los fusiles en tanto llevaban las pistolas en el cinto, sin armar. Si era lo bastante rápido, podría sorprenderles. En un espacio pequeño, las armas largas eran un engorro.

Estaba evaluando las opciones que tenía y decidiendo su estrategia cuando el coche se desvió. Tomaron una nueva carretera que los alejaba del que creía su destino. Giraban a la derecha, hacia la barriada de Horta. Dudaba de que sus captores perdieran el tiempo haciendo varios kilómetros extra para matarlo. Se sintió algo más tranquilo y decidió aplazar sus planes de fuga.

Pronto surgió, de nuevo, la ciudad; huertos, villas y pequeñas edificaciones a

medio construir, casas que sus propietarios iban levantando poco a poco, en sus días libres y si habían ahorrado lo suficiente para comprar material. El coche se movía con seguridad por aquellas calles.

En la oscuridad le era muy difícil orientarse y, más aún, reconocer algún lugar que pudiera servirle de referencia.

Por fin, el conductor desaceleró y los llevó hacia un portón de reja que daba acceso a un jardín muy extenso. Al fondo se adivinaba la silueta de una casona o palacete de buen tamaño. El coche hizo luces a los centinelas para que les franquearan el paso.

Entraron en una amplia avenida bordeada de árboles centenarios. Se detuvieron en una explanada donde estaban aparcados varios automóviles. Era una noche de mucha actividad. Tras el bombardeo de Rosas había aumentado el temor a que el próximo objetivo de los barcos de guerra fascistas fuera Barcelona. En un ambiente tan enrarecido, se veía a espías y saboteadores por cualquier rincón y menudeaban los arrestos.

Al acercarse al edificio, Ferrer lo reconoció: la Torre dels Pardals.

La Torre de los Gorriones. Una antigua masía fortificada cuyo exterior, relativamente austero, contrastaba con una decoración interior recargada hasta la extravagancia. Se había convertido en centro de detención de las patrullas anarquistas. Su nombre pocas veces surgía en las conversaciones cotidianas de los barceloneses. La amnesia selectiva formaba parte de la identidad del país.

Estuvo allí tres o cuatro años atrás. Jugando. Fue durante la fiesta de aniversario de Paulina Vila, hija de unos antiguos socios de su padre, la única amiga de la alta sociedad con la que siguió viéndose después de que la crisis del textil y la quiebra del Banco de Barcelona arruinaran a su familia. Los Ferrer fueron expulsados del paraíso burgués y el joven Toni perdió amistades y hasta el amor. Su novia de entonces pasó, en unas pocas semanas, de hablar de matrimonio a eludir sus llamadas telefónicas y romper la relación con una fría nota garabateada en una cuartilla de papel. Un golpe muy duro que le hizo entregarse al trabajo en cuerpo y alma.

Lina Vila era inconsciente y sofisticada, una combinación perfecta siempre que se tuviera suficiente dinero. Y ella lo tenía. Al proclamarse la República, su padre se convenció de que España estallaría y envió a la nena a Estados Unidos a estudiar en una exclusiva universidad para señoritas.

Un par de años más tarde, Lina regresó e introdujo algunas de las modas que causaban furor en Norteamérica, empezando por las fiestas para la gente bien. La primera, en la celebración de su trigésimo aniversario, una *murder party* en la que todos los invitados deambularon durante horas por las habitaciones y los jardines de la Torre dels Pardals. Debían resolver un misterio que Lina había escrito; contrató, incluso, a varios figurantes, actores y actrices sin trabajo. La idea tuvo tanto éxito que fue muy imitada y hasta mereció comentarios elogiosos en las columnas de sociedad.

A Ferrer, la *murder party* le aburrió como una ostra. La trama era elemental y los

invitados se mostraron más interesados en vaciar los bares, bien surtidos y dispuestos en puntos estratégicos, que en encontrar al jodido asesino. El único descubrimiento digno de tal nombre lo hizo en un dormitorio en el que sorprendió a Lina besándose con una conocidísima actriz teatral. Nunca más volvió a preguntarse por qué su amiga seguía soltera, siendo uno de los mejores partidos de la ciudad, ni por qué su amistad íntima no había evolucionado hacia la relación amorosa que él hubiera deseado. Ferrer y su prodigioso ojo clínico para escoger pareja.

Fueron recuerdos que cruzaron por su memoria con la velocidad y el brillo de una estrella fugaz. Apenas un instante. Un respiro entre el miedo al pie del Tibidabo y la incertidumbre que se adueñaba de su ánimo.

Sintió frío.

Iba a helar aquella madrugada del primero de noviembre, vigilia del día de los Difuntos. Una coincidencia de mal agüero.

La maciza puerta de madera estaba abierta. Custodiaban la entrada de la torre un par de tipos maduros vestidos con gruesas cazadoras de paño. Lucían brazaletes rojinegros y se protegían la cabeza con un plátano bicolor, la gorra que Buenaventura Durruti había hecho popular. No les dieron el alto. Se limitaron a saludar con un simple «¡salud!» y siguieron con su labor: apurar hasta el límite dos colillas inverosímilmente consumidas. No estaba la cosa para ir desperdiciando picadura.

Una gran escalinata ascendía con elegancia desde la planta baja, uniendo los diferentes pisos. La coronaba una delicada bóveda de cristal. En los rellanos, abundaban los baúles de maderas exóticas y los grandes jarrones de porcelana china en los que cabría un niño. Carísimas alfombras orientales daban un toque de color al suelo. Los cuadros cubrían las paredes de arriba abajo. Óleos con marcos dorados. Mucha mitología, mucho paisaje y poco criterio al comprarlos.

Precedido por un patrullero y seguido por otros dos, Ferrer subía lentamente. Estaba atento a los menores detalles: vigilantes, puertas, ventanas, incluso alguna panoplia con armas medievales. Dibujaba un plano mental del edificio. En caso de que las cosas se pusieran muy mal, echaría el resto en una acción a la desesperada y le convenía conocer el terreno. En la parte trasera de la casa, el jardín se transformaba en un parque agreste que facilitaría su evasión. El problema era llegar entero hasta allí.

Vio el interior de bastantes habitaciones. Individuos en mangas de camisa vociferaban e interrogaban a los detenidos.

El viaje acabó en el último piso.

Lo empujaron dentro de un pequeño cuarto de unos tres metros por dos y cerraron con llave. Estaba oscuro y vacío. Ni una silla, ni una ventana, ni una bombilla.

Decidido a no malgastar energías, se sentó en el suelo.

No quiso tumbarse porque le hubiera recordado un ataúd.

Perdió la noción del tiempo aunque estaba convencido de que pasaron, al menos, dos horas. Oyó descorrer el cerrojo y la puerta se abrió.

Asomó la cabeza un joven risueño de pelo rizado y rubio.

—Acompáñame —dijo el angelote despistado y fuera de lugar.

A Ferrer le costó incorporarse. Se le había dormido la pierna derecha, la del balazo. La cicatriz palpitaba y enviaba dolor desde la rodilla hasta más allá del muslo. Cojeaba igual que al salir del hospital en primavera. En otra vida.

Se detuvo incrédulo a mitad de pasillo. Estaba solo.

Miró a su alrededor buscando un hombre armado. No había nadie más.

El angelote aguardaba en las escaleras. La manga izquierda de su grueso jersey de lana le colgaba vacía. Ferrer se fijó en ella. El muchacho cazó la mirada y se encogió de hombros.

—Me dieron en Vicién. Tuve suerte, todos mis amigos murieron. Éramos cinco, de las Juventudes Libertarias.

Bajaron hasta el primer piso. Entraron sin llamar en una habitación tenuemente iluminada por una lámpara de sobremesa. Su decoración era femenina; la antigua sala de costura, con toda probabilidad. Un hombre los esperaba sentado frente a la chimenea. No se le distinguía la cara, un juego de claroscuros que variaba con la luz de las llamas. Estaba leyendo una carta. Tardó unos segundos en levantar la vista y prestarles atención.

—Muchas gracias, Tomás. Vete a descansar, nos espera un día muy duro.

La puerta se cerró con suavidad. Ferrer se quedó indeciso en el centro de la estancia. De las escenas que se había ido componiendo en el cuarto oscuro, aquella era la única que no se le había pasado por la imaginación.

—Cógelo y ven a sentarte. —El hombre señaló un butacón arrimado a la pared—. Debes de estar helado.

Lo estaba.

Ferrer sabía que el frío, la incomodidad, el silencio extremo del cuartucho de arriba formaban parte del tratamiento para ablandar a los detenidos. Por eso le sorprendía aquella súbita amabilidad y desconfiaba de ella.

Se sentó frente al fuego. Estiró las piernas dejando que el calor desentumeciera sus músculos y calmase la maldita herida.

Entornó los párpados.

Estuvo así un minuto. Un lagarto al sol.

—Siento tener que interrumpir estos momentos de solaz, pero es muy tarde y temo que el asunto que tenemos que tratar nos llevará un tiempo.

Con los ojos cerrados, Ferrer vio la voz. La reconoció y la asoció a un nombre: Juan García Oliver, el líder de los anarcosindicalistas de la CNT-FAI. De tener menos tablas, se hubiera sentido impresionado. Era uno de los hombres más poderosos de

Barcelona. Se decía que mandaba tanto como el presidente de la Generalitat, Lluís Companys. Si Buenaventura Durruti era el puño de los anarquistas, él era su cerebro.

Pistola en mano, García Oliver fue uno de los héroes de la victoria sobre los militares sublevados el 19 de julio. Después se puso al frente del Comité Central de Milicias Antifascistas, un verdadero contrapoder revolucionario que rigió la vida política, económica y ciudadana de Cataluña durante unos agitados meses. Tras su disolución, hacía unas semanas, ocupaba un alto cargo en la Consellería de Defensa. Decían de él que era sumamente organizado y un planificador muy meticuloso.

—Necesito un vaso de agua —pidió Ferrer, abriendo los ojos y mostrando indiferencia. Un hombre de mundo—. Tengo la boca tan seca que me cuesta hablar.

García Oliver se levantó. Trajinó en un rincón y volvió con una jarra y un vaso. Tendría treinta y cinco o treinta y seis años, cuatro o cinco menos que él. Mediana estatura. Delgado. Sus ojos, oscuros e inteligentes, suavizaban la fuerza de la frente despejada, grande y algo abombada, y de la barbilla, pronunciada y partida por un hoyuelo. Un conjunto atractivo formado por elementos que, por separado, no lo eran. Vestía la ropa sencilla que había convertido en uniforme: camisa de un blanco inmaculado y abotonada hasta el cuello, pantalón gris y correa de cuero.

—Mis disculpas por el encierro imperdonablemente largo. La burocracia siempre me absorbe más tiempo del que tengo previsto. —García Oliver medía la entonación y cuidaba la exactitud de sus palabras, como si leyera un discurso escrito—. En mi descargo debo decir que estaba convencido de que las patrullas no te encontrarían tan pronto. Daba por hecho que estarías en el Paralelo, recuperando viejas relaciones profesionales.

—Se me pasó por la cabeza, pero no tenía ganas de darme un baño de multitudes. —Aquel sábado, los cabarés del Paralelo abrieron de nuevo sus puertas después de estar cerrados desde julio—. De todas maneras, he ido allí muy pocas veces por trabajo.

—Supongo que el cine y la literatura han deformado la imagen que tengo de los detectives.

García Oliver agarró unas pesadas tenazas de hierro y removió los troncos casi consumidos. Se demoró algo más de lo necesario.

—Quiero que trabajes para mí.

Lo soltó de sopetón. Un disparo a bocajarro.

Ferrer demostró unas excepcionales dotes de actor. Ni parpadeó.

—Contratarme es muy fácil; lo único en lo que me parezco a los detectives de las películas. Es la primera vez que me ofrecen trabajo deteniéndome.

—Era la única forma de mantener este encuentro en secreto. —García Oliver sonrió, una ligera dilatación del paréntesis que le enmarcaba la boca—. Para las patrullas eras uno más en su lista de detenciones. Si me hubieras visitado o yo te hubiera ido a ver, a los cinco minutos se sabría. Creo que no es necesario que me presente.

Era una afirmación y no esperó respuesta.

—En cuanto hubiese trascendido, me habría costado mucho explicar para qué necesita la CNT un detective privado.

—A mí tampoco se me ocurre una explicación lógica, y menos en estos momentos en los que tenéis la sartén por el mango.

García Oliver no pareció molestarse por el comentario. Recogió del suelo una carpeta y se la entregó.

Si quería impresionarle, lo consiguió.

Ferrer aguantó la respiración cuando vio la primera fotografía. Había docena y media más. Variaciones sobre el mismo tema: tres hombres muertos. Tres caras desfiguradas a golpes. Tres cuerpos torturados. Rastros de quemaduras. Tres tiros en la nuca.

—Eran de los nuestros. Militantes veteranos y responsables de tres patrullas. —Se notaba un leve trémolo en la voz de García Oliver—. Los han asesinado en los últimos quince días. Quiero saber quién y por qué.

Ferrer cerró la carpeta.

—Yo no soy la persona adecuada. —Intentó devolvérsela.

—No estoy de acuerdo. —García Oliver no aceptaba ni la carpeta ni la negativa.

—Nunca he investigado un crimen.

—Indudablemente no tenemos el mismo concepto de lo que es un crimen.

—No juegues con las palabras. Esto no es un divorcio ni un informe sobre la fidelidad de un empleado, que son los crímenes a los que me enfrento en mi negocio. —Golpeó la carpeta con el dedo índice—. Ahora hablamos de tres asesinatos. Hablamos de sangre y de muerte.

—No. Yo hablo de inteligencia y de experiencia. —Estaba sentado en el borde de la butaca, con el cuerpo proyectado hacia Ferrer—. Hablo de tu capacidad para buscar la verdad.

—¿Por qué no acudís a la policía? Disponen de más personal, autoridad y medios que yo para... buscar la verdad.

—Usarían el caso contra nosotros. —Se puso en pie y se apoyó en la piedra labrada de la chimenea—. La policía está infiltrada por los comunistas. Nos tienen muchas ganas y nuestras relaciones con ellos van cada día a peor. Les estorbamos.

—En el sindicato contáis con miles de afiliados; seguro que tenéis a alguno de fiar.

García Oliver cogió algo de la repisa. Un objeto brillante. Se lo lanzó. Ferrer lo cazó al vuelo. Era una lata de conserva, limpia y bien pulida. Tenía un agujero de bala.

—Es una especie de amuleto que traje del frente, de Vicien, en Huesca. Había muchas más. Las pusieron sobre los tejados y en los árboles de nuestro acuartelamiento para marcar su posición al enemigo. Se veían brillar desde el aire y los aviones fascistas nos frieron. Esta lata señalaba mi habitación. Me salvé por un

minuto. Murieron muchos Aguiluchos de la FAI. —Hizo un gesto indicando la puerta—. Tomás, el muchacho que te ha acompañado, fue uno de los supervivientes de la columna. Todos eran jóvenes y entusiastas.

Ferrer le devolvió la lata.

—Fue un trabajo hecho desde dentro, de alguien que gozaba de mi confianza y que podía moverse con libertad. No tengo ni idea de quién pudo ser. —García Oliver caminaba por un terreno pantanoso y lo pisaba con cuidado—. No voy a arriesgarme ahora a que la investigación caiga en sus manos.

—Pero la pones en las de un extraño.

El anarquista suspiró y le mostró una segunda carpeta.

—Ábrela.

Esta vez no había fotografías, solo papeles mecanografiados. El resultado de una pesquisa rápida pero exhaustiva. Ferrer encontró un resumen de su actividad profesional; de ahí que sus excusas no colaran. Por supuesto, aparecían referencias a los dos casos que últimamente habían animado su rutina: la investigación del incendio de los estudios de cine Orphea, a cuenta de la aseguradora, y el rescate de la hija de un hombre de negocios francés.

Ese último trabajo le permitió ingresar una nada despreciable cantidad de dinero en su cuenta corriente, la generosa recompensa que había ofrecido el padre de la chica. Un buen pellizco que se repartió a medias con un colega parisino que siguió el rastro de la joven hasta Barcelona; aquí lo perdió y acudió a él.

Fue a finales de 1935.

La muchacha había huido de su casa de París unos meses antes. Se había enamorado de un pintor bohemio y sin éxito que resultó tener vocación de proxeneta. Se establecieron un tiempo en Marsella, en donde la convirtió en una adicta y vivieron de su cuerpo. El tipejo se cansó pronto y la vendió a una red de trata de blancas que llevaba chicas a Buenos Aires, donde eran subastadas.

Barcelona era el puerto de embarque que utilizaban esas redes y el lugar en el que explotaban un poco más a sus víctimas. Las obligaban a trabajar en el burdel de *madame* Albina, especializado en jóvenes francesas, y a participar en rodajes de películas pornográficas, que se vendían muy bien en los países centroeuropeos y escandinavos.

La rescataron durante un rodaje en un infecto escenario montado en un almacén que apestaba a sudor, genitales sucios y semen rancio. La única indumentaria de la chica era una toca de monja. Estaba estirada en el suelo, drogada, despatarrada y sin fuerzas para levantar las rodillas. Dos tipos disfrazados de obispo la penetraban por turnos; al tumbarse sobre ella, sus ropajes episcopales la cubrían por completo.

Ferrer y el francés irrumpieron gritando como policías. Mientras su colega se ocupaba de amedrentar con un pistolón al operador de la cámara y a un par de mirones, Ferrer apartó a patadas a los *obispos*, levantó a la chica y se la llevó. Era la primera ocasión en la que abrazaba a una mujer guapa y desnuda sin tener

pensamientos impuros.

Cosidas en un pliego vio notas de recomendación de algunos abogados para los que había trabajado en varias ocasiones.

—Es gente que te conoce y de cuyo consejo me fío. —García Oliver estaba encantado con el ligero desconcierto de Ferrer—. Son abogados que han colaborado con nosotros y que te tienen en la más alta estima.

Un tizón se rompió lanzando su último aliento luminoso. Las brasas parecían minúsculas bombillas parpadeando. Barcelona de noche vista desde el Tibidabo. El halo rojizo que desprendían acentuaba las arrugas en la frente de García Oliver y le daban un aire teatral. Bajo las arrugas, las pupilas brillaban llenas de vida e inteligencia.

Vida. Inteligencia. Planificación.

Súbitamente, Ferrer fue consciente de que García Oliver había tejido una sutil telaraña en la que él se había ido enredando. Un minucioso montaje para medir sus reacciones. La detención, el encierro, el angelote manco, las fotografías... García Oliver confiaba en que conseguiría llevarlo hacia un terreno en el que se quedaría solo, cara a cara, con su sentido de la justicia y su espíritu inconformista. Dos cualidades que nunca le harían rico y que habrían destacado todos los picapleitos que lo recomendaron.

—Está bien. —Ferrer odiaba dar vueltas y más vueltas a lo que sabía que era inevitable—. Si tengo que ponerme a trabajar, necesito toda la información que puedas conseguirme.

—He preparado una carpeta con la documentación disponible. —No hizo ningún comentario sobre su decisión, pero el alivio era evidente.

—¿Pudo ser una represalia política? No os faltan enemigos.

—Lo he pensado. No lo descarto, pero no lo creo. No eran personajes de especial significación en sus sindicatos. Tampoco encaja el ensañamiento, no responde al patrón de represalia; por desgracia, hemos tenido muchas para poder comparar. Demasiadas.

Ferrer le notó cierto hastío. Pensó que el hombre que habló de los *paseos* como una forma de justicia popular sabía que hacía mucho que se había traspasado la línea de una más que discutible justicia expeditiva —inseparable de los conflictos armados— para caer en la venganza personal o en el simple asesinato por interés económico.

—¿Por qué te preocupan tanto estas muertes en particular? —A Ferrer no le gustaba morderse la lengua—. Tú mismo has admitido que ha habido demasiadas. ¿Qué tienen de especial?

García Oliver se sentó en silencio, meditando la respuesta, observó el fuego agonizante y empezó a hablar. Una regresión en el tiempo. La evocación de unos años que dejaron una huella indeleble en su personalidad.

—Tenía siete años y vivía en Reus. Mi padre trabajaba en una empresa textil, el Vapor Nuevo. A duras penas ganaba para mantener a la familia. —Se giró para mirar

a Ferrer, cuya infancia había sido muy diferente—. ¿Sabes que de niño nunca bebí leche de vaca? En mi casa solo entró un vaso una vez, para mi hermano pequeño. Se estaba muriendo y mi madre pensó que aquel líquido blanco y maravilloso podría obrar el milagro. No sirvió de nada.

García Oliver detuvo su relato un instante. Estiró las manos hacia la lumbre. Casi no calentaba ya.

—Fue un invierno muy duro. Iba con mis amigos al Vapor a apoyar la espalda en la pared templada de la fábrica para entrar en calor. Al portero no le gustaba que hubiera chavales andrajosos cuando se personaba el amo en su coche, y nos echó de allí. Me rebelé. Rompí a pedradas la farola de la puerta principal. El miserable comprendió el mensaje y no volvió a meterse con nosotros.

Ferrer no entendía adónde quería ir a parar; quiso intervenir, pero García Oliver hizo un ademán para que no le interrumpiera.

—Aunque no lo sabía, fue mi primer contacto con la lucha de clases. Desde entonces he peleado contra gobiernos caciquiles, autoridades corruptas, policías a sueldo de la patronal, pistoleros del Sindicato Libre, militares sublevados... He perdido la cuenta de los hombres que he visto morir. Llámalo intuición, si crees que es fruto de la experiencia, pero estoy convencido de que detrás de estos tres asesinatos hay mucho más de lo que parece y no estoy dispuesto a que nos estalle en la cara. No voy a regatear ningún sacrificio para evitar cualquier daño a la organización y a nuestra causa.

—Esto es lo que temo, que tenga que lidiar con los asesinos y, al mismo tiempo, cuidarme de que no me pongáis la zancadilla si la investigación no pinta bien para vosotros.

—Te doy mi palabra de que vas a tener libertad total para investigar. —García Oliver recuperó el tono solemne—. Insisto en lo que te dije antes: quiero saber la verdad... por fea que sea su cara.

—La verdad no es fea. Si acaso, incómoda. Y un estorbo cuando hay poder en juego.

—Siempre hay algún tipo de poder en juego y siempre habrá alguien que, para conseguirlo, esté dispuesto a ponerte una lata de conserva sobre la cabeza. —De un cajón sacó un cofre de marquetería—. Que acierte con sus disparos es cuestión de tiempo y de suerte... o de que no te muevas lo bastante rápido.

Ferrer levantó la tapa del cofrecillo. Dentro estaban su revólver y las llaves de casa.

Igual que el hielo en una coctelera, las cabezas de Ferrer y de García Oliver se movían arriba y abajo y a derecha e izquierda al ritmo que marcaba un barman enloquecido. El Gasolina, chófer del dirigente anarcosindicalista, era de velocidad fija. Clavaba la aguja del velocímetro en una cifra y no la movía, aunque el traqueteo

sobre los adoquines les rompiera el pescuezo.

Barcelona se había llenado de conductores así, pilotos en potencia que habían convertido las calles de la ciudad en un colosal circuito de carreras.

Sentado en la parte trasera del coche, y con el estómago revuelto, Ferrer no pudo evitar una mueca de contrariedad al pensar en su flamante Peugeot. Había sido requisado por unos individuos armados durante los primeros días de la revolución. No volvió a verlo. Lo último que supo de él era que descansaba convertido en chatarra en la plaza de toros de Las Arenas, transformada en improvisado cementerio de vehículos. Al parecer, un conductor inexperto lo había estampado contra una palmera.

Como le advirtiera García Oliver, la noche estaba resultando muy larga.

La desdibujada masa de los edificios desfilaba ante su ventanilla empañada mientras pensaba en el encuentro con el que había puesto fin a su periplo por la torre, hacía unos minutos. Después de la entrevista en el cuarto de costura, y antes de que los recogiera el automóvil, habían pasado a un despacho de tamaño considerable en el que les aguardaba otro pez gordo.

—Aurelio Fernández, secretario del Departamento de Seguridad —lo presentó García Oliver—. Es, conmigo, el único que conoce todos los detalles del caso. Solo podré estar a tu disposición en fechas contadas; aún no está hecho, pero voy a asumir unas nuevas responsabilidades que me mantendrán alejado de Barcelona durante una temporada. Acude a él siempre que lo necesites.

Aurelio, atildado y fino, era menos expresivo que García Oliver y mantuvo una actitud amable aunque distante.

—Para darte un mayor respaldo y autoridad te hemos nombrado investigador especial de la consellería —explicó García Oliver—. Oficialmente dependerás de él, aunque trabajarás por tu cuenta.

—Aquí podrás localizarme en cualquier momento o hacer que me llegue un mensaje. —Aurelio le dio una tarjeta con un número de teléfono—. Ahora discúlpanos un minuto.

Los dos anarquistas fueron hacia un rincón del despacho y empezaron a hablar en voz baja. Por la vehemencia de sus gestos, se trataba de un tema importante.

Ferrer aprovechó el receso para husmear en la atiborrada mesa en la que trabajaba el secretario de Seguridad. Una moderna lámpara flexible iluminaba un montón de papeles dispersos, una provocación para alguien que leía tan rápido del derecho como del revés.

Eran transcripciones de las declaraciones de varios confidentes sobre movimientos sediciosos de los catalanistas más radicales contra la Generalitat. Aurelio había «colocado» un conductor-espía en el coche del comisario general de la policía, del que sospechaban que era uno de los cabecillas. Ferrer no tenía forma de saber si el tenso diálogo de sus dos anfitriones estaba relacionado con las transcripciones.

—Es demasiado mujeriego.

García Oliver cortó sus cavilaciones y lo devolvió al interior del automóvil con el que atravesaban el barrio de Gracia. Ferrer, desorientado por la súbita interrupción, tardó unos segundos en reaccionar.

—¿A quién te refieres?

—Aurelio. Estabas pensando en la entrevista, ¿no?

—Pues sí. —Era consciente de que había puesto cara de tonto—. ¿Me he dormido y he gritado su nombre en sueños?

—Me gustaría poder decir que leo en la mente de los demás. —García Oliver se divertía—. Pero es más sencillo que todo eso. Llevas cinco minutos dándole vueltas.

Señaló la tarjeta de Aurelio. Ferrer no se había dado cuenta de que la tenía en las manos.

—Me has asustado, joder. —También sonrió—. Me he acordado de *El clarividente*.

Esta película había sido uno de los éxitos del verano. Claude Rains interpretaba a un mentalista falsario al que, de golpe y porrazo, empezaron a cumplírsele las predicciones. El tipo enloqueció de terror.

El Gasolina giró en ángulo recto para entrar en un callejón oscuro.

No había mucho que ver. El suelo estaba muy sucio y las tapias eran interminables, sin una sola abertura y llenas de consignas políticas torpemente pintadas. Al final de la calle, el vehículo se detuvo frente a la destartada puerta de una antigua cuadra.

El escolta que los acompañaba bajó del vehículo y dio tres golpes secos con la palma de la mano en la madera. Aguardó hasta que se corrió un tablero y apareció un ventanillo. Intercambió unas palabras con alguien a quien Ferrer no podía ver y el portalón empezó a girar sobre sus goznes.

Entraron en un patio descubierto y polvoriento. Hacía unos años, los carreteros de la zona debieron guardar allí sus carros y abreviar las caballerías. Todavía quedaban en pie un par de aguaderos.

—Ven —dijo García Oliver—, quiero presentarte a alguien.

Se dirigieron al portal que comunicaba con una casa de vecinos. García Oliver hizo una indicación hacia la penumbra. Ferrer distinguió la punta incandescente del pitillo de un centinela, que accionó el interruptor. Dos bombillas desnudas, colgadas del cable, iluminaron unas estrechas escaleras con barandilla metálica.

Subieron hasta el primer piso. Solo había una puerta. García Oliver giró el timbre de muelle y oyeron la campanilla en el interior de la vivienda.

No los hicieron esperar mucho. Tras observarlos por la mirilla y accionar un par de cerraduras abrieron la puerta.

—Buenas noches, Albert —saludó con familiaridad García Oliver.

—Mejor buenos días —respondió el hombre que les había abierto—. Son más de las cinco.

Rondaría los cincuenta, aunque unas entradas muy pronunciadas y el cabello escaso en la coronilla le añadían años. Vestía ropa sencilla y oscura. Nada de su persona destacaba en especial. Ferrer lo englobaba en el grupo de los «más bien». Era más bien delgado, más bien bajo y más bien moreno. Más bien discreto. Ponlo junto a otra persona y nadie se fijará en él.

Siguieron a Albert por un largo pasillo hasta lo que fue el comedor, una habitación grande y bien iluminada en aquel territorio lóbrego. Su decoración era más adecuada para un cuartel que para una vivienda. En el centro, en lugar de la mesa familiar, había un gran tablero de madera basta soportado por varios caballetes de carpintero y rodeado por media docena de sillas. Estaba atestado de papeles y mapas. Un gran plano de Barcelona lo presidía todo desde una de las paredes.

Un hombre y una mujer charlaban junto a la ventana en un volumen educadamente bajo, primera pista que delataba su origen extranjero. La segunda era su apariencia inequívocamente foránea.

Ella era hermosa. Alta, rubia y con unos inmensos ojos azules. La falda, ceñida en las caderas, y la blusa escotada resaltaban unas formas rotundas. Ferrer estaba seguro de que mostraría curvas hasta vestida con un mono de esparto.

Su compañero proclamaba a los cuatro vientos la ciudadanía británica. También era alto, tanto como Ferrer, desgarbado, con el cabello y el bigote color arena y la piel muy blanca. Vestía traje de *tweed*, camisa beis y corbata de un color anaranjado que pocos autóctonos se atreverían a lucir en caso de que volviera a generalizarse el uso de los trajes y de las corbatas.

García Oliver estrechó la mano del hombre y le dio a ella un par de sonoros besos en las mejillas. Un saludo poco revolucionario.

—Gracias por vuestra paciencia —hablaba despacio—. Espero que no os hayáis aburrido mucho.

A Ferrer casi se le escapó la risa recordando una teoría de su padre. Sostenía que los españoles creían que podían hacerse entender en cualquier idioma si hablaban el castellano despacio y a gritos. Por fortuna, García Oliver no se abonó a la segunda parte de la teoría. Tampoco lo necesitaba; el hombre hablaba un español muy correcto aunque con un ligero acento inglés.

—No nos hemos aburrido, fuimos al Paralelo. —Señaló una máquina de escribir rodeada de notas y de páginas mecanografiadas y corregidas con lápiz rojo—. Voy a enviar una crónica sobre los espectáculos en tiempo de guerra.

—No seas muy crítico con la gestión colectivizada —aconsejó García Oliver, que se dirigió a Ferrer—. Aquí el compañero es corresponsal de un importante periódico de Londres. Simpatiza con nuestra causa aunque en sus crónicas tenga que disimularlo un poco... o un mucho. Para qué engañarse. Sus jefes son bastante conservadores. ¡Sanjoderse!

Ferrer estrechó la mano del periodista.

—Toni Ferrer —se presentó evitando hacerlo en inglés. «Nunca enseñes todas tus

cartas» fue uno de los mejores consejos que recibió al empezar a trabajar de detective.

García Oliver se dirigió entonces a la mujer. De cerca era aún más guapa que a media distancia. Le faltaba poco para los treinta y mantenía la lozanía de la juventud aderezada con unas gotas de experiencia, o picardía, en la mirada que la hacían muy atractiva.

—Nuestra querida compañera es suiza. —Ferrer observó que tanto ahora como antes, con el periodista inglés, evitaba dar sus nombres—. Es hija de un veterano luchador anarquista. Su evidente belleza la llevó a casarse con uno de los hombres más ricos de su país. A su marido no le importa que pase largas temporadas entre nosotros colaborando con obras de ayuda a nuestras mujeres y niños.

Ferrer lamentó no ofrecer un mejor aspecto. Sus expresivos ojos de color miel, modestia aparte, estaban más cerca del rojo tomate que del marrón ambarino.

—Mucho gusto —dijeron a la vez.

Se dieron la mano. La de la mujer era cálida y firme.

—A Albert ya le conoces —continuó García Oliver—. No exagero ni un ápice si te aseguro que es el mejor falsificador de nuestro país. Cuando tengáis mayor confianza te explicará su interesante biografía.

Cogió una cartera, comprobó que estuviera bien cerrada y la puso frente a Ferrer.

—Aquí dentro encontrarás todo lo que he podido reunir sobre el caso. Ya lo leerás en tu oficina después de que hayas descansado. Esta reunión era solo para que conocieras a mis colaboradores más directos en temas de... inteligencia, si quieres llamarlo así. A partir de hoy son también tu equipo. De hecho, el caso que vas a investigar tiene prioridad sobre cualquier otro asunto. Antes de irte toma nota del teléfono. —Le mostró un moderno aparato semienterrado bajo recortes de prensa.

García Oliver amagó un bostezo. Él también estaba agotado.

—Albert preparará tu nueva documentación. —García Oliver buscó en un bolsillo y le alargó un sobre con el sello de la CNT-FAI—. Lleva esto encima por si pudieras necesitarlo. Es una carta en la que solicito la colaboración de todo aquel que la lea. Cuida bien a quién se la enseñas; tengo bastantes enemigos por ahí y te podría salir el tiro por la culata.

Ferrer guardó la carta y se dispuso a imitar a Albert, que ya se dirigía hacia la puerta.

—Tan pronto acabéis, uno de mis hombres te llevará a tu casa. Nosotros tres nos vamos. Son días muy ajetreados y conviene dormir aunque solo sea un par de horas. —García Oliver se le acercó—. Estaré al tanto de tu investigación. Estoy seguro de que conseguirás resultados.

Con un movimiento de cabeza, Ferrer se despidió de la suiza y del periodista inglés y fue tras los pasos del falsificador. Al final del pasillo habían montado un laboratorio fotográfico. Contaba con un fotomatón completo que debía de haber sido incautado y luego *despistado* por el mismo García Oliver o alguno de sus ayudantes.

—Toma, no te arreglará esa cara de muerto, pero saldrás más decente. —Albert le dio un peine.

Ferrer vio un espejo.

El tipo tenía razón, solo le faltaba un cirio a cada lado de la cabeza.

—Échale también una firma al carné. —Albert manejaba la cámara fotográfica—. Está encima de la mesa. Es auténtico, me están malacostumbrando.

Firmó y se sentó para ser inmortalizado en una de las horribles fotografías que distinguían los documentos españoles de los de cualquier otro país.

El *flash* lo deslumbró.

En aquel momento, Ferrer ignoraba que cuando volviera a sentarse frente a una luz así estaría a punto de morir.

II

EL VAMPIRO DEL PARALELO

El aroma del café se había enseñoreado de la cocina. Ferrer vertió con mucho cuidado el líquido oscuro y humeante en su vieja taza decorada con la bandera de Gran Bretaña, un recuerdo que se trajo de Londres hacía un montón de años. Intentó que no se derramara ni una gota. Sus reservas menguaban y era casi imposible reponerlas. El café de verdad se pagaba a precio de oro en el mercado negro. El suministro dependía de los mercantes extranjeros; cuando uno atracaba en el puerto se notaba enseguida, camareros y limpiabotas de las Ramblas ofrecían cigarrillos Lucky y Camel a buen precio y, si se sabía dónde, se podía conseguir algún paquete de café brasileño.

Era la una de la tarde. Estaba recién levantado. Lo habían dejado en casa a las ocho de la mañana y había puesto el despertador para que sonara a mediodía. Todavía tenía el cabello húmedo tras sobrevivir a una ducha con agua fría. También se había afeitado para atenuar el aspecto de crápula con resaca que le había dejado aquella madrugada delirante.

Tenía hambre. En la despensa solo le quedaban algunas rebanadas de pan seco. Le pediría a la señora Julia que comprara verdura, queso y embutidos.

La señora Julia era la portera de su finca. Habían llegado a un acuerdo por el cual él ponía el dinero y ella conseguía provisiones para ambos. Afortunadamente, cuando estalló el golpe militar, Ferrer disponía de varios miles de pesetas en la caja fuerte de su oficina, entre minutas cobradas al contado y los fondos que utilizaba en su actividad diaria, para desplazamientos, hoteles y propinas, si lo requería el caso.

No sabía cuánto tiempo más duraría aquel trato. El dinero disminuía, los víveres escaseaban, los precios se disparaban, las colas crecían y la guerra, desde luego, iba para largo.

Las colas empezaban a ser un problema serio que se les estaba yendo de las manos a las autoridades. Por la mañana, frente a algunos establecimientos, podía reunirse más de un centenar de mujeres que se disputaban el turno como si les fuera la vida en ello. Perder la tanda significaba quedarse sin pan, sin aceite o sin legumbres, el menú de guerra básico.

Las colas eran, además, un foco de descontento.

El lugar ideal para lanzar un rumor.

Hacía unos días, la señora Julia le había asegurado, muy alarmada, que en una cola del mercado de la Concepción habían pinchado con agujas envenenadas a varias mujeres. Una semana después, los testimonios sobre agitadores fascistas armados con agujas emponzoñadas se habían extendido por toda la ciudad. Se acusó al gobierno de

pasividad y estallaron tumultos que requirieron la intervención de las fuerzas del orden. Se inició una investigación formal y no pudo encontrarse ni una sola prueba que confirmara la existencia de aquellos curiosos envenenadores. Sin embargo, su efecto fue devastador sobre el prestigio de los comités que controlaban la distribución y venta de alimentos, ya muy deteriorado antes de la repentina aparición de los «agujadores».

Llevó el café y el pan al comedor. Era un salón amplio que había amueblado en un elegante estilo inglés gracias a un cliente agradecido, dueño de uno de los mayores talleres de ebanistería de Barcelona. Le ofreció, a precio de coste, un conjunto del que se había encaprichado un estraperlista al que un rival había impedido, a tiros, disfrutar de sus desorbitados e ilegales beneficios. La viuda del interfecto no quiso hacerse cargo ni de las amantes ni de las veleidades mobiliarias de su marido.

Combinando la chapa de raíz de nogal y las telas de colores crudos, Ferrer lo había dividido en dos ambientes separados por un aparador central. El comedor propiamente dicho estaba encarado hacia la chimenea. La mesa era un grueso tablero rectangular que descansaba sobre un pie grande y cuadrado decorado con unas finas molduras rectilíneas; ocho sillas la rodeaban. Cerca de la puerta, en una vitrina, se hallaba expuesta la colección de plumas estilográficas de su padre. Al otro lado del aparador, un sofá y dos sillones invitaban a la charla distendida. Una pequeña mesa redonda giratoria hacía las veces de mueble bar.

Dudó entre poner una placa de música en el gramófono o escuchar la radio mientras almorzaba. Se impuso la segunda opción. Las implicaciones políticas del caso le aconsejaban estar al tanto de la actualidad, aun sabiendo que la mitad de lo que se afirmaba era mentira y la otra mitad estaba deformada por la propaganda.

A los cinco minutos se arrepintió de su elección.

El tema estrella en las ondas era la paulatina militarización de las milicias, que a partir de aquel domingo quedaban sujetas al Código de Justicia Militar. Un tostón. Hasta el momento, cada columna de milicianos era hija de su padre y de su madre; un abigarrado grupo de combatientes que se distinguía de los demás por el color de la gorra: los anarquistas la llevaban roja y negra; los socialistas, roja, y los catalanistas, azul. Solo respondían ante sus responsables. Desde hacía semanas andaban a la greña por la necesidad, o no, de dotarlas de una disciplina militar.

Cuatro soflamas más tarde apagó el aparato.

Hizo sopas de pan en el café y se las comió con apetito; engañaban al estómago sin llegar a ser asquerosas. La cafeína le devolvió los cinco sentidos.

Con nuevos bríos limpió la mesa, sacó de un escondrijo la cartera de García Oliver y la abrió. Los diferentes documentos estaban ordenados y sujetos con bandas de goma. Había informes, algunas diligencias iniciales, fotografías de los muertos bien muertos y cuando aún estaban vivos, circulares, notas, permisos, volantes, certificados, registros varios, cédulas de identificación y carnés sindicales. Si no se imponían por las armas, los revolucionarios podrían derrotar a sus enemigos con

papeleo.

Al ver las fotos en la Torre dels Pardals pensó que la cosa pintaba mal. Ahora que disponía de toda la información, el panorama era descorazonados García Oliver no había mentido para convencerlo, pero se acercó mucho. Su resumen había sido tan conciso que eludió circunstancias que iban a complicar la investigación. Una de ellas era que no se trataba de un asesinato de tres patrulleros, sino de tres asesinatos distintos, perpetrados en días y en escenarios diferentes.

Tres crímenes. Tres investigaciones.

Claro que un informe forense incidía en la semejanza de las heridas y de los golpes en los tres casos y apuntaba a un mismo autor o autores.

Eso era bueno: un solo criminal.

Se recuperaron dos balas, una de 7,63 y otra de 9 milímetros. En aquellos momentos en Barcelona había miles de armas capaces de dispararlas.

Eso era malo: más de un millón de sospechosos.

Los cuerpos aparecieron en un lapso de dos semanas, a mediados de octubre. Los servicios sanitarios los recogieron en lugares en los que, con triste asiduidad, se asesinaba a detenidos. A uno lo encontraron en las curvas de la Rabassada, a otro junto a la masía del jardín botánico de Montjuich y al tercero en el hipódromo de Can Tunis, que estaba en desuso desde hacía un par de años por culpa de un escándalo con las apuestas.

Los cadáveres estaban indocumentados y desnudos, por lo que se siguió el trámite habitual. Los trasladaron al Depósito Judicial del Hospital Clínico, en donde los adecentaron un poco, fotografiaron y colgaron sus retratos en una cristalera en la que se exhibían las fotos de víctimas sin identificar a la espera de que alguien las reclamara.

Los dos primeros muertos terminaron en la fosa común. Con el tercero se descubrió todo el pastel. Patrullaba junto a su hermano. Tras su desaparición, el hombre no creyó en ninguna de las posibles explicaciones que le dieron los responsables de las patrullas. Temiéndose lo peor, fue al Clínico y lo encontró.

Bastó una muy superficial investigación para descubrir que habían desaparecido otros dos patrulleros. Localizarlos fue más difícil, ya que una pareja de milicianos, de permiso en Barcelona, los había identificado erróneamente en el depósito y los cuerpos fueron enterrados bajo una identidad que no les correspondía. Enmendado el error, dos compañeros de patrulla de los fallecidos los reconocieron.

El asunto se mantenía en el más absoluto secreto. Una nota interna de Aurelio informaba de que, mientras se esclarecían los hechos, no se comunicaría la noticia a las familias. Se les notificaría que, por necesidades de la organización, los hombres estarían ausentes durante unas semanas. Más adelante se anunciaría su «desgraciada muerte en combate». En cuanto a los compañeros que identificaron los cadáveres, fueron aleccionados sobre la importancia de guardar silencio. Aurelio no quería dar publicidad a un caso que podía perjudicarles. Utilizaría, sin duda, dos palabras de

efectos sorprendentes: «frente» y «Aragón». Por separado eran inofensivas, pero unidas tenían la suficiente fuerza como para mantener cerrada cualquier boca díscola.

Concluida la lectura, Ferrer decidió estructurar la información.

Buscó una estilográfica, hojas en blanco y lápices de colores, sus herramientas esenciales al abordar cualquier pesquisa.

Dibujó tres columnas y las dividió en recuadros horizontales. En la fila superior escribió los nombres de los fallecidos, en la segunda, la patrulla a la que pertenecían, y, así, fue ordenando el caudal de hechos dispersos que ofrecían los documentos que reuniera García Oliver.

Desplegó sobre la mesa un plano de la ciudad. Cortó una de las hojas de papel en cuadrados y los pintó. Los rojos señalaban los lugares en los que habían aparecido los cuerpos, los verdes sus domicilios, los azules los locales de sus comités y así hasta más de una veintena de papeles coloreados que distribuyó sobre el mapa.

Se puso en pie y miró el resultado desde arriba. Una visión en perspectiva. No había coincidencias. Tampoco las esperaba. Ningún cuadrado estaba cerca de otro y no se podía pensar en un elemento geográfico común. El conjunto le recordaba a una de aquellas modernas obras de arte llenas de manchas de color y de líneas sin sentido. Fírmala con un apellido finalizado en *insky* y te la quitarán de las manos.

El himno sonaba con fuerza. Al salir del portal, lo oyó a tres o cuatro manzanas de distancia. Las notas de *Hijos de la tierra* se imponían al ruido del escaso tráfico.

Vio la camioneta girando desde Consejo de Ciento y bajando lentamente en su dirección. En la caja, un grupo de muchachas y muchachos anarquistas cantaba y arengaba a los peatones.

En la ciudad ya no había espacio para el silencio. Los mensajes sonoros eran omnipresentes. Desde vehículos, desde altavoces instalados en las calles, desde las radios de los establecimientos públicos, no cesaban de sonar la música, las consignas, las llamadas a colaborar en el esfuerzo de la guerra y los interminables discursos. Era imposible escapar de aquel guirigay.

Ferrer empezó a caminar hacia la plaza de Cataluña. Conforme iba acercándose, las aceras se animaban. Su calle, Balmes, parecía muerta en comparación con otras cercanas. Era una herencia de los muchos años en los que había permanecido abierta en canal por la zanja y las vías descubiertas del tren de Sarriá. Una frontera entre los dos ensanches de la ciudad. A la derecha, el de los grandes negocios y los palacetes pomposos; a la izquierda, el de la burguesía más modesta. Y él, como en tantas otras cosas, en medio, sin saber en rigor a cuál de los dos pertenecía. Ganaba más que la mayoría de sus vecinos de la izquierda, pero no alcanzaba lo que se manejaba en las mansiones de la derecha.

La parada del 60 estaba de bote en bote. Hombres jóvenes con ganas de jarana iban a probar suerte con las chicas del Paralelo. Charlaban, reían y echaban

requiebros a las contadas mujeres que se atrevían a pasar por su lado.

—¡Guapa! Si fuera un comité, te requisaba —soltó uno de ellos a una jovencita que se alejó entre silbidos.

Tuvieron que esperar muy poco. Un par de minutos a lo sumo. El tranvía frenó con todo el aparato acústico habitual y olor a metal quemado.

El vagón apestaba a sudor y loción barata. Venía repleto de milicianos de permiso que viajaban al paraíso antes de regresar al infierno. Podía haberse impreso un menú para todos ellos: de primer plato, un cabaré para alegrarse la vista y entrar en materia, luego unas copas con alguna tanguista y, de postre, unos meneos rápidos sobre un colchón infestado de pulgas y de chinches. Aligerarían sus testículos y los bolsillos. En un par de semanas, en el frente habría tantas purgaciones que agotarían todas las reservas de Blenocol.

Algunos se bajaron en Ronda de San Antonio para ir a bailar al Venus, pero subieron muchos más. El tranvía enfiló la Ronda San Pablo alertando con su campana a los viandantes. Con el bamboleo era difícil mantener el equilibrio si no se iba bien agarrado. De todos modos, caerse era imposible porque, de tan apretados, los cuerpos se sostenían los unos a los otros.

Pegado a una ventanilla, Ferrer veía las concurridas aceras de la Ronda. Los asistentes a un mitin en el teatro Olympia se mezclaban con quienes se dirigían a una taberna andaluza o a alguno de los cines de la calle San Pablo. Parejas de enamorados se comían con los ojos antes de entregarse a los juegos de manos en la oscuridad de la sala.

Sin llegar a ir endomingada, la gente cada vez se arreglaba más para salir. En julio desaparecieron las corbatas, los trajes y los vestidos elegantes. Volvían poco a poco. Durante aquel tiempo, solo algunos dirigentes políticos mantuvieron una estampa clásica. Y el presidente Companys, claro. Como cataratas de seda, pañuelos de colores llamativos nunca dejaron de colgar del bolsillo de su americana. Cualquier día se tropezaría con una de aquellas sábanas enormes.

Ferrer había optado por la comodidad y los colores apagados, la mejor manera de no llamar la atención. La técnica del camaleón. Al bajar del tranvía, acomodó la funda del revólver en la cintura y se ajustó el abrigo gris sin llegar a cerrarlo. Con la camisa gruesa de franela y una elástica de punto apenas notaba el frío. Sintió el peso de las plumas que una modista le había cosido en el forro del abrigo. Un truco de la policía. Le permitían echar bien atrás los faldones de un manotazo y desenfundar con rapidez. Durante algún tiempo había usado piedras a modo de lastre, pero le destrozaban los bolsillos.

El Paralelo estaba muy concurrido. Los bares, los teatros, los cabarés, los cafés-concierto rebosaban y había gente haciendo cola frente a sus puertas. Sin poder mostrar las famosas iluminaciones de antaño, en muchas fachadas se promocionaban los nuevos espectáculos y los nombres de sus estrellas.

También había menos coches. Ferrer cruzó la avenida a la carrera y anduvo una

veintena de metros hasta llegar a la calle Rosal. Como otras muchas de aquel barrio, nacía en una de las arterias más cosmopolitas del mundo y moría en los solitarios descampados al pie de Montjuich, entre huertos de supervivencia y casitas destartalladas. Una metáfora de la ciudad y del país. Un pie en la Europa más moderna y el otro en la España más rancia. Y así lucía.

Desde la misma bocacalle vio el edificio que buscaba. No había que ser un lince para descubrirlo. Estaba situado junto al local del Sindicato Único de la Madera, al que estaban afiliados la mayoría de sus patrulleros. Tenía banderas de la CNT-FAI colgando de balcones y ventanas. Un improvisado parapeto en la puerta protegía al centinela de un posible ataque desde coches fantasma.

Ferrer se acercó tranquilamente, exagerando el vaivén de los brazos para infundir confianza. Estaba oscuro y no era cuestión asustar al vigilante.

Visto de cerca, el parapeto era endeble, un simple enjaretado de listones de madera reforzado con un par de planchas metálicas.

—Salud y a las buenas noches —dijo Ferrer.

—Salud —respondió el centinela mientras tensaba el cuerpo.

Según lo que había previsto, su presencia inquietó al tipo. Al igual que tantos otros con sus mismas atribuciones, temía una acción rápida de falangistas infiltrados: un saludo amistoso, quizá un pitillo compartido, tres o cuatro disparos y la huida en un automóvil sin placa, un coche fantasma. Portaba una Astra automática, con culatín y diez tiros; si se sabía usar, era una cacharra temible.

—¿Qué se te ofrece? —preguntó con cautela tras comprobar que Ferrer no empuñaba ninguna arma.

Representaba cuarenta y pico. Recio, con papel de lija en el mentón y una ceja que iba de sien a sien a través de la frente modesta. Vestía un gastado mono azul y gorra con orejeras, un seguro antisabañones para los que pasaban muchas horas a la intemperie.

Ferrer conocía a media docena de carpinteros. A casi todos les faltaba algún dedo por culpa de las sierras y de las pésimas condiciones de trabajo en los talleres. Allí, la guardia se la debían asignar al que tuviera la mano entera y pudiera apretar el gatillo, y no al que fuera más espabilado. Aquel sujeto no era especialmente largo, y eso lo hacía peligroso.

—Quiero hablar con uno de tus compañeros. —Ferrer señaló el interior de su abrigo—. Voy a enseñarte mi cédula. Trabajo con Aurelio en el Departamento de Seguridad.

Mentado el nombre mágico, el hombre cambió de actitud, entró en el recibidor y a voz en grito llamó a un tal Jerónimo, que no tardó en asomar.

Jerónimo se ajustaba más a la imagen que Ferrer tenía de los profesionales de la madera: le faltaban el índice y el corazón de la mano derecha. Era alto, delgado y estaba en la frontera de una no demasiado bien llevada madurez.

Fuera lo que fuese que estuviera haciendo, la interrupción lo irritó.

—¿Qué coño pasa? —espetó al centinela—. ¿A qué vienen estas voces, joder?

A lo mejor siempre gastaba las mismas malas pulgas.

—Aquí el compañero, que viene de parte del Aurelio —se explicó como un libro abierto el vigilante.

Ferrer intervino mostrando su flamante credencial.

—¿Podemos hablar en privado?

—Pasa, aquí no se ve un pijo y hace frío. —Jerónimo se hizo a un lado para que pasara—. No recibimos a muchos *mandaos* del Aurelio.

Mientras rumiaba si lo de *mandao* era una nueva graduación policial o se lo tomaba a mal, Ferrer se fijó en la austera decoración del local: sillas y mesas sencillas, presumiblemente fabricadas por los mismos afiliados, y carteles del sindicato en unas paredes con bastantes remiendos.

—Perdona las prisas, pero una patrulla está para salir —se disculpó mirando por encima del hombro de Ferrer.

—No te preocupes. Seré muy breve. —Siguió la mirada de Jerónimo y vio, en una sala, a cuatro o cinco hombres armados—. Busco a Trinidad Rodríguez.

Trinidad fue el que identificó el cuerpo de Damián Tielmes, uno de los tres patrulleros asesinados. Eran paisanos, compañeros y amigos.

—Aún no ha llegado. El Trini sale de madrugada y viene más tarde. Si quieres, puedes esperarle aquí o irte a tomar algo y volver luego. —Con un gesto vago, Jerónimo señaló hacia el Paralelo.

—Prefiero volver luego, tengo cosas que hacer. ¿A qué hora sale a patrullar?

—Sobre las doce. A la una empezamos los servicios de madrugada.

—Creo que estaré aquí antes de esa hora, pero dile que me espere unos minutos, es para resolver un asunto de la Regional del sindicato —mintió a medias Ferrer.

—Se lo diré. —Jerónimo disimulaba muy mal su curiosidad—. ¿Es grave la cosa? El Aurelio no se interesaría si no lo fuera.

—Bueno, ya sabes que a la que Aurelio y García Oliver se ponen nerviosos, todos corremos.

—Sí, son tremendos el Aurelio y el Joanet... Dos tíos *echaos palante*.

Ferrer no oyó ese último comentario, había salido ya. Tenía otra visita que hacer a un lugar en el que no sería muy bien recibido.

No, no andaba sobrado de tiempo si quería estar de vuelta a medianoche.

Los cómicos más zafios hacían chistes fáciles sobre don Rodrigo Díaz de Vivar, su enorme espada *Tizona* y las apetencias sexuales de los habituales de los dos antros más conocidos de la calle del Cid, una desagradable sucesión de fachadas sucias con olor a orina y vómito de borrachos que se escondía entre el Paralelo y la parte baja de las Ramblas.

Durante años, en sábado y domingo no cabía un alma. A las parejas de

homosexuales que iban a bailar a La Criolla se sumaban los turistas morbosos en busca de emociones fuertes. El bar Ca'l Sagristà pocas veces los decepcionaba. Sus muchachos imberbes, amanerados, de pelo acharolado y labios y ojos pintados satisfacían cualquier deseo carnal a cambio de una dosis de cocaína.

No eran negocios fáciles.

Ferrer conoció al dueño de La Criolla durante la investigación de un caso de infidelidad. Lo asesinaron antes del verano en el zaguán de su casa mientras esperaba el ascensor. Un trabajo de profesionales. Dos tiros a través del cristal de la cancela. Nada se supo ni de los autores ni del móvil.

La oscuridad en la calle era casi total. No había alumbrado público ni Ferrer recordaba que lo hubiera habido nunca. Las luces del gran cartel de La Criolla lo sustituían, tiñéndolo todo de un color rojo demoníaco muy propio. Aquella noche no funcionaban.

Apretó el paso hasta llegar a la taberna, que ocupaba un minúsculo callejón sin salida al final de la calle. Su clientela era muy diferente a la de sus populares vecinos, aunque su exterior era igual de siniestro: una fachada larga, remozada de cemento, sin una ventana y con muchos desconchones.

La puerta era ancha. Antigüamente por ella se accedía a un almacén textil que se transformó, para la Exposición Universal, en bodega con pista de baile. Nunca fue un lugar con clase. Los precios baratos atraían a marineros con poco dinero y sin muchos miramientos. Sus chicas se sumaron a la huelga de prostitutas del 32, cuando los dueños de algunos locales pretendieron quedarse con la mitad de sus ganancias y cobrar aparte la cama y la consumición.

Aun sin dar un paso entre el gentío, la sensación era de ahogo. El mar de cuerpos se abría para que circularan los mozos cargados con bandejas y, una vez había pasado el Moisés de las consumiciones, el mar volvía a cerrarse a su espalda bajo la espesa niebla provocada por el humo de miles de cigarrillos.

Se oían conversaciones en los más diversos idiomas. El ruido de las voces se veía punteado por las carcajadas étlicas de meretrices ajadas que habían encontrado allí su último refugio en la inevitable caída hacia las carboneras del puerto, donde harían servicios a dos reales antes de que el alcohol, el opio o un chulo acabara con ellas.

En la barra, la actividad era frenética. Ferrer buscó un hueco. Todos los taburetes estaban ocupados y entre ellos había parroquianos de pie. Cuando uno se movió para meterle mano a una rubia cuyo tinte viraba hacia el verde, Ferrer se coló sin demasiadas contemplaciones.

Pelea al canto.

Por suerte, un camarero veterano abortó cualquier discusión plantificando una bayeta sucia entre los dos contendientes.

—Haya paz. —Pasó la bayeta sobre la barra, esperó a que el ofendido se dedicara de nuevo a la rubia y se dirigió a Ferrer—: ¿Qué será, amigo?

—Busco al doctor Ripoll.

—Hoy está muy atareado... y tú no tienes pinta de necesitarlo para echarte un trago al colete.

Un tío perspicaz.

—No, no lo necesito. —Ferrer sonrió con desgana. Aquel era el lugar menos oportuno para presionar a nadie sacando el carné de investigador—. Nos conocemos desde hace años.

El camarero llamó a voces a un niño que esparcía serrín por el suelo.

—¿Quién le decimos que pregunta por él?

—Ferrer. —Buscó las palabras más apropiadas—. El que le ayudó con lo de la chica muerta.

El aprendiz puso los ojos como platos y, a una orden del veterano, salió corriendo. Era tan menudo que se perdió de vista entre las mesas. El chaval regresó en un abrir y cerrar de ojos y se limitó a asentir antes de volver a lo suyo: seguir esparciendo serraduras.

—Al fondo. —El camarero se daba por satisfecho—. Hay una puerta que pone privado. Pasa, está abierta. Al final del pasillo verás su madriguera o como leches se llame donde viven los vampiros.

Vampiro.

Ferrer encontró muy acertado el mote: doctor Ripoll, el Vampiro del Paralelo. El título de una película de miedo o de una novela por entregas, solo que el personaje real tenía menos escrúpulos que el chupasangre de ficción.

La ampolla de cristal estaba llena de sangre. Ripoll giró las pinzas metálicas que regulaban el flujo sanguíneo por una cánula que iba desde un brazo tatuado hasta el frasco. Empapó en alcohol una bola de algodón, la presionó sobre la vena y extrajo una aguja.

El fulano que estaba tumbado en la camilla sostuvo el algodón sobre el puntito sangrante mientras el médico tapaba la ampolla. Ripoll escribió varios números en una etiqueta que pegó al cristal. Empezó a anotar datos en un libro de registro. Como casi todas las personas altas, muy delgadas y huesudas, andaba algo encorvado. En su juventud, el rostro tuvo el encanto de lo anguloso; ahora era simplemente cadavérico, sensación que reforzaba su piel translúcida y el cabello rubio que ya le clareaba.

Ferrer había entrado sin llamar, saltándose el turno que habían establecido tres borrachos que aguardaban en el pasillo, sentados sobre cajas de cerveza. Mantenían una extraña actitud, disciplinada y pacífica, frente a la puerta que conducía a aquella habitación tan fuera de lugar en semejante tugurio.

En tiempos debió de ser el despacho del gerente de la empresa textil. Era amplio y bien ventilado. Ripoll lo había pintado de un blanco aséptico y amueblado para que pareciera una sala de hospital. Instaló un juego de luces potentes, armarios metálicos con puertas correderas acristaladas que dejaban ver instrumental quirúrgico, un

lavamanos de acero con termo de agua caliente y cajoneras que guardaban expedientes cuyos datos esenciales estarían escritos en clave.

Ripoll abrió una nevera. Una veintena más de ampollas rojas tintinearón. Estaban etiquetadas y colocadas en soportes perfectamente ordenados.

Ferrer se sentó en una silla de manufactura nórdica, hecha de tubos cromados y retales de cuero negro, lo bastante cara como para que nadie se quejase por su incomodidad sin que lo tacharan de conservador. Observó al médico interrogando a su paciente, un gigantón de rasgos eslavos. Hablaban en una jerigonza en la que se intuían palabras en español, inglés, francés, italiano y otros idiomas de dudosa ubicación geográfica, la lengua franca de las ciudades portuarias.

El ruso, o lo que fuera, estaba ebrio, pero se mantenía en pie sin problemas. Ripoll lo cogió del brazo y le acompañó hasta una báscula con regla de madera para tallar.

Metro noventa y tres, ciento cuarenta kilos. Saldría más barato hacerle un traje que invitarle a comer.

El doctor anotaba en una planilla todo cuanto comentaban o medía. La visita tocaba a su fin. Ripoll tomó un mapamundi muy sobado. Intercambiaron un nuevo chorro de palabras hasta que el eslavó puso un dedo sobre un país. Ferrer se levantó para verlo mejor. Su maldita curiosidad le daría algún día un disgusto. Era soviético, del suroeste, cerca del mar Negro. Ucrania.

El médico tomó la última nota. Buscó algo en una bandeja. Un talonario. Arrancó una hoja, un vale por varias consumiciones en la taberna.

Aquellos desgraciados vendían su sangre a cambio de licor.

Ripoll llevaba años trabajando en la línea del científico ruso Manoilloff, que había desarrollado una reacción sanguínea a la que bautizó con su nombre. Aseguraba que, gracias a ella, podía determinar la raza de un individuo con independencia de sus características antropométricas. Los alemanes se interesaron por el descubrimiento. Un judío alto y rubio podía pasar por germano de pura cepa, pero quedaría en evidencia ante la reacción de Manoilloff.

Ripoll iría más allá. Sostenía que, con los adecuados análisis sanguíneos, podría llegarse a averiguar no solo la raza, sino el país y hasta la región de origen de una persona. Le constaba que en Portugal, Francia y Alemania experimentaban en su misma dirección. El que lo lograra primero se haría rico.

A esta misión dedicaba buena parte de sus recursos y de su tiempo. La taberna era un lugar ideal para conseguir una cosecha de sangre abundante y de variados orígenes. Pagaba al comité un alquiler elevado que garantizaba su silencio, y ofrecía primas a los camareros por enviarle donantes.

El ucraniano salió y cerró la puerta de un golpazo. Ferrer pasó el pestillo.

—Antonio, me alegro de volver a verle —mintió el médico.

—Yo también, Ripoll, yo también me alegro. —Ferrer sabía estar a la altura de sus interlocutores—. Y trátame de tú; el usted queda poco revolucionario.

—Pueden esperar sentados. Estos muertos de hambre nunca han tenido un mínimo de educación y ahora pretenden que todos seamos como ellos. —Sacó un paquete de tabaco—. El igualitarismo por abajo.

—Llevan un montón de años tratando de igualarse por arriba y no les dejáis.

—Por desgracia, Dios nos ha hecho a todos diferentes. Hay un orden natural de las cosas y cambiarlo solo puede abocarnos al desastre. De hecho, nos ha conducido ya. —Se llevó un cigarrillo a la boca—. ¿Fuma?

Le ofreció la cajetilla. Su diseño tenía un aire anticuado, con cenefas orientales y un grabado decimonónico: el Nilo con las pirámides al fondo. Muratti's. Tabaco para personas refinadas. De importación. Imposible de conseguir en Barcelona ni de contrabando, salvo que se tuvieran excelentes relaciones en el consulado inglés.

—No, gracias. Intento que mis vicios no me cuesten ni mucho dinero ni mucho esfuerzo.

—Entonces no son vicios, amigo mío, solo costumbres. —Ripoll guardó el paquete y sacó un encendedor de plata. Era de gestos lánguidos. Levantó el protector, prendió la mecha y acercó la lumbre al pitillo. Dio dos o tres caladas—. Los vicios nos distinguen de los animales. Ellos tienen costumbres; el ser humano es el único que tiene vicios.

—Hasta que ese vicio te ata y limita tu libertad. El hombre también es el único ser que renuncia voluntariamente a ella. Por eso la estupidez es una cualidad humana. El animal en todo caso es torpe, nunca estúpido.

Sus caminos se cruzaron por casualidad hacía unos años. Un abogado, amigo de Ferrer, había perdido a su hija. Amelia era una joven brillante a la que conocía y que, en nada, ingresaría en la universidad para seguir los pasos de su padre. Murió tras un aborto clandestino. La policía tardó muy poco en descubrir al presunto culpable: el doctor Ripoll.

El médico era el hijo menor y la oveja negra de una familia de industriales. Sus hermanos mayores se ocuparon del negocio familiar y él decidió estudiar medicina y vivir de las rentas. Llevaba un tren de vida muy caro y siempre necesitaba más de lo que recibía legalmente. Nunca le hizo ascos al dinero fácil y montó un par de pisos francos donde practicaba abortos a mujeres adineradas y retocaba la cara a los fugitivos de la justicia que podían permitirse sus elevados honorarios.

En el instante en que la policía le comunicó la detención de Ripoll, el padre de la chica solicitó al gobernador civil una copia del expediente. Era un magnífico abogado criminalista que se las había visto con procesos muy complejos y no era fácil engañarle. Las pruebas no le convencían. Llegó a la conclusión de que cargaban el mochuelo a Ripoll mientras protegían al verdadero culpable. Acudió a Ferrer, que aceptó el caso sin dudarlo.

Ferrer hizo un trabajo muy concienzudo. Interrogó a las amigas de la chica y al único detenido. Topó con un incómodo asunto de prostitución de lujo. Hermosas mujeres casadas y solteras de buen nivel social atendían, de forma esporádica, a

millonarios y artistas extranjeros de paso por Barcelona. Para algunas de ellas era una forma fácil de ganar dinero sin el escrutinio paterno o del marido; para otras, una diversión emocionante y lucrativa. Las escaleras de servicio de los hoteles Colón, Ritz y Majestic habían visto subir y bajar a muchos apellidos ilustres de la ciudad.

Una organización especializada concertaba las citas. En el negocio tenía intereses un comisario de policía, que lo protegía y echaba tierra si se producía algún incidente. Además, disponían de su propio ginecólogo para corregir posibles descuidos.

Cuando Amelia se entregó con excesivo entusiasmo a su novio y se quedó embarazada, recurrió a una amiga que ya había pasado por ese trago. Era una de las habituales de la red de hetairas; la acompañó para abortar con el médico de la organización. Amelia volvió a casa enferma y murió a las pocas horas.

Fiel a su *modus faciendi*, el comisario quiso arreglar las cosas buscando un culpable de conveniencia, pero tropezó con un hueso duro de roer. Con las pruebas que le facilitó Ferrer, el abogado movió sus influencias, que no eran pocas, y los verdaderos culpables cayeron sin mucho escándalo.

Ya en libertad, Ripoll tuvo una debilidad. Fue al despacho de Ferrer a agradecerle su esfuerzo y a soltar un par de tópicos, entre ellos el clásico «estoy en deuda con usted».

Ahora, Ferrer iba a cobrársela.

—Veo, Ripoll, que sigues con tus negocios quirúrgicos encubiertos. —Simuló leer la etiqueta de uno de los productos que estaban en el armario acristalado—. Ten cuidado, las autoridades andan un tanto escamadas con los médicos fascistas.

—La verdadera naturaleza de este lugar solo lo conocen algunos camaradas y no van a irse de la lengua.

—Tienen guardada la de los alemanes de las radiografías y harán pagar el pato al que pillen. —Tras el pronunciamiento militar, un gabinete radiológico alemán del paseo de Gracia había enviado a los hospitales radiografías manipuladas de sindicalistas heridos. Se les aplicó un tratamiento equivocado y varios murieron. Los responsables huyeron antes de ser detenidos.

—Supongo que no habrá venido a advertirme sobre el riesgo que corro.

—No. He venido en busca de información.

—Una mercancía muy delicada y valiosa.

—Su valor depende de criterios muy personales, de sopesar lo que ganamos y lo que podemos perder.

—Durante años mi obsesión fue ganar. Ahora, tal y como están las cosas, me conformo con no perder. —Ripoll apagó el cigarrillo dejándolo caer en un vaso con agua—. ¿Qué es lo que quiere?

—Quiero saber si tus amigos están dedicándose a matar patrulleros.

—Los coches fantasma no son solo cosa de los falangistas —protestó el médico.

—Lo imagino, pero no es eso... Busco a algún grupo capaz de secuestrar, torturar y pegar un tiro en la nuca a gente de las patrullas.

Ripoll silbó.

—Eso son palabras mayores, algo muy arriesgado... No, no he oído nada.

—Es que se lleva con mucha discreción. —Ferrer sonrió sin alegría, más una advertencia que una muestra de simpatía—. Tampoco espero oír nada después de que hayas hecho las indagaciones.

—Por la cuenta que me trae, ¿no?

—Tú lo has dicho.

El centinela cejijunto estaba sobre aviso. Jerónimo debía de haberle advertido de que, en cuanto apareciera el tipo alto del abrigo gris, le diera una voz. Ferrer lo vio entrar apresuradamente en el local y salir con Jerónimo a los pocos segundos. Ambos le observaban mientras caminaba por una calle Rosal más oscura y silenciosa que horas antes. El Paralelo pronto echaría la persiana y eso se notaba en toda la zona.

Hacía poco más de quince minutos que había dejado la taberna por una puerta trasera que facilitaba la entrada a los pacientes que requerían mayor discreción. Habían discutido largo y tendido sobre las condiciones que exigía Ripoll para proporcionar la información. La devolución de un favor, vino a decir el médico, no justificaba una traición; confirmaría si sus camaradas estaban tras las muertes — ejecuciones, las llamó—, pero no daría ningún nombre. Quedaron en verse dos días después, el martes.

La pareja de patrulleros estaba plantada frente al portal del sindicato. A Jerónimo se le veía agitado y con miedo. Ferrer lo leía en sus gestos. Tras realizar muchos interrogatorios y estudiar cuanto caía en sus manos sobre las modernas teorías de la conducta, que tanto éxito estaban teniendo en América, podía interpretar los estados de ánimo a partir del movimiento corporal.

Fijándose en Jerónimo supo que aquella noche no hablaría con Trini, que se había ido sin esperarle. Si los dos carpinteros se hubieran colgado un cartel al cuello con ese mensaje, lo habrían dicho de forma más vistosa, pero no más clara.

—El Trini se ha marchado sin quererme escuchar. —Jerónimo era, todo él, una disculpa—. Tiene a su mujer enferma y no podía quedarse.

—¿Le has comentado que es un asunto de la Regional?

—Es lo primero que le he dicho... pero ni por esas.

Ferrer no quiso insistir ni amenazar. Aborrecía el abuso de poder y a los que se aprovechaban de una posición de autoridad para pisotear a quienes no podían defenderse. Sabía, además, que antes va la mosca a la miel que a la hiel.

—Qué le vamos a hacer. Volveré mañana.

—Si te preguntaran el Aurelio o el Joanet, diles que aquí se colabora en lo que se puede, pero que no podemos atar a nadie a una silla.

Atar a alguien a una silla... En situaciones de violencia, las expresiones más inocentes se impregnaban de una malicia inquietante. Ferrer sintió un escalofrío que

atribuyó a la brisa helada que soplaba desde hacía unos minutos. Era tarde, estaba muy fatigado, lejos de casa y no tenía ganas de buscarle los tres pies al gato. O a la silla.

III

NO HAY DOS MUERTOS IGUALES

La maldad se presenta a menudo bajo una apariencia anodina. Nada en la calle o en el convento de San Elías, por ejemplo, justificaba el miedo que provocaba su sola mención. Ferrer había pasado muchas veces por allí, yendo desde la estación de tren de San Gervasio hasta el cercano Instituto Policlínico del doctor Puig y Sureda, en el que su madre fue intervenida quirúrgicamente varias veces antes de morir en 1932.

La calle era más bien poca cosa, un centenar de metros entre Bélgica y Marco Antonio, en la zona alta de Barcelona. Los promotores de aquella parte de la ciudad destacaban su aire sano y un vecindario floreciente; una estupenda inversión.

El convento nunca le había llamado la atención. Tuvo siempre una atmósfera de abandono y no custodiaba ninguna obra de arte importante, ni su arquitectura merecía un cartel o una recomendación de visita en la Sociedad de Atracción de Forasteros. Era uno más entre las docenas de edificios religiosos de todo tipo que hubo antes de julio. Muchos habían sido reducidos a cenizas, otros fueron destinados a las más diversas actividades y San Elías se transformó en el centro de detención más temido.

Situado en la mitad de una gran manzana rectangular, su entrada la presidía un pequeño campanario doble que, más que torre, era una prolongación hacia arriba de la fachada. Unos sencillos arcos superpuestos y un par de columnas a cada lado enmarcaban la puerta de madera. Los muros elevados, las ventanas estrechas y altas y la morfología misma de la calle, prácticamente un tubo con solo dos accesos, convertían al monasterio en un trasunto de fortaleza.

No había amanecido aún y la barrera que bloqueaba el paso a la calle no estaba colocada, ni la necesitaban de momento, ya que por la hora temprana no había tráfico de vehículos y la presencia de viandantes era anecdótica. La Vía Augusta, que limitaba la finca por su parte posterior, actuaba de arrecife, desviando las naves y disuadiendo a los navegantes de seguir rumbo a la montaña.

—¡Alto!

Un miliciano cincuentón se plantó en medio de la calzada cuando Ferrer pretendía franquear el control y dirigirse al monasterio.

—Los papeles, compañero.

El «compañero» sonó a latiguillo, a fórmula rutinaria que nadie se creía. Ferrer no dijo nada. Buscó la acreditación de investigador en un bolsillo interior del abrigo, cuidándose mucho de hacer gestos bruscos. Pendientes de sus manos, otros dos hombres armaron los fusiles, protegidos tras sacos terreros. Un movimiento en falso y dispararían. Se maldijo por no haber preparado antes el carné; a ningún centinela le

gustaba que el pájaro al que había dado el alto hurgase en los bolsillos. Las manitas bien a la vista era su lema internacional.

—Soy investigador de la consellería —explicó entregándole el carné.

A aquel individuo no le impresionaron ni los sellos oficiales ni la firma de Aurelio, bien legible e identificada. Allí el poder era él. Escrutó la jeta de Ferrer en el documento y la comparó con la del gachó de indudable buena cuna al que había parado.

—No se puede pasar sin causa justificada.

No lo había pronunciado como una orden tajante. Ferrer detectó un sutil «veamos qué te trae por aquí y luego decidimos». Bendita indisciplina. En «causa justificada» cabía cualquier motivo razonable. O eso esperaba.

—Vengo a ver a una persona. —Centraría el tira y afloja en la identidad del sujeto y no en si lo dejaban pasar o no. Da por hecho tu objetivo primordial y que tu interlocutor se pierda en los detalles, capítulo primero del manual del negociador.

—A los detenidos no se les puede visitar. ¿Traes una autorización?

—Es que no se trata de un detenido... Sé que te pongo en un apuro, pero no puedo decirte más; es una gestión confidencial.

—Mira, compañero, a lo mejor es que no me he explicado bien: por aquí no pasa ni el Durruti con toda su columna si no nos dice qué se le ha perdido en San Elías.

Ferrer fingió pensárselo. Finalmente suspiró y se encogió de hombros.

—Está bien... Vengo a hablar con uno de tus compañeros.

—¿Con cuál de ellos? Aquí hay mucha gente.

—Enrique Palau... Me dijeron que al alba era la hora ideal para encontrarlo.

—Y te dijeron bien. —Con un leve cabeceo hizo que sus compañeros bajaran las armas—. ¿No le estaréis buscando las cosquillas?

Fueron tantos los abusos cometidos en nombre de la revolución que los dirigentes anarcosindicalistas amenazaron con fusilar a todo aquel que delinquiera amparado en una causa a la que dinamitaba desde dentro. Las patrullas de San Elías estaban en el ojo del huracán y era normal la aprensión de los centinelas.

—¿Buscarle las cosquillas? —repitió Ferrer muy en su papel de humilde correveidile de la consellería—. Por supuesto que no. Lo que pasa es que en la Regional creen que puede colaborar en un asunto importante y tengo que hacerle un par de preguntas.

Un largo silencio.

—¿Ha vuelto ya la patrulla del Pintao? —El miliciano se dirigía a sus compañeros, las defensas habían caído.

—Ni media hora hará —respondió el más joven de los tres. Contaría con padrinos para permanecer todavía en retaguardia.

—Sigue hasta la entrada. Hay un puesto de guardia; pregunta por él allí. —El cincuentón se pasó la mano por la barba—. ¿Tienes tabaco? La madrugada ha sido larga y se nos ha acabado.

Ferrer no fumaba, nunca lo había hecho; sin embargo, sabía lo útil que era llevar un paquete encima en un país en el que casi todos los hombres lo hacían. Nada hermana tanto como el humo y el fútbol. Sacó una cajetilla de Ideales. El hombre cogió dos, uno se lo llevó a los labios y el otro se lo puso tras la oreja; sus compañeros se conformaron con un cigarrillo cada uno. La veteranía era un grado.

No tuvo que dar más explicaciones. Superado el filtro exterior, el responsable del puesto de guardia consideró que todo estaba en regla y se limitó a enviar recado a Palau. Este había identificado al segundo de los patrulleros asesinados, Estanislao Lladó.

Le hicieron aguardar en un distribuidor del que partían varios corredores. Pasaron por allí bastantes hombres armados y muchas corrientes de aire. A lo lejos, entrevistados a través de una puerta, dos tipos arrastraron a alguien que se había desmayado. A Ferrer se le erizó el vello del cogote y de los brazos.

—¿Querías hablar conmigo? —Enrique Palau salió de una habitación en la que descansaban varios patrulleros más. Su voz sonaba rota.

—Me llamo Ferrer. —Esta vez sí que tenía preparado el carné y se lo enseñó.

Palau le echó una ojeada de cortesía. El que le puso Pintao andaba falto de respeto y sobrado de mala leche. Un gran antojo le cubría el lado izquierdo de la cara y la oreja, cuya piel presentaba el aspecto cuarteado del cuero viejo. Llevaba al cuello un pañuelo rojo y negro. No era un simple adorno. El nudo se había aflojado y Ferrer pudo ver una cicatriz que le dividía la garganta en dos. Años atrás, alguien quiso rebanarle el pescuezo y casi lo consiguió; le dejó de recuerdo un pliegue rosado de oreja a oreja y la voz áspera como la arena mojada.

—Me imagino para lo que vienes. —Palau se abotonó una gruesa chaqueta de lana—. Vamos a dar boca en otra parte, aquí hay demasiados oídos.

Anduvieron entre edificios a medio levantar hasta llegar a una barraca endeble situada en un pequeño descampado. Era uno de los típicos baruchos que surgían por generación espontánea cerca de las obras en construcción y que subsistían de las borracheras de los albañiles y de timbas amañadas; cuatro paredes de madera, techo de lata y suelo de tierra que se regaba de tarde en tarde para evitar que se levantara polvo.

Se sentaron junto a la única ventana del local, cegada con un tablero. Un par de quinqués pugnaban, en vano, por iluminar la penumbra, aunque se bastaban para viciarlo todo con un humo denso de aceite de mala calidad.

Aquella paradita matinal formaba parte de la rutina diaria de Palau porque, sin necesidad de pedirlos, el mozo, un viejales orondo y dicharachero, le puso delante un bocadillo de chorizo y un generoso vaso de vino.

—¿Hace un vasito? —El viejo se dirigía a Ferrer. Su dentadura recordaba a un pequeño teclado de piano con más teclas negras que blancas—. Me lo traen

directamente de Tarragona.

—¿Tienes café? —En ayunas no le apetecía beberse un vino de los de a granel.

—Eso depende de a lo que llames café. —Palau intervino con la boca llena; varios trocitos de pan salieron disparados como metralla.

Al mozo, el sarcasmo le entró por un oído y le salió por el otro.

—¿Solo o *barrecha*?

—Solo, gracias.

—Toma nota, Pintao; hay quien da las gracias. A ver si lo traes más a menudo.

Dicho lo cual, volvió a la barra para regresar con una taza de cerámica desportillada. Solo alguien muy cegato o muy desesperado se habría bebido el contenido, una aguachirle amarronada.

La ruidosa entrada de un par de taxistas distrajo la atención del gordo y les permitió hablar con relativa libertad.

—Me ha parecido que no te sorprendías al verme —empezó Ferrer.

—Pues no. —Palau bebió un sorbo de vino para aclarar la garganta; a pesar de todo, estaba nervioso—. Lo que no era normal es que después de lo que le pasó al Estanislao nadie viniera a hacerme unas preguntas. Y más cuando el Aurelio en persona me mandó llamar y me pidió que no me fuera de la lengua, que el asunto era *delicao*.

—¿Tienes idea de quién pudo matar a tu compañero?

—Vete tú a saber. —Dejó medio bocadillo en el plato; la conversación no era de las que estimulaba el apetito—. Al pobre lo machacaron, y eso es lo que no me encaja. No sé. A los de San Elías nos la tiene jurada mucha gente y cualquiera pudo ensañarse con él porque no podía llegar a los de arriba... Esos siempre van muy protegidos.

—¿Te explicaron que unos milicianos lo identificaron erróneamente?

—Eso me dijeron... pero me sonó a excusa de mal pagador. Más bien me parece que los del depósito metieron la gamba y luego no sabían qué inventarse para salvar la cara.

—¿Por qué crees que mintieron?

—El Estanislao estuvo embarcado de joven. Tres años o algo así. A la que podía te explicaba sus batallitas... Recorrió la ruta de Oriente varias veces: Filipinas, Indochina y toda la pesca. En Manila se hizo un tatuaje durante una borrachera. En la mano. Era una mujer a la que, según cerraba los dedos, desnudaba... y se le empalmaba el nabo. No he visto otro igual. Es imposible que alguien se equivocara al identificarlo; si es que no lo hizo a propósito. ¿Y para qué tendría que mentir?

Buena pregunta.

A Ferrer se le ocurrieron varias respuestas que se reservó.

—¿Sabes lo más gracioso de todo? —El vino animó las facciones de Palau—. Nuestra patrulla nunca ha detenido a nadie. No estábamos por aquí al principio, cuando se ocuparon de los curas. Nosotros nos dedicamos a la inspección de

domicilios, a hacer requisas y a cobrar las multas que pone la Oficina Jurídica.

Se calló e hizo un gesto al mozo, que dejó aparcada una acalorada discusión sobre si en tiempo de guerra debía jugarse la liga de fútbol y le llenó el vaso. El patrullero esperó a que regresara a la barra y volviera a pontificar antes de concluir su discurso. Señaló con la barbilla hacia San Elías.

—Aquello está lleno de cabrones, no voy a ser yo quien lo niegue, pero también hay cabrones del PSUC en el Colón, del POUM en el Falcón y un montón de fascistas cabrones al otro lado, los que más. —De un trago apuró medio vaso—. Estamos en guerra y a los hombres nos salen los peores instintos... pero el que le hizo aquello al Estanislao se cargó a un tío decente, ¡joder! Y mira que tenía donde elegir.

Palau se quedó desinflado. Ferrer no dijo nada más, cualquier palabra sobraba. Se puso en pie, dejó un duro sobre la barra y salió del bar. Iba siendo hora de acercarse a la casa de los muertos.

—No es él —sentenció el hombre con la cara casi pegada a la fotografía.

La mujer pequeña y delicada que le colgaba del brazo no dijo nada; hipaba y no podía contener unos lagrimones como uvas que le corrían mejillas abajo, bordeando la nariz respingona y pecosa.

El hombre, maduro, alto, pelo canoso bien peinado, se alejó un poco de la fotografía y se quitó las gafas.

—No, no es él —repitió con un tono que no admitía réplica y lo suficientemente alto como para que se enterase hasta el último interno del Clínico.

Mentía.

Sus hombros se habían hundido y las manos le temblaban tanto que necesitó tres intentos para atinar con las gafas en el bolsillo de la americana. Llevaba un traje de categoría, un corte de *Klein*, que le iba muy holgado. Los disgustos y los nervios acumulados aquellos meses le habrían hecho perder un par de tallas si, conforme evidenciaba su porte, había sido un próspero empresario o profesional antes del pronunciamiento. Acarició los dedos con los que la mujer se sujetaba a su codo y salieron por la puerta del depósito hacia el patio adoquinado procurando no llamar la atención.

A Ferrer no le sorprendió la escena. No era un caso aislado. Muchas familias, tras identificar a uno de los suyos, negaban la evidencia y no se lo comunicaban a los responsables del servicio para evitar posibles represalias o interrogatorios comprometidos. Los más decididos recurrían a algún conocido bien relacionado con las autoridades, o partidos y sindicatos, para que realizara la correspondiente identificación oficial y reclamara, en su nombre, el cuerpo.

Observó cómo la pareja se alejaba ante la indiferencia de los guardias y de otros visitantes y se quedó solo frente a docenas de imágenes de cadáveres de filiación

desconocida. Habían comenzado a exponerse cuando se prohibió enterrar a nadie sin haberlo fotografiado para permitir su posterior reconocimiento. Se fijó en la instantánea que había provocado tanta pena: un hombre joven de nariz respingona y pecosa que aún tenía rastros de sangre en la comisura de los labios y junto a la oreja. A pesar de que le habían recompuesto el rostro, la cara estaba deformada por un balazo en la mandíbula.

Se presentó en un mostrador y declinó la ayuda de un celador que se ofreció a hacerle de guía. Conocía bien el Hospital Clínico y, en especial, el Depósito Judicial de cadáveres, en el que había estado en numerosas ocasiones recabando datos sobre el fallecimiento de alguno de los asegurados en las compañías que le contrataban.

Unas escaleras descendían a la morgue, un recinto abovedado que hedía a formol y desinfectante. El suelo estaba ligeramente inclinado hacia un sumidero por el que se escurrían regueros de agua y sangre. Varios cuerpos tapados con sábanas descansaban en unas largas mesas improvisadas con tablones colocados sobre caballetes.

Dos empleados, vestidos con delantales impermeables llenos de manchas rojizas, limpiaban el cuerpo desnudo de un individuo cosido a balazos cuyo bisoné descansaba mojado junto a su cabeza calva y esférica, un nido caído del árbol tras la tormenta.

—Para mear se tenía que buscar el pijo al tacto; es imposible que se lo viera con este pedazo barrigón. —Uno de ellos se dirigió a Ferrer mientras se esforzaba por evitar que el agua de una manguera salpicara el cigarrillo que se estaba fumando. El humo era un óptimo aislante frente a los olores repulsivos de los cadáveres.

Ferrer se fijó mejor en la barriga del muerto: un desagradable abombamiento de piel pálida y peluda que, de tan grande, parecía postiza.

—¿Lo han paseado? —Ferrer se apoyó en una camilla.

—A este no. Le dieron *mulé* en el Barrio Chino... —El sanitario locuaz propinó un codazo a su compañero, que giró la boca de la manguera para cortar el agua—. Aquí el colega tiene un *cuñao* que es policía en las Atarazanas y nos ha dicho que fue un ajuste de cuentas.

El aludido también fumaba. Dio una profunda calada a su colilla y, sin tocarla con los guantes húmedos, la llevó con habilidad de malabarista hacia un lado de la boca, en donde la dejó colgando. Pidió disculpas y se fue a complimentar el papeleo.

—Parece que el andaba chuleaba a unas cuantas putas y empezó a joderle el negocio a algún veterano... Total, que saliendo de una pensión, ¡pim!, ¡pam! y sanseacabó. —Locuaz, completó la historia—. Si te metes en esto, hay que tener más huevos que nadie.

—Mueve demasiado dinero para andarse con bromas —sentenció Ferrer. Sacó las fotos de los patrulleros muertos y las desplegó en abanico sobre la camilla, una perversa mano de naipes—. Los trajeron en diferentes días, siempre por la mañana.

—Pues entonces son nuestros. —Las miró sin mucho interés. Estaba harto de ellas.

—¿Te suenan? —preguntó Ferrer.

—¿Estás de guasa? ¿Sabes cuántos besugos tal que estos he visto? En lo peor de agosto no dábamos abasto. Son solo trabajo y no te quedas con sus caras... a menos que sea una gachí de las que quitan el hipo.

Se arrepintió en el acto de sus palabras. Recordaba todavía el escándalo que se montó cuando un mosén metomentodo encontró semen en el pubis de una adolescente que se había suicidado con matarratas y que había entrado en el depósito con sus partes limpias de secreciones masculinas. No empapelaron a nadie porque no encontraron al culpable. Pudo ser cualquiera: un celador, un camillero, un médico y hasta el cura de las narices. De Pascuas a Ramos les llevaban el cuerpo de alguna chica que estaba francamente bien y, ya que no había hijo de vecino que no tuviera necesidades carnales, la tentación estaba servida. Puestos a ser sinceros, pensó, su mujer era mucho más fría en la cama que cualquier muerta con la que hubiera tropezado.

—¿Puedo hablar con algún médico que estuviera presente? —Ferrer recogió las fotos obviando los devaneos necrófilos de su interlocutor.

—No te será de mucha ayuda... Les pasa lo que a nosotros: no se fijan. —Se alegraba de aparcar el tema de las mujeres—. Eso si encuentras a alguno que estuviera por aquí ese día, que no lo creo. Si tienes mucho interés, puedes probar suerte con los de las ambulancias; a esta hora se echan unos pitillos ahí arriba.

«Ahí arriba» eran los jardines de Giner de los Ríos, bajo la columnata clasicista de la entrada a la Facultad de Medicina y el Hospital Clínico. Era difícil imaginarse que hacía unos años aquello había sido un conglomerado de descampados, barracas de los trabajadores andaluces y murcianos venidos para los grandes proyectos urbanísticos de los años veinte y unos pocos bloques de viviendas, islotes de ladrillo surgidos aquí y allá. No muy lejos se encontraban la enorme prisión celular y el popular mercado del Ninot.

Ambulancias y camionetas con distintivos sanitarios estaban aparcadas junto a los jardines. Algunas llevaban inscripciones que proclamaban que el vehículo había sido donado al pueblo español por tal ciudad francesa o inglesa. Una docena de individuos con diferentes uniformes fumaban y charlaban formando corrillo.

—Buenos días —los saludó Ferrer con una medio sonrisa que imaginó desenvuelta y amistosa.

Dos o tres de ellos respondieron con desgana. Era evidente que había interrumpido una conversación que no le importaba a nadie ajeno al gremio de las emergencias.

—Perdonad. —Dos docenas de ojos se le clavaron—. He venido a pedir vuestra colaboración. Estamos investigando tres asesinatos y pensamos que podéis sernos de ayuda.

—¿Quiénes sois los que pensáis eso? —Un camillero bajito y recio se erigió en portavoz—. Aparte de ti, quiero decir.

Ferrer se fijó en sus insignias del PSUC. Comunista. Mala cosa si uno llevaba sus documentos firmados por dirigentes anarquistas. Era como presentarse en casa de Caperucita Roja con un carné de lobo feroz, o viceversa. En la Barcelona de 1936 no se sabía muy bien quién era qué.

—Es un asunto oficial, de la Consellería de Seguridad.

—¿Llevas identificación?

La cartera de Ferrer corrió de mano en mano hasta completar el círculo. Si todos los presentes eran de la misma cuerda ideológica, la rúbrica de Aurelio debía de haberles sentado como una patada en el hígado. Tomó nota para pedirle a Albert, el falsificador amigo de García Oliver, que le fabricara unos papeles firmados por Stalin en persona.

—Busco información sobre estos tres. —Sacó el fajo de fotografías y las fue distribuyendo entre los que tenía más cerca—. Aparecieron en distintos lugares durante el mes pasado.

—¿Y qué tenemos que ver nosotros? —intervino otro del grupo. Tenía la cara grabada por cicatrices de viruela.

—Quiero saber si recordáis algo que nos pueda ayudar a establecer qué pasó y quién lo hizo.

—Te sería mucho más fácil preguntárselo a tus camaradas de la FAI. —Caragrabada no se anduvo por las ramas—. Son especialistas en cepillarse a la gente.

—Yo no tengo camaradas. —Ferrer golpeó con la palma de la mano el bolsillo en el que había guardado la cartera—. El único sello que luce mi documentación es el del gobierno. Y es el gobierno el que quiere terminar con esta sangría.

—Un poco tarde, ¿no? Llevamos meses recogiendo cuerpos sin que nadie haya movido un dedo...

—Luego dejemos que se siga matando, al fin y al cabo todos lo hacen... ¿Es eso lo que quieres decir?

—No, no es eso. —Al sonrojarse, las picaduras de la viruela resaltaban aún más.

—Entonces, échame una mano. —Confiaba en que alguien que ve a diario la cara más indecente de la muerte fuese receptivo a sus razones—. Si quieres, discutimos hasta mañana quién ha dado más paseos, que aquí no se libra nadie... pero en algún momento habrá que decir basta.

Cuando creía que podría convencerle, sonaron varios disparos muy cerca.

El grupo se dispersó y Ferrer rodó buscando protección tras unas plantas. Se tendió bocabajo y se pegó a tierra examinando los alrededores para localizar al paco en los tejados o el coche fantasma desde el que los estaban tiroteando. No vio nada. En un gesto automático había desenfundado el revólver y lo empuñaba con decisión, el brazo izquierdo recogido delante del cuerpo, el derecho acodado en el suelo, la pistola a la altura de los ojos y las piernas abiertas para equilibrarse mejor, como

aconsejaban los instructores de tiro. Una posición forzada pero ideal para no llamar la atención de los atacantes.

En la entrada de la facultad, los vigilantes se habían guarecido tras las columnas. Unas cuantas cabezas de viandantes temerarios asomaban por los portales cercanos. Sonaron dos disparos más y Ferrer pudo ver humo entre unos vehículos estacionados a una veintena de metros.

—¡Es un aparato Centinela que ha *saltao*! —anunció una voz irritada—. ¡Mecagüentoloquesemenea!

Lanzando maldiciones, hombres y mujeres de todas las edades empezaron a salir de sus parapetos. Ferrer se puso en pie, se sacudió los pequeños guijarros y las briznas de hierba que se le habían pegado a la ropa, desarmó el revólver y lo devolvió a la funda de la cadera.

Muchos curiosos se arremolinaban junto a un automóvil marrón y grande del que salía una tenue neblina. Los conductores y camilleros también se acercaron al coche y lo observaban bromeando. Tras el susto, las risas.

Un Centinela. Se habían vendido bastantes a principios de la década. Eran unos aparatos de alarma que producían fuertes detonaciones, mucho humo y, según sus fabricantes, hasta lanzaban relámpagos, cosa que Ferrer nunca pudo verificar.

Después de la conmoción, dio por finiquitadas sus posibilidades de conseguir información y decidió marcharse. Más adelante evaluaría si valía la pena volver a insistir, aunque dudaba de que pudiera obtener algo útil.

Con el Clínico todavía a la vista oyó unos pasos apresurados a su espalda. Caragrabada apretaba para darle alcance sin correr, con un trote cochinero que no llamara la atención de los viandantes.

—Espera, tengo que hablar contigo.

Ferrer acortó el tranco y empezó a girarse.

—No, aquí no... No quiero que me vean mis compañeros. —El tipo resoplaba.

Al doblar la primera esquina, Ferrer se detuvo.

—¿Qué quieres? —preguntó.

—Oye... ¿hay alguna recompensa para el que os eche una mano?

—Eso depende de lo que me des... No vamos a regalar el dinero, pero hay diez duros si vale la pena.

—Yo recogí a uno de aquellos tres besugos... —El aliento le apestaba a indigestión y anís barato.

—Un momento. —Sacó las fotografías; le haría un par de preguntas para comprobar que no mentía—. ¿A cuál de ellos?

—A este. —No dudó al poner el dedo sobre una de las fotos.

—¿Dónde lo encontrasteis?

—En el hipódromo, con otros tres apiolados.

Era verdad.

—Mira —se pasó la lengua por los labios, la única parte de su rostro que no

estaba grabada—, si hablas con cualquiera de mis compañeros te dirá que no se fija en los muertos, que es una rutina y que de tanto trabajar con ellos todos te parecen lo mismo...

—¿Y?

—¡Es mentira! No hay dos muertos iguales. —Acercó su cara a la de Ferrer, vehemencia de bebedor—. De este me acuerdo bien. Lo habían desvestido, y eso no es normal... Que se lleven los zapatos, pase... y el abrigo o la chaqueta si no se han echado a perder con las balas y la sangre... Pero ¿los calzoncillos? Siempre están sucios de... Bueno, en cuanto ven lo que les aguarda se van patas abajo.

—Eso te lo podría haber dicho yo sin tanto misterio y con algo más de respeto por los muertos.

—Déjame seguir... A este pavo lo hincharon a hostias, lo despelotaron y lo pelaron de un solo tiro en la nuca, nada de ametrallarlo o fusilarlo. Solo uno, como el descabello. No recuerdo haber recogido a ningún otro así en los paredones.

—Hasta ahora no me has dicho nada que no supiera ya.

—Falta lo mejor... Mira, llevo un montón de años en esto y siempre me llama la atención la cantidad de sangre que cabe en un cuerpo. Pero debajo de ese sujeto el suelo estaba limpio, no había ni una gota. —Su sonrisa era poco más que un fruncimiento de labios—. ¡Se lo ventilaron en otro sitio y luego lo tiraron allí! No fue un paseo. —Observó la reacción de Ferrer—. ¿Vale o no vale eso diez duros?

Era poco más de mediodía y estaba cansado. No había parado ni un minuto desde que se levantara de madrugada para ir a San Elías. Rebañaba con apetito el caldo de la escudella que todos los lunes le preparaba la señora Julia. Cada semana con más col y menos carne. La guerra era una mala aliada de la buena mesa.

Entre bocado y bocado repasaba las fichas en las que había escrito nombres e ideas que surgieron en los interrogatorios de la mañana. Un hábito para no olvidar los pequeños detalles y que le invitaba a reflexionar sobre los hechos. A veces, como ese día, le echaba una mano con los acertijos más o menos complejos. Un pequeño esfuerzo que merecía la pena.

Sin disponer todavía de pistas que apuntaran en una dirección concreta —era muy pronto aún—, tenía suficientes datos para responder a preguntas que le inquietaban desde el primer día. Saber por qué los asesinos se molestaron en desnudar a aquellos desgraciados o por qué se arriesgaron a transportar los cadáveres a sitios en los que serían descubiertos en vez de enterrarlos en un lugar remoto eran cuestiones que, sin ser esenciales para la resolución del caso, le ayudarían a comprender cómo había funcionado aquel engranaje criminal casi perfecto.

Las respuestas las tuvo siempre ahí.

Reprimió su tendencia a la autocrítica desmesurada, uno de los rasgos de su carácter que más detestaba, y se dijo que hasta el interrogatorio al sanitario no había

dispuesto de todos los elementos.

Un crimen era tanto más perfecto cuanto mejor escondidas estuvieran las pruebas. Y los cuerpos eran la prueba básica. Desprenderse de ellos era difícil. Los muertos tenían una tendencia sobrenatural a reaparecer en los momentos más inoportunos, con independencia de lo recóndito del lugar en que se les sepultara.

El plan de los asesinos de patrulleros era audaz y de una relativa simplicidad.

Lo prioritario, para ellos, no era desprenderse de los cadáveres, sino que los cuerpos no fuesen identificados; sabían que si los anarcosindicalistas descubrían que se habían cargado a tres de los suyos, intentarían, por todos los medios, dar con los culpables, y no querían asumir riesgo alguno.

De no haber sido por el siempre desconcertante factor humano, Ferrer estaba seguro de que este plan habría funcionado y las filas de la CNT contarían ahora con tres afiliados misteriosamente desaparecidos y él seguiría sin trabajo e interrogándose sobre su futuro inmediato.

Aquellos tipos habían decidido extraviar los cadáveres en el limbo burocrático.

Primero los desnudaron, despojándoles de cualquier elemento físico que los relacionara con los servicios de vigilancia de la retaguardia. A continuación, los abandonaron en zonas en las que, a diario, aparecían personas tiroteadas; así no se crearía una especial alarma, más allá de las habituales condenas de algunos políticos y del recuento de *La Vanguardia*.

Después vino el toque maestro: la utilización de los mecanismos legales del Depósito Judicial para escamotearlos. Entraron en escena los dos supuestos milicianos de permiso en Barcelona. En una visita al hospital mintieron cuando dijeron reconocer a dos de los muertos, a los que señalaron, en falso, como compañeros de armas. Cumplieron los trámites correspondientes y, de esta manera, las fotos fueron retiradas, los expedientes archivados y los dos cuerpos acabaron en el cementerio con una identidad que no les pertenecía.

Los cadáveres evaporados para siempre. Genial.

Como era de esperar, de los milicianos de permiso nada más se supo. Excusándose en las dificultades de comunicación con las líneas avanzadas del frente y a que no se sabía en dónde combatían exactamente, nadie se molestó en comprobar si existían y si su historia era cierta.

El tinglado se vino abajo con el tercer patrullero. Los criminales no contaron con la inmediata, desesperada, reacción del hermano de la víctima y no tuvieron tiempo de montar el numerito del falso reconocimiento. Si hubiesen dispuesto de algunas horas más, el rastro de aquel hombre también se habría perdido entre cientos de expedientes en los archivos del Clínico. El crimen casi perfecto habría sido perfecto del todo.

La irrupción de los dos milicianos fules confirmó a Ferrer que no se enfrentaba a un asesino solitario, sino a un grupo organizado. A falta de lo que el doctor Ripoll averiguase sobre las acciones armadas de los falangistas, o de algún dato nuevo que

le sorprendiera en los próximos días, se inclinaba, además, por descartar el móvil político. En las represalias tenía tanta importancia eliminar a un rival concreto como enviar un aviso a los demás. Ocultar el homicidio no servía a estos propósitos.

Echó un vistazo al reloj. Era más tarde de lo que suponía y tenía un par de visitas pendientes.

Antes de salir del piso comprobó que el revólver estuviera cargado, el tambor girase y no hubiera suciedad en el ánima. Lo encajó en su pistolera de cuero y fue hacia el dormitorio. Accionó un resorte del secreter liberando un pequeño panel de madera. Tapaba un hueco. Metió la mano, sacó una caja de balas y guardó unas cuantas en el bolsillo de la chaqueta. Con aquellos asesinos, toda precaución era poca.

Saltaba a la vista que la mujer de la casa no tenía una vida de pareja que la satisficiera. Se necesitaría un microscopio para encontrar una sola mota de polvo en aquel minúsculo comedor. Ferrer se la imaginaba sacando brillo a las baldosas durante horas. Sublimación. Al estilo de un motor psicológico, la energía sexual insatisfecha se transformaba en energía rotatoria que accionaba el brazo; con una bayeta o un cepillo en la mano se conseguía tenerlo todo más limpio que los chorros del oro.

Los muebles eran de poca calidad, pero estaban bien cuidados. Tapetes de ganchillo contrastaban con el tono oscuro de la mesa, las cuatro sillas y el aparador con espejo. Quedaba el espacio justo para moverse y no dejarse la cadera en las esquinas de los muebles. En una pared colgaban fotografías familiares: una pareja el día de su boda, una niña en su primera comunión y un grupo de jóvenes posando en una fuente de los alrededores de Barcelona. En la vitrina brillaban unas copas y algún que otro bibelot.

En contraste con esas baratijas, dos objetos iluminaban la habitación desde el aparador. Destacaban como un niño sueco en un coro de guineanos. Se acercó para estudiarlos mejor: una ensaladera y un frutero de finísima porcelana y de factura exquisita. Sobre un fondo azul cobalto, que solo los maestros de Sèvres habían sido capaces de conseguir, unas líneas de oro en relieve rodeaban varios círculos blancos que mostraban diferentes aves del paraíso de una rara perfección.

El compañero Abdón tenía la mano larga. Habría necesitado su sueldo de años para comprar aquellas dos bellezas, y, de disponer de semejante cantidad de dinero a tocateja, bastaba con ver el piso para concluir que tendría otras prioridades de gasto.

En un lugar de honor, junto a las porcelanas, estaba expuesta una fotografía en un marco plateado con lazo negro de luto: dos futbolistas posando orgullosos en el campo. Gemelos. Una relación fraternal especial, mágica. Se preguntó cuál de ellos sería Abdón, el patrullero que, al buscar a su hermano, destapó los crímenes.

—¿Te gusta el fútbol? —Desde el pasillo, corto y oscuro, apareció cojeando uno

de los dos futbolistas del retrato, con veinte años más y mucho pelo menos.

—Sí, me gusta. No con locura, pero procuro seguir la liga.

El futbolista se acercó a Ferrer y cogió la foto.

—Teníamos diecinueve años. Yo era un buen jugador... Lo fui hasta que me rompieron la rodilla. Estaba en vísperas de firmar por el Europa.

Su esposa entró con una bandeja. Colocó sobre la mesa un paño grueso y puso encima dos vasos y una botella de anís. Ferrer se fijó en el cardenal que tenía en el pómulo, bajo el ojo derecho. Un puñetazo. No se lo había visto antes, cuando le abrió la puerta. Los polvos cosméticos lo disimulaban si no había suficiente luz. Ella se dio cuenta y se le enrojeció la frente. Salió sin decir ni pío.

Sintió una antipatía inmediata hacia su interlocutor. Una actitud poco profesional, pensó, aunque perfectamente humana.

—Siempre he tenido clavada aquella espinita. —El hombre dejó con cuidado la fotografía en su sitio y fue hacia el balcón, un saledizo estrecho desde el que se veía la Travesera, la calle Lepanto y una parte del campo de *sports* del Europa—. Por eso, de recién casados nos vinimos a vivir aquí, a dos pasos del campo. No me he perdido un partido desde hace diez años.

—Eso es fidelidad.

—Sí. Puedes cambiar de mujer y hasta de sindicato, pero no de equipo. Estuve con él a las duras y a las maduras.

—En las últimas temporadas, más duras que maduras.

—¡Qué se le va a hacer! En abril del 31, en dos semanas me llevé el disgusto más grande de mi vida, con el descenso a segunda división, y la mayor alegría, cuando el rey se fue con el rabo entre las piernas.

—Así son las cosas, pocas veces nos vienen bien dadas solamente.

Abdón hizo un gesto para que Ferrer se acercase. Este le siguió el juego con desgana y solo asomó la cabeza. No se fiaba de que aquel trozo de cemento soportara el peso de los dos.

—Mira allí. —Abdón señalaba hacia la derecha; Ferrer solo veía fachadas sucias—. Entre aquellas dos manzanas pasa la calle Espronceda.

—No tenía ni idea.

—¿Sabes quién vive allí?

—Más seguidores del Europa, supongo.

Sus carcajadas sonaron demasiado fuertes para ser sinceras; lo estaba calibrando o notaba que algo no iba bien.

—No, no... Seguidores encontrarás en toda Gracia. En Espronceda vive el García Oliver. En el 72. A veces nos reuníamos con los compañeros en una fonda cerca del Hospital de San Pablo.

Ferrer intuyó hacia dónde pretendía conducirlo Abdón con la clase de geografía urbana. Decidió cortarle las alas.

Los fanfarrones que se hacían los importantes lo sacaban de quicio.

—No me sueltes el rollo del «tú no sabes con quién estás hablando». Antes lee esto. Tengo plenos poderes para interrogarte y hasta para detenerte.

Le tendió su carné de investigador. Abdón lo acercó y alejó de la cara varias veces hasta que consiguió enfocar lo. Ferrer siguió su trabajosa lectura por el movimiento de los labios. Cuando hubo terminado, el patrullero se lo devolvió sin rechistar.

—El que está contigo en la foto, ¿era tu hermano, al que asesinaron? —Ferrer colocó su cuerpo bloqueando, como por casualidad, el paso del balcón al comedor.

—Sí, Vicente se llamaba, aunque supongo que ya lo sabes. ¿Me dejas entrar? Necesito sentarme, la rodilla me está matando.

—Luego. El aire fresco ayuda a recordar las cosas.

—No hay mucho que recordar. Algún hijo de puta lo escabechó.

—Vamos, vamos, Abdón. ¿Has leído bien el carné? ¿Quieres que te lo vuelva a dejar? ¿O acaso me tomas por un lila?

—No sé qué quieres decir.

—Creo que barruntas por qué mataron a Vicente. Le mentiste a Aurelio y ahora me quieres mentir a mí. Solo que conmigo lo tienes crudo. Me importa un rábano los cafés que te hayas bebido con García Oliver o lo importante que te creas.

—Oye, oye, para el carro. Estás en mi casa, joder, y no voy a tolerar que me lleses mentiroso. He colaborado en todo lo que se me ha pedido y no tengo por qué aguantar tus insultos. ¿Te apartas y me dejas pasar o te aparto yo?

—Inténtalo. A lo mejor hasta lo consigues, aunque soy bastante más alto y fuerte que tu mujer.

Abdón perdió el color, aparcó su aire retador y se apoyó en la baranda: la rodilla no le sostenía bien.

—Tu amigo de la calle Espronceda ha escrito algo sobre los degenerados que maltratan a sus mujeres. —Ferrer mantuvo el tono agresivo—. ¿Prefieres hablar con él? De paso le explicas de dónde han salido la ensaladera y el frutero, también está encantado con los que van por ahí robando con el brazal de la CNT. Eso si no encontramos otras cosas que hayas ido pillando.

—¡No hay nada más! —Admitida la culpa, Abdón intentó minimizar los daños—: No soy un ladrón. Me los dio un tío al que fuimos a cobrar una fianza para la Oficina Jurídica. Era un mandamás del Foronda, el de los tranvías. Tenían un montón de demandas por atropellos, accidentes y cosas así. Las habían toreado durante muchos años, pero el compañero Barriobero, el de la Oficina, les paró los pies.

—¿Te acompañaba tu hermano?

—Sí. El tío finolis se cagó; se pensaba que lo íbamos a pasear. No sé de quién fue la idea de darle un sablazo, pero le sacamos el dinero de la fianza para la Oficina Jurídica y un montón de cacharos para nosotros. Nos dijo que valían un dineral.

—¿Pudo vengarse luego y hacer que dieran boleto a tu hermano para daros una lección?

—Qué va. Le metimos tanto miedo que no dará señas... Eso si no se ha pasado ya y anda por la zona fascista.

—Entonces, ¿quién crees que lo mató?

—No tengo ni idea.

—Abdón, Abdón... no me la juegues de codillo. A la que viste que Vicente no se presentaba en el local, montaste el cristo. No aguardaste ni un minuto por si se hubiese ido de putas o estuviera durmiendo la mona. Dejaste colgada a la patrulla y removiste cielo y tierra para dar con él.

—Mi hermano era muy cumplidor, nunca llegaba tarde.

—Siempre hay una primera vez, solo que tú no creías que aquella lo fuese. Sabías que estaba metido en algo lo suficientemente peligroso como para que lo pudieran matar. Por eso fuiste a escape al Depósito Judicial del Clínico.

Ferrer había dado en el blanco. Si no llega a ser por la barandilla, Abdón habría caído a la calle; el miedo lo había dejado sin fuerzas.

—¿En qué andaba metido Vicente?

—Formaba... Estaba liado con un grupo de acción.

—¿Un qué?

—Un grupo de acción, una patrulla que actuaba por su cuenta eliminando enemigos de la revolución.

Incontrolados en estado puro. Habían impuesto su ley después de la victoria sobre los militares, aprovechando el vacío de poder. Hasta qué punto fueron amparados o tolerados después por los partidos del Frente Popular y los sindicatos era algo que, quizá, nunca se conocería. Saber que en el otro lado las cosas estaban igual, o peor, era un magro consuelo para quienes, como Ferrer, no creían en la bondad de las pistolas.

—¿Se metió con quien no debía? ¿Es eso lo que quieres decirme, Abdón? —siguió apretando.

—Hablaba muy poco de lo que hacía con el grupo. Anduvo muy nervioso el día que se cargaron al Trillas.

—¿El del puerto?

Abdón asintió. Desiderio Trillas había sido uno de los líderes sindicales más importantes del puerto de Barcelona en una época de gran violencia. Encabezó numerosas huelgas que, en unas ocasiones, sirvieron para mejorar las condiciones de trabajo de los estibadores y, en otras, para mostrar quién mandaba allí. Empezó representando a la CNT, acabó en la UGT y con los comunistas. Algunos no le perdonaron nunca el peregrinaje ideológico. Este drama se representaba, además, en unos muelles que eran un nido de corrupción en el que se movía mucho dinero gracias al contrabando y al tráfico ilegal de estupefacientes y de personas. A finales de julio asesinaron a Trillas. Sobraban los sospechosos.

—¿Tu hermano estuvo implicado en el asesinato?

—No lo sé. Lo que pasa es que era estibador y tuvieron más de un encontronazo.

Verlo tan nervioso y pensar que estuvo liado en el asunto fue todo uno.

—Y colegiste que los compañeros de Trillas mataron a tu hermano en represalia. ¿Es eso?

Abdón no respondió. Se dejó resbalar hasta el suelo, manteniendo estirada la pierna inútil. Ferrer dio por concluido el interrogatorio.

Estaba a medio comedor, yéndose, cuando se giró e hizo una última pregunta.

—¿Te habló de sus compañeros del grupo? ¿Dijo algo de un tal Estanislao Lladó o de Damián Tielmes?

—No, no me suenan. —Levantó la mano derecha—. ¡Joder, échame un capote!

Lo dejó con el brazo extendido, esperando en vano que le ayudara a ponerse en pie. Ferrer abrió la puerta del piso y aguardó infructuosamente unos segundos por si salía de nuevo la mujer. Mejor así. Poco podía hacer por ella en aquellos momentos; nada útil, en realidad. A pesar de eso, no dejaba de sentir su soledad, la soledad de las víctimas, como una puñalada en su conciencia. Estaría escondida en alguna habitación, avergonzada de que un desconocido hubiese visto su cara marcada. La víctima sintiéndose culpable. La violencia tenía aquellas extrañas paradojas.

IV

LA AVENTURA DEL PATRULLERO ESCURRIDIZO

Ferrer se frotó las manos para entrar en calor. Volvía a ser una madrugada helada y la calle, como casi todo el Barrio Chino, estaba prácticamente a oscuras. Una solitaria farola, pintada de azul para amortiguar la luz, no iluminaba más allá del pequeño círculo de claridad a sus pies.

No le quitaba ojo a las ventanas de un raquítico edificio. Hacía cosa de un par de horas había subido a su tercer piso y llamado con insistencia a la puerta de Trinidad Rodríguez, el patrullero que le había rehuido, sin que nadie diera señales de vida; o estaba sordo o no quería abrir. Ferrer prefería no pensar en una tercera alternativa: sumar otro cadáver al caso lo complicaría aún más.

La noche se le estaba haciendo cuesta arriba. Tras cenar en un bar cercano a la casa de Abdón, regresó a la calle Rosal para interrogar a Trini y cerrar aquella fase de la investigación. Un atribulado Jerónimo, el coordinador de las patrullas, le juró, por todos los revolucionarios ibéricos desde Viriato, que Trini seguía sin aparecer desde que los dejara tirados la noche anterior.

El patrullero había desarrollado su actividad de noche y de madrugada, por lo que, aunque modificara el horario, su organismo seguiría manteniendo un ritmo vital propio. Lo más probable, pensaba mientras vigilaba la casa, era que a aquellas horas anduviera desvelado y muy nervioso.

Encierra a alguien en un piso minúsculo, asústalo, azuza su paranoia y, tarde o temprano, moverá la cortina para mirar a la calle, delatando su presencia mientras busca enemigos reales o imaginarios. Punto uno de la teoría Ferrer sobre el corrimiento de cortinas. Por eso estaba plantificado en aquella esquina, regada por micciones humanas y caninas, y no porque le apeteciera jugar al escondite.

Las esperas largas eran lo más tedioso de su trabajo. Hacía lo posible por evitarlas y tuvo en nómina a dos ayudantes, Lorenzo Blanes y Ricardo Mañá, que se encargaban de los seguimientos rutinarios y de los interrogatorios menos comprometidos. A ambos les había perdido la pista tras los acontecimientos de julio.

Lorenzo era joven, intuitivo y despierto, muy hábil al volante y de una simpatía arrolladora que le abría puertas allá donde otros se estrellaban contra un muro. No tenía mucha instrucción, pero la había suplido con una enorme curiosidad. La última vez que lo vio fue cuando vino a pedirle un certificado laboral. Estuvo muy misterioso, pero, por lo que le sonsacó, iba a incorporarse a un nuevo servicio de inteligencia de la Generalitat cuya sede estaría en la casa Sedó.

A Ricardo lo contrató tras una recomendación de Pepe Sagredo. Pepe era policía y uno de los mayores expertos europeos en dactiloscopia. Coincidieron en un turbio

asunto de falsificación de escrituras de propiedad y, desde entonces, mantuvieron una relación cordial. Ricardo había trabajado para Detective Station, otra agencia de Barcelona; tenía mucha experiencia y poca imaginación; era tenaz, ordenado y un monárquico convencido, por lo que discutían a menudo por culpa de la política. Ferrer temía que se hubiese involucrado en el golpe y que hubiese muerto en los combates o ejecutado días después. No volvió a saber de él.

Pensaba todavía en ellos cuando el edificio parpadeó. Un guiño de luz apenas perceptible. Su teoría sobre la cortina se había cumplido, como siempre.

Oliver Hardy, por mentar a un gordo popular, se atascaría en aquella angosta escalera de paredes mal pintadas y olor a col hervida. La subía por segunda vez esa noche, solo que, durante la espera en la calle, había pulido un plan para entrar en el piso.

Marcó el paso, golpeando cada escalón para que se oyera bien. Llegado al tercero, giró el timbre de palomilla de la única puerta del rellano. Nadie respondió. Usó el puño dos o tres veces más. Nada. Se presentó a voces en nombre del sindicato. Ni por esas. Tirar la puerta abajo lo dibujaban sencillo en las novelas, pero era poco recomendable en la vida real, sobre todo si se sabía que al otro lado disponían de armas.

Bajó las escaleras de forma tan ruidosa como las había subido. Sin salir a la calle cerró la puerta de un fuerte golpe y se quedó quieto en el zaguán, suspendiendo hasta la respiración. Había estudiado bien la fachada. Trini no podía verle abandonar la casa sin asomarse a la ventana, cosa que no haría para no descubrirse; daría por hecho que el intruso se habría ido.

Dejó pasar quince minutos. La aguja tardó una barbaridad en cubrir el cuarto de esfera. Se descalzó y subió las escaleras poco a poco, rozando cada escalón con los calcetines. Un fantasma. En el tiempo que tardó en subir los sesenta peldaños, habría ascendido a lo alto del Empire State Building de Nueva York a paso normal.

Extremó las precauciones al pasar frente a la puerta de Trini y se sentó en el corto tramo de escalera que conducía a la azotea. Alguien saldría del piso, probablemente al amanecer. Las familias humildes, y el matrimonio Rodríguez lo era, no podían dejar pasar un día sin hacer cola para conseguir víveres.

Los sonidos de la ciudad fueron llenando el bloque. Se desentumeció, ya que no había cambiado de posición durante las horas en que permaneció sentado; hizo movimientos rotatorios con los pies y las manos y estiró varias veces las piernas y los brazos.

A eso de las seis y media, la puerta se abrió y apareció una mujer madura vestida de negro de pies a cabeza: jersey grueso de punto casero, falda de franela, medias de lana basta y zapatones gastados. Peinaba el cabello hacia atrás, con una trenza que

recogía en un moño sujeto con horquillas y un pasador de carey que Ferrer se clavó en el cuello cuando saltó sobre ella revólver en mano. Le tapó la boca para que no gritara y, sujetándola con fuerza, entró en el piso cerrando la puerta de un puntapié.

—¡Quieto, Trini, o la mato! —gritó Ferrer.

El patrullero se quedó paralizado. Era un hombre de unos cincuenta años, bien parecido, bajo y moreno. Vestía una camiseta gris y pantalones azules de trabajo. Sostenía una cuchara que estaba a punto de meter en un tazón de achicoria en el que flotaban cortezas de pan negro. Durante unas décimas de segundo la escena fue de una quietud absoluta, un grabado en la crónica criminal de cualquier periódico: «El perverso asaltante sorprendió en su desayuno a la familia Rodríguez».

Pendiente del hombre, Ferrer aflojó la presa y su esposa le mordió la mano con saña. La apartó de un empujón. La mujer dio tumbos hasta chocar contra una silla y caer de bruces. Se quedó tirada gimiendo de dolor.

Trini aprovechó el instante para coger su tercerola, un fusil de caballería más corto, más manejable y más peligroso de cerca que el máuser convencional. Ferrer le pateó el estómago para que la soltara y de un puntapié la lanzó bajo la mesa. Notó un movimiento a su espalda y se apartó a tiempo de evitar que una pesada sartén de hierro colado le rompiera la rodilla. A causa del impulso que había tomado para golpearle con ella, la mujer volvió a caerse.

Con la izquierda, lanzó un puñetazo a la mandíbula de Trini. No fue muy fuerte, pero, tocado por la patada en la barriga, lo aturdió y pudo ponerse a su espalda, retorcerle el brazo y colocarle el cañón del revólver bajo la barbilla.

—¡Para de una puta vez o te vuelo los sesos, coño! —Ferrer jadeaba por el esfuerzo y por los nervios.

El hombre dejó de pelear. La mujer lloraba en el suelo, todavía aferrada a la sartén.

—Me llamo Toni Ferrer y soy investigador de la Consellería de Seguridad. Trabajo con Aurelio Fernández y solo quiero hacerte unas preguntas, ¡joder!

—Luego me pegarás un tiro, igual que al Damián. ¡Hijo puta!

El hombre tenía agallas. No le temblaba la voz y, a pesar de la amenaza, seguía debatiéndose. Ferrer aumentó la fuerza con la que le retorció la muñeca; no iba a permitir un nuevo combate.

—Señora, deje la sartén y acérquese. En mi bolsillo derecho hay un carné. Sáquelo con mucho cuidado. No intente nada o le rompo el brazo a su marido.

La mujer obedeció. Seguía llorando como una Magdalena, pero no dijo esta boca es mía.

—¿Sabes leer, Trini?

—Un poco. Voy despacio, pero me entero de todo si no hay palabras difíciles.

—Póngale la identificación delante. Léela tranquilo, tómame todo el tiempo que necesites. —Notó que Trini se había relajado un poco—. Sin tonterías, que ya hemos hecho muchas esta mañana.

El hombre leía a una velocidad exasperadamente lenta.

—Parece de verdad...

—Lo es. Estoy investigando la muerte de tu compañero Damián Tielmes por cuenta de la Regional y tú me has estado dando esquinazo. —Empezó a liberarlo—. No hagas idioteces, por favor.

No las hizo.

Lo dejó ir. Trini abrazó a su mujer; Sacra, se llamaba. Ferrer bajó el arma, puso el seguro y la guardó en su funda.

—Estoy convencido de que si alguien te quisiera matar ya lo habría hecho; han pasado unos cuantos días desde que lo finiquitaron.

La habitación hacía de cocina, comedor, taller de costura, lavadero y salita. La cocina económica, un armatoste grande y negro en el que brillaban trocitos de carbón ardiente, ocupaba una pared con baldosas blancas hasta el techo. Sartenes de diferentes tamaños colgaban de ganchos junto a ristras de ajos y tomates secos. Un cesto de mimbre lleno de ropa descansaba en el fregadero. En dos minutos parecía haberse convertido en la sala de espera de un curandero. Sacra apretaba un hierro frío en la frente, sobre un chichón; Trini se frotaba la mandíbula con un trapo rociado de alcohol y Ferrer limpiaba con una servilleta mojada la sangre que le había dejado el mordisco.

—Fui al sindicato y me dijeron que habían preguntado por mí. —Trini explicaba la espantada—. Me largué pitando; creía que venías a matarme.

—¿No te dijo Jerónimo que se trataba de un asunto del sindicato?

—No me lo tragué.

—¿No te lo tragaste por algo en particular? Sabías que en la Regional había interés en el caso; Aurelio te llamó cuando mataron a tu compañero.

—Sí y no. Aurelio me envió un recadero que dejó una nota para que me presentara en Vía Layetana. Me hizo unas cuantas preguntas y me pidió discreción. No dijo nada de que me mandaría a un policía.

—Pudiste imaginártelo en cuanto te dieron mi recado.

Trini se puso colorado y su esposa, lista como el hambre, les interrumpió poniéndose en pie.

—¿Le preparo una tacita de achicoria? —Abrió un pequeño grifo de la cocina económica y llenó un cazo con agua caliente para Ferrer.

—Muchas gracias... ¿Por qué desconfiabas de alguien que venía de la Regional?

—Yo misma la tuesto y la muelo. —Sacra se esforzaba por darle un minuto a su marido para rumiar la respuesta.

—¿Por qué saliste corriendo, Trini? —Ferrer siguió presionando.

—Es fácil de preparar y barata; el secreto es recolectar solo las plantas buenas. —La mujer olía el contenido de un bote—. No toda la achicoria silvestre sirve; las hay que tienen unas raíces que amarguean.

—Trini, ¿por qué me tenías tanto miedo?

—Joder... —Trini no se decidía.

—Me estás ocultando algo importante. ¿Por qué?

Trini estalló.

—¡Por qué, por qué, por qué! Porque al Damián lo dejó seco algún conocido, ¡hostias!

Hostias.

—¿Conoces al asesino y te lo has callado? —Se tiró a la yugular.

—No me lo he callado.

—Acabas de decirme que fue un conocido.

—¡No me líes! No he dicho que yo lo conozca. He dicho que el Damián tenía que conocerlo, que es diferente.

—Por algo lo dirás, ¿no? ¿Lo viste?

Trini enmudeció. Ferrer bufó y se puso en pie. Cogió la tercerola. A Sacra se le escapó un ¡ay!

—Toma esto, Trini. —Le dio el fusil—. Dispárame si te da en la nariz que voy a atacarte. ¿Por qué me tienes tanto miedo?

—Se lo llevaron en un coche negro y grande. No me fijé bien en la marca.

—¿Llevaba letras pintadas? ¿Era de la CNT?

—No llevaba nada, tenía la chapa limpia.

—¿Entonces?

—Era muy precavido y no se fiaba de cualquiera.

Una pared invisible lo frenaba cuando quería ir más allá en sus explicaciones. Ferrer lo probó por otra vía.

—¿Erais muy amigos?

—Éramos uña y carne desde zagales, del pueblo, en Almería. Vinimos juntos a Barcelona a buscarnos la vida. ¿Has pasado por la calle de la Mina al venir hacia aquí?

Ferrer asintió.

—Pues habrás visto la taberna; fue nuestro hogar durante muchas semanas. ¿Sabes que por la noche se convertía en casa de dormir? El dueño arrimaba los bancos a la pared, nos sentábamos pegados los unos a los otros y el cabrón tiraba una cuerda para que apoyáramos el pecho. Por la mañana la retiraba para que nos cayéramos y nos despertásemos.

Trini sonrió con tristeza. Ferrer insistió:

—He leído que Damián era amigo de Joan Peiró. Los más extremistas de la FAI no le tienen cariño por las cosas que escribe.

—Trabajó con él en Mataró. Yo también soy del mismo paño que el Peiró, que no tenemos que mancharnos las manos con sangre. Nuestro deber es colaborar con la Oficina Jurídica y, ahora, con los tribunales populares. ¿Pasear a un pobre hombre? Nunca.

—¿Insinúas que lo pudo quitar de en medio alguno de los que sí se manchan las

manos, un asesino con carné rojo y negro que quiso cerrarle la boca? ¿No es así? Por eso no confías en nadie que venga de la organización.

Trini cabeceó y se pasó el dorso de la mano por la boca; la tenía seca y le blanqueaba por las comisuras.

—Nunca se habría subido al coche de un desconocido, de eso estoy seguro. Acabábamos de despedirnos y yo regresaba a casa. Vi pasar el coche a unos metros.

—¿Reconociste a alguien?

—No me dio tiempo, me pilló por sorpresa y estaba oscuro. Apenas distinguí la cara del Damián.

—Y pensaste que, a lo peor, ellos sí se habían fijado en ti y podían volver para eliminar a un testigo.

—Me acojoné.

—Nunca está de más ser precavido.

La mujer puso una infusión oscura y aromática frente a Ferrer. Trini suspiró.

—Hoy podíamos habernos hecho mucho daño.

—¿Nosotros? Puede, pero lo hemos resuelto con unas pocas magulladuras. Hubiese deseado no entrar a lo bestia, pero no me diste otra opción; tu comportamiento me puso la mosca detrás de la oreja y no sabía si estabas mezclado.

—Malos tiempos estos para fiarse de nadie. —Sacra trasteaba en una pequeña alacena; era incapaz de estarse quieta.

—Me hubiera gustado haberte podido ayudar más.

—No te hagas mala sangre, Trini —sentenció Ferrer—. Siempre hay algo útil en cualquier declaración.

Había un ligero deje de satisfacción en sus palabras. Cuando volviese a su piso y se pusiera frente al plano de Barcelona, con los papeles recortados, tres de los cuadraditos de colores coincidirían, al fin, en las mismas coordenadas.

Esperaba que no fuera una simple casualidad.

Faltaban casi cuatro horas para la cita con el doctor Ripoll, el Vampiro del Paralelo, y resolvió no volver a casa a descansar. Llevaba demasiado tiempo en pie y, si se tumbaba un minutito en la cama o en el sofá, corría el riesgo de dormirse y no despertarse a tiempo.

Al contrario que Cenicienta a medianoche, el Barrio Chino al amanecer se había transformado a mejor. Los juerguistas, los buscavidas, los adictos y las trotonas habían dado paso a atareadas amas de casa con grandes cestos de mimbre que no llenarían, niños repeinados que iban a la escuela y hombres de todas las edades que trabajaban en los comercios, almacenes y pequeñas industrias del barrio.

Ferrer decidió desayunar plácidamente mientras leía los periódicos. Tenía apetito. La aventura del patrullero escurridizo —título excelente para un folletín— le había provocado la euforia del combatiente, la necesidad inmediata de satisfacer los

sentidos para olvidar el riesgo.

Una larga fila de tranvías iba y venía por las Ramblas bajo las ramas desnudas de los plátanos y de los cientos de banderas rojas y rojinegras que adornaban los edificios. Dudó entre acercarse al Canaletas, para que le prepararan una tostada caliente con mayonesa fría, o sucumbir al bocadillo de ternera del Café Automatic. Triunfó la segunda alternativa. Estaba más cerca del Gran Oriente, donde había quedado con el Vampiro, y, si la prensa no daba para mucho, se entretendría mirando quién subía y bajaba por sus escaleras mecánicas camino de los reservados para citas discretas. La sociedad cambiaba, pero la bragueta siempre tiraba en la misma dirección.

El Gran Oriente hacía honor a la primera parte de su nombre, escrito con letras doradas en la fachada marrón. Dos mostradores daban la bienvenida y desmentían la sensación de escasez general. Uno de ellos estaba repleto de bocadillos de las más imaginativas variedades: pimiento con salchichas, cerdo crujiente, jamón con roquefort... El otro hacía las delicias de los golosos con sus pasteles rellenos de crema, roscos de anís y bizcochos con nueces.

Ripoll lo esperaba en un comedor al que se accedía por un corto tramo de escaleras. Tomaba un Pernod junto a la chimenea, en donde ardían dos gruesos troncos. El médico era un esnob con un desarrolladísimo instinto de supervivencia. Y un comediante. Ni sus gestos ni su actitud sugerían el amaneramiento clasista que desplegaba en su consulta o cuando se creía a salvo de posibles inquisidores. A Ferrer no le sorprendió ver sobre la mesa, junto a la jarra de agua fría, un paquete de Bisontes. El elegante y llamativo tabaco inglés quedaba para la intimidad.

—Me he permitido pedirle lo mismo, Antonio; espero que no le importe. —Ripoll alzó su vaso e hizo una señal al camarero.

—Gracias. Y no, no me importa. —La displicencia del doctor, vestida de fría cortesía, lo alteraba—. Compartir gustos a la hora del aperitivo no nos aproximará mucho más de lo que estamos.

—Fingiré que es un comentario divertido y le daré un consejo, el único que me atrevería a ofrecerle a una persona tan viajada. —Tomó un sorbo, insuflando dramatismo a la pausa y comprobando que nadie escuchaba—. Rebaje la animosidad que despliega contra mí, Antonio. Madrid caerá en breve y sabe muy bien que vamos a ganar la guerra, y esta ciudad, tarde o temprano, volverá a ser la que fue. Le conviene tener un aliado para ese día.

—El día que para vivir en esta ciudad necesite de aliados como tú, Ripoll, preferiré estar en otro lugar. Por ahora, a quien le hacen falta aliados es a ti, no lo olvides.

—Desgraciadamente no puedo olvidarme de una cosa así, pero no suelo tender la mano dos veces.

—Ni yo estrecharla solo porque me la tiendan.

El camarero apareció con el pedido. A ninguno de los tres le apetecía soltar

obviedades. Uno se limitó a servir y los otros dos a observar cómo lo hacía. Del cercano salón de billar les llegaba el martilleo de las carambolas.

—Ninguno de mis... conocidos sabe nada de lo suyo. —Ripoll esperó a que el camarero se retirara—. Esas ejecuciones de patrulleros son demasiado arriesgadas.

—Muchos de tus correligionarios no han destacado estos años por su sensatez, sobre todo los más jóvenes.

—El sangriento verano ha puesto a cada cual en su sitio y ha atemperado los ánimos de los más impacientes. Para la acción que me describió se precisa de una infraestructura que no tenemos... todavía.

—¿Pudo ser una actuación a la desesperada de alguien que necesitara la documentación?

—¿Bromea? —Ripoll enseñó los colmillos, la risa del ogro—. ¿Sabe lo que significa en realidad CNT?

Ferrer negó con la cabeza.

—Con Nosotros, Todos. No hay nada más fácil que conseguir uno de estos. —Sacó un carné del sindicato y lo puso sobre la mesa—. Tenemos camaradas en sus oficinas y en las del PSUC y el POUM.

—Y no necesitáis robarlos o falsificarlos.

—Así es. Incluso si no se tienen relaciones, es sencillo hacerse con uno. Se va al sindicato, se da un nombre falso y se denuncia el extravío de toda la documentación. Se limitan a poner un anuncio en la prensa, por si alguien la ha encontrado. Como es natural, nadie responde y, a los pocos días, te dan papeles nuevos con tu nueva identidad.

Ferrer meditó durante unos segundos. La conversación había concluido. Ripoll levantó su vaso y brindó.

—Voy a romper mis principios y le voy a dar un segundo consejo, Antonio. Un consejo profesional: cuídese. Hoy tiene un aspecto francamente deplorable. Podría pensarse que le han dado una paliza y eso es muy contraproducente en un trabajo como el suyo.

Ferrer se puso en pie. Dejó su vaso a medio beber.

—Váyase al infierno, Ripoll.

—Estoy en él, Antonio. Llevo meses en él.

—Buenas tardes, don Antonio.

La cara de la señora Julia asomó un instante y se giró para hablar con alguien que estaba dentro de la portería:

—Discúlpame, por favor.

Salió a pasos cortos y rápidos. Ferrer mantenía abierto el portal, sorprendido por el extraño comportamiento de su portera; no era normal esa repentina alegría, tampoco el inopinado paso de Toni a don Antonio, ni mucho menos que saliera a

recibirlo con guiños de advertencia.

—Tienes una visita. —Les había costado habituarse al tuteo casi obligatorio.

—¿Quién es?

—¡No grites! Nos va a oír. —Movi6 las manos para que moderase el volumen—. Es una señora... una señora de verdad, ya me entiendes.

—No, no te entiendo. —Le hizo caso a pesar de que consideraba estúpido hablar como si estuvieran en misa o, dada la poca religiosidad de ambos, en el cine.

—Pues no hay tiempo para explicaciones; debe de estar cansada de esperarte. Ha venido preguntando por ti hace un buen rato, justo después de comer. Diría que te conoce.

—¿No será una clienta?

—Si lo es, no me suena. Me acordaría de ella, es muy guapa. —La mujer hizo una mueca de desaprobación—. Vamos, arréglate un poco, menuda facha me traes justo hoy.

Ferrer intentó sin éxito desarrugar su ropa y ponérsela con cierta gracia. La portera volvió trotando a sus dominios y le hizo un gesto para que se apresurara.

La visitante estaba en la garita, sentada en una silla de anea. Sonrió en cuanto lo vio y se puso en pie.

—Hola, Toni.

No era alta, aunque su tipo esbelto le añadía unos centímetros. Treinta y algunos años muy bien llevados. Morena de piel y de cabello, una media melena rizada y peinada hacia un lado. La boca y la nariz eran algo mayores de lo que dictaba la moda, pero daban carácter a la cara, en la que brillaban unos ojos avellana que insuflaban vida allí donde miraran. Vestía un dos piezas burdeos con flores de distintos tamaños estampadas en colores más claros. La falda y la blusa se ajustaban a la cadera y a la cintura realzando un cuerpo y unas piernas bonitas; el cuello camisero le daba un toque de seriedad, cerrándose con un lazo de la misma tela que el conjunto. Sobre otra silla, pulcramente doblado, descansaba un abrigo que, a juego con sus zapatos de medio tacón, era algo más oscuro que el vestido.

—Hola, Regina. —Ferrer estaba seguro de que se había quedado con la boca abierta unos segundos.

Dudaron entre besarse o estrecharse la mano. Al final, simplemente se miraron.

—Me alegro de volver a verte —dijo ella—. Ha pasado mucho tiempo.

—Una eternidad.

Ciento setenta y dos días, para ser exactos. Ferrer los contaba a menudo, a oscuras en su salón, bebiendo oporto y escuchando canciones de Cole Porter.

La había añorado todos y cada uno de esos días.

Ferrer conoció a Regina a finales de febrero. Una compañía de seguros le encomendó la investigación del incendio de los estudios de cine Orphea, en el Palacio de la

Química de Montjuich, mientras rodaban *María de la O*. En el siniestro murió un operario y se perdieron miles de pesetas en material.

Una de las pesquisas lo condujo hasta el submundo de la compraventa de productos industriales robados, por lo que se entrevistó con los principales proveedores de los estudios, entre ellos Luminotecnia Urbana y Artística de Barcelona. Estaba situada en el extrarradio de la ciudad, en el barrio de la Sagrera, no muy lejos de la fábrica de automóviles Hispano-Suiza.

Según el listado que le proporcionaron, el gerente y propietario de Luminotecnia era Agustín Urgell. Cuando se presentó allí y una recepcionista le anunció que «la señora Urgell» le recibiría enseguida, creía haberla oído mal. Y no...

—Disculpe el desorden, me pilla en pleno proyecto para un ministerio. —Una atareada mujer de negocios se levantó tras una mesa atiborrada de papeles y le tendió la mano—. Soy Regina Urgell, la gerente de Luminotecnia. Siéntese, por favor.

—Gracias. —Ferrer se sentó en una de las dos butacas para visitantes, dejó su sombrero flexible en la otra y puso su tarjeta de visita sobre la mesa—. Me llamo Toni Ferrer y soy detective.

—Lo sé. —Regina sonrió y le mostró otra de sus inconfundibles tarjetas de visita, con la lupa y las iniciales T y F enlazadas—. Ya tengo una en mi colección; se la dio hace unos minutos a María, mi secretaria.

—Tiene razón. —Ferrer se sumó a su sonrisa—. Perdona, estoy algo... descolocado.

—No se preocupe, suele sucederle a todo el mundo. Las mujeres que dirigen empresas son muy escasas. —Una pizca de reto en el tono y en la mirada divertida—. ¿No será usted de los que recelan de nuestra capacidad para hacerlo, verdad?

—Al contrario, no creo que el simple hecho de ser hombres nos dote de especiales habilidades en este ni en ningún otro terreno, al margen de la indudable ventaja higiénica de poder utilizar el orinal a una prudente distancia.

Temió haber metido la pata y dicho alguna inconveniencia. Le perdía su tendencia a dejar ir frases presuntamente ingeniosas cuando se sentía inseguro. Aquella mujer atractiva e inteligente lo había impresionado.

Ella soltó una carcajada.

—Me lo he ganado. Me pongo a la defensiva muy pronto. Se nos perdona que seamos las propietarias de un negocio, pero se nos mira con prevención si lo queremos dirigir. Este país aún tiene que cambiar mucho su mentalidad.

—Puedo alegar en mi defensa que esperaba encontrarme con don Agustín Urgell.

—Es... era mi padre, murió en diciembre y yo me hice cargo de la empresa. Supongo que en Orphea aún no han actualizado sus ficheros. Les enviaré una nota para que lo hagan.

Ese fue el intercambio de palabras más largo que pudieron tener durante la media hora que Ferrer permaneció allí. El despacho era un centro de peregrinación de secretarías, administrativos y técnicos de diferentes niveles. Aparte del trabajo para el

ministerio, Luminotecnia optaba, por aquellos días, a suministrar la iluminación pública a un par de localidades catalanas y a un conjunto monumental en Castilla. Lejos de mostrarse tímido, por una vez, Ferrer la invitó a comer para poder charlar con más calma; sorprendentemente, al menos para él, Regina aceptó. Fueron a la Maison Dorée, en la plaza de Cataluña, y descubrieron que tenían muchos gustos en común.

—Se me hace raro que un hombre como tú siga soltero, Toni.

Ella buscó sus ojos por encima de las flores del centro de mesa. Era su quinta cita en dos semanas desde aquella primera comida en la Maison Dorée. En las cuatro anteriores habían mantenido la actitud reservada, en las formas y en los contenidos, propia de las comidas de negocios.

—No he encontrado aún a la mujer adecuada —dijo él, procurando eludir el tema.

—Vamos, Toni... ¿A quién quieres engañar? —Regina probó el tocino de cielo mientras buscaba la forma de burlar sus defensas—. Eres un hombre encantador y guapo.

—Vas a hacer que me sonroje, y este no es el lugar más adecuado.

—No me salgas con tus frases divertidas para desviar la atención —lo pinchó ella—. He bebido algo más de lo aconsejable y estoy un poco achispada. No voy a dejar que te escapes con facilidad.

—¿Qué es lo que quieres saber? —Se le notaba incómodo—. ¿Si he tenido novia? Suspiró y bebió un poco de café.

Cedió.

—Sí, la tuve. Íbamos a prometernos... hasta compré el anillo de compromiso. Entonces mi familia se arruinó y mi enamoradísima futura esposa me dio una patada en el trasero. En una canción de Cole Porter me hubiese tirado al champán o a la cocaína, pero preferí el trabajo a los narcóticos.

A pesar de los años transcurridos, aún había dolor tras el aparente desenfado de sus palabras, y ella lo notó.

—Lamento haber reavivado unos recuerdos tristes, Toni. No tenía ningún derecho a hacerlo.

—No, por favor... es algo que debí haber superado hace tiempo. Temo que soy más sentimental de lo que me gusta reconocer. Me hace bien hablar sobre el tema; nunca lo he hecho y eso lo ha enquistado.

Un camarero se acercó para comprobar que todo estuviera en orden. Ferrer pidió otro café para él y un té para Regina. Aguardaron en silencio a que se los sirvieran y retomó la historia.

—Después de aquel revés invertí todas las energías en mi carrera. Primero, de asesor legal en el departamento de investigación de una compañía aseguradora y, luego, estableciéndome por mi cuenta como detective. Mi antiguo jefe me garantizó

un mínimum anual si me decidía a dar el paso. Así que creé mi propio despacho.

—Fuiste valiente.

—Quizá... no me gustan quienes malgastan el tiempo clamando contra su suerte y no luchan por cambiarla. Prefiero arriesgarme, aun equivocándome, que preguntarme el resto de mi vida qué habría sido de mí si hubiese dado aquel paso.

—¿No hubo nadie más en tu vida cuando las cosas empezaron a irte bien?

—Creí enamorarme de una antigua amiga, pero sus gustos apuntaban en otra dirección. —Sonrió al evocar a Paulina Vila—. ¿Y tú? ¿No temes el qué dirán, dejándote ver con tan cotizado solterón?

—De aquella manera.

Regina estaba casada con un coronel del ejército de ilustre apellido compuesto y muchos prejuicios contra la nueva sociedad republicana.

—Tú y yo, Toni, aún no hemos dado pie a las habladurías; por si no te has dado cuenta, mantenemos una impecable actitud profesional.

—Hasta hoy.

—Hasta hoy. Ya te he dicho que el vino me ha afectado un poco. ¿Qué quieres que te diga? Mi matrimonio hace agua. —Tenía los ojos brillantes—. Martín me fue infiel casi desde el primer día; continuamente visita otros cuartelamientos y aprovecha para echar una canita al aire con sus amigotes.

Jugueteó con un terrón de azúcar. Ella tampoco había hablado con nadie de sus problemas conyugales, ni siquiera con su madre o, en especial, con ella. La buena mujer estaba encantada con el matrimonio de su niña; la boda las había emparentado con la nobleza catalana y les abrió puertas que solían estar cerradas a quienes, sin pedigrí alguno, se habían enriquecido con actividades comerciales o industriales. Su yerno, aseguraba la señora de Urgell, era una joya que había que conservar en la familia.

—Las cosas empeoraron con la muerte de mi padre. Todos esperaban que vendiera la empresa o buscase un gerente ajeno a la familia y me limitara a gastar los beneficios.

—Pero descubriste que te gustaba dirigirla —aventuró Ferrer.

—Sí. Conocía el negocio al dedillo; hice de secretaria de mi padre durante mucho tiempo. Las cosas me fueron muy bien y, contra todo pronóstico, no me estrellé. A Martín le sentó fatal, tenía sus propios planes sobre mi vida.

—Actos sociales y reparto de juguetes a los niños pobres en Navidad.

—Más o menos. Desde luego, no me he convertido en lo que se supone que es la esposa de un futuro general, y él no me lo perdona.

Aquel primer intercambio de confesiones supuso un punto de inflexión en sus relaciones; luego vendrían el amor y una separación tan repentina como dolorosa.

Habían transcurrido más de cinco meses desde el domingo de mayo en que dejaron

de verse. Las certezas sobre las que se asentaban sus vidas y sus convicciones habían saltado hechas añicos por la guerra.

La garita de la señora Julia estaba a millones de años y de kilómetros de aquellas primeras citas.

—Siento haberme presentado tan de repente, Toni. —Regina había captado la turbación en los ojos de Ferrer, plantado junto a la portera—. Tengo que pedirte algunos consejos. ¿Sigues teniendo la agencia?

—Vayamos allí, si quieres hablar. Está en el segundo piso.

Con un par de frases más, un esquimal podría construir su iglú y le sobraría hielo.

—Muchas gracias, Julia, por el poleo y por la charla tan agradable. —Regina recogió su abrigo.

—Ya sabes dónde estoy. —La señora Julia era una mujer bajita, de apariencia frágil. Había enviudado hacía tres años y aquella ocupación era su vida.

Ferrer abrió la puerta, dejó pasar a Regina y la cerró antes de que su portera hiciera algún comentario o le diera algún consejo.

—Una mujer encantadora, Toni; te aprecia mucho.

—Me lo ha demostrado con creces... ella y su familia.

—Me ha comentado lo de vuestro pacto de la comida.

—Es lo de menos. Ambos ponemos nuestros recursos: yo el dinero y ella el tiempo.

Ferrer apretó el botón de llamada del ascensor.

—Ayudé a su hermano por una falsa acusación de robo. Le cobré una minuta simbólica; el hombre ganaba lo justo para mantener a su familia. Cuando empezaron las detenciones y las incautaciones vino a verme; era uno de los responsables del comité de esta zona. Me aseguró que estuviera tranquilo, que nadie me molestaría. Y cumplió.

La cabina era tan pequeña que el suave perfume de Regina la llenó de recuerdos. No se dijeron nada más hasta salir al descansillo.

—Es la primera vez que vengo. —Modulación neutra, una constatación sin segundas lecturas.

—Nunca viniste, para evitar habladurías. —Ferrer quiso no sonar sarcástico—. Imagino que, tratándose de trabajo, la cosa cambia.

Se detuvieron ante dos puertas idénticas excepto por la placa de latón atornillada a una de ellas; grabado en negro se leía «Toni Ferrer. Informes confidenciales» bajo el símbolo de la lupa y las dos letras iniciales enlazadas. La otra puerta era la de su piso.

—Permíteme. —Sacó un manojo de llaves y abrió la oficina—. Pasa, por favor.

Olía a cerrado. Hacía semanas que no la utilizaba y no la aireaba lo suficiente. El despacho y la vivienda habían sido un mismo piso que el antiguo propietario dividió en dos. Ferrer compró primero el que sería su domicilio profesional y, tras una estupenda racha de trabajo y cobrar lo que le correspondía de la escasa herencia de

sus padres, adquirió la otra mitad, la privada, y volvió a unir las mediante una puerta interior.

—No me la imaginaba así. —Regina, en el centro de la recepción, miraba a su alrededor—. Es muy amplia.

—Tiré un par de tabiques para que impresionara a los clientes. Los sillones me los consiguió una amiga decoradora; son caros, de un diseñador finlandés con un nombre impronunciable. Según ella, el conjunto transmite modernidad y solvencia sin que haga pensar que abuso en mis facturas.

—Tiene razón, da sensación de prosperidad, pero no de lujo.

—Tú lo has dicho: da sensación de prosperidad. Lo malo es que tras esta sensación ahora no hay nada. Las revoluciones son un mal negocio para mi oficio.

Pasaron a su despacho. Recordaba al de un abogado bien situado. Era grande, con dos zonas de trabajo distintas, una para atender a los visitantes y otra para reuniones y encuestas. Encendió todas las lámparas; fuera oscurecía y a través de las persianas no entraba ya la suficiente luz.

—Si no te importa, voy a darme una ducha y a cambiarme de ropa; estoy sucio y agotado. Si no, temo que no estaré a la altura de tus necesidades. —No dio opción a una posible respuesta. Suavizó algo el tono al salir hacia su piso—: Ponte cómoda.

—¿Te molesta si curioseas un poco?

—En absoluto, pero si buscas informes comprometedores de amigos y conocidos, los destruí en agosto. Por si las moscas.

—Muy gracioso. No se me había ni pasado por la cabeza.

—Ya. Eso es lo que se dice hasta que te quedas a solas con mi armario de archivos.

Abrió y cerró alternativamente los grifos del agua caliente y del agua fría, al modo en que se hacía en los balnearios para activar el riego sanguíneo. La ducha de lluvia y un calentador fueron dos de las mejoras que introdujo al instalarse.

La súbita aparición de Regina lo había sumido en un mar de dudas y de sentimientos encontrados. Por un lado, reabría unas heridas que aún no habían cicatrizado; por otro, se le brindaba una nueva oportunidad de retomar la relación, aunque no estaba seguro de aceptarla en las mismas condiciones que antes.

Necesitaba unos minutos para meditar.

Le costaba admitir que, tras todo lo que habían vivido, ella hubiera vuelto solo para preguntarle si seguía siendo detective.

Regina estudiaba un extraño aparato eléctrico que ocupaba una de las esquinas del despacho.

—Se llama psicogalvanógrafo. —Ferrer se había cambiado, combinando un

jersey azul celeste con unos pantalones de un marrón muy claro—. Hay que practicar mucho para decirlo bien a la primera.

—¿Para qué sirve? Da miedo.

—Debería dártelo, detecta si alguien miente.

—¿Funciona?

—A mí me ha dado resultado en casos de deslealtad laboral, pero no sé si es por el aparato en sí o por lo que impresiona su diseño.

—Es siniestro. —Regina se estremeció.

—Tal vez, pero no es peligroso... al menos físicamente. —La tomó de la mano y fingió utilizar el aparato con ella—. Cuando uno tiene emociones fuertes, al mentir por ejemplo, la piel se hace más resistente al paso de corrientes eléctricas. El psicogalvanógrafo mide esos cambios durante el interrogatorio.

—Sabes que yo no suelo mentir.

—Poner las convenciones sociales por encima de los sentimientos es una forma de hacerlo.

—Te equivocas, aquella fue una forma de ser consecuente con unos compromisos previos y muy sólidos.

Ferrer se arrepintió de haber traspasado la puerta que conducía a un lugar en el que no era consciente de que guardara tanto resentimiento. De ser amigo de las introspecciones haría mucho que habría descubierto esa zona dolida de su psique.

—Perdona mi brusquedad —dijo.

—No me pidas perdón, Toni. Me he presentado sin avisar, como si nada hubiera pasado entre nosotros, y todo lo que te digo es que necesito tus consejos profesionales. Es normal que estés enfadado conmigo.

—No estoy enfadado contigo.

—Sí que lo estás. —Le puso sus dedos sobre los labios—. No me interrumpas, por favor. Me ha costado mucho decidirme a venir. No lo habría hecho de no ser porque no sabía a quién más acudir.

Ferrer cerró los ojos, le besó los dedos y suspiró resignado.

—¿Qué te parece si nos sentamos y me lo explicas todo desde el principio? —Señaló su bufete.

Regina se sentó en una de las butacas para los clientes mientras Ferrer abría un cajón y sacaba una libreta.

—¿Te importa si tomo notas?

Regina negó con la cabeza.

—Tengo que pasarme al otro bando —dijo ella de improviso.

—¡Joder!

—No quiero que te sientas obligado a ayudarme.

—No se trata de que no quiera; es que no sé si podré ayudarte. No soy la persona más adecuada para una cosa así.

—No me he explicado bien. —Abrió su bolso y le mostró un brazalete con una

bandera—. Estoy bajo la protección del consulado de Cuba, mi madre nació en La Habana. Tienen un acuerdo con una compañía francesa de barcos correo y me sacarán de Barcelona a la que se lo pida.

—¿Qué necesitas de mí, entonces?

—Que me eches una mano. Mi madre está en San Sebastián; se fue a finales de junio. Yo tenía que haberme reunido con ella en agosto. Está enferma y me necesita; por eso debo ir cuanto antes. Ya no soy propietaria de Luminotecnia; la han colectivizado y adscrito a las industrias de guerra sin que me dieran ni un duro. Tengo que conseguir dinero en efectivo para los gastos más urgentes y una forma segura de llevarme algunas monedas de oro que mi padre guardó; es todo mi capital.

—Mi dinero es tuyo, no es mucho, pero te ayudará. No veo qué más puedo hacer.

—Te lo agradezco, pero no puedo aceptarlo; lo necesitas tanto como yo. —Los ojos avellana habían enrojecido—. He intentado vender alguna de las monedas, pero unos me ofrecen una miseria y otros quieren engañarme o están en mi tesitura. Pensé que, a lo mejor, tenías conocidos de la época en que trabajabas para compañías de seguros... Me explicabas aquellas historias sobre peristas y contrabandistas que... por eso vine.

Ferrer pensaba mientras golpeaba rítmicamente la libreta con un lápiz. Fue hacia un armario, lo abrió y sacó una hoja de papel.

—Firma al pie, donde pone cliente. Es una nota de encargo, una forma de cubrirnos las espaldas. Si la cosa se torciera, diré que me contrataste para buscar unas joyas robadas. Con esa gente no está de más tener una excusa para ir haciendo preguntas.

—No sé cómo darte las gracias.

—Todavía no he conseguido nada.

—Confío en ti.

—¿Y tu marido?

—No sé qué es de Martín... ni siquiera si está vivo o muerto. Viajó a Pamplona la semana del levantamiento militar. Había sido ayudante del general Emilio Mola y supongo que no se fiaba de que el golpe saliera adelante en Barcelona. Se marchó muy a tiempo.

—Y el muy hijo de puta no te dijo nada. —Se acercó a ella—: Ahora mismo soy incapaz de pensar, necesito dormir; llevo en pie desde la madrugada de ayer. Mañana tengo un día difícil, pero el jueves por la tarde haremos un inventario de todo lo que quieras vender o llevarte.

—Estoy en casa de mis padres, ya conoces la dirección.

—¿Te acompaño a buscar un taxi? Me requisaron el automóvil y no he podido recuperarlo. Lo destrozaron en un accidente.

—Lo lamento. —Regina se puso en pie y quedaron casi pegados—. Gracias por tu ofrecimiento; el brazalete es suficiente protección. Además, todavía no es muy tarde.

Al salir de la oficina, ella lo besó en la mejilla. Un observador emotivo habría sostenido que lo había hecho muy muy cerca de los labios.

Tras cerrar la puerta, Ferrer apoyó su espalda en ella y la golpeó con la cabeza un par de veces. Oyó la maquinaria del ascensor poniéndose en marcha. Pensó que Regina no tenía ni idea del dilema moral en que lo había sumido: si hacía bien su trabajo, la perdería; si lo hacía mal, quizá pudiera retenerla.

V

LOS MALDITOS ASUNTOS PENDIENTES

El primer punto del plano de la ciudad sobre el que Ferrer logró colocar tres cuadraditos de colores, uno por cada patrullero muerto, correspondía al Palacio de Justicia, un majestuoso edificio de más de cien metros de longitud y unos setenta de anchura situado en el salón Fermín Galán, el paseo ajardinado que iba desde el Arco del Triunfo hasta el obelisco de la entrada a la Ciudadela. Con su vecino de enfrente, el Palacio de Bellas Artes, formaba uno de los conjuntos arquitectónicos más grandiosos de Barcelona.

Como cada mañana, la actividad a su alrededor era febril. Se iban a celebrar numerosas vistas a las que acudirían docenas de personas entre acusados, testigos, letrados y curiosos; horas antes atiborraban las tabernas de la zona y charlaban en la calle. Algún visitante extranjero andaba de coronilla por colarse y contemplar los afamados tapices de Bruselas que, según proclamaban las guías turísticas, colgaban en las antiguas habitaciones del presidente de la Audiencia.

—Quiero ver a Eduardo Barriobero —dijo Ferrer al guardia nacional que supuso que estaba al mando de los accesos, en los que también había milicianos y guardias de asalto.

—Media humanidad quiere hablar con él, compañero, pero a esta hora no recibe a nadie. —Su bigotazo se curvó en una ensayada mueca de excusa.

—Se trata de una gestión oficial. —Le mostró su identificación.

—Va a entrar en la sala y no se le puede interrumpir. No parará hasta el mediodía o primera hora de la tarde.

—Me gustaría probarlo, al menos.

—Son órdenes. —Se rascó la frente con el cañón del fusil, una costumbre peligrosa—. Yo que tú hablaría con uno de sus colaboradores, es la mejor forma de llegar a él; si lo convences, claro. Se llama Luis Daroca.

—¿Dónde puedo encontrarlo?

El guardia señaló a un joven regordete que vagaba por las escaleras.

—Mándale recado con el Rafa. Es un poco simple, pero se aprende los mensajes y los repite de pe a pa. Además, si el compañero Daroca no está en su sitio, te lo localizará.

Más que simple, el joven le pareció de una timidez enfermiza; mientras le hablaba, Rafa fijó la mirada en el suelo y no la levantó ni un solo instante.

—¿Me has entendido? —le preguntó al final.

—Sí, compañero. Que Toni Ferrer, investigador de la Consellería de Seguridad, a las órdenes de Aurelio Fernández, quiere hablar con Luis Daroca de una diligencia

que atañe a la Oficina Jurídica. Es muy urgente.

—Perfecto. —Le dio una palmada de agradecimiento y Rafa salió disparado.

La Oficina Jurídica era la inquilina más importante del palacio. Se había creado a mediados de agosto, cuando el abogado Ángel Samblancat se presentó, con una pistola en la mano y un montón de anarquistas armados a sus espaldas, para tomar posesión del edificio. Ninguno de los presentes puso muchos reparos a su discurso.

Samblancat y Eduardo Barriobero, su sucesor, presidían un organismo que impartía justicia en temas sociales y laborales de forma gratuita y rápida. Los litigios menores se resolvían al momento, las deudas se pagaban al contado y, si no había otro remedio, las patrullas perseguían al moroso, cobraban las multas y requisaban la documentación necesaria para cada causa.

Sobre la actuación de la Oficina Jurídica, Ferrer había oído comentarios de toda índole, desde las loas de quienes habían resuelto sus casos después de años de inexplicable paralización hasta los que la acusaban de extorsión y robo.

Complicándolo todo aún más, en una de sus recientes y delirantes alocuciones radiofónicas desde Sevilla, el general rebelde Queipo de Llano había denunciado a Barriobero por haber alquilado una caja de caudales en Perpiñán para depositar el dinero y las joyas que, según él, esquilmaaba desde el estrado. Hasta ofreció detalles de la sucursal bancaria.

—¿Compañero Ferrer? Soy Luis Daroca.

Seguramente un año atrás le hubiera llamado señor Ferrer y dos décadas antes don Antonio, con reverencia incluida. Se le diría perteneciente a la estirpe de los funcionarios con flotabilidad: fuera cual fuese el régimen político, ellos siempre se mantenían a flote, al pie de la máquina de escribir, dispuestos a servir al nuevo gobierno.

Era un hombre de rasgos ascéticos, delgado hasta la exageración, con dedos sarmentosos manchados de nicotina y clavículas que se le marcaban bajo la camisa blanca sin cuello que contrastaba con el mono azul oscuro recién planchado. Con su nariz aguileña y los ojos agrandados por unas lentes redondas recordaba un búho peinado hacia atrás y muy engominado.

—Veo que Rafa te ha dado mi recado. —Procuró no sonar demasiado oficial—. ¿Podemos hablar en un lugar más discreto?

—Faltaría más. Acompáñame, vamos a mi despacho.

Subieron la monumental escalera y atravesaron el salón principal, conocido como el de los Pasos Perdidos. En su nave central, columnas jaspeadas se elevaban hasta una buena altura y sostenían los tirantes de hierro de la cubierta, pintados en oro y bronce. Los escudos de Cataluña y de España destacaban en los ventanales de cristales artísticos situados en los intercolumnios. La luz se filtraba a través de ellos creando una atmósfera intemporal. Ferrer se acordó de los esquemas matemáticos de la proporcionalidad directa y los adaptó: cuanto más injusto fuera un sistema judicial, tanto más lujosas serían sus instalaciones.

La covachuela de Daroca era una habitación cuadrada, mal ventilada y a reventar de papeles, legajos y carpetas marrones con expedientes judiciales. A pesar de los miles de documentos que se acumulaban en aquellos escasos metros, el conjunto aparentaba guardar un orden; su responsable quería demostrar que era capaz de mantener el timón firme en aquel agitado mar de burocracia. Luis subió de inmediato un par de grados en la escala Ferrer de reconocimiento de inteligencia.

—¿Me permites tu identificación? —Daroca alargó el brazo y esperó a que le diera su carné—. Es violento, pero debo cerciorarme de que hablo con quien creo hablar.

—Cuando me hicieron la fotografía no estaba en mi mejor día.

—No son los mejores días de nadie. —El funcionario leyó los datos—. ¿Qué quiere decir investigador especial?

—Tiene que ver con mi dependencia. Solo respondo ante Aurelio y puedo proceder por mi cuenta sin dar demasiadas explicaciones. No te dejes impresionar por el título; suena a más de lo que es.

—¿Qué otro objetivo tienen si no los títulos? —Daroca le devolvió el carné—. ¿En qué puedo ayudarte?

—Tengo que ver a Eduardo Barriobero; me han dicho que eres su hombre de confianza y puedes facilitarme las cosas.

—Soy su amigo y colaborador. —El hombre era quisquilloso—. Y, si me permites la inmodestia, soy también su voz y sus oídos en cuestiones que no requieren su intervención personal. Si me explicas de qué se trata, podría hacer lo posible por ayudarte sin necesidad de molestarle. Estos tampoco son para él sus mejores días.

—¿Por lo de la caja fuerte de Perpiñán? —Ferrer *el Diplomático* al ataque.

—Por los infundios del militarote borracho de Sevilla. Nuestros enemigos los están usando muy eficazmente contra nosotros. Azaña y Companys no caben de contento y el consejero de Justicia ha insinuado que podría disolver la Oficina.

—Creía que estabais a bien con Nin.

—El consejero Nin manifiesta un gusto exquisito al elegir secretarias —alzamiento de cejas modelo *tú ya sabes para qué las quiere*—, pero, como todos los marxistas, tiene una idea instrumental de la justicia. En fin, imagino que no has venido a escuchar nuestras quejas.

—No, pero te agradezco la información; amplía mi visión de conjunto.

En cuanto Trini, el patrullero escurridizo, le explicó que había colaborado con la Oficina Jurídica, Ferrer se dio cuenta de que suponía el primer elemento en común, y por ahora único, entre las patrullas que investigaba. Las tres habían pasado por allí. No era mucho, tampoco le indicaba en qué dirección orientar las pesquisas, pero era su primera pista de verdad. Quería comprobar si la clave estaba enterrada en aquellas montañas de documentos.

—Estamos investigando abusos de varias patrullas; algunas colaboraron con

vosotros. —Era la excusa que se le antojaba más creíble—. Ya sabes que hay preocupación en la misma cúpula de la CNT.

—Conozco sus opiniones y sé las presiones que están soportando. —Encendió un cigarrillo—. Me duele que escojan esta Oficina como chivo expiatorio.

—Nadie os acusa de nada...

Daroca lo interrumpió con un gesto brusco, casi despectivo.

—Por favor, no me insultes. —Al hablar, el humo del tabaco se le escapaba por la nariz y la boca—. Llevamos meses con esta historia de los incontrolados. ¿Cuándo empezó Joan Peiró a escribir sus artículos contra los abusos? ¿En agosto?

—Agosto o septiembre, sí.

Ferrer prefería no discutir; tampoco tenía muchos argumentos para hacerlo. Durante el verano había sido un simple espectador que había seguido superficialmente, en la prensa, aquellos combates internos. Peiró era el dirigente anarquista más crítico con el derramamiento de sangre y las incautaciones.

—Entonces, compañero investigador especial, ¿a qué viene ahora este súbito interés por las patrullas solo unos días después de que el degenerado de Queipo de Llano lanzase su veneno contra nosotros? —Se puso en pie, fue hacia una de las pilas de papeles, tomó la carpeta que la coronaba y se la lanzó—. Ábrela.

Ferrer la abrió.

—Busca la fecha que aparece al pie de la primera página. No, no me la digas: 12 de junio de 1929 —recitó Daroca—. Aquel día el pobre hombre denunció a la compañía de tranvías por una negligencia que le costó una pierna y lo condenó a la miseria. Estuvieron mareándolo y dándole largas durante siete años. ¡Siete! Hay docenas de sumarios así, algunos mucho peores. ¿Y sabes por qué?

Lo sabía, pero no le chafaría la argumentación.

—Porque todo el sistema estaba podrido —le aseguró el funcionario—. Todos estaban en el ajo: abogados, jueces, los directivos de la compañía... Para ellos solamente existía la lógica del dinero.

—Conozco de sobra los problemas de la justicia; parte de mi trabajo acababa aquí, en los juzgados. —Ferrer señaló al azar uno de los montones de documentos—. Puede que haya alguna causa en la que haya intervenido, pero no veo qué relación tiene lo que estamos hablando con que se investigue a unas patrullas.

—Aquí administramos justicia sin plegarnos al gobierno ni a sus lameculos... y esto les repatea. —Se indignaba por momentos—. ¿Es que no te das cuenta de que lo que quieren en realidad es clausurar la Oficina Jurídica?

—No es este el mandato que me han dado.

—El que no te lo escriban en un papel y lo sellen no quiere decir que no sea su objetivo último. En la lucha política, la justicia es una simple moneda de cambio.

—Sí, si la reduces a lo que se sentencia en estos salones o a lo que metes en una de estas carpetas. —Ferrer se la devolvió—. Luchar contra las arbitrariedades de unos sinvergüenzas armados también es una forma de hacer justicia.

Daroca sonrió con un poco más de amargura que de suficiencia, puso la carpeta en su sitio y se sentó dejándose caer, como si, al intentar convencerle, se hubiera quedado sin fuerzas. Dio una calada larguísima al cigarrillo. Lo aplastó en el fondo de una taza vacía cuando la brasa le quemó los labios.

—Vayamos al grano —dijo— y veamos qué es lo que quieres de nosotros.

—Necesito los recibos y la documentación referida a las patrullas que han colaborado o se han relacionado con la Oficina Jurídica durante estos tres últimos meses.

—¿Estás loco? —Daroca había palidecido.

—Espero que no. Es una petición que, si lo prefieres, podemos cursar oficialmente, aunque no creo que los de arriba comprendan tus reticencias. —Se fijó en las manos de Luis: temblaban—. A lo peor, las malinterpretan.

—No me amenes. —Cogió un cigarrillo. Quiso encenderlo, pero el temblor se lo impidió. Volvió a dejarlo sobre la mesa—. ¿Sabes lo que me estás pidiendo? ¿Tienes idea de la cantidad de papeles que hemos generado durante estas doce semanas?

—Mirando a mi alrededor me lo imagino. —Si solo pedía los documentos relacionados con las tres patrullas, sería tanto como señalarlas con el dedo y exponerse a una eventual manipulación.

—No, no te lo imaginas. Si tuvieras una remota idea, no me los pedirías. Son miles y están dispersos en cientos de expedientes distintos.

—Tendréis que hacer un esfuerzo; mi investigación es prioritaria.

—Ni hablar; tenemos más tela de la que podemos cortar. —Le mostró un libro de registro—. Míralo, son más de cinco mil causas. Ando escaso de personal y no estoy dispuesto a destinarlo a una labor sin pies ni cabeza.

—No he pedido tu opinión sobre mi trabajo. Quiero estos papeles y una sala donde pueda estudiarlos y queden bajo custodia.

—La respuesta es no. —Daroca se tiró hacia atrás en su butaca echando el velo a la discusión.

—Hablaré con tu jefe.

—Será inútil, te dirá lo mismo que yo. —Probó de nuevo a encender el pitillo y lo consiguió; recuperaba el autodomínio.

—Que me lo diga él.

Ferrer salió del despacho dando un portazo. En el pasillo, varias personas se giraron sobresaltadas. Ignorando a los milicianos que montaban guardia fue asomándose a las diferentes dependencias; cuando alguno de los centinelas hacía por detenerlo, le ponía su acreditación bajo las narices.

Al final lo encontró. Había visto su fotografía en el periódico.

Eduardo Barriobero superaba los sesenta años y lo aparentaba. Su cabello, casi completamente blanco, enmarcaba una frente amplia bajo la que destacaban las cejas espesas y las ojeras moradas que envolvían por completo los ojos, dos cuencas

insondables y oscuras. La nariz grande y los labios carnosos completaban un rostro partido en dos mitades: la superior, intelectual, y la inferior, sensual.

Presidía una sala abarrotada y en silencio. Su presencia imponía a pesar de que, en apariencia, había renunciado al boato propio de la judicatura. Ferrer no vio ningún asiento libre y se mantuvo en pie en una de las esquinas.

Estaban en lo más sustancioso del juicio. Un particular acusaba a un conocido prestamista de haber falsificado un recibo que había pasado milagrosamente de cuarenta duros a quinientas pesetas. El fiscal, vestido con toga sobre mono de miliciano y calzado con esparteñas, presentó el resguardo que probaba el burdo manejo y solicitó la devolución del capital prestado y el pago de una fuerte multa.

La inesperada entrada de un más que nervioso Daroca distrajo la atención del presidente del tribunal. Luis se acercó a Ferrer y quiso sacarlo de allí. Desde su privilegiada poltrona, Barriobero observaba el duelo.

—Suspendo la sesión durante unos minutos; necesito revisar unos documentos — mintió el responsable de la Oficina Jurídica poniéndose en pie y haciendo una seña a Ferrer y al sorprendido Daroca para que lo acompañasen.

—Vuestra controversia parecía muy interesante. —Barriobero estaba sirviéndose un vaso de agua.

—Una interrupción lamentable, Eduardo. —El pálido Daroca lucía un leve rubor.

—A lo hecho, pecho, querido Luis. Si hubiera una expresión literaria que equivaliera a estar hasta los huevos, la utilizaría muy gustoso para referirme a la caterva de usureros que juzgamos cada día, pero mi educación me impide emplear expresiones malsonantes aunque ciertamente esté de ellos hasta los huevos. — Barriobero reía de nariz para abajo—. Me irá bien este receso; así conoceré a tu amigo.

—Me llamo Toni Ferrer. Soy investigador de la Consellería de Seguridad.

—Los colaboradores de Aurelio son bienvenidos a esta casa. —Una chispa de malicia iluminó el fondo de los pozos donde flotaban sus ojos—. Porque supongo que vienes de parte del compañero Aurelio Fernández y no serás uno de los perros de presa de Esquerra Republicana o de los comunistas.

—Trabajo para Aurelio —lo tranquilizó Ferrer—. Explicaba a tu ayudante que estamos inmersos en una investigación para la que nos es imprescindible vuestro apoyo.

Al oír la palabra ayudante, las mejillas de Luis se encendieron.

—Quieren poner nuestra casa patas arriba con la excusa de que investigan los abusos de algunas patrullas —le interrumpió este con vehemencia—. ¡Es una patraña!

—¿Es eso verdad? —La voz de Barriobero había salido cortante; dominaba todos los recursos dialécticos y tendía a discursar—. A las clases gobernantes de este país

nunca les ha interesado que la educación y la justicia llegaran al pueblo. Los fascistas fusilan maestros. Aquí, los burgueses que todavía mandan no nos dan tregua; la justicia popular los asusta y usan contra nosotros sus armas favoritas: la maledicencia y la calumnia. ¿Ahora tampoco puedo fiarme de mis amigos de los sindicatos?

—Mi encargo es profesional, no tiene ninguna motivación oculta —objetó Ferrer.

—Los adjetivos son tan peligrosos como las pistolas, querido amigo. —Barriobero levantó el dedo índice reprendiéndole—. Profesional es un adjetivo del calibre cuarenta y cinco. Antes de utilizarlo, uno debe saber que mata. Los policías de Primo de Rivera eran profesionales: cobraban un salario a cambio de su trabajo. Ellos no tenían motivaciones ocultas; quienes los mandaban, sí.

Habían entrado en el mismo callejón sin salida que con Daroca. La precaria situación institucional de la Oficina Jurídica los ponía a la defensiva y cuanto Ferrer pudiera argüir sería malinterpretado. Buscó la carta de García Oliver y se la dio.

—Deberías leerla.

El veterano jurista lo hizo en unos pocos segundos, un recorrido en diagonal que empezó en el membrete de la Regional y terminó en la rúbrica. Suspiró y una sonrisa cansada iluminó sus facciones.

—Cuida bien esta carta —dijo al devolvérsela—. No solo porque sea de una gran persona y buen amigo, que lo es, sino porque esta firma aumentará su poder en las próximas semanas.

Ni Ferrer ni Luis sabían a qué se refería Barriobero.

—No os puedo decir nada más. Para mí, se trata de la noticia política más importante de los últimos meses y he prometido no comentarla hasta que se haga oficial mañana —zanjó Barriobero dirigiéndose a Ferrer—. ¿Qué puedo hacer por ti?

—Como le he explicado a Luis, necesito la documentación relacionada con las patrullas que han colaborado recientemente con vosotros.

—Mucha tarea me parece.

—Es imposible, Eduardo. —Daroca hizo un último esfuerzo—. Nos come el trabajo, cada día tenemos más asuntos. Desde que nos asignaron las quejas contra las compañías aseguradoras no paramos, abrimos más expedientes de los que podemos cerrar.

—Los malditos asuntos pendientes. —Barriobero se puso en pie trabajosamente—. Va siendo hora de que vuelva al tribunal.

Ferrer bufó con sordina; había perdido el asalto, pero el combate continuaría. Daroca, en cambio, se sentía compensado por el berrinche que le había hecho pasar. Entonces, sucedió lo imprevisto.

—Luis, moviliza a tres o cuatro compañeros y prepara lo que nos ha solicitado para su investigación. —Barriobero se había detenido junto a la puerta—. Y tú, compañero Ferrer, danos unos días para que busquemos ese material. No puedo paralizar la oficina porque a Aurelio y a Juan se les haya ocurrido dar una lección a los descarriados. Hoy es miércoles... Digamos que lo tendrás el próximo lunes.

Daroca salió contrariado tras su jefe sin decir esta boca es mía. Ferrer tenía una habilidad especial para ir por la vida haciendo amigos.

Las emisoras de radio llevaban toda la mañana dando la matraca con la entrada de cuatro ministros de la CNT-FAI en el gobierno de la República, la gran noticia política de la que le hablara Barriobero el día anterior.

García Oliver era el nuevo titular de Justicia. El comentario que le había hecho en la Torre dels Pardals, sobre su ausencia de Barcelona a causa de unas nuevas responsabilidades, cobraba ahora sentido.

Leyendo unos pasquines y oyendo a los parroquianos de la bodega en la que desayunó, constató que en esta y en otras cuestiones que afectaban a sus principios doctrinales los cenetistas mostraban una irreconciliable división entre anarquistas *puros* y *pragmáticos*, por clasificarlos pronto y sencillamente. Abominaban de la decisión de convertirse en una fuerza gubernamental, los primeros, y la entendían, en el marco del conflicto bélico, los segundos. En el fondo latía una pregunta tramposa al estilo de la del huevo y la gallina: ¿qué era prioritario, hacer la revolución o ganar la guerra? Según cual fuese la respuesta, uno se alineaba con un bando o con el otro. No se admitían medias tintas.

Entre tanto, Ferrer vivía su particular revolución profesional y sentimental.

Llevaba unas cuantas horas repasando viejas libretas de notas en busca de direcciones de peristas, de prestamistas y de anticuarios sin escrúpulos con los cuales se hubiera relacionado en algún momento. Muchos de ellos estarían muertos y otros huidos, por lo que, por puro cálculo de probabilidades, debía acumular una cifra nada desdeñable de nombres. Tendría suerte si después de la criba quedaba un par que fuese de utilidad.

La pausa obligada en la investigación sobre los patrulleros —no abriría ningún nuevo camino hasta estudiar los documentos de la Oficina Jurídica— le iba a permitir dedicar más tiempo a Regina del que supuso al comenzar.

Estaba encantado.

Su relación con ella era también un maldito asunto pendiente que resolver. No se le presentarían dos oportunidades como aquella.

La casa en la que vivía Regina seguía el modelo de edificio para gente bien tan habitual en la parte alta de Barcelona: seis alturas, coronado por una cúpula y un elegante tejado abuhardillado de pizarra, miradores acristalados en todos los pisos y una entrada con parterres que hasta no hacía mucho habían lucido magníficos.

Se sentía casi tan inseguro como cuando, siendo adolescente, acudía a una cita. En el amor, la experiencia no garantizaba que no se metiera la pata hasta las corvas una y otra vez.

A pesar del frío, la portera estaba sentada en la acera, junto al portal, en una silla de mimbre. Se removió inquieta mientras Ferrer intentaba, sin éxito, girar el pomo y entrar.

—Está cerrada con llave, que hay mucho sinvergüenza suelto. —La mujer lo miró con desconfianza—. ¿Qué se te ofrece?

—Buenas tardes. —Se las componía para estar a bien con los porteros y más en unas circunstancias históricas que habían hecho de la delación una de las bellas artes—. Vengo a ver a la señora Regina Urgell. Es en relación con don Agustín, su difunto padre.

—Tan excelente persona que era don Agustín, ¿verdad? —Ante el nombre familiar, la mujer abandonó su actitud suspicaz.

—No tuve el honor de conocerlo en persona. —Si la ocasión lo exigía, gastaba pastillas de boca—. Un hombre admirable, por lo que sé.

—Sí que lo era. —La mujer se levantó con alguna dificultad; Ferrer reparó en sus piernas hinchadas y varicosas, un paquidermo con calcetines—. Ven, te acompañaré hasta el ascensor; el llamador se averió y si no sabes cómo funciona, puedes estar esperándolo hasta mañana.

Entraron en el *hall* grande y luminoso. El suelo era de mármol blanco, igual que el zócalo que cubría media pared; la otra mitad estaba pintada de color crema y se prolongaba hasta el recargado techo.

—El techo se ve muy bonito con tanto pajarito, tanta fruta y tanta flor, pero da un trabajo espantoso y una no está para ir subiéndose a una escalera y limpiarlo. El polvo se cuela por todos los rincones.

—Ya no se hacen molduras así. —Contempló las figuras de yeso—. Con un retoque de pintura quedarían como nuevas.

El ascensor estaba al fondo del vestíbulo, junto a unas amplias escaleras también de mármol. La botonera de latón brillaba en la puerta de la jaula. No llegaron a llamarlo; sonó el motor y luego oyeron el ruido de la cabina deslizándose por el hueco.

—Seguro que es la Yanete —comentó la portera—. Se llama Juana, pero no le sonaba fino para una peluquera y se lo puso en francés.

Un minuto después el elevador se detuvo en la planta baja. Salió una llamativa mujer madura, de tipo y andares juveniles. Había pagado su tributo a la edad con unas patas de gallo imposibles de ocultar incluso bajo la espesa capa de cremas y polvos que se había aplicado rompiendo la tendencia del momento: cara limpia y sin artificios.

—Ay, Yanete, justo hablaba de ti con este señor. —A la portera le faltó tiempo para ponerla al día—. Aquí el caballero, que viene a visitar a la señora Regina.

La peluquera radiografió a Ferrer, un minucioso repaso de arriba abajo, y dio su aprobación con una sonrisa coqueta que le marcó unas arrugas alrededor de los labios más hondas que las de los ojos.

—Acabo de estar con ella. Tiene un pelo precioso. —Jeanette pronunció «pelo» con la misma entonación con la que se habría referido a un órgano sexual.

El servicio a domicilio se había extendido desde que barberías y peluquerías fueron colectivizadas e integradas en un sindicato único, la Agrupación. Muchos profesionales optaron por trabajar por su cuenta, atendiendo a los clientes en sus propias casas o despachos.

—Siendo sincera —continuó la *coiffeuse* mirando a Ferrer con intención—, Regina no aparenta la edad que tiene.

—No, no la aparenta. —La portera no pilló el doble sentido—. En eso ha salido a su madre, que tiene el cutis de una niña.

Ferrer decidió abandonar la escena; iban a ponerlo en un compromiso.

—Si me permiten, señoras, voy a subir. Es en el tercero, ¿verdad?

Había dos puertas. La de Regina era inconfundible: en el marco, una nota del consulado de Cuba anunciaba que la vivienda y sus moradores estaban bajo su protección. Técnicamente era suficiente para mantener alejados a los indeseables, aunque no siempre funcionaba.

La puerta se abrió como por ensalmo.

—No es magia —dijo ella contenta—. He oído el ascensor.

—Yo, en cambio, puedo asegurar que una peluquera afrancesada te ha peinado no hará ni diez minutos y que el corte te favorece. —Se llevó dos dedos a la frente en señal de concentración—. Percepción extrasensible.

A Regina se le escapó una carcajada que reprimió cubriéndose la boca con la mano. Abrió más la puerta para que pasara.

—¿Has tropezado con Jeanette! ¿Te ha hecho una de sus radiografías?

—Evaluó hasta mi ropa interior, por ser bien hablado.

Regina siguió riendo, cerró la puerta, le pidió su bufanda y la colgó en un perchero.

—Aparenta ser una devoradora de hombres, pero es un pedazo de pan. La pobrecita se ha pasado media vida buscando a su pareja ideal.

—¿No está casada? —Ferrer colgó su abrigo.

—Sí. Se casó muy joven y muy enamorada hasta que descubrió que a él le gustaban más los hombres que las mujeres.

—Dios da pañuelo a quien no tiene mocos.

—Ahora está sola, por si te interesa. Su marido se fue voluntario a Aragón siguiendo a su amante. —Captó la curiosidad de Ferrer por el piso—. Aquí viví hasta que me casé. Me he mudado porque es más céntrico que el mío.

—La decoración no cuadra con tu personalidad.

—Lo decoró mi madre. —Lo tomó del brazo para que le acompañara—. Vamos al salón, estaremos más cómodos. Por cierto, ¿cómo crees que es mi personalidad?

—Obviamente, más moderna que la de tu madre, aunque también en una línea clásica.

Caminaron por el largo pasillo que comunicaba la zona de día —comedor, salón, biblioteca y cocina— con la de noche —los dormitorios y baños familiares— en el otro extremo del piso.

—Continúa, por favor —lo animó.

—Atrevida, pero no tanto como para cruzar la frontera entre lo que eres y lo que te gustaría ser. En decoración, por supuesto.

—Por supuesto.

Regina se sentó en el brazo de un sofá de piel. Sus ojos avellana brillaban con el aire, entre divertido y retador, que cautivara a Ferrer cuando la conoció.

—¿Y tú cómo eres, Toni?

—¿En decoración?

—De eso hablamos, ¿no?

—Es difícil definirse a uno mismo. Diría que he roto con lo tradicional aunque no me he tirado de cabeza a lo más moderno.

—Eso es muy general —protestó ella.

—Está bien... Creo que en todos los estilos hay algo capaz de fascinarte, por lo que tomo lo que me parece mejor de cada uno. De ahí que la recepción de mi oficina sea de líneas rectas y maderas claras mientras que en mi despacho dominan las formas suaves y la caoba.

—Una fachada racional que oculta un interior mucho más emocional, una contradicción entre la forma y el fondo —sintetizó satisfecha.

Se levantó con energía y prendió la luz de una sala contigua.

—Ven, lo he preparado todo en la biblioteca.

Los reflejos del oro eclipsaban los encantos de la magnífica estancia: las litografías inglesas, las estanterías repletas de libros lujosos, las cómodas butacas de cuero oscuro y las lámparas de lectura estratégicamente distribuidas.

Alineadas sobre la mesa central, más de un centenar de monedas recordaban el tesoro de un pirata. Ferrer recitó:

—Quince hombres en el cofre del muerto...

—... y una botella de ron —completó ella.

Química, dijo él una vez al referirse a su relación.

Regina abrió un cajón y sacó una caja metálica con tarjetas de cartulina.

—Hay una fotografía y una ficha técnica para cada moneda —dijo.

—Las copiaré; no quiero arriesgarme a que se pierdan o me las quiten. —Ferrer tomó varias fichas al azar y las leyó—. Tu padre era un perfeccionista. Anotó hasta el precio de compra. Buscaremos las veinte más caras y diez de precio medio; así veremos cuáles son más fáciles de colocar.

—Mi padre era un ingeniero perfeccionista y yo soy una pésima anfitriona; no te he ofrecido nada. Veamos, puedes elegir entre café, oporto, jerez o algo más fuerte si

me prometes que se te entenderá la letra.

—Un oporto estaría muy bien, no tiene el suficiente alcohol para estropear más mi desastrosa caligrafía.

Regina presionó un resorte oculto en la parte superior de un libro y diez lomos se abrieron convirtiendo un pesado tratado alemán de astronomía en un mueble bar camuflado. Sirvió dos generosas copas.

Trabajó sin interrupción durante casi dos horas. Al concluir, Regina suspiró de alivio.

—Te agradezco el esfuerzo, Toni.

—Eres mi cliente. —Se masajeó la mano derecha y señaló las monedas—. Deberías guardarlas en un lugar seguro.

Regina se dirigió a una de las esquinas de la librería y giró la basa de la columna de madera que la adornaba. Sonó un clic y el fuste se abrió girando sobre una bisagra oculta y dejando a la vista un hueco forrado de acero. Un mueble con accesorios interesantes.

Fueron colocando estrechas bandejas con monedas en el hueco acorazado.

—¿Cómo se le ocurrió a tu padre reunir esta colección?

—Por precaución. Después de lo del Banco de Barcelona y de los problemas de la bolsa americana decidió invertir parte de nuestro dinero en valores que no dependieran tanto de los vaivenes del mercado.

Recogieron las fichas originales y las guardaron de nuevo en la caja metálica.

—¿Qué sabes de tus sobrinos? —preguntó Regina.

—No los he visto desde septiembre. Se fueron a Gerona, con mi cuñada, a casa de sus abuelos. Los echo mucho de menos.

Luisa, de dieciséis años, y Antonio, de diecisiete, eran su debilidad. Cuando su hermano Eudald abandonó a su mujer y a los niños, a mediados de la década de los veinte, Ferrer se ocupó de su manutención y estudios, aun en los momentos en que su economía no era especialmente boyante.

Con aquel episodio suprimió cualquier leve vestigio del cariño que hubiera podido sentir por su hermano, un bala perdida que había hundido cuanto construyeron antes dos generaciones de Ferrer.

Eudald asumió la dirección de la empresa familiar, una industria textil, al fallecer su padre en 1917. Nadie discutió la sucesión; Toni estaba hincando el codo en la Facultad de Derecho y Eudald, diez años mayor que él, era el *hereu*.

La neutralidad de España en la Gran Guerra convirtió a Barcelona en la capital mundial de los negocios turbios. Eudald probó suerte en ellos y, al principio, salió bien librado, llegando a ingresar más de un millón de pesetas en una sola operación. Sin embargo, las *cocottes* francesas, las juergas y una vida de bajá esquilmaron su cuenta corriente en un abrir y cerrar de ojos.

Embriagado por el dinero rápido, descuidó la empresa. Un par de años después de

haber cambiado de gestor, Tejidos e Hilados Viuda de Ferrer e Hijos padeció los efectos de la incipiente crisis del textil catalán y la falta de liquidez se hizo dramática. Dado su decaimiento, Eudald fue presa fácil de dos genios de la especulación, el uruguayo Avellaneda y el norteamericano Musher, con los que se asoció.

Los tres socios se presentaron en el Banco de Barcelona, sucursal 1 del paseo de Gracia, solicitando financiación para una operación con divisas que, en teoría, los haría ricos. El banco exigió garantías. Avellaneda avaló su parte con acciones de una compañía naviera, Musher la suya con varios contenedores de vino de misa, depositados en el puerto de Nueva York, y Eudald con lo que le quedaba de la empresa.

El negocio falló y se esfumaron ochenta y tres millones de pesetas. Las acciones de la naviera de Avellaneda se convirtieron en papel mojado tras el oportuno hundimiento de uno de sus barcos cargado de pieles; el vino de Musher se evaporó de los muelles americanos en plena Ley Seca y lo único tangible que los atribulados directivos del banco pudieron llevarse a las arcas fue el aval de Eudald. El Banco de Barcelona suspendió pagos y la familia Ferrer se quedó en la ruina.

Eudald, incapaz de hacer frente a sus responsabilidades, desapareció. Un conocido lo vio en Río de Janeiro, entre la multitud, durante las fiestas de inauguración del Cristo de Corcovado, en 1931.

Por fortuna, el viejo Ferrer había realizado inversiones inmobiliarias a nombre de su esposa y eso permitió a la mujer vivir con cierta holgura aunque sin alegrías. Toni, ya abogado, se colocó de asesor legal en una compañía de seguros.

No era un tema del que Ferrer hablara espontáneamente. A Regina no le explicó la historia hasta que su relación se hizo lo bastante estrecha como para confiarle sus temores y sus pensamientos más íntimos, si es que hay algo más íntimo que un temor.

—Perdóname por haber despertado recuerdos desagradables —se excusó Regina.

—Cada vez me duele menos. Me gusta que me pregunten por mis sobrinos aunque se manifieste el espectro de Eudald.

Ferrer sujetó las copias de las fichas y varias fotografías con una goma. Regina le observaba con curiosidad.

—¿Qué harás con ellas?

—Mañana empezaré a visitar a algunos conocidos y se las enseñaré por si les interesara comprar.

—¡Ojalá!

—Empieza a hacerse tarde. —Miró su reloj—. Tengo que irme, mañana será un día de mucho trajín.

—El tiempo se me ha pasado volando —se limitó a decir Regina—. Me encantaría que te quedaras a cenar, pero unos vecinos celebran una velada poética en su casa y me invitaron. No tuve corazón para negarme.

—No te preocupes. Julia me ha preparado un tentempié y no quiero irme a dormir tarde.

Ambos mentían con bastante convicción aunque con escasa imaginación.

VI

NUEVOS LOBOS EN LA CIUDAD

Amigo Ferrer, te sorprendería la de zánganos que solo han trabajado en las camas de sus doncellas y ahora son incapaces de sacar ni para una comida caliente.

Estaban solos. Tras el mostrador, el viejo pasaba el plumero por una estantería repleta de caros juegos de té y de lujosas cuberterías de plata.

—Por eso se patean el patrimonio familiar a precio de saldo.

—Eres demasiado severo con ellos, Beltrán. Hoy no es fácil ganarse la vida bien y honradamente.

Charlaban a través de unos barrotes de hierro que iban desde el tablero hasta el techo y que impedían el acceso del público a la trastienda. El viejo prestamista salió de esa zona protegida y fue hacia la puerta exterior del comercio. La atrancó con una gruesa barra metálica.

—Tus visitas nunca son de cortesía; así que mejor evitar las interrupciones —dijo.

—Te lo agradezco. —Ferrer miró a su alrededor. Máquinas de escribir y de coser, mantones de Manila y vestidos de novia se apilaban sobre cualquier espacio plano—. Veo que te vuelve a ir bien.

—Pse... de aquella manera. Trabajo a un cierto nivel y no he sufrido tanto como otros.

A finales de julio, el gobierno obligó a los prestamistas a devolver todos los objetos que habían sido pignorados por menos de doscientas pesetas. Una ruina.

—Al revés —siguió—, sin quererlo, las autoridades y sus acólitos me hicieron el caldo gordo eliminando a algunos de mis clientes y dejándome en herencia sus bienes aquí depositados.

—Supongo que no se te pasaría por la cabeza ofrecer a sus familias la oportunidad de recuperarlos.

—¿Para qué? Si me trajeron la vajilla de la abuela fue porque no tuvieron otro remedio. —Abrió el cajoncito de un bagueño, sacó un librito de papel de fumar y una bolsa de piel damasquina llena de picadura. Empezó a liarse un pitillo—. Además, muchos de ellos me dieron nombres supuestos y no dejaron sus domicilios.

El viejo dio forma cilíndrica al cigarrillo haciéndolo rodar entre los dedos. Habló con sorna:

—¿No insinuarás que tenía que haberte llamado para que los buscaras, verdad? —Humedeció el papel con la lengua—. Por lo que he oído, no te sobra el trabajo.

A Beltrán le gustaba sacar las uñas de tiempo en tiempo, solo para que se supiera

que era capaz de hacerlo.

—¿Quién te ha dicho eso?

—Un pajarito. —Beltrán se llevó el pito a la boca y lo encendió. Dejó ir un aro de humo—. En esta ciudad es fácil seguirle la pista a la gente.

—¿Y a ti qué tal te va con la Oficina Jurídica? —Ferrer también mostró sus zarpas, por si acaso—. Los prestamistas no sois muy populares allí.

—Son moscas cojoneras: molestos, pero no peligrosos. Tuve que acudir en una ocasión. Una payasada.

—¿Por qué te citaron?

—Pongamos que uno de mis empleados tuvo demasiada iniciativa y anotó mal una cantidad. El cliente reclamó, no hubo forma de convencerle y dimos la última pincelada en la Oficina Jurídica. Llegué, declaré y pagué, que diría Julio César si tropezara con el canalla de Barriobero. —Se encogió de hombros—: Me costó una dinerada. Además de pagar la multa, les entregué una cubertería de plata decorada en oro, una preciosidad isabelina.

No era recomendable dejarse engañar por su disfraz de anciano pulcro y afable. Beltrán era un hueso duro de roer al que no le temblaba el pulso cuando enviaba a alguno de sus chicos a ablandar a golpes a un deudor.

—¿Has sabido algo del bombón? —Los ojillos del viejo brillaban; le encantaba demostrar que tenía una buena memoria. Conocía los secretos de mucha gente, un arma fundamental en aquel negocio.

El bombón era una mujer casada que no volvió al hogar conyugal tras visitar a una amiga, desvaneciéndose por el camino. Su marido contrató a Ferrer, hartado de que la policía no obtuviera resultados a pesar de su insistencia y de sus influencias.

Tras las tediosas rutinas con la familia y las amistades, Ferrer encontró un hilo que le llevó a la casa de préstamos de Beltrán Iniesta, donde la mujer había empeñado varias joyas. De ahí a localizarla fue un paseo. Se refugiaba en el piso de una antigua criada de sus padres. Le explicó que no había aguantado más las vejaciones de su marido, un niño de papá que, casi con cincuenta años, reafirmaba su virilidad con cuantas mujeres fáciles se le ponían a tiro. Un día, después de una francachela, había vuelto borracho a casa y la abofeteó al echárselo ella en cara; eso colmó el vaso de su paciencia y se marchó. Estaba convencida de que el muy bestia la mataría antes de concederle el divorcio.

Era una mujer culta y muy hermosa que, según le aconsejó Ferrer, podía empezar de nuevo en cualquier otra ciudad si contaba con fondos suficientes para mantenerse durante unas semanas, mientras se reorganizaba.

Días después, Ferrer informaba a su cliente de que no pudo hacerlo mejor que la policía y no había encontrado a su esposa. Se ganó una bronca monumental y un portazo. No cobró ni una peseta. De eso hacía dos años.

—Recibí una postal suya desde Sevilla. Ha dado un giro a su vida —dijo.

Después de aquella primera colaboración, Beltrán Iniesta le ofreció su ayuda en

casos de robos de joyas y ajuares valiosos, siempre que hubiera un reconocimiento económico por parte de las compañías aseguradoras. Gracias a sus informaciones pudieron meter mano a varios peristas. Ferrer sospechó, desde el principio, que el dinero era lo de menos y que el viejo aprovechaba sus soplos para eliminar a competidores molestos. A pesar de ello, la relación que se estableció entre ambos, aunque no de amistad, fue cordial y de mutuo respeto.

—Me encantaría seguir charlando contigo —Beltrán ponía fin al intercambio de recuerdos—, pero imagino que tendrás un montón de cosas que hacer.

—Toma, échale un vistazo; quiero venderlas. —Le entregó la lista de monedas—. Si necesitas más datos sobre alguna en concreto, tengo fichas pormenorizadas.

Con morosidad, el prestamista sacó unas lentes pequeñas y se las colocó sobre la punta de la nariz, desde donde amenazaban con lanzarse al vacío. Leyó detenidamente el listado sin hacer un solo comentario hasta que terminó:

—¿Proceden de incautaciones o de algo por el estilo?

—No, son de un amigo. —Bromeó Ferrer—. Un zángano incapaz de sacar lo suficiente para una comida caliente.

—Dudo mucho que las puedas colocar. Al menos al precio que conseguirías en otro momento menos... conflictivo.

—Ya lo sé. He ido a ver a un par de comerciantes numismáticos y están al borde de la quiebra. —Ferrer llevaba toda la mañana arriba y abajo—. Hasta probé con Albiñana. Su local ya no existe.

—Se lo saquearon y lo quemaron. Unos incontrolados, me dijeron, aunque bien pudo ser él para quedárselo todo sin pagar un real o para borrar las huellas de sus estafas. ¿Sabes que tenía un taller para falsificar retablos románicos? Se los vendía a americanos ricos.

—No se puede negar que es un pollastre con iniciativa. —Le pasó un par de fotografías—. ¿Cuánto puedes ofrecerme?

—No mucho; no nado en efectivo, que digamos. Los bancos controlan el dinero y los sindicatos y el gobierno controlan los bancos, un embrollo.

—No me vengas con cuentos. ¿Desde cuándo necesitas a los bancos para tener efectivo?

—Esto ya no es lo que era... No nuevo dinero de verdad. De la media docena de mozos que trabajaba para mí, solo puedo mantener a uno.

—Me vas a hacer llorar.

Dudaba de que Beltrán, con todas sus conexiones legales e ilegales, pudiera pasarlo mal.

—No te lo tomes a broma. Hay nuevos lobos en la ciudad, gente que se forra con el mercado negro y que invierte en nuestras actividades.

—¿Tenéis inversores? —Ferrer se sorprendió.

—El nombre no hace la cosa. Ellos son los que ponen el dinero fresco para nuestras operaciones diarias; llámalos inversores, si quieres. Cuando va bien, se

llevan sus beneficios; si la cagamos, no quieren excusas y reclaman su parte. Siempre ganan. Son los únicos que manejan cifras mareantes sin rendir cuentas a nadie.

—¿Dónde puedo encontrar a una de estas prendas?

—Te daré un nombre.

Beltrán fue hacia el mostrador y garrapateó unos datos sobre un pedazo de papel de estraza.

—Ten cuidado. Seguro que lo conoces y ya sabes cómo se las gasta.

El viejo le dio también una arrugada tarjeta de visita.

—Toma, si tu amigo consiguiera ir a Francia, debería visitar a *monsieur* Larzac, en Béziers. Seguro que le interesan estas piezas. Es un anticuario de alta categoría, bien relacionado con museos y con coleccionistas ricos.

—Muchas gracias.

—No se merecen. Y guarda bien esas preciosidades. —Con la cabeza señaló las monedas fotografiadas—. Son toda una tentación.

Se aseguraba que los vagones negros y amarillos del Metropolitano Transversal eran los más largos del mundo. En cada uno de ellos cabían unas trescientas personas, entre las que podían sentarse en los bancos de listones de madera y las que viajaban de pie. A aquella hora temprana de la tarde, el vagón no iba lleno. Ferrer buscó asiento y volvió a leer el nombre del inversor que le había dado Beltrán Iniesta.

Aunque no había tratado directamente con él, había oído hablar de Enrique García, más conocido como Platerías, y sabía de su vida y de sus hazañas por otros detectives y policías que tuvieron la desgracia de cruzarse en su camino.

Década y media atrás, Platerías viajó a Barcelona, junto con sus padres, en el *Transmiseriano*, el tren en el que, en los años veinte, llegaron miles de almerienses y de murcianos para trabajar en las obras del metro y de la Exposición Universal. Enrique, un hombre joven, semianalfabeto y de una viva inteligencia, pronto descubrió que en el tajo se sacaba lo justo para malvivir en un piso cochambroso o en una barraca del extrarradio barcelonés.

En 1924, su padre murió en el hundimiento de las obras del túnel del ferrocarril en la calle de las Cortes Catalanas. Enrique juró que a él no le sucedería lo mismo y tiró por el atajo, formando un violento grupo con el que extorsionó durante años a pequeños industriales y comerciantes de los barrios de Sans y Bordeta. Pisó la cárcel un par de veces, pero por poco tiempo.

Le fue bien e invirtió su capital en negocios más lucrativos y de menor riesgo físico. Compró la platería a la que debía el apodo y estableció en ella su cuartel general. Pronto dirigió, desde allí, varias bandas de delincuentes que asaltaban chalets en zonas residenciales de toda la provincia.

Según Beltrán, Platerías tenía ahora un par de talleres que fundían oro procedente de joyas incautadas por gerifaltes de las patrullas, por lo que contaba con una

inesperada protección que le permitía actuar con descaro e impunidad.

La superficie cambiaba, pero la mierda del fondo era siempre la misma.

Al llegar a la estación de plaza de España, buscó la salida más cercana a la calle de Cruz Cubierta, que atravesaba el barrio de Hostafrancs siguiendo el trazado de la carretera de Madrid hasta el antiguo pueblo de Sans. Era una barriada eminentemente obrera en la que una buena porción de sus habitantes trabajaba en la enorme factoría de La España Industrial o en los servicios del también cercano Matadero General.

La platería estaba en la esquina de una pequeña manzana de la que Enrique García se había adueñado por completo con el paso de los años. Su exterior era un conjunto caótico de edificios de diferentes tamaños y estilos, pero Ferrer sabía que el interior estaba unido formando un gran local con distintas dependencias bien protegidas por elementos armados. Una cueva de ladrones en la que no cabía «ábrete Sésamo» alguno para entrar sin permiso o, de intentarlo, sin recibir un tiro.

Era una tienda pequeña. Superaba por muy poco los diez metros cuadrados. Justificando su actividad declarada, había vitrinas acristaladas con objetos decorativos de plata. Al fondo, una mesa iba de lado a lado y, tras ella, un individuo malencarado observaba con inquietud todos sus movimientos porque no respondía, en absoluto, al tipo de cliente que solía frecuentar el comercio: olía a pasma.

—Quiero ver a Platerías. —Ferrer le leyó el pensamiento y no quiso sacarlo de dudas.

—Don Enrique no está. —Al dependiente se le escurrían las consonantes entre los dientes por culpa de los estragos de las caries.

—¿Por qué no lo miras mejor o preguntas por ahí? Esto es muy grande; es hora de despacho y puede estar trabajando.

—Ya te he dicho que no está. —Había impaciencia en su voz—. Don Enrique nos avisa cuando se va, y hoy lo hizo. Tendrás que volver otro día y probar suerte.

Ferrer lo ignoró. Se acercó a una de las vitrinas y se entretuvo contemplando un juego de dos copas de champán, dignas del picadero de un tenorio de pacotilla. Habló sin dirigirse a nadie en particular:

—Me gusta que lleven grabados «tú» y «yo»... Puedes cambiar de «tú» las veces que quieras sin tener que comprar copas nuevas. Está bien pensado.

Ante su actitud, el mozo hizo lo que cualquiera: ir a buscar a alguien con mando en plaza para que tomara las decisiones adecuadas.

Solo en la tienda, Ferrer sintió la curiosa sensación de que lo estaban observando. Miró a su alrededor buscando un agujero en la pared desde el que lo pudieran espiar, pero había demasiados objetos en las vitrinas y estanterías para descubrir alguna tronera camuflada.

El dependiente volvió acompañado por un tío duro. Vestía traje de pana oscuro y camisa blanca, sin cuello ni corbata. Tenía la nariz rota, las orejas aplastadas y

cicatrices en las cejas. Un boxeador. Se fijó en sus manos, dos mazas descomunales. Un mal rival si se venía de gallito. Por lo que pudiera ser, Ferrer sonrió. Nadie buscaba pelea con una sonrisa como la suya.

—Me ha dicho que quieres hablar con Enrique. —El hombre tenía una voz sorprendentemente suave y musical. Ferrer captó la desaparición de la palabra «don» antes del Enrique, una sutil manera de indicar su lugar elevado en el escalafón y su cercanía al susodicho—. Es imposible.

—Siento presentarme así, sin una cita, pero estoy convencido de que cuando le explique el motivo de mi visita aceptará charlar conmigo unos minutos.

—Mira, amigo, Enrique no va a charlar contigo, ve haciéndote a la idea. —Los modales contenidos apenas velaban la amenaza del cuerpo en tensión—. Si tienes algo que decirle, cuéntamelo a mí. Puedo escuchar y hablar en su nombre.

—Imagino que eres su hombre de confianza, su segundo o algo así.

—Algo así.

—Debe de haber algo en mi cara que los previene o será que ahora a determinada gente le gusta hacerse la importante... —Se encogió de hombros—. Últimamente solo hablo con los hombres de confianza de aquellos con quienes quiero hacerlo.

—Tú sabrás por qué. No creo que sea por tu cara, aunque no suelo fijarme en la jeta de alguien si no es para poder acordarme luego de ella. Y eso no es buena señal.

—¿Podemos, al menos, hablar en privado? —Aclaradas las posiciones, el duelo de comentarios agudos sería una pérdida de tiempo.

—Ven conmigo.

El boxeador se dirigió a una puerta lateral. Hizo un gesto al malencarado, que sacó las manos de debajo de la mesa. Al pasar hacia la trastienda, Ferrer se fijó en que, sujetas a la madera, tenía una escopeta de caza y una pistola Luger. Habría apostado su paga a que estaban cargadas y sin seguro.

—Cierra la puerta —le ordenó el boxeador.

Aquel ya no era territorio amigo. Ferrer apreció el grueso blindaje de la puerta. Por eso el perdonavidas no la había cerrado personalmente; quería que supiese que entraba en la guarida del lobo.

Sus pupilas se adaptaron a la penumbra y vio en un rincón a un centinela armado con un fusil ametrallador; vigilaba la tienda a través de una abertura en el muro que, por lo que recordaba de la disposición de las vitrinas, quedaba oculta tras unas grandes ensaladeras de alpaca. Se le erizó el vello de los brazos. De haberse puesto violento, lo habrían despachado sin problemas.

—Abre las piernas y los brazos. —El boxeador le registró, encontró el revólver y lo puso en un cajón—. Al irte te lo devolveremos.

También estudió su cartera. Ferrer bendijo el instante de lucidez en el que decidió dejar su identificación de investigador en casa, habida cuenta de lo susceptibles que eran para estas cosas los fulanos con los que tenía previsto tratar.

—Ten cuidado, no vayas a tropezarte. —El hombre de Platerías le guiaba por un

corto pasillo—. Me sabría mal que te hicieras daño tú solito.

—¿Vais a mandar alguna columna al frente? —Había visto una gran pirámide de latas de conserva.

—Nuestros chicos son jóvenes y tienen apetito —ironizó el boxeador deslizando un portón metálico que conducía a un almacén muy amplio.

Estaba repleto de cajas perfectamente apiladas; llegaban hasta el techo, dejando cuatro estrechos pasillos entre ellas. Ferrer reconoció la imagen comercial de un famoso aceite andaluz; había también leche en polvo, y conservas y productos que no supo distinguir porque la rotulación estaba impresa en caracteres cirílicos, con toda seguridad un cargamento de ayuda alimentaria procedente de Rusia y desviado en el puerto. En unos meses, en cuanto la comida empezara a escasear de verdad, todo aquello valdría una auténtica fortuna en el mercado negro.

Subieron a un pequeño despacho acristalado montado con una sencilla estructura de tubos metálicos. Se elevaba un par de metros sobre el nivel del suelo, junto a la entrada de vehículos. Era un cuartucho gris: cristales grises de tan sucios como estaban, piso de linóleo gris, muebles de metal gris y vista gris solo alegrada por unas cuantas fotografías de mujeres recortadas de *Iberia Plástica*, *Biofilia*, *Crónica* o de alguna otra revista con desnudos femeninos finos al estilo de Manassé; nada muy subido de tono.

El boxeador se sentó en un destartado sillón giratorio, abrió un cajón, cogió una botella de coñac y un vaso. Se sirvió dos dedos. No ofreció ni bebida ni asiento.

—Con tu permiso; tengo los pies muertos. —Ferrer apartó una pila de periódicos depositada sobre una silla y se sentó también—. Aunque este no sea el mejor sitio para usar esta expresión.

Sacó la lista de monedas y las fotografías. Las colocó sobre la mesa, cuidando de que quedaran orientadas hacia su anfitrión. Este no dijo nada, estiró con indolencia la mano izquierda y, usando solo la punta del dedo índice, atrajo la lista para poder leerla. Dedicó a ello un minuto. Luego hizo otro tanto con cada fotografía. La tocaba con la yema del dedo, como haría con un insecto que quisiera examinar y le diera asco, se la acercaba, deslizándola sobre el tablero, la estudiaba y la devolvía.

—¿De dónde han salido? —preguntó al final—. Las fotografías no parecen hechas en un museo o en un comercio.

—Las hizo un amigo mío en su casa. Las monedas son tuyas y quiere venderlas.

—¿Y qué pinta Enrique en este cuadro?

—Me han comentado que gusta de hacer inversiones y estoy convencido de que estas monedas le interesarán. —Separó las fotos de las dos o tres más bonitas—. Son de oro y de un gran valor histórico, mucho más seguras que los billetes de banco o las acciones de una empresa.

—Todavía quedan en Barcelona anticuarios y negociantes de monedas. —El boxeador bebió un pequeño sorbo de licor—. ¿Por qué no acudes a ellos?

—No conozco a ninguno que esté en condiciones de pagar lo que valen. Además,

tienen problemas con el efectivo. Confío en que Enrique sabrá valorarlas en su justa medida y encontrará la manera de pagarlas al contado.

—¿Están en Barcelona?

—A buen recaudo, sí.

—¿Podemos examinarlas con algún experto?

—Debería consultarlo, pero no creo que haya mayor problema. —Ferrer estiró las comisuras; no era una sonrisa pero casi—. Siempre que no sea aquí.

—¿No te fías de nosotros? —Su imitación de hombre ofendido no coló—. Eres tú quien ha venido a buscarnos.

—Habiendo tanto dinero sobre el tapete no me fío ni de mi sombra.

—¿Cómo podemos ponernos en contacto? Si nos interesara la transacción, por supuesto.

Ferrer sacó su estilográfica, tomó la lista y escribió su nombre y número de teléfono al pie de la última hoja.

—Quédate también con las fotos.

—Enrique ya sabe cómo es una moneda. —Dobló la lista y se la guardó en un bolsillo de la chaqueta—. No necesita fotos.

El chirrido ensordecedor de un timbre eléctrico les interrumpió. Ferrer vio la campana sujeta a la pared por encima del gran portón de madera que daba a la calle. No se había extinguido aún la vibración cuando aparecieron tres hombres armados, dos de ellos se colocaron a cada lado de la puerta y el tercero espió el exterior a través de un ventanillo; satisfecho con lo que veía se giró, miró hacia la cabina acristalada buscando al boxeador e hizo un gesto con la cabeza.

—Si a Enrique le hiciera tilín, te llamaremos y concertaremos una entrevista. —El boxeador tomó una libreta, apuró el coñac y señaló la puerta—. Tengo trabajo; uno de mis hombres te acompañará a la salida y te devolverá la artillería.

Al pie del despacho, el boxeador dio instrucciones al del ventanillo. El tipo se pegó a Ferrer. Al alejarse, oyeron abrirse el gran portón exterior y el sonido del motor de un camión. El viejo Beltrán tenía razón: aquel negocio estaba en expansión. El suyo, en cambio, no acababa de despegar; era media tarde del viernes y no tenía gran cosa que hacer hasta el lunes siguiente, en que visitaría la Oficina Jurídica.

Ferrer tamborileó en la mesa. Quería molestar a Luis Daroca. El esquelético funcionario llevaba veinte minutos largos simulando leer un informe para retrasar así el momento de entregarle los documentos sobre las patrullas. Una acción infantil a la que él contraponía un fastidioso concierto de percusión. Diálogo de besugos, se llamaba esta figura.

Aquel lunes, como un querellante más, se había presentado temprano a las puertas del Palacio de Justicia. «Muy de mañana me vienes», le largó Luis Daroca cuando lo vio en el umbral del despacho, «tendrás que aguardar cinco minutos, he de leer un

informe urgente».

Los cinco minutos de espera se convirtieron en veinte. Ferrer no estaba dispuesto a aguantar muchos más al constatar que la lectura del informe era un castigo *sui generis* por los acontecimientos del miércoles anterior.

—Cuanto antes revise la documentación, más pronto te librarás de mí. — Finalmente, interrumpió su concierto de dedos y la lectura de Luis—. Si lo que quieres es poner a prueba mi paciencia, te advierto que está en un tris de agotarse.

—A mí ya se me agotó. Estos últimos días, además del esfuerzo que nos exige la Oficina, tuvimos que invertir un montón de horas en satisfacer tu petición.

—Lamento los inconvenientes que te he causado. —Cambió el rumbo de la conversación; al fin y al cabo era una estupidez enfrentarse a quien podía ayudarle, por mucho que su actitud le exasperase—. Ojalá no hubiera tenido que pedírtelo, pero no me quedó otro remedio.

—Sabes que no es la petición en sí lo que me inquieta —también moderó su tono —, sino el uso posterior que se haga de esa información.

Luis parecía muy cansado. Hasta aquel instante Ferrer, enzarzado en el combate entre orgullos heridos, no había reparado en ello. Las arrugas de su frente eran más profundas, también los dos surcos que le bajaban desde la nariz hasta la barbilla bordeando la boca; bolsas moradas bajo los ojos le avejentaban el rostro. Incluso la camisa y el mono resplandecían menos que cinco días antes. Aun siendo considerable la tarea que Daroca había afrontado, no justificaba por sí sola tan repentino hundimiento físico. Debía de haber algo más, aunque no le importaba un ápice; a menos que estuviera relacionado con la investigación.

—Hemos habilitado una sala para ti. —Luis se pellizcó el caballete—. No está lejos de aquí, por si necesitaras consultarme cualquier duda.

Se levantó con trabajo y lo invitó a que le siguiera por un corto pasillo.

Nada más entrar en la sala, Ferrer se dio cuenta de la magnitud de la labor que se le venía encima.

—Asusta, ¿eh? —preguntó Luis con algo de insano regocijo.

—Asusta... por no usar otra expresión bastante menos fina.

—Te lo advertí. Hay miles de expedientes abiertos, con centenares de intervenciones de las patrullas.

—Al menos no sentiré sensación de ahogo —se consoló Ferrer mirando a su alrededor.

Era una sala rectangular y amplia. Había albergado reuniones en el tiempo en que aquel piso estuvo ocupado por el Tribunal Superior de Justicia. La mesa, grande y alargada, tenía capacidad para unas ocho personas; tres cuartas partes de su superficie estaban ocupadas por pilas de carpetas marrones de las usadas en dependencias judiciales desde sabía Dios cuántos años. A derecha e izquierda, pegados a la pared, dos armarios largos y de un metro de altura estaban cubiertos también de expedientes.

—Están en orden cronológico. —Luis se situó junto al armario de la izquierda—.

Aquí están los de agosto —empezó a caminar y a poner la mano sobre las pilas—, septiembre, octubre y, en la mesa, lo que llevamos de noviembre.

—¿Qué contienen? —Tomó una de las carpetas y la abrió; había papeles de todos los tamaños y colores.

Luis se la pidió, la puso sobre la mesa y empezó a separar los documentos según su clase.

—Mucho de lo que hay aquí lo heredamos de los antiguos juzgados; lleva fecha anterior al mes de agosto, cuando se creó la Oficina Jurídica —empezó—. Demandas que nadie se dio mucha prisa en tramitar.

—¿Y los documentos de las patrullas?

—A eso voy. —Le pasó un papel manuscrito—. Este es el más importante: el recibo en el que se consigna lo que nos entrega cada patrulla. Consta el dinero, los documentos o los objetos que han confiscado a petición de la Oficina Jurídica, el lugar y, en contadas ocasiones, el asunto al que se refiere.

—Muchos no se entienden —constató Ferrer seleccionando unos vales ilegibles.

—Es un problema, sí. —Se encogió de hombros—. Algunos de nuestros compañeros han trabajado desde que son niños y no han pisado la escuela más que para poner un ladrillo o hacer una reparación.

—¿Qué haces en estos casos?

—A poco que se lea, conservamos el albarán original. Si no, yo mismo lo escribo. A veces también rehago los que no han sido correctamente cumplimentados.

Ferrer suspiró.

—Está muy claro —dijo.

—Deja cada papel en su carpeta correspondiente para evitar extravíos que luego supongan un problema o una dilación del proceso.

Dicho esto, volvió a su despacho dejando a Ferrer *el Burócrata* a un paso de sumergirse en la vida íntima de algunos de los grupos armados más temidos de Barcelona.

El estómago le rugió por segunda vez. Llevaba casi siete horas enfrascado en la lectura de las carpetas. Hacía mucho que perdió la cuenta de las que había estudiado; le faltaban muchas más. Echó una mirada al reloj; eran más de las cuatro. De seguir a aquel ritmo no estaría listo antes de medianoche.

Las quejas estomacales le recordaron que no había probado bocado desde el desayuno, a eso de las ocho de la mañana; solo había bebido agua de la jarra que le llevó Rafa, el joven algo parado que le guiara en su primera visita. Luis se lo había asignado como ordenanza o figura revolucionaria equivalente.

Tenía la boca seca, el estómago vacío y empezaba a notar el cansancio. Decidió que era el momento de hacer una pausa, que aprovecharía para pasar a limpio las precipitadas notas que había ido tomando sobre la marcha. No sería la primera

ocasión en que se volviera loco intentando interpretar, días después, alguna críptica anotación que le pareció el colmo de la claridad al escribirla.

Se asomó al pasillo. Rafa se levantó tras una mesa colocada a unos metros de su puerta.

—¿Te importaría traerme un bocadillo? —Ferrer le dio un duro—. Quédate con el cambio.

—Gracias.

Incapaz de mantenerse en un término medio, el chaval pasó de la inmovilidad casi absoluta que adoptaba al hablar —era un decir— a correr a todo trapo pasillo adelante y escaleras abajo. Estuvo de regreso en un periquete.

El bocadillo de atún y pimientos sabía a gloria, sobre todo cuando entraba ayudado por un sorbo de la cerveza que Rafa le había llevado por iniciativa propia. Prolongó el placer comiendo a pequeños mordiscos.

Dejando el bocadillo sobre unas páginas de periódico, para no manchar la mesa, puso negro sobre blanco los escasos datos útiles que extrajo de los documentos. Dudó entre centrarse solo en las tres patrullas que investigaba o ampliar la pesquisa al resto. Ganó la segunda opción. Nunca se sabía dónde podía saltar la liebre.

Conforme se empachaba de papeles, en Ferrer iba ganando terreno la consideración por la capacidad administrativa de Luis. Legajo a legajo, comprobó que cada concepto de los recibos tenía una anotación que lo relacionaba directamente con una causa seguida en la Oficina Jurídica.

No había diferencias apreciables entre el dinero y joyas incautados —o que las patrullas decían haber incautado— y los que se declaraban en los expedientes.

Los documentos confiscados de mayor interés también contaban con una señal manuscrita del funcionario, pero, sin tiempo para seguirles el rastro de carpeta en carpeta, había perdido la pista a cuatro de ellos. Tres eran listados de militantes de organizaciones de derechas. El cuarto, un dietario o agenda, había sido encontrado por la patrulla de Trini y del asesinato Damián Tielmes en casa de un usurero, estafador y antiguo matón del Sindicato Libre. Un *post scriptum* indicaba que el desgraciado fue posteriormente detenido y ejecutado por orden de un comité de Sarriá. Caso cerrado.

A eso de las nueve de la noche, compareció Barriobero.

—*Quid brevi fortes jaculamur aevo multa?* —recitó en latín—. ¿Por qué en una edad tan breve maquinamos proyectos tan arduos? ¿Conoces la frase, compañero investigador especial?

—Es un verso de las *Odas* de Horacio, creo recordar —respondió Ferrer levantando la vista del expediente que estaba leyendo—. Tuve unos profesores de latín competentes.

—Horacio, el poeta que, aun a riesgo de su vida, no quiso utilizar la espada contra sus semejantes ni recibir honores de los poderosos. —El viejo abogado entró y cerró la puerta—. En estos tiempos que corren todos deberíamos aprender de él. —Miró los

montones de carpetas—. Tú también deberías hacerle caso; te enfrentas a un trabajo improbable.

—Es menos complicado de lo que aparenta.

—Luis teme que provoques un lío si mezclas documentos; no le conocía tanta variedad de maldiciones.

—No tiene nada que temer, soy muy cuidadoso. —Ferrer tomó la hoja con sus anotaciones—. Sin embargo, hay algunos papeles consignados que no he encontrado, listados de nombres, en su mayor parte.

Barriobero no se sorprendió.

—De vez en cuando nos traen documentos interesantes sobre actividades contrarias a la República. Los enviamos a la sección de Seguridad de la CNT-FAI para que actúe en consecuencia. Están en su archivo.

—Lo que me sorprende es que Luis, siempre tan cuidadoso, no lo indique en sus anotaciones.

—*Mea culpa*. —Se llevó la mano al pecho—. Yo tomé la decisión de enviarlos y, al hacerlo, fui más descuidado de lo deseable.

—O de lo que Luis te exige.

—¿No son ambas una misma cosa? Lo que exige mi amigo y colaborador suele ser lo deseable. Me ha reprochado a menudo mi, digamos, desafecto por el papeleo; sin mucha acritud, eso sí, ya que aquellos documentos eran de carácter político o de interés policial que poco o nada tenían que ver con lo que aquí juzgamos.

—Me satisface saberlo. No quiero dejar cabos sueltos... aunque sean insignificantes. —Le enseñó la hoja de apuntes—. Me gusta que todo encaje a la perfección.

—Una actitud encomiable, pero que no debe obsesionarte. La búsqueda de la perfección es tan antigua y tan inútil como la búsqueda de un dios que dé sentido a nuestros actos. Una labor agotadora e inabarcable.

—Lo que nos devuelve a Horacio y a su advertencia sobre las tareas que nos sobrepasan.

—Formulado de esta manera podría inferirse que es una velada amenaza, y nada hay más alejado de mí que amenazarte. —Barriobero agarró el pomo de la puerta—. No ocultamos nada y actuamos en consecuencia.

—También yo lo hago.

—Confío en ello. —Se dispuso a salir—. Por cierto, Luis te envía sus respetos y sus disculpas por no haberse despedido de ti. El consejero de Justicia quería tratar urgentemente un asunto con nosotros y he preferido que acudiera él. Es bien sabido que el consejero Nin y yo no estamos en los mejores términos. Por si lo necesitaras para alguna gestión, Rafa se quedará hasta que termines. Buenas noches y buena suerte.

Cerró la puerta con suavidad, dejando a Ferrer pensativo. Admiraba la capacidad dialéctica —literaria y casi demagógica— de aquel viejo zorro capaz de manejar con

soltura los cultismos y las citas eruditas sin caer en la pedantería. Quizá fuese una cuestión de tono y de actitud, de la misma manera que tono y actitud separaban la simple advertencia de la amenaza.

Desde luego, su aparición y el verso de Horacio no eran casuales.

Pasada la una de la madrugada, un nombre y un apellido lo despertaron cuando ya había dado alguna que otra cabezada, vencido por la monotonía del trabajo. Catorce letras le abrieron posibilidades insospechadas: Beltrán Iniesta.

Ferrer había encontrado el expediente contra el prestamista. En el resguardo de la patrulla únicamente constaba la entrega de dinero en efectivo en pago de la multa. Nada había sobre la incautación de una cubertería de plata y oro.

Estudió el expediente completo. La preciosidad isabelina que le describió el viejo unos días antes se había evaporado.

Releyó el recibo con mayor detenimiento. La letra era inconfundible: Luis Daroca.

Echando pestes por la hora que se le había hecho y por no haber estado lo bastante atento, volvió a repasar las carpetas desde esa nueva perspectiva.

Encontró muchos vales escritos por Luis.

Demasiados.

La mayoría correspondía a actuaciones contra usureros y gente adinerada; a algunos de ellos los conocía personalmente. Familias con posibles. Sorprendía el montante, relativamente bajo, de lo confiscado.

Apeataba.

A falta de otra explicación por parte del interesado, que a Ferrer se le hacía difícil de imaginar, todo apuntaba a que Luis se había apropiado de joyas y dinero incautados, falsificado los recibos y alterado sus asientos en los expedientes. Un bonito negocio al que, por qué no, se pudo haber apuntado también Barriobero, como había denunciado por radio el borrachín de Queipo de Llano.

Si alguien conocía un móvil mejor que el dinero para cargarse a tres prójimos, que levantara la mano.

Ferrer no vio ningún brazo alzado.

VII

ALGÚN CRETINO HURGA EN EL AVISPERO

La Vía Layetana fue la dolorosa traqueotomía que le aplicaron a la ciudad vieja para que respirara. Comunicaba el nuevo eje comercial del Ensanche con la zona portuaria; una avenida larga, ancha y recta que Ferrer conocía muy bien porque allí tenían sus sedes varios bancos, cajas de ahorro y compañías de seguros para los que había trabajado.

Más o menos hacia su mitad, no lejos de la catedral y del mercado de Santa Catalina, estaba el notable edificio de Fomento del Trabajo, la asociación de los industriales catalanes, que ahora albergaba las oficinas de la Regional de la CNT-FAI. Su original fachada era curva, coronada por dos templetes griegos en la azotea; respondía al nuevo gusto arquitectónico, de líneas más limpias y ornamentación menos extremada que el que triunfó durante el tránsito del siglo XIX al XX.

La gran puerta de entrada estaba protegida por milicianos parapetados tras sacos terreros y armados con ametralladoras Hotchkiss. En el dudoso supuesto de que un atacante superase esa primera barrera defensiva, debía enfrentarse a una segunda línea de fuego en el interior. En la disposición de los centinelas y en el diseño de los elementos de protección se notaba la experiencia de los anarcosindicalistas en la lucha urbana.

—¿En qué puedo ayudarte, compañero?

La voz cascada, de fumador, sorprendió a Ferrer curioseando las reformas del *hall* tras el violento cambio de propietario. El sujeto, un vigilante alto y corpulento, estaba más en la línea indumentaria de García Oliver que en la de Durruti, mayoritaria entre el resto de presentes. Vestía pantalones beis y camisa clara sobre la que lucía un correa militar del que pendía su pistola. Una mosca blanca en una taza de chocolate, entre tanto mono oscuro.

—Necesito consultar el Archivo de Seguridad. —Ferrer le entregó su carné de investigador—. Trabajo con Aurelio.

—Ya lo veo. —Estudió detenidamente todos sus datos—. Espera un momento.

El vigilante fue hacia el mostrador de recepción, sonrió a la operadora telefónica y consultó una hoja de papel prendida en una tablilla. Pidió línea. Sostuvo una breve conversación con alguien a quien leyó las señas del carné.

—Lo siento, no estás en la lista de personas autorizadas a entrar en el Archivo de Seguridad —le explicó tras colgar—. Puesto que tu caso es inusual, te buscará alguien del Servicio de Información para ver qué se puede hacer.

Mientras Ferrer leía la alambicada defensa que hacía *Solidaridad Obrera* del traslado del gobierno a Valencia, vino un individuo que superaría por muy poco el

metro y medio. Caminaba sobre las puntas de los zapatos, a pasitos cortos y nerviosos, en un baldío esfuerzo por parecer más espigado.

—Salud. ¿El compañero Ferrer? —Tenía acento andaluz—. Soy Francisco José Aroche, del Servicio de Información. Llámame Paco, aunque los viejos del lugar me dicen el Ecijano.

Era atractivo al estilo de William Powell: rostro varonil, bigotito fino, mirada socarrona y habilidad para alzar una sola ceja sin guiñar los ojos, talento este último con el que punteaba los mejores momentos de su conversación. A pesar de la figura menuda, era de miembros proporcionados. De medir treinta centímetros más sería galán de teatro o de cine; le iría que ni bordado el papel de generoso bandolero andaluz o de señorito sevillano que redime a la gitanilla de turno entre coplas desgarradas y escenarios más falsos que los recibos de Luis Daroca.

—No vivían bien ni *na* los *jodíos* patronos. —Paco precedía a Ferrer por la regia escalera de caracol que ascendía hacia una bóveda de cristales ornamentales—. Cuando me muera, quiero una escalera así *pa* bajar al infierno.

Subieron un par de pisos y tomaron un pasillo muy transitado. Las paredes estaban empapeladas con carteles de mensajes contundentes y rendida admiración gráfica por la hipertrofia muscular.

—Han *desapareció* las chicas guapas —comentó de improviso el bajito deteniéndose en medio del corredor.

—¿De dónde?

—¡De los carteles! —Con un movimiento vago abarcó los más cercanos—. Hasta hace poco dibujaban mujeres arrebatadoras que te invitaban a luchar, a hacer la revolución y a no tomar *coñá* entre horas. Tetas grandes, piernas largas y cinturitas estrechas. Ya no queda ni una.

—No me había dado cuenta.

—Seguro que es algún tipo de mensaje subliminal.

—¿Perdona?

—*Sub limine*, por debajo de la conciencia. Eliminando de los carteles a estas chicas vienen a decirnos: amigos, se acabó la fiesta, esto es una guerra de verdad en la que la gente mata y muere. —Paco volvió a caminar—. Conozco a los compañeros de Propaganda y sé que no dejan nada al azar.

Siguiendo los pasos y los atinados razonamientos del anarquista, Ferrer se preguntó por qué incluso él tendía a evaluar por anticipado la inteligencia de las personas según su aspecto, creando una falsa relación de proporcionalidad entre el físico y la posible capacidad intelectual, minusvalorando a quienes no se ajustaban a los patrones estéticos.

Entraron en un antedespacho en el que varias mecanógrafas se afanaban sobre sus teclados. El tac-tac de los tipos golpeando sobre los carros recordaba el tableteo de un combate en la lejanía. Las mujeres permanecían mudas. Se oían gritos a través de la puerta cerrada del despacho; Ferrer captó algún sustantivo terminado en «azo».

Esperaba que no hablasen de él.

Paco le puso la mano en la espalda y se lo llevó fuera de la vista de quien estuviera en el cuarto. Conocía al vocinglero.

Cuatro o cinco voces después, la puerta se abrió violentamente. El tableteo mecanográfico de las Remington se intensificó. Salió, todavía despotricando, un hombre apoyado en dos muletas. Las chicas se concentraron en el papel. Ferrer, con alguna experiencia en escritura mecánica, hubiese asegurado que disimulaban y que escribían, una y otra vez, alguna de las frases estúpidas que se usaban para practicar con todas las letras: «En el viejo zaquizamí del kiosco exhibirán mañana gruesos y felpudos trajes».

El cojo se alejó con toda la rapidez que le sacaba a sus extensiones de madera. Lo acompañó el golpeteo enloquecido de los teclados.

—Es Manuel Escorza —murmuró Paco mirando hacia el pasillo—. Come pimienta, el muy cabrón.

El sobrenombre catalán de Escorza, *l'esguerrat*, el contrahecho, se pronunciaba con temor en Barcelona. La prensa menos afín a la CNT lo acusaba de ser el amo y señor de las cloacas de la FAI, la Federación Anarquista Ibérica, por donde fluían las aguas fecales de la revolución; alguien de quien convenía cuidarse.

En el despacho, el blanco de las andanadas verbales de Escorza se secaba el sudor de la cara con un pañuelo rojinegro. Infló los carrillos y sopló cuando vio entrar a Paco y la compañía. El William Powell cenetista alzó la ceja y también bufó. Ferrer puso cara de circunstancias, no le quedaba otra.

—Hoy está *pa* echarle garbanzos. —Paco se sentó en una butaca y arrastró otra para Ferrer—. Depositáte, compañero. Tu llegada me ha *sío* providencial.

—Ya le puedes estar agradecido. —El del pañuelo lo guardó para la próxima—. Te ha librado de una buena... Me ha puesto a caldo.

Una voz se coló desde la puerta.

—Menuda pelotera. Se oía desde el piso de abajo.

Los tres se giraron.

—¡Hombre, Ramón! —Paco reaccionó en un pestañeo—. Tú por aquí.

—Solo para interesarme por vuestra salud.

—Aquí nos tienes: *cagaítos* vivos.

Ramón saludó a Ferrer con un leve cabeceo y una punta de curiosidad. Era de mediana estatura y pasado de kilos sin llegar a estar gordo. Malpeinaba una pelambrera negra e hirsuta de niño travieso; el labio inferior, algo más grueso que el superior —un puchero—, enfatizaba el infantilismo de una cara que reflejaba gran inteligencia.

—Hablaré con él y lo apaciguaré —les dijo.

—No te puedes ni imaginar cómo te lo agradeceríamos —le aseguró el abroncado.

—Un algo me tiene trastornado al pobre Manuel... Sois bastante malos en lo

vuestro, pero no hay para tanto.

Se alejó tronchándose de risa y diciéndoles adiós con la palma abierta.

—¡Joder, no os he *presentao*! —Paco se dio cuenta, demasiado tarde, de su error de protocolo—. ¡Cagüendiez!

—Es Ramón Pradell, uno de los veteranos del sindicato en Barcelona y de los pocos que se atreve con el Escorza. —Su compañero subsanó, a medias, el descuido—. Los tiene cuadrados, ya lo has visto. Manda varios comités en la parte alta.

Paco cerró la puerta.

—Volviendo a lo nuestro, el compañero Ferrer me ha *pedío* permiso *pa* acceder al Archivo de Seguridad. El problema es que no está en la lista de personal *autorizao*.

—Entonces, y sintiéndolo mucho, la cosa está clara. —El abroncado recuperaba su pose de responsable—. Nadie puede entrar sin la conformidad del Aurelio. Es a él a quien tiene que acudir si quiere obtener el permiso.

—Ahí está el busilis; es investigador de la consellería y el mismo Aurelio le ha *firmao* la identificación. Trabaja para él.

—Si me permitís... —Ferrer desdobló la carta de García Oliver y la puso sobre la mesa—. Es de vuestro ministro de Justicia.

—Tampoco puedes sacar de aquí ningún documento original. —Paco enumeraba las normas del archivo—. Si las precisaras, podemos entregarte copias.

Dos golpes suaves en la puerta suspendieron la plática. Asomó la cara redonda de un individuo de unos sesenta años mal llevados, con los ojos saltones, la barbilla huidiza y la papada fofa de un batracio; cuando una princesa rana lo besara, se convertiría en un sapo rechoncho, el rey de los charcos.

—Pasa, Benito —lo saludó Paco.

El hombre respondió con un sonido gutural que podría pasar por un hola, un salud o cualquier otra fórmula bisílaba de cortesía si el oyente era de buena voluntad. Se dirigió a un rincón de la biblioteca en donde tenía preparados un sillón y un botijo.

—El agua está fresquita. He pedido que le añadieran unos anises.

Benito hizo un ademán de agradecimiento. Reparó entonces Ferrer en que le faltaba parte de la mandíbula.

—Le pegaron un tiro en la cara durante una huelga. —Paco había intuido su pregunta—. Es el ángel guardián del archivo, aunque, siendo ateos y no creyendo en seres etéreos, ejerce de carabina; de la misma manera que estos personajes amargan a los novios, Benito evitará que le metas mano... a los papeles.

Si fue un chiste ensayado, uno de esos chascarrillos de guía de museo repetido mil veces, su interpretación fue memorable. Paco se rio con ganas y salió del salón regodeándose en la palabra carabina.

El panorama para Ferrer era menos descorazonador que en el Palacio de Justicia. El material allí acumulado era escaso en comparación con el que le facilitó la Oficina

Jurídica. La sala, en cambio, era más suntuosa: una gran biblioteca que hizo las veces de comedor privado para los industriales.

Los libros de los estantes más bajos de la librería habían sido retirados y apilados a un lado, junto al zócalo de madera. Su hueco lo habían ocupado los documentos más comprometedores requisados por las patrullas de control y los grupos de vigilancia.

Para tratarse de teóricos enemigos del orden establecido, los anarcosindicalistas tenían perfectamente organizado todo aquel jaleo. Abiertas las primeras carpetas, Ferrer silbó por lo bajo. Contenían documentación interna y secreta de los conspiradores militares y de los partidos de derechas y las organizaciones patronales que los habían animado.

No fue difícil hallar los envíos de Barriobero; las anotaciones de Daroca dejaban poco margen de error. Ambos estaban al tanto de su delicada posición y de los muchos enemigos, también entre formaciones afines, que aguardaban cualquier resbalón por su parte. Por eso Luis era tan puntilloso y justificaba por escrito cualquier acto. Protegerse el culo era un arte que dominaba a la perfección gracias a su constancia.

Fue a tiro hecho. Buscó los cuatro legajos que no había podido localizar en la Oficina Jurídica y que Barriobero aseguraba haber enviado allí. No tardó mucho en encontrar tres de ellos. Había supuesto bien, eran listados con nombres de falangistas, carlistas y oficiales afectos a la antirrepublicana Unión Militar Española; confiaron excesivamente en sus fuerzas o fueron demasiado soberbios para plantearse una derrota que convertiría aquellas listas en sentencias de muerte o, en el mejor de los casos, de largas penas de prisión.

El cuarto documento, la agenda o dietario que encontrara la patrulla del difunto Damián Tielmes, no apareció. Cabía suponer que pudo ser utilizado en la causa que se siguió, en un comité de Sarriá, contra el usurero y agente del Sindicato Libre al que se le intervino. Habiéndolo ejecutado, no tenía sentido mantenerlo en el archivo, pero, aun así, se aseguraría.

—No me consta que un documento así haya *salío* de aquí. Ya has *comprobao* que el acceso es muy *restringío* y está *controlao*. —En su modesto cubículo del Servicio de Información, Paco mostró a Ferrer un libro de registro en el que ya habían anotado su nombre y la fecha y hora de su ingreso y salida—. Nadie entra sin que lo apuntemos, incluso los compañeros Aurelio y García Oliver.

—¿Rige para ellos la prohibición de no llevarse documentos originales?

—De aquella manera... —Puso el dedo sobre una de las columnas de anotaciones y la recorrió hasta que se detuvo en una línea—. Aurelio se llevó uno en octubre y no lo ha devuelto. Quizá sea el que buscas.

—Pues preguntémoslo. —Ferrer sacó de su cartera la tarjeta que le había dado el

líder cenetista—. Necesito el teléfono.

Paco le acercó el aparato y se dispuso a escuchar a lo zaino; enterarse de por dónde iba el mundo formaba parte de su trabajo, ¡qué caramba!

Esta vez, sin embargo, se quedó con las ganas.

Aurelio no estaba ni en su despacho ni en Barcelona. Envidaba el resto para poner paz en un pueblo en el que vecinos y milicianos habían llegado a las manos. Uno de sus ayudantes tomó nota de la llamada y prometió pasársela al secretario de Seguridad. Haría lo imposible, aseguró, para que se la devolviera cuanto antes.

—¿Puedo telefonar de nuevo? —Sostenía el auricular con una mano y presionaba la horquilla con la otra.

—Naturalmente.

—En privado, si no te molesta.

Paco, frustrado, salió del despacho y empezó a mariposear con las mecanógrafas. Le reconcomía no saber de qué, o con quién, tenía que tratar el investigador para no poder hacerlo en su presencia, después de lo que había hecho por él. Moraleja: nunca te fíes de los que son más altos que tú.

Bajo los ceños fruncidos de Lenin y Stalin, Ferrer canturreaba *Little lost lady* y daba zancadas arriba y abajo para no enfriarse. Las gigantescas fotografías de los dos prohombres colgaban en la fachada del antiguo hotel Colón, requisado y convertido en sede del PSUC, el recién creado partido catalán de obediencia soviética.

Había quedado con Regina a las siete en la plaza de Cataluña, frente a aquel emblema arquitectónico de la ciudad burguesa. El cartel con el nombre del establecimiento aún permanecía en el tejado, sobre las grandes pancartas repletas de lemas comunistas. Freud, el médico austríaco que buscaba motivaciones inconfesables en el comportamiento humano, hallaría en aquella paradoja un insuperable material de estudio.

Era una mujer extremadamente puntual. La vio venir por el paseo de Gracia con andar vivo y haciendo caso omiso a los piropos que, a su paso, lanzaban algunos transeúntes.

—¿Hace mucho que me esperas? —preguntó ella por cortesía.

—He llegado ahora mismo. —Ferrer utilizó la frase más manida.

Una vez más, no se pusieron de acuerdo sobre la forma de saludarse. Lo resolvieron con un superficial apretón de manos y una zambullida en los ojos. Una mirada podía ser la más tierna de las caricias.

—No esperaba tu llamada. —Regina se ajustó el cuello del abrigo; por la noche refrescaba mucho—. Sé lo liado que estás.

Cuando la telefoneó desde el despacho de Paco, por la mañana, ella aceptó encantada la invitación para cenar, aunque se negó en redondo a que la pasara a buscar, ya fuera porque quisiese demostrar su autonomía o por mantener la relación

dentro de unos límites que desaconsejaban aquel uso más propio del noviazgo que de la amistad.

—Fue un pronto. Estaba tan abrumado por las montañas de papeles que necesitaba un respiro para hablar con alguien sin tener que medir cada palabra.

—Vamos, que me usas de pañuelo para enjugar tus lágrimas burocráticas. —Los ojos se le iluminaban a Regina cuando bromeaba—. No sé si estoy preparada para el papel.

—Prometo no darte la murga y ser una compañía agradable.

—¿En lo de la murga incluyes que no hablemos de las monedas?

—Claro que no, hablaremos de ellas mientras cenamos; lo que sucede es que aún no tengo resultados tangibles. —Ferrer le ofreció el brazo y empezaron a pasear hacia las Ramblas—. Me he hecho una idea general de lo que haremos si las cosas no salen como las habíamos previsto.

—¿Tan mal te ha ido? —Era una maestra leyendo entre líneas.

—He llamado a muchas puertas, pero solo me han abierto una.

—¿Comprarán?

—Aún no me han contestado. —Se encogió de hombros—. Lo harán a lo largo de esta semana, supongo.

—Paciencia. —Regina notó su embarazo y no quiso insistir—. Ya me advertiste que no sería fácil.

Al llegar a las Ramblas se detuvieron junto a un corrillo en torno a lo que, a juzgar por los gritos, era una pelea. Ferrer se puso de puntillas para mirar el espectáculo tras la barrera de curiosos.

—Es una discusión entre vendedores ambulantes y guardias —explicó—. A uno de los vendedores le han abierto la cabeza de un culatazo.

—La gente los azuza.

—Vayámonos por si acaso. —Se alejaron mientras se sumaban nuevos espectadores—. Esto va a acabar a palos.

—He oído que el gobierno ha ordenado desalojar a los ambulantes.

—Pudiera ser... Esta mañana no estaban los payeses que venden cerca de casa —admitió Ferrer—. Tarde o temprano las autoridades tenían que tomar cartas en el asunto. Tener la ciudad invadida por los tenderetes de oportunistas y de pobres desesperados no ayuda a mantener la moral en la retaguardia.

—Ya, pero... es una decisión demasiado radical —protestó Regina—. Los comités que distribuyen los alimentos no funcionan y la gente se busca la vida en lo que puede.

—Hay muchos intereses en juego y cada cual lleva el agua a su molino. Además de incompetencia, que la puede haber, a muchos no les interesa que funcionen esos comités. Unos y otros se ponen la zancadilla lanzándose rumores.

Una camioneta de las fuerzas del orden pasó veloz hacia la pelea.

—Los socialistas boicotean a los anarquistas, los anarquistas a los socialistas y

ambos a los de Esquerra y viceversa —concluyó—. Forma parte de nuestra forma secular de entender la vida pública: o conmigo o contra mí.

—¿Y esa vena de pesimismo crítico, Toni?

—Insuficientemente pesimista y no lo bastante crítico, diría yo; de otra manera habría adivinado la que se nos venía encima.

Caminaron sin decirse nada durante varios minutos, hipnotizados por el espectáculo humano que los rodeaba.

—Es increíble, pase lo que pase, aquí siempre hay animación —comentó Regina.

Además de los cientos de paseantes, las sillas que flanqueaban las Ramblas estaban ocupadas por los habituales ociosos que camuflaban su condición llevando un arma al hombro. Había más fusiles allí que en el frente.

—Ya hemos llegado.

Ferrer empujó la puerta, oscurecida con papel de embalar, y un oasis de luz se abrió en la desértica penumbra de las calles situadas tras el mercado de la Boquería, a espaldas de las Ramblas.

—Antes de la sublevación venía a menudo —dijo al entrar.

Era la clase de restaurante que volvía locos a los turistas extranjeros. La cabeza disecada de un toro, *Andarín* se llamaba el animal, era el centro de una decoración que cargaba las tintas en la tauromaquia y en la evocación de los encantos de la lejana Málaga. Fotos dedicadas por Chicuelo, Vicente Barrera o Joselito compartían las paredes encaladas y blanquísimas con imágenes de la fuente de la Alameda, la plaza de Riego o la puerta de las Cadenas. Del techo colgaban macetas de geranios y claveles.

Les habían reservado la única mesa con servicios para una pareja. Estaba tras una gruesa columna, protegida de los mirones. Largos tableros y bancos para comidas colectivas atestaban el resto del local.

—Nos hemos tenido que adaptar a los tiempos; guardo las mesas pequeñas en un almacén —les explicó Miguel, el propietario. Era un establecimiento familiar en el que también trabajaban su esposa, como cocinera, y su hijo mayor, que atendía la barra—. ¿Qué será?

—Nos ponemos en tus manos —dijo Ferrer—. Cualquier cosa que traigas nos parecerá perfecta; la señora nunca ha comido aquí y estaría bien que probara alguna de las especialidades de la casa.

—No estamos para muchos alardes con lo poquito que apañamos en el mercado, pero la Maruja ha frito unos *pescaítos pa* chuparse los dedos. —El simpático andaluz se dirigió a Regina—. Todos los platos malagueños acaban en ito: *pescaíto*, boqueroncito, calamarcito... Es la mejor forma de distinguirlos.

El restaurante estaba abarrotado. Hombres y mujeres jóvenes reían a carcajadas y hablaban a grandes voces, excitados por el vino y por las promesas carnales de una

larga noche. Ellos habían servido en el frente hasta fecha muy reciente, ya que tenían la tez curtida por los elementos; habían visto la muerte cara a cara y vivían con una intensidad desconocida en períodos de paz. *Carpe diem*, disfruta el momento, aconsejó Horacio —¡otra vez Horacio!—, y seguían esta máxima al pie de la letra.

Ferrer se preguntó hasta qué punto no se conducía él mismo de igual manera, apurando las posibilidades que le brindaba una ciudad que se empeñaba en fingir que la guerra no formaba parte de su existencia.

—Unos encurtidos para abrir boca. —Miguel lo trajo de vuelta desde su ensimismamiento—. Os dejo también una jarrita de vino.

—¿En qué pensabas, Toni? Estabas absorto.

—En la guerra y en los sentidos. —Miró hacia uno de los grupos de combatientes—. ¿Qué edad pueden tener? ¿Veintidós, veintitrés años?

—No muchos más, desde luego.

—Exprimen la vida porque cuando vuelvan al campo de batalla varios de ellos morirán... y lo saben. —Sirvió vino, le temblaba la mano aunque no derramó ni una gota—. Estadística: una ciencia exacta y despiadada.

—Odio reducir las personas a números. —Regina bebía a pequeños sorbos.

—En las guerras todos nos convertimos en números: efectivos disponibles, bajas recibidas, civiles heridos, objetivos destruidos...

—Todas son cifras negativas.

—Los especuladores son los únicos que logran beneficios en la guerra. Sus cifras siempre son positivas. —Ferrer levantó su vaso brindando con un comensal invisible—. Esperemos que uno de ellos, al menos, se decida a invertir en monedas.

—¿Lo hará ese con el que has hablado?

—De ser él, yo lo haría, pero esa gente funciona con criterios muy diferentes a los míos; por eso ellos son ricos y yo no.

Regina suspiró, pinchó una cebollita envinagrada y se la llevó a la boca.

—Es muy sabrosa; a mi madre le encantan. —Esbozó una tímida sonrisa—. La añoro y me preocupa cómo lo estará pasando.

Un pequeño demonio se sentó sobre el hombro derecho de Ferrer y le aconsejó que mintiese para retenerla junto a él unas semanas más. En su hombro izquierdo, un angelito le recordaba que la sinceridad cimenta el amor, aunque la perdiera.

—Deberías vender alguna pieza aquí; tendrías para el pasaje, los sobornos y tus gastos en Francia hasta que consiguieras vender el resto. —Ganó el puñetero angelito—. Tengo la dirección de un comerciante de Béziers que te las podría pagar bien.

—¿Es una venta segura?

—No. Es muy probable que te las compre, pero no te puedo asegurar que lo haga. —Se sentía pillado en falta—. Alguien que lo conoce bien está convencido de que le interesará hacer negocios contigo.

—Entonces esperaré un poco más. Siempre estoy a tiempo de malvender en España o de que me tomen el pelo en Francia. —Quiso sonar desenvuelta; no lo

consiguió del todo.

Miguel reapareció con una bandeja y disipó la niebla emocional que se había posado sobre la mesa.

—*Pescaíto* tan fresco no lo hay ni en Miraflores del Palo —proclamó.

—Tiene muy buen aspecto —alabó Regina, siempre pendiente de los pequeños detalles.

—Muchas gracias, lástima que la ración no pueda ser más generosa.

Los probaron y convinieron en que tenían más apetito del que hubieran reconocido antes de sentarse a la mesa. Durante una hora comieron y charlaron como una pareja más.

—En política estoy entre dos aguas. —Regina habló por lo bajinis para no ser oída más allá de la columna que los separaba del bullicioso comedor comunal.

—Los que nadan entre dos aguas suelen ser los primeros en ahogarse al subir la marea.

—No me lées con tus metáforas. —Regina lo riñó en broma y se inclinó hacia él, acercando su cara—. Me es muy difícil alinearme con unos o con otros. Conozco a los compañeros de armas de mi marido y no me gustan nada; son unos resentidos anclados en el pasado. No pondría el país en sus manos.

—En tal caso, la elección es fácil.

—Espera, ya te he dicho que no es tan sencillo. Me fío menos aún de los anarquistas y de los comunistas; me han quitado todo lo que tenía. Su España, desde luego, no es la mía.

—No son las únicas fuerzas leales a la República; de hecho, no son ni las mayoritarias.

—Son los que controlan las calles, nadie osa meterse con ellos. ¿Qué pinta el gobierno si esa gente puede pegarte cuatro tiros o robarte la empresa que has levantado durante toda una vida?

—Vivimos una época excepcional, una guerra a la que se le ha unido un proceso revolucionario. —Ferrer miró la sala por si alguien seguía su diálogo. Nadie lo hacía—. A eso hay que unir el odio acumulado durante décadas por las injusticias sociales.

—No se puede pagar injusticia con más injusticia. Mi padre se convenció de que con la República nos olvidaríamos de las huelgas descontroladas y las revueltas, y no fue así. Ellos también son responsables de que nos estemos matando.

—De acuerdo, pero ves solo una parte del todo. ¿Te acuerdas de Irene Polo?

—¿La periodista?

Ferrer asintió.

Regina se mordió el labio inferior haciendo memoria.

—Tropecé con ella en un par de recepciones en el Ritz —dijo—. ¿No se ha ido con la Xirgu a Argentina o de gira teatral por América?

—Creo que sí. En 1993 la acompañé a la Cataluña central, a Sallent, para que escribiera sobre los mineros. Ella investigaba y yo vigilaba por si alguien se ponía

violento. Allí hubo uno de los focos de la revuelta anarquista del Alto Llobregat y no estaba el horno para bollos.

—No recuerdo haber leído el artículo.

—Me puso los pelos de punta. —Aquella experiencia lo había transformado—. Los alojaban en porquerizas: a un lado los cerdos y en el otro los trabajadores.

—¡Dios mío!

—Dios no tiene nada que ver. Es España. No era excepcional; en muchos otros lugares a los jornaleros los trataban también como a ganado.

—No tenía ni idea. —La imagen la había escandalizado.

—Ese es el problema. —La vehemencia le hizo alzar la voz; se dio cuenta y volvió a bajarla—. Nos han criado, y en el plural me incluyo, ajenos a esa miseria. En España el abuso del débil ha sido la regla, no la excepción, y nos hemos acostumbrado a mirar para otro lado. Los incontrolados no dejan de ser una expresión más de ese desprecio hacia los demás.

—Pero había leyes para poner coto a los abusos.

—Desgraciadamente, aquí las normas regresivas son de aplicación inmediata, mientras que las que puedan significar un progreso nunca llegan a aplicarse.

Un repentino alboroto rompió el encantamiento. El grupo más numeroso de mozos y mozas se había puesto en pie y discutía sobre la conveniencia de ir a un *dancing*.

—¿Vamos a bailar? —Regina se apuntó a la iniciativa.

Había tanta ilusión en sus palabras y tanta chispa en sus ojos que nadie en sus cabales le diría que no; Ferrer, gran aficionado a la música y mediocre bailarín, no iba a ser la excepción.

Regina se dejó caer, feliz, en el asiento del taxi. Ferrer se derrumbó, desmadejado, junto a ella. Apenas conversaron durante el trayecto, embriagados todavía por su cercanía física entre la masa de cuerpos que se había agitado a los sonos de la orquesta.

Mientras circulaban, Ferrer se estremeció. No podía dejar de pensar en que la última vez que sintió una embriaguez similar fue en la vigilia de su ruptura. En mayo. Poco después de que casi lo mataran...

Lo habían cazado como a un idiota o, lo que es peor, como a un novato.

A mediados de abril, la compañía de seguros le había pedido que dejara el caso del incendio de los estudios de cine Orphea y siguiera la pista a los ladrones de material industrial que había descubierto durante la investigación. Localizó uno de sus almacenes y cometió la imprudencia de presentarse en solitario.

Estaban esperándolo.

Hubo un intercambio de disparos y, al punto, se retorció en el suelo con la pierna agujereada y un ojo cegado por la sangre que le caía de la ceja; la había afeitado una

bala que no le voló la sesera por menos de un centímetro.

Regina lo visitó a diario mientras estuvo hospitalizado. Allí se les hizo evidente su fragilidad y la importancia de los momentos que compartían.

Le dieron el alta el viernes 13 de mayo —debió de advertir el mal fario de la fecha— y el sábado por la noche salieron a celebrarlo, aprovechando que el marido de Regina estaba de visita en un acuartelamiento de Tarragona.

Cenaron en un reservado, se cogieron las manos, bebieron, bailaron y, un poco achispados, tomaron una *suite* en el Nouvel Hotel, que ofrecía servicios de *meublé*.

No hubo prisas apasionadas ni contorsionismo erótico en el umbral de la habitación. Fue un fluir de los sentidos más que un choque de deseos. Se desnudaron el uno al otro, se acariciaron con la ternura de los amantes maduros, cuchichearon palabras que solo pronuncian los enamorados y se dejaron embriagar por el tacto de la piel desnuda, por el gusto de sus labios, por el olor de sus cuerpos cada vez más excitados. Se amaron con toda la pasión que permitía una pierna vendada y permanecieron abrazados, desnudos, durante toda la noche, sintiendo su mutua cercanía y calor.

Al amanecer, con el sol, llegaron el remordimiento y las lágrimas.

Regina lo amaba, pero no podía, no aspiraba a vivir una relación clandestina que la llevara a hoteles por horas. Educada en un ambiente católico y conservador, su idea de una relación de pareja pasaba por un todo: mental, físico y legal. En algunos momentos, incluso antes de conocer a Ferrer, se le había pasado por la cabeza la idea de solicitar el divorcio. Sin embargo, la salud de su madre había empeorado desde que murió don Agustín y Regina estaba convencida de que un disgusto así sería fatal para ella; la quería y le debía demasiado para hacerle tanto daño.

Ferrer la besó mil veces, buscó mil argumentos y dio mil razones para mantenerla a su lado.

No lo consiguió.

El taxi se detuvo. No había ni un alma en la calle.

A una hora tan tardía, hasta la portera dormía y no vigilaba el edificio.

Mientras Regina tanteaba en el bolso en busca de las llaves, Ferrer se colocó a su espalda y posó los labios en su nuca; ella se estremeció, no dijo nada y continuó buscando. Él insistió sin que hubiera reacción alguna. Finalmente, tomándola por los hombros, la giró y la besó en la boca. Fue solo un instante. Regina interpuso sus brazos, apartándolo.

—No sigas, Toni, por favor.

—Esta situación me va a volver loco. —Sonaba con más desesperanza que enfado—. ¿Por qué me rechazas?

—Me gustaría invitarte a subir, pero no debo... no debemos. —Una lágrima reflejó el levísimo resplandor de la mortecina luz celeste de una farola—. Si subieras

ahora, dentro de unos días tendría que escoger entre tú y mi madre.

—Pero...

—Sabes que tengo que irme a San Sebastián, me necesita más que nunca. —Lloraba—. Te haría mucho más daño que la primera vez y no me lo perdonaría.

Pronunciadas estas palabras se volvió, abrió la puerta y entró en el zaguán.

La siguió con la mirada hasta que su figura se perdió en la oscuridad, camino del ascensor.

Se alejó de allí andando como un autómatas. Si en lugar de ir compadeciéndose de sí mismo hubiera estado más atento a cuanto sucedía a su alrededor, habría visto a los dos individuos que descendieron de un gran auto y empezaron a seguirle.

Jimmy Dorsey llenaba el salón con las notas de *When Love Comes Your Way*, de Cole Porter. Tumbado en el sofá, Ferrer se dejaba llevar por la canción; la música era su bálsamo preferido, un *curalotodo* maravilloso, la válvula de seguridad cuando en su corazón aumentaba la presión.

Una pequeña lámpara flexible iluminaba el gramófono y arrancaba un brillo de rubí a la copa que contenía sus últimas existencias de oporto.

El timbre del teléfono lo despertó bruscamente.

Se había dormido. Tardó unos segundos en ubicarse, incorporado en el asiento y mirando a su alrededor en busca de alguna referencia; vio el gramófono y todas las neuronas se conectaron.

—Ya voy... —El teléfono seguía sonando implacable—. ¡Ya voy, joder!

Miró el reloj: las dos de la madrugada. Quizá fuese Aurelio, si es que había regresado tarde a la consellería y no quería posponer las llamadas urgentes. Con paso torpe, atontado por la cabezada interrumpida, fue hacia el pasillo, prendió las luces y quedó momentáneamente cegado por su brillo. El aparato descansaba sobre una mesita de laca roja decorada con motivos chinos, un mueble de anticuario heredado de sus padres, que estaba situada junto a la puerta de entrada y bajo el colgador de las llaves.

—Dígame —la voz le salió pastosa.

—¡Qué forma tan seca de responder! —A pesar de la distorsión, su interlocutor sonaba musical y burlón—. De no conocerte me habrías asustado.

—¿Y cómo coño quieres que responda a estas horas?

—En cinco minutos un coche te recogerá frente a tu casa. —El boxeador, el ayudante de Platerías, no se anduvo por las márgenes—. Ve desarmado, te quitarán cualquier arma que lleves encima; esta vez no te la devolveremos.

—¿No puede tu jefe esperar a mañana?

—Enrique es un ave nocturna y arde en deseos de negociar contigo. —Mantenía el tono burlón—. Eres tú quien quiere vender las monedas, ¿lo recuerdas?

—*Touché*. —A veces convenía tragarse el orgullo—. Es que tengo mal despertar.

—Pues ve espabilando, ya ha pasado un minuto y solo te quedan cuatro para acicalarte y bajar las escaleras.

Todavía estaba vestido e iba a perder poco tiempo arreglándose. En el lavabo se refrescó la cara y se peinó hacia atrás con los dedos húmedos y algo de gomina. Antes de salir metió la cabeza bajo el grifo y bebió un trago de agua; la boca le dolía de tan seca.

En cuanto pisó la acera, un coche estacionado calle arriba arrancó y se detuvo junto a él. Era un ostentoso sedán negro del que se apeó un fanfarrón vestido con una canadiense de cuero; se las compuso para que Ferrer viera la pistola que llevaba embutida en el cinto.

—Sube —mandó.

—¿Adónde vamos? —No sería el detective quien diera las buenas noches.

—Quieren verte; es todo lo que tienes que saber. —Lo cacheó con mano experta —. Ponte atrás.

Obediente, Ferrer se sentó en la trasera del vehículo entre dos matasietes armados hasta los dientes. Apeataban a ajo y a vino.

El coche aceleró sin pavoneos y dieron una vuelta a la manzana para cerciorarse de que no les seguían. Circularon mudos durante un par de minutos.

—Hay un control tras esa esquina —advirtió el de la canadiense al conductor—. Abre el ojo, que asan carne.

Giraron sin una sola queja de los neumáticos. A unos diez metros de la barrera, el chófer aminoró la velocidad y proyectó varias ráfagas de luz. Pasaron sin detenerse y devolviendo el saludo puño en alto. Teniendo en cuenta las restricciones al tráfico privado y que cambiaban la contraseña luminosa cada noche, aquello confirmaba la relación —y algo más— de Platerías con algunos responsables de las patrullas.

Ferrer reconocía las calles; sospechaba cuál era su destino y empezó a ponerse nervioso. Uno de los matones notó los síntomas de su creciente agitación y, para evitar males mayores, la cortó de cuajo clavándole un pistolón en las costillas. Era un calmante de probada eficacia. Cuando el vehículo se detuvo, el cuerpo se le descompuso.

—No te hagas el remolón. —El de la canadiense parecía impaciente por entregar su paquete cuanto antes—. Nos están esperando.

Subieron a pie hasta el tercer piso.

—El jodido elevador está arriba y no hay forma de que baje, le he dado al botón del llamador cien veces. —El tipo resoplaba tras Ferrer. Contando un entresuelo y el piso principal, en realidad estaban ascendiendo a un quinto; de madrugada no era un ejercicio muy agradable.

Abrió el boxeador. Ataviado completamente de negro y con el pelo planchado tenía un aire entre siniestro y melodramático. Bela Lugosi ajado y con la nariz aplastada.

—Ya estamos todos —dijo haciéndose a un lado para que pasaran.

Impaciente, Ferrer cubrió en dos zancadas la distancia que le separaba del gran salón de la casa.

Regina, exangüe y pálida, estaba encogida en un sillón. Solo vestía una ligera combinación —una camisola de seda color melocotón sobre el culote ajustado y el sostén— y una media rota prendida aún del ligero. Tenía el brazo derecho enrojecido y arañazos en el pecho y en el cuello fruto de la resistencia que debía de haber ofrecido al bravucón simiesco que la custodiaba. La miraba goloso y sin disimulo; para aquel sujeto, la almejitita de una señora tan fina y hermosa sería un magnífico botín.

Hizo por acercarse a ella, pero el boxeador le encajó una pistola en la nuca, obligándolo a sentarse en una silla que formaba un triángulo equilátero con el sillón de Regina y el de un hombre de semblante tranquilo.

—Llegas justo a tiempo. Nos podemos ahorrar las presentaciones, ¿verdad? —Platerías, el hombre tranquilo, sostenía una gran copa y, con suaves movimientos de muñeca, hacía girar un licor ambarino. A sus pies, ligeramente apartada para no tumbarla por accidente, tenía una botella de cristal tallado de la que colgaba una plaquita dorada con la palabra *cognac*—. Estaba comentando los inconvenientes que surgen cuando algún cretino hurga en el avispero.

—De tiempo en tiempo conviene hurgar en ellos y hasta eliminarlos —le respondió Ferrer. Cruzó su mirada con la de Regina, infundiéndole ánimos. Los ojos color avellana cobraron vida.

A sus cuarenta y muchos, Enrique García, Platerías, era un personaje anodino, de estatura mediana y de un moreno apagado; de no llevar el cabello rapado tendría una facha frailuna, ya que le raleaba en la coronilla, recordando una tonsura. Vestía chaqueta y pantalones oscuros de corte perfecto y camisa blanca, con cuello pero sin corbata, bien almidonada.

Ferrer hubiese esperado, hasta querido, hallar en su cara los típicos rasgos físicos del malvado de folletín: labios finos —de los cortados a navaja—, ojos heladores y gesto despectivo; y no, eran de una medianía decepcionante. Le desconcertaba enfrentarse a alguien con aquella ausencia de los signos distintivos de una personalidad violenta, capaz de labrarse su temible fama en una ciudad que no destacaba por lo pusilánime de sus delincuentes y policías, de gatillo fácil y pocos escrúpulos.

—Debo admitir que tu oferta me pareció muy interesante. Demasiado, de hecho. Y más cuando supe que eres, digamos, policía. —Platerías buscó en un bolsillo de la americana la lista de monedas—. Creía que me estabas tendiendo una trampa. Ya sabes a qué me refiero: «Demos un escarmiento, acabemos con los abusos» y todas esas memeces.

En su nerviosismo, Ferrer no había reparado hasta aquel instante en las bandejas con las piezas de oro colocadas sobre una mesa y algo alejadas del centro de la escena. Platerías se sirvió otra generosa dosis de coñac antes de continuar con su

monólogo.

—Estamos en guerra, y si no te aprovechas de las oportunidades, otros lo harán por ti, así que mejor ser un poco egoísta.

—Aunque por el camino dejes algunos cadáveres. —Ferrer lanzó, ahora sí, el anzuelo para ver qué pescaba. Aquel canalla podría estar tras la muerte de los patrulleros si estos, incluso ignorándolo, pusieron en riesgo su lucrativo negocio; una conjetura plausible.

—No ha sido necesario. Hace meses que no despachamos a nadie. Alguna paliza, sí, sustos y poco más. Nunca me han puesto las cosas tan a huevo, y perdona la expresión. —Inclinó la cabeza hacia Regina figurando que se disculpaba—. Las autoridades están haciéndome el trabajo sucio.

—¿Qué quieres decir?

—No te hagas el tonto. Conozco lo que circula sobre mí; si eres la mitad de listo de lo que creo, ya habrás atado cabos. —Apuró la copa y la dejó en el suelo, junto a la botella—. Sabes que, a cambio de hacer pequeños favores en mis talleres de fundición, consigo que se haga la vista gorda sobre alguna de mis actividades sin más riesgo que el que, de uvas a peras, pueda provocar algún necio como tú o tus jefes. Lo que me lleva al tema que nos ha reunido aquí.

—Las monedas.

—Exactamente. —Se puso en pie. Ni el boxeador ni el simio movieron un músculo—. Debo admitir que es una colección muy atrayente, pero no me interesa. No veo por qué comprarla pudiendo conseguir otras de balde.

—Gracias a las patrullas.

—Pongamos que por ahí van los tiros. Si no tuvieras al Aurelio y al García Oliver detrás, nuestra relación concluiría ahora mismo de una forma brusca: cogería el oro y nos iríamos. Pero si aún estoy vivo y coleando es porque sé medir a quién y cuándo enfrentarme, así que... —Fue hacia la mesa y cogió al azar una de las monedas—. Es para los chicos, una compensación por el trabajo nocturno.

Se la lanzó al boxeador, que la cazó con una mano; con la otra seguía encañonando a Ferrer.

—Esta noche has comprobado lo fácil que me es llegar hasta vosotros. —Tomó su abrigo, cuidadosamente doblado sobre el respaldo de una silla—. Deja de remover en la mierda. Di a tus amos que no has encontrado nada, dedícate a tus cosas y yo me olvidaré de lo mucho que me has dado por saco.

Metió las manos en los bolsillos de la chaqueta, una señal convenida con la que sus dos lacayos se pusieron en movimiento. Antes de retirarse, el simio toqueteó los pechos de Regina dedicándole un desagradable chasquido que solo una mente enferma podía asociar a la lujuria.

A modo de epílogo, Platerías habló sin sombra de la labia de hombre campechano que había gastado durante la entrevista.

—Espero que hayas entendido el mensaje. No me gustaría tener que volver,

aunque mis muchachos estarían encantados. —Sonrió a Regina, pero se dirigía a Ferrer—. La señora es muy guapa y los ha hechizado. Se la llevarían a la piltra y mojarían el lapicero; han rajado a unas cuantas putas y no les importaría marcarla. Sería una lástima.

Les guiñó el ojo y se fue con sus hombres. Al salir, cerraron la puerta con cuidado.

Ferrer corrió y la atrancó con una silla; era pesada y de madera maciza, soportaría bien los empujones de un posible asaltante. La cerradura estaba intacta y dio dos vueltas a la llave; en cambio, habían destrozado la cadena del pasador.

Al regresar al salón, se encontró a Regina con las piernas encogidas bajo el cuerpo, los brazos cruzados sobre el pecho y meciéndose en el sillón. Había demostrado una gran entereza durante el asalto, pero ahora pagaba las consecuencias de la tensión y del miedo. Le cubrió los hombros desnudos con su americana y la abrazó. Estaba fría. Nunca la había sentido tan frágil y vulnerable.

—Voy a buscar algo que te abrigue. —La besó en la frente—. Vuelvo enseguida.

En el ropero del dormitorio encontró una bata de franela que ella se dejó poner dócilmente. Cogió dos copas del aparador y sirvió un dedo de coñac para cada uno. Bebieron en silencio.

—Pensé que eras tú. —El color volvía poco a poco al rostro de Regina—. Llamaron cinco minutos después de que nos despidiéramos.

—Ha sido una experiencia muy dura; no es necesario que me la expliques ahora.

—No, es una forma de ahuyentar los miedos.

—Está claro que nos siguieron durante toda la noche. Fui muy torpe.

—Y yo muy confiada. Abrí sin mirar.

—Pero, a pesar de creer que era yo, pasaste la cadena.

—Quería evitar que entrases y convencerte para que te marcharas. —Bajó los ojos con una pizca de vergüenza—. Sabía que no podría echarte una vez que estuvieras dentro.

—Al gorila le bastó con apoyar sus kilos y empujar un poco para reventarla.

—¿Qué perseguían? Ni siquiera sabían que las monedas eran mías.

—Platerías maneja el miedo y los sentimientos con mayor eficacia que si fueran armas. Atrapándote se garantizaba mi colaboración, aunque primero quiso saber si estabas al tanto de todo.

—Me explicó lo que nos harían si me negaba a ayudarles. —Se llevó la copa a los labios y miró fijamente a Ferrer—. Dijo que te matarían de una forma espantosa si no aparecían las monedas.

—Le era vital confirmar si existían o si se trataba de una celada. —Las señaló—. Si no las hubiesen localizado, nos habría matado y huido de Barcelona.

—¿Por qué iba a huir? Nadie sabía que andabas en tratos con él y, menos aún, que yo estuviera relacionada con el asunto.

—Sí, pero Platerías creía a pies juntillas que se trataba de una trampa preparada

por quienes están por limpiar esa escoria; daba por hecho que esa gente iría a por su cabeza en cuanto se me hubiera echado en falta. —Suspiró—. No estoy seguro de que, a pesar de todo, haya dejado de pensarlo.

Sacó del bolsillo de su pantalón un pañuelo limpio y lo humedeció en licor.

—A ver esas heridas. —No la dejaría de nuevo sola ni para ir a buscar alcohol al botiquín—. Te las limpiaré.

En cuanto posó el tejido húmedo sobre los arañazos del pecho, ella dio un respingo.

—Escuece mucho —se quejó.

—Apenas han sangrado. En unos días no te quedará ni señal.

Regina miró al techo y parpadeó cuatro, cinco, seis veces, proponiéndose, en vano, reprimir el llanto y hablar sin emocionarse.

—El gordo quiso forzarme. —A pesar de su presencia de ánimo, la voz se le quebró—. Me tiró sobre la cama, se me tumbó encima y... empezó a bajarse los pantalones.

—¡Hijo de puta!

—Su... su jefe le paró los pies, pero estuvo manoseándome todo el tiempo.

Ferrer besó sus mejillas bañadas en lágrimas.

—Vamos, ya pasó todo —la consoló.

La abrazó hasta que dejó de llorar y empezó a relajarse de puro agotamiento.

Por la forma en la que discurrieron las cosas, Ferrer supuso que la amenaza de violación formó parte de la representación, una coreografía salvaje para aterrorizarla y, a través de ella, tenerlo en jaque. Platerías evaluó, con toda certeza, la posibilidad de despacharlos, pero, sin estar seguro de cuánto sabían Aurelio y García Oliver, no quiso arriesgarse y ponerse a malas con ellos. Le iba demasiado en el envite. Prefirió asustarlos y que el detective supiera lo que les aguardaba si se interponía en su camino.

—No te he dado aún las gracias —dijo Ferrer con dulzura mientras enjugaba con sus manos los últimos lagrimones.

—¿Las gracias?

—Le diste las monedas cuando amenazó con matarme.

—Tu vida contra unas monedas... La elección era fácil.

—Para ti representan mucho más. Gracias.

—De nada —su voz era un susurro.

—Deberías descansar.

La puso en pie. Las piernas amenazaban con dejar de sostenerla. La tomó en brazos, la llevó al dormitorio, apartó el cobertor y las mantas, la acostó sin quitarle la bata y la arropó bien.

—Toni, no te vayas... Tengo miedo. —Sacó una mano de entre las sábanas y retuvo la suya—. No pegaría ojo si te fueras.

—No me iré. —Con la mano libre le acarició la frente hasta que cerró los ojos.

Ferrer abrió el armario, buscó unas sábanas y una manta. Cuando apagó la luz, Regina dormía plácidamente.

Apartó de nuevo la cortina y volvió a mirar al exterior.

La calle estaba desierta. Nadie acechaba o los intimidaba desde la distancia, recordándoles, con su presencia, las amenazas de Platerías.

Espiaba tras la ventana del salón. Rememoró los días posteriores al golpe militar, cuando los pacos provocaban el pánico disparando indiscriminadamente sobre milicianos y simples viandantes. Más que las bajas que hicieron, fue la sensación de inseguridad que provocaron lo que llevó a imponer el encendido de las luces de las viviendas durante la noche y la prohibición de cerrar balcones, ventanas, persianas y cortinas; se evitaba que los tiradores solitarios pudieran ampararse en la oscuridad de sus domicilios para tirotear a quienes pasaban por la calle.

Sucedió en verano y tener las ventanas abiertas era un alivio. En noviembre las cosas habían cambiado radicalmente. El miedo a los pacos dio paso a la alarma por los bombardeos fascistas, que obligaba al oscurecimiento de la ciudad. Además, tener abiertas las ventanas a aquellas alturas del año era una invitación a pillar una pulmonía.

Hacia las cinco de la madrugada ensabanó el sofá e intentó dormir. Enseguida se hizo patente que no lo conseguiría. Se encaminó a la biblioteca y buscó un libro cuyo título invitara a la modorra. Encontró un manual de *Instalaciones de alumbrado eléctrico*, de Fournier y Montpellier, con el que debió de estudiar don Agustín Urgell. Era una losa, pero ni aun así concilio el sueño.

Al devolverlo a la estantería se fijó en un adorno, un tintero de latón esmaltado, inspirado en las figuras de Poseidon y Anfitrite del famoso salero que Benvenuto Cellini creó para Francisco I. No pudo dejar de sentir cierta simpatía por el colérico dios de las aguas; la belleza de la que se prendó era tan remisa a corresponder a su amor como Regina al suyo. Ante los requerimientos eróticos de Poseidon, la nereida se ocultó en el Atlas, en donde la halló un delfín que la convenció para que se uniera al señor de los mares, con el que tuvo tres hijos.

Ferrer, menos poderoso que el enamorado mitológico, decidió que, a falta de cetáceo mensajero, debía ser él quien persuadiera a su bella y renuente Anfitrite.

En el umbral del dormitorio le asaltaron las dudas, el temor a que ella lo rechazase de nuevo poniendo fin a su relación. Después de cuanto había sucedido aquella noche, parecía que no era el mejor momento para insistir y, sin embargo, esos mismos hechos le dieron la medida de lo que le deparaba el futuro inmediato. Igual que los jóvenes milicianos del restaurante, él también tenía boletos para el sorteo de un tiro en la cabeza y no estaba en condiciones de ir aplazando cuestiones fundamentales para su vida.

Inspiró profundamente e hizo acopio de valor. Se desnudó y entró en el lecho.

Regina notó su presencia. Contuvo el aliento mientras ella tomaba conciencia de la situación, giraba desadormecida y, con dos rápidos movimientos, se colocaba junto a él para abrazarlo. Lo besó y le dijo lo único que Ferrer ansiaba escuchar:

—Hola, amor mío.

Clareaba y casi no había dormido. Permaneció todo aquel tiempo en una placentera duermevela, ora abrazando, ora dejándose abrazar por Regina. El edificio empezaba a cobrar vida. Oyó pasos en el piso de arriba, ventanas que se abrían al patio de manzanas y voces que anunciaban el inicio del nuevo día.

Un escalofrío le recorrió el cuerpo cuando ella le besó el pecho mientras le acariciaba el estómago, un sensual roce con las yemas de los dedos.

—Buenos días —lo saludó.

Con un brazo, la tomó de la cintura y, levantándola, se la colocó encima, piernas enlazadas y bocas unidas.

—Buenos días —respondió.

No habían cerrado las contraventanas. El albor que se colaba en la habitación les permitía mirarse a los ojos en las contadas pausas que se tomaban entre beso y beso.

—Debes de estar asfixiada con tanta ropa. —Ferrer deshizo el nudo del cinturón de la bata y se la quitó.

La piel desnuda de Regina, más destapada que cubierta por la combinación, era suave y cálida. Con sus labios, Ferrer recorrió cada uno de los centímetros que no cubría la seda, desde los pies a la frente, demorándose en las zonas más sensibles hasta que ella arqueaba el cuerpo. Al quitarle la camisola, quedaron expuestos lugares que aún no había acariciado y se dedicó a ellos con idéntico deleite. Regina suspiraba y movía la cabeza de un lado a otro asimilando todas aquellas sensaciones. Tras soltar las presillas del sostén, liberó los pechos lentamente, mordisqueando los pezones hasta endurecerlos. Cuando le llegó el turno al culote, ambos estaban tan enardecidos que fueron incapaces de continuar el juego y se entregaron a un ritual físico tan antiguo como el hombre y la mujer.

Esta vez no hubo remordimientos ni lágrimas.

VIII

FANTÔMAS

—¿Por qué no te quedas aquí un tiempo, Toni?

La pregunta le sorprendió. La abrazaba por detrás, piel con piel, sin dejar un resquicio entre su pecho y la espalda de ella, una mano sobre las caderas redondeadas y la otra bajo la almohada y el cuello.

El sol iluminaba completamente la habitación; debían de ser más de las nueve.

—¿Qué me dices? —insistió.

Regina se dio la vuelta hasta quedar de cara y se incorporó a medias, apoyándose en el codo. El aire frío de la habitación se coló entre las sábanas, enfriando el sudor en el estómago de Ferrer.

—Espero que no suponga un inconveniente para tu trabajo de oficina —dijo mientras le acariciaba la mejilla—. Pinchas; si quieres, por ahí andan los cacharros de afeitar de mi padre.

Ferrer se pasó la mano por el mentón; intentaba no mostrar toda la alegría que sentía.

—Venirme aquí no supondrá ningún problema —respondió—. Apenas he pisado el despacho en los últimos meses. Pediré a Julia que lo airee... y también el piso.

Regina se inclinó y lo besó en los labios; Ferrer la tomó de la nuca y mantuvo su boca a un centímetro de la suya.

—¿Qué pensarán tus vecinos? Algún día la guerra se terminará y recobramos nuestras vidas.

—Nada será igual a lo que hemos dejado atrás... ni nuestras vidas. En cuanto a los vecinos, no te preocupes, casi todos huyeron de la ciudad; a duras penas queda alguno de los que me conocían y bastante tiene con sobrevivir. Los pisos vacíos los han ocupado refugiados y familias de milicianos caídos. ¿Has oído las carreras en el piso de arriba? Hay media docena de niños.

—En cuanto me vea entrar, la portera lo divulgará a los cuatro vientos.

Regina se rio.

—Enriqueta ya no es la que era. Sigue siendo una chismosa, pero me tiene mucho cariño. Adoraba a mi padre y no soporta a Martín; parece que tuvieron algún roce. Mi marido no destaca por su amabilidad hacia quien no tenga, al menos, su graduación.

Con cuidado para no golpearla con el codo o con la rodilla, cambió de postura, adoptando la misma posición que ella. Había demorado la pregunta más importante.

—¿Qué vas a hacer? —la formuló, al fin—. «Quedarme un tiempo» es un plazo muy indefinido. ¿Te irás a San Sebastián?

—Ya te respondí ayer antes de despedirnos: debo ir. El asalto no ha cambiado

nada.

—Eso no es cierto. Hemos pasado la noche juntos y no me has pedido que me fuera ni has huido de la cama acusándote de traicionar tus convicciones.

Fue un golpe bajo del que se arrepintió inmediatamente. Regina lo encajó sin un aspaviento, una penitencia por lo sucedido en mayo.

—Lo que pasó anoche ha variado mi forma de ver las cosas, no mis deberes. —Devolvió el apretón de mano con el que Ferrer se disculpaba—. Una violación, un tiro y se habrían acabado mis desvelos por mantener unos supuestos principios que solo ocultaban mi miedo al cambio y al qué dirán. —Se levantó y recogió la bata del suelo—. Deseo con todas mis fuerzas vivir contigo, pero hay otra persona que me necesita más —concluyó.

—Tienes razón. En estas circunstancias no tengo ningún derecho a pedirte que te quedes. Lo sabía cuando me acosté junto a ti. —Sonrió y, súbitamente, se lanzó a acariciarle un muslo—. Lo que pasa es que tu físico me vuelve loco.

—¡Suéltame, sátiro! —Le pegó en la mano y se escabulló hacia la puerta—. Tengo que arreglarme un poco, debo de estar espantosa.

—Tú siempre estás guapa.

El baño estaba formado por dos espacios comunicados: un vestidor amplio, que se abría al pasillo, y el cuarto de baño en sí, que daba al patio de luces, por lo que, incluso en pleno día, era preciso tener encendidas las lámparas eléctricas. Ambas piezas las separaba una puerta corredera de madera y cristal traslúcido grabado con un dibujo que representaba a dos sugerentes ninfas desnudas en un lago. Cualquier chaval de catorce años daría su hucha por tener aquella escena a mano en un lugar tan íntimo.

—¡Oh, no!

Desde el corredor, oyó la queja de Regina. Entró en el vestidor cuando ella salía del baño y revolvía los cajones de una cómoda.

—Sale un chorrito de agua; es imposible lavarse bien. —Continuó con su lamentación mientras se agachaba para sacar una toalla.

—Recogeré un cacillo y lo calentaré para afeitarme. —No pudo dejar de admirar las piernas de la mujer, que asomaban entre los faldones.

—Regina volvió al lavabo. Empapó una de las esquinas de la toalla en la escasa agua recogida en la pila, la frotó en una pastilla de jaboncillo perfumado y, abriendo la bata, empezó a fregarse enérgicamente el cuerpo. No cerró la puerta. Ferrer se apoyó en el marco, observándola.

—Por muchas vueltas que le doy sigo sin entender por qué el tal Platerías se condujo así. —Regina lo miró a través del espejo.

—Lo dejó muy claro... y le creo.

Ferrer le devolvió la mirada; por desgracia, el pequeño espejo no dejaba verla del

cuello para abajo.

—Aparecí de improviso y, sabiendo que soy investigador, no tardó en sumar dos más dos... y le dio cinco. Se convenció de que lo que yo quería era conseguir pruebas de sus delitos y pescarlo usando las monedas como anzuelo.

—¿Cómo supo que eras policía? Supongo que no te presentarías así en su casa.

—Por supuesto que no. Alguien se fue de la lengua en el momento más inoportuno. Le ofrecí las monedas al mismo tiempo que ese alguien le calentó la oreja con la historia de que iba a por él.

Regina asintió, puso un pie sobre una banqueta y friccionó la pierna izquierda con la toalla enjabonada mientras hablaba.

—Una coincidencia desafortunada... —Giró la cabeza—. Aunque, al final, ha servido para algo: aquí estamos.

—No hay mal que por bien no venga en su variante más extrema.

—El que le sopló tu identidad estaba al cabo de tu misión. —Cambió para frotar la pierna derecha—. Platerías conocía tu vinculación con Aurelio y con García Oliver.

—Eso acota el número de posibles chivatos. La relación con Aurelio se deduce de mi nombramiento de investigador, pero lo de García Oliver lo sabe muy poca gente.

—¿Quién, por ejemplo?

—Preferiría no implicarte demasiado en esta historia; cuantas más cosas sepas, más riesgo corres.

—¿Más aún? Lo quieras o no ya estoy implicada. Y si tengo que recibir golpes, al menos me gustaría saber por qué.

Ferrer dudaba.

—Además, te irá bien tener a alguien con quien comentar las cosas, una visión con mayor perspectiva —le instó Regina—. Cuatro ojos ven más que dos.

Un suspiro.

—De acuerdo. —Una concesión—. Lo sabían Aurelio y García Oliver, claro. También dos de los responsables del Archivo de Información de la FAI y Luis Daroca y Eduardo Barriobero, de la Oficina Jurídica.

Regina embebió la parte seca de la toalla y comenzó a enjuagarse la piel que había enjabonado.

—Descartemos a Aurelio y a García Oliver —dijo—. No tiene sentido que se molesten en contratarte para ir luego amedrentándote.

—Los dos de la FAI no tenían ni idea de mi trabajo. Ellos solo sabían que necesitaba consultar algunos documentos, ni siquiera les dije cuáles. No podían relacionarme con las patrullas ni con Platerías.

—Lo que nos deja a los de la Oficina Jurídica.

Esa misma fue la conclusión a la que Ferrer había llegado mientras, de madrugada, espiaba la calle y le daba vueltas al caso.

Regina dejó la toalla sobre la bañera, una tina impresionante de la casa Verdaguer,

y tomó un frasco con líquido. Se dio friegas por todo el cuerpo.

—No me gusta abusar del agua de colonia porque seca la piel —explicó a su embelesado mirón—. He oído algo de Barriobero, todo malo, y nada del otro... como se llame.

—Daroca, Luis Daroca. —Se hizo a un lado para que ella pasara al vestidor, dejando una estela perfumada, y se sentase frente al tocador—. Barriobero es el responsable de la Oficina Jurídica y, según quien te lo explique, pasa de ángel a demonio. Daroca es su segundo, un hombre para todo que le organiza la burocracia.

—¿Tienes algún favorito? —Se empezó a cepillar el pelo—. En los negocios siempre apunto hacia arriba.

—¿Barriobero? Pudiera ser... pero no está al tanto del día a día de la Oficina; quien sí lo está y trata con las patrullas es Daroca. Además, ha falsificado resguardos de las requisas para desviar dinero y joyas.

Regina cesó en sus movimientos mecánicos y lo miró pasmada.

—Platerías es, con toda seguridad, su cómplice —remató Ferrer—. Daroca falsifica los recibos de las patrullas y se queda con lo más valioso. Platerías lo funde en sus talleres y lo vende.

—Menuda perla este Daroca. ¿Vas a denunciarle?

—Todavía no. Esperaré a ver qué le puedo sacar. Si lo detuvieran y encarcelaran, podría cerrarse en banda y sería perjudicial para el caso.

Ya peinada, Regina empujó a Ferrer hacia el pasillo.

—¿Por qué no empiezas a preparar el café?

—¿No puedo quedarme? —Ferrer quiso parecer apenado—. Una mujer aseándose es de lo más sensual. Cantidad de cuadros famosos tratan sobre el tema.

—Hay ciertas cosas de mi aseo que prefiero hacer en privado. Llámame mojigata si te atreves.

Y lo echó del vestidor.

En la cocina había un moderno aparato con fogones de gas, mucho más limpio y práctico que los armatostes económicos de hierro colado y carbón. El agua hirvió en nada. Ferrer encontró una cafetera de dos cuerpos; mezcló en el vaso metálico el café y el agua caliente, puso el filtro y el líquido aromático empezó a gotear en la jarra de porcelana colocada debajo. Una bendición.

No bien hubo servido dos tazas, apareció Regina vestida con una falda negra y un jersey de finísima lana rosa.

—Podrías usar tus influencias en la CNT para conseguir más café —sugirió al entrar—. Con lo que nos queda, tenemos para muy pocos días.

—Moveré hilos, aunque para estas cosas siempre es mejor conocer a un mandado bien colocado que a un jefe.

—Los mandados son los que mantienen engrasada la máquina.

Unas galletas completaban su primer desayuno en común.

Ferrer la fue poniendo al tanto de los detalles del triple asesinato.

—¡Qué espanto! —Regina se había conmovido en algunos instantes—. Tanto sufrimiento por un puñado de pesetas.

—No estoy yo tan seguro. Cuantas más cosas voy conociendo, más me convenzo de que el dinero no fue el móvil.

—Pero Platerías no quiere que nadie ponga en peligro sus negocios.

Ferrer buscó una galleta almendrada en la caja metálica, un inciso para ordenar sus argumentos. Encontró la galleta y el discurso.

—Los patrulleros no fueron nunca un obstáculo para Platerías. Ellos entregaban lo incautado y cruz y raya. No podían acceder a los archivos ni sabían nada de las falsificaciones de los recibos. No tenía por qué matarlos.

—Tienes razón. A ti, que eres mucho más peligroso, se conformó con amenazarte.

—Es más, si los mató, lo podía haber utilizado para meterme miedo, y no lo hizo. Hasta negó que hubiera eliminado a nadie.

—¿Y si te mintió?

—No necesitaba mentirme; al presente, tanto le da un asesinato más o menos. Si lo detienen, dispone de bastantes papeletas para terminar en el paredón: mercado negro, acaparamiento, contrabando, desvío de ayuda internacional, sobornos... Atribuirse esas muertes no iba a cambiar su destino.

Atrapada en la sutil red de las deducciones, Regina se había olvidado del desayuno.

—La clave está en las torturas —continuó Ferrer—. Si los hubiesen liquidado para cerrarles la boca, bastaba con un tiro. Las torturas sugieren que querían arrancarles algo más. Información, seguramente.

—¿Información?

—Se ha perdido un documento que encontró una de las patrullas, algún tipo de diario relacionado con un partido de derechas o con los Sindicatos Libres. Pondría la mano en el fuego a que es este diario, y no el dinero, lo que preocupa a los asesinos. Los tres crímenes y el expolio son dos tramas distintas con un elemento en común: Luis Daroca.

Con su curiosidad casi satisfecha, Regina tomó un sorbo de café. Se le escapó un mohín.

—No soporto el café frío... —Dejó la taza sobre la mesa—. Sabe a medicina.

—¿Quieres que prepare otra cafetera?

—No, gracias, no nos sobra. Me he dejado arrastrar por la historia. ¿Tienes idea de dónde puede estar el diario?

—Daroca lo tiene... o sabe quién lo tiene.

—¿Qué vas a hacer?

—Ir ahora mismo a la Oficina Jurídica y apretarle bien las clavijas; no me ha dejado otra opción. Está mintiéndome desde el primer día.

Tomás de Aquino, cuya autoridad filosófica Ferrer no era quién para cuestionar, sostenía en *Summa Theologica* que, en el orden moral, la ira, como pasión del apetito sensitivo que conduce hacia la venganza de una ofensa, no es *per se* ni buena ni mala; sería aceptable, por ejemplo, si su fin último fuese el castigo del delincuente.

Santamente airado, pues, Ferrer recorría los pasillos del Palacio de Justicia camino del despacho de Luis Daroca. Nada escribió el eminente padre de la Iglesia sobre la bondad de partírla la crisma al ofensor, aunque, de conocer los pormenores del caso, daría sin duda su bendición al detective y hasta le dejaría su báculo para que le zurrara.

—Rafa, hazme un favor.

El joven mandadero estaba sentado en su mesa de bedel, entregado a la labor de llenar los blancos de un cuaderno de caligrafía elemental. Ferrer buscó una hoja de papel y escribió el teléfono de Aurelio Fernández.

—Toma. Dile a una operadora que llame de mi parte y que me lo pase al despacho de Luis Daroca.

—El compañero Luis no está. —Rafa dobló y guardó la nota en un bolsillo de su mono—. Se ha ido.

—¿Te ha dicho si volverá?

Rafa no despegó la mirada del cuaderno.

—En veinte minutos.

—Está bien, esperaré. —Le palmeó en el hombro—. Vamos.

El zagal salió como si le hubieran untado el culo con guindilla.

Ya en el despacho, Ferrer se sentó en el sillón de Luis, una maniobra básica de ocupación del territorio del rival para incomodarlo desde el primer segundo; aprovecharía cualquier triquiñuela que le diera una cierta superioridad sobre aquel pájaro de cuidado.

La comunicación que había solicitado no se hizo esperar.

—Buenos días, Aurelio.

—Salud, Ferrer. Siento no haberte devuelto la llamada; he estado muy ocupado. —Sonaba educado y sin inflexiones que permitieran conocer su estado de ánimo—. Aparte de los líos que tenemos armados por aquí, la ofensiva sobre Madrid está alterando nuestra estrategia en varios frentes y no me da un minuto de respiro.

—Me lo imagino y seré breve. Hace cosa de mes y medio te llevaste una carpeta del Archivo de Seguridad de la Regional.

—¿Qué pasa con ella?

—Me gustaría saber su contenido.

Aurelio no se lo pensó.

—Una lista de policías que colaboraron con los falangistas pasándoles armas. Hemos hecho una limpieza en Seguridad para evitar que nos infiltren.

No era el documento que Ferrer buscaba.

—¿A qué viene este interés? —preguntó Aurelio.
—Necesitaba redondear un razonamiento, nada más.

Oyó los pasos de Luis unos segundos antes de que entrara y soltara una maldición al verlo en su sillón. No hubo tiempo para protestas. Ferrer se lanzó contra él y, agarrándolo por la cara, lo tiró con tanta rabia contra una silla que estuvo a punto de derribarla. Lo abofeteó con toda la fuerza que le daba la frustración acumulada desde la noche anterior.

—Siéntate y no grites si no quieres que les explique a todos tus chanchullos con Platerías. —Ferrer cerró la puerta de un puntapié.

Luis se llevó la mano al labio superior. Sangraba. La humillación y las tortas le enrojecieron las mejillas.

—¡Eres un hijoputa! —Ferrer lo cogió por la pechera del mono y lo zarandeó—. Anoche me visitaron tus amigos.

—¿Qué amigos? —El «qué» apenas se oyó, estrangulado por el miedo.

—Platerías... ¿O le llamas Enrique?

Luis negó con la cabeza.

—No... no le conozco.

Ferrer se sentó a medias sobre la mesa, una pierna en el tablero y la otra en el suelo. Apostó por la carta de la intimidación verbal y de la violencia gestual. Cogió el teléfono y lo plantó frente a él con un golpetazo sobre la mesa; cayeron varias carpetas y su contenido se desparramó por el suelo.

—Tienes diez segundos para empezar a cantar. Pasado este tiempo llamaré a Aurelio y lo desembucharé todo. Tendrás suerte si no te pasean esta misma tarde.

Luis estaba desencajado. Agachó la cabeza y empezó a balbucir:

—Desde el principio estuve seguro de que ibas a por mí... a por nosotros, que se había destapado el asunto de las joyas y que reunías pruebas con la excusa de los abusos.

—Y le fuiste con el cuento a tu socio.

—Enrique me dijo que no me preocupara, que nadie nos podía relacionar. —Volvió a tocarse el labio y se miró los dedos; seguía sangrando—. Cuando te presentaste en la platería le dio el canguelo y luego se enfureció. —Luis no se atrevía a mirarle, fijó la vista en la pared y siguió hablando—: Me aseguró que se ocuparía de cerrarte la boca. —Vio a Ferrer meter la mano en un bolsillo y se temió lo peor—. ¡No me dijo lo que pensaba hacer!

Ferrer sacó la mano. No empuñaba el revólver. Le lanzó un pañuelo limpio al regazo.

—Puedes quedártelo —escupió entre dientes. «Al toro siempre hay que dejarle una vía de escape», le había aconsejado un policía veterano—. Límpiате.

Luis presionó el pañuelo sobre la herida; una mancha roja se extendió por la tela

blanca. Ferrer aprovechó para volver a la carga.

—En las carpetas que me preparaste faltaba un documento importante. ¿Dónde está?

Un leve movimiento, no hubo más. Un gesto reflejo de la rodilla derecha de Luis. Dos segundos después, otra contracción. Un tic. Puro terror.

—No sé a qué documento te refieres —mintió.

—¡No me toques los cojones! —Ferrer pegó un fuerte manotazo en la mesa—. Te entregaron un diario incautado en casa de un usurero al que pasearon en Sarriá.

—Nos llegan cientos de papeles. Es imposible inspeccionarlos todos.

Ferrer descolgó el teléfono. Esperó unos segundos:

—Compañera, soy Antonio Ferrer, investigador especial de la Consellería de Seguridad, delegado por el compañero Aurelio Fernández...

Luis presionó la horquilla interrumpiendo la comunicación. Volvió a hablar:

—Busqué ese diario durante horas sin resultado. Habían detenido al tipo y me pidieron todo lo que tuviésemos sobre él.

—¿Y se esfumó así, por arte de birlibirloque? —Mantenía la mano sobre el teléfono, una amenaza explícita.

—Alguien lo retiró del expediente. Quien fuese sabía lo que buscaba; yo ya lo había consignado y me di cuenta. Repaso todo lo que traen las patrullas.

—Me consta... —Le ofreció una desasosegante sonrisa lobuna—. Sucede que a mí no me vale lo de «alguien». No en este sitio. ¿Qué pasó?

—No lo sé, de verdad.

En aquel momento sonó el teléfono. Ferrer descolgó y respondió:

—Sí, fui yo... Llamé hace un momento y se cortó... Aguarda, por favor. —Miró a Luis y arqueó las cejas, una pregunta. Bajó la cabeza, se rendía—. Fue un error, discúlpame. Por ahora no necesitaré ninguna comunicación más. Gracias.

Colgó. El funcionario empezó a dar explicaciones con voz monocorde.

—Creo que Eduardo se queda con algunos documentos comprometedores relacionados con peces gordos de la Generalitat y de los partidos. Tenemos muchos enemigos y le conviene protegerse.

—¿Dónde los guarda?

—Los busqué por aquí varias noches en las que me quedé trabajando. Hurgué en todos los lugares en los que pudo haberlos ocultado. No hallé nada. En su casa tampoco los encontré, estando de visita, pero fue un registro muy superficial.

—¿Pudo llevárselos a Perpiñán para ponerlos a recaudo? —Un disparo a ciegas.

—No estoy seguro, puede que sí. —Luis estaba completamente hundido; su negocio se había ido al garete y se disponía a vender a su jefe y amigo—. Primero pensé que las imputaciones de Queipo de Llano no tenían fundamento, pero un chófer me confirmó que Eduardo fue a Perpiñán un domingo por la tarde y regresó el lunes por la mañana. Él no me comentó nada sobre el viaje.

Ferrer puso esas declaraciones en conserva. Aquel bribón era un mentiroso muy

convinciente y debía andarse con cuidado para no dejarse enredar. Aunque los hechos se habían acelerado en las últimas horas y exigían una actuación rápida, lamentaba haberse conducido con una cierta precipitación; abordó a Luis sin haber previsto ningún mecanismo posterior de vigilancia para evitar que se le escapase.

—¿Qué piensas hacer conmigo? —Daroca le había adivinado la preocupación.

—Tus tejemanejes con las joyas me importan un pimiento. Allá tú cuando te descubran... si te descubren. —Improvisaba un mensaje para aquietar a Platerías; no quería sentir en el cogote el aliento del boxeador y de sus matones—. Pero hasta que se aclare lo del diario, no hagas el idiota; he dado voces para que me avisen si un día no apareces por aquí. No quisiera tener que enviar tu fotografía a los puestos de control.

Luis se relajó un tanto. Los tendones del cuello se le marcaban algo menos.

—¿Y Eduardo Barriobero? —preguntó Ferrer—. ¿Está en la sala?

—No, ahora mismo no. Han llegado órdenes del ministerio para que destruyamos los antecedentes penales. Está en el archivo.

Barriobero se había hecho llevar una anticuada estufa de carbón, un pesado cacharro de hierro cuyo tubo de evacuación de humos salía por una ventana parcialmente abierta. A pesar del ambiente frío y del tamaño de la dependencia, se notaba el calor generado por los expedientes que habían ardido durante toda la mañana.

—Una forma curiosa de volver a escribir el pasado. —Ferrer había impuesto su carné sobre las órdenes del miliciano que custodiaba la puerta y que no debía dejar pasar a nadie—. ¿Sabrá esta gente aprovechar la oportunidad que les estáis brindando?

Barriobero, arrodillado frente al fuego, no se inmutó cuando irrumpió seguido por el atribulado centinela.

—Es de la casa, compañero. —El abogado despidió al vigilante y se incorporó con gestos de dolor—. Ya no tengo los huesos ni para estos esfuerzos ni para la maldita humedad de esta ciudad.

Cientos de carpetas y de cajas de cartón estaban apiladas de cualquier manera. Papeles sueltos tapizaban el suelo creando un colorido mosaico. Barriobero se sentía aliviado por tener una excusa con la que interrumpir el tedio de la incineración.

—Oficialmente debo sostener que, en la nueva sociedad igualitaria que estamos construyendo, nadie se verá obligado a delinquir y, por lo tanto, que destruyamos sus antecedentes penales y limpiemos su pasado no debe... acongojarnos.

Apoyado en la puerta, Ferrer asintió. Cuanto más relajado se sintiera el abogado, más fácil sería conseguir la información.

—Sin embargo, siendo un profesional del derecho con un montón de años de ejercicio a las espaldas, no me satisface destruir según qué expedientes. —Barriobero continuaba con su sermón—. Hay mucho malnacido que sé que no hará los honores a

esta... ¿cómo la has llamado?... ¡Ah, sí! Oportunidad que le estamos brindando.

—¿Y qué haces en estos casos?

—De momento nada; me estoy acogiendo al espíritu y no a la letra de la orden del compañero García Oliver y he empezado por quemar los antecedentes sociales y políticos que ya no tienen razón de ser. El ministro en persona se está encargando de esta tarea en el ministerio.

—¿Ha vuelto a Madrid?

—Sí. La quema de antecedentes ha sido una excusa. Creo que siente remordimientos por haber abandonado la capital en unos momentos tan delicados. Para muchos, la salida del gobierno hacia Valencia fue una huida cobarde.

—No me imagino a García Oliver huyendo.

—Yo tampoco. —Barriobero alargó los pies hacia la estufa para calentarlos—. Lo cual nos lleva a una inquietante cuestión: ¿engañaron a la CNT ofreciéndoles entrar en el gobierno para hacerlos cómplices de esta fuga legal y taparles la boca?

—No tengo la cabeza lo suficientemente clara para meterme en ese berenjenal.

—Y yo sospecho que nunca conoceremos la respuesta. —Hizo como si, de repente, le interesara leer uno de los papeles caídos, lo recogió, lo ojeó y lo entregó a las llamas—. ¿A qué debo el honor de tu visita, compañero investigador especial?

—Es un tema delicado.

—Si no lo fuera, no te habrías saltado a la torera las órdenes que transmití a los milicianos de guardia. ¿De qué se trata?

—Busco un documento que se entregó en custodia a esta Oficina y que se ha volatilizado. —A pesar de la retórica que se gastaba, con Barriobero era mejor ir por lo derecho—. Tengo razones para creer que sabes dónde está.

—¿Qué quieres decir? Si no está aquí, cosa que supongo que ya habrás comprobado, debe estar en la Regional.

—Tampoco se encuentra allí.

—Aquello es una olla de grillos y cualquiera pudo extraviarlo... ¿O tienes una teoría mejor?

—No es una teoría, solo una reflexión. Contiene información política confidencial y he pensado que pudiste optar por guardarlo en un lugar seguro.

Un asomo de enojo brilló en los ojos hundidos del jurista. Era un zorro viejo y no comulgaba con ruedas de molino. Se tomó su tiempo antes de contestar, ocupándose en actividades banales con las que ordenó sus pensamientos: abrió y cerró la trampilla de la estufa, manipuló sus llaves y comprobó el tiro varias veces.

—Si se trata de una simple pregunta, la respuesta es no, no sé dónde está ese documento. Si es una acusación encubierta de chantaje, que escamoteo papeles para mi beneficio particular, espero que tengas razones para hacerla porque voy a quejarme a García Oliver y le pediré que te pare los pies.

—No será necesario, era una especulación. —Ferrer procuró poner todo su sentido de la diplomacia en aquellas palabras—. Seguramente tienes razón y rondará

por algún cajón perdido de Vía Layetana; seguiré buscándolo.

—En tal caso, te ruego que me permitas cumplir con el mandato del ministro. —
Le señaló la puerta—. Buenos días.

Otro mentiroso.

Ferrer había escuchado mentiras de todas las magnitudes, desde las pueriles trolas de maridos putañeros hasta las elaboradas tramas de estafadores de alto copete. Descubrir las era una cuestión de práctica, de distinguir matices y de estar atento a los pequeños detalles del comportamiento. Barriobero le había mentido sobre una cuestión ligada a las muertes que intentaba esclarecer. Aunque esa convicción no sería admitida ante un tribunal, era lo bastante firme como para empujarlo a la acción.

El Ritz, en la plaza de las Cortes, el Colón, en la plaza de Cataluña, y el Majestic, en el paseo de Gracia, formaban la trinidad de los grandes hoteles de lujo de Barcelona. Tras las colectivizaciones, aquel último quedó en manos del Sindicato de Gastronomía de la UGT, que le destinó sus mejores cocineros. Ganó merecida fama por su excelente comida y se convirtió en el establecimiento predilecto de las delegaciones extranjeras y del personal de más alto nivel del gobierno, por lo que sus salones estaban siempre abarrotados y bien protegidos.

No tuvo excesivos problemas para acceder al comedor; al identificarse, un agente ruso, un *mujik* de musculatura descomunal y traje varias tallas más pequeño de lo que demandaba tanta carne, le pidió que depositase su arma en recepción. Vio la razón a tres mesas de distancia: el cónsul soviético, Antonov-Ovseenko, almorzaba con unos compatriotas que parecían sacados del mismo molde: cabellos rapados, mandíbulas cuadradas, modales más bien toscos y trajes baratos. Asesores militares.

Atravesó el salón sin fijarse demasiado en el resto de comensales, aunque era muy difícil no reconocer alguna de las caras habituales en los periódicos; así, el jovial Miravittles, comisario de Propaganda de la Generalitat, departía con un numeroso grupo de corresponsales de la prensa internacional.

Su objetivo estaba al fondo del salón. Antes de descubrirlo percibió su elegante y relajada forma de moverse. Hacía los honores a una dama inglesa, madura, rubia y dentona, una de las muchas *ladies* que venían a conocer *in situ* los horrores de una guerra fratricida para dar fe de ellos entre sus compatriotas; damas solitarias henchidas de compasión y de dinero. Las presas perfectas para Fantômas.

—Discúlpeme, tengo que robárselo durante unos minutos. —Ferrer se dirigió a ella en su mejor inglés; cuando quería, se le diría sacado de una sofisticada comedia de Noel Coward—. Le prometo que se lo devolveré.

El galanteador se puso en pie, tomó con delicadeza la mano de la mujer y depositó un tierno beso en ella.

—Ahora regreso. —Hablaba un perfecto inglés con marcado acento norteamericano—. Despido a este amigo y tomamos el café.

Buscaron un rincón discreto en el *hall*.

—¿Cómo debo llamarte ahora? —Ferrer se pasó al castellano.

—Vuelvo a ser Eddy. —Su español era, asimismo, impecable—. Eddy Puig Álvarez.

—¿No es un tanto arriesgado?

—En este hotel tienen preocupaciones más importantes que ir cotejando los apellidos de los residentes con los de los viejos boletines policiales.

Eddy Arcos y Luis Álvarez fueron los alias que utilizó con mayor frecuencia en su brillante carrera de ladrón de guante blanco. El mejor del mundo, si se daba crédito a las autoridades de media Europa. Decía haber nacido en Nueva York en 1891, aunque debió de ser unos cuantos años antes. Era hijo de emigrantes españoles, de ahí su dominio de los dos idiomas que consideraba propios. Además, hablaba un francés más que fluido y catalán en la variante mallorquina, su lengua materna.

Era de mediana estatura; un moreno guapo de ojos grandes, oscuros y algo separados, a cuyo contorno solía dar un toque de lápiz negro para aumentar la intensidad de su mirada de hipnotizador. Peinaba su abundante cabello en dos mitades simétricas divididas por una crencha bien marcada. Su vestuario y modales respondían a lo que cabría esperar de un *gentleman* acostumbrado a viajar en primera clase y a alojarse en los mejores hoteles.

Justamente los hoteles de lujo, los trenes internacionales y los grandes transatlánticos fueron el escenario de sus hazañas delictivas desde la primera década del siglo. Durante años, con sus audaces robos, volvió locas a las policías de París, Berlín, Londres, Viena, Nueva York y Montevideo, entre otras grandes ciudades a ambos lados del océano.

Trabajaba de madrugada, vestido con una especie de pijama negro y ceñido y con una capucha, también negra, para que no pudieran identificarlo. Aseguraba que en su indumentaria y *modus operandi*, exagerados por los periódicos sensacionalistas, se inspiró el escritor francés Pierre Souvestre para crear su famoso personaje Fantômas.

El estallido de la Gran Guerra supuso el principio del fin. Empujado por el conflicto, Eddy actuó en España con reiteración. Tuvo la desgracia de cruzarse con Ramón Fernández de Luna, el inteligente comisario de vigilancia y jefe de la Brigada de Investigación Criminal de Madrid, que lo detuvo en 1916 y puso fin a su anonimato de rata de hotel, difundiendo por todo el orbe su descripción, fotografías y media docena de identidades que combinaban siempre los mismos apellidos.

Para Fantômas, se acabó lo que se daba.

Ferrer lo conoció a finales de los veinte, recién establecido por su cuenta. Colaboraba desde Barcelona con Fernández de Luna, que era director del flamante instituto que llevaba su nombre, lo más parecido a una gran agencia de detectives que había en España.

Fue durante un caso complicado. Ferrer tenía que acceder a un maletín guardado en una habitación del Ritz. Contenía las pruebas de un robo de patentes que

investigaba con Fernández de Luna por cuenta de una gran empresa industrial. No confiaba en sus dotes para desvalijar habitaciones, así que el excomisario lo puso en contacto con un viejo amigo suyo, experto en la materia, al que no le irían mal unos miles de pesetas extras; el cliente se jugaba muchos millones y no escatimaba recursos.

El viejo amigo resultó ser Eddy, que no tuvo mayores dificultades para conseguir las pruebas. Desde entonces colaboraron en varias ocasiones, estableciéndose entre ambos algo que se acercaba bastante a la amistad.

—Sea lo que fuere lo que te ha traído hasta aquí, te agradezco que hayas pensado en mí, pero no quiero hacerlo. —Eddy no aceptó tampoco el asiento que le ofrecía Ferrer.

—A lo mejor, simplemente he venido a saludarte.

—Pues me alegro de haberte visto sano y tan entero. Cuando haya pasado toda esta locura, volveremos a hablar de negocios. —Le dio un apretón en el antebrazo e inició el camino de vuelta hacia el comedor—. Y te aseguro que no es una cuestión de dinero.

—¿Al menos me vas a dejar que te explique de qué va?

—No, no quiero que me lo expliques; tienes la rara virtud de convencerme y no quiero que lo hagas. —Eddy giró sobre sí mismo—. Aquí, en el hotel, tengo mi vida resuelta: duermo entre sábanas limpias, como caliente dos veces al día y es difícil que una patrulla de chalados venga a detenerme porque considere que voy demasiado arreglado.

—¿Qué das a cambio? ¿Conversación nocturna a las señoras hasta que se duermen?

A Eddy se le encendieron las orejas. Por lo demás, mantuvo la compostura.

—Hago de guía turístico y de traductor cuando me lo piden.

—Y por la noche les das palique y algo más, si se tercia. Si fueras una mujer, te llamarían cortesana, por usar un término poco ofensivo; aquellos bomboncitos franceses que pululaban por el Ritz tenían unos deberes parecidos y se justificaban de la misma manera que tú.

Por un momento, Ferrer pensó que su amigo le iba a golpear. Eddy cerró los puños y tensó los brazos, pero, inesperadamente, soltó una carcajada.

—¡Eres un bastardo! —A Fantômas le encantaba usar aquel insulto bastante más contundente en inglés que en español—. Me estás poniendo a la defensiva. No tengo por qué discutir contigo sobre lo que hago o dejo de hacer.

—Solo quiero que me escuches. —Ferrer varió su entonación hacia la súplica—. Será un minuto. Luego decides si aceptas ayudarme o no.

Con un suspiro, Eddy se sentó. Se dio cuenta, demasiado tarde, de que, con un sutil cambio de palabras, el detective había decantado la balanza a su favor: no era lo mismo rechazar un trabajo que negarse a ayudar a un amigo. Ferrer le había ganado la primera jugada.

—Un minuto, es todo lo que te doy —dijo irritado, sacando un reloj del bolsillo.

—Trabajo para la Consellería de Seguridad.

—¡La madre que te parió!

—Suenan peor de lo que es. —No se paró a pensar en las complejas implicaciones de lo que había dicho—. Estoy investigando un caso y la consellería me da cobertura. Nada más.

—Teniendo a esa pandilla detrás, no me necesitas; puedes hacer lo que te plazca y entrar donde quieras. Que yo sepa, los tecnicismos legales no les quitan el sueño.

—Digamos que la investigación me ha llevado por derroteros en los que prefiero no tener que acudir a ellos si no es imprescindible.

—¿Qué ganaré yo en este asunto? —Eddy trataba de llevarlo al terreno de lo tangible—. No me arriesgaré por dinero, no lo necesito.

—Te ofrezco la libertad.

Eddy miró a su alrededor moviendo exageradamente la cabeza.

—No estoy en una prisión, no sé si lo has notado.

—Hablo de sentirte libre por vez primera en veinte años, de ser un hombre nuevo con un pasado limpio. —La imagen de Barriobero lanzando expedientes al fuego le había dado una idea—. Puedo pedir que destruyan tus antecedentes penales.

—No... no puedes. —Había esperanza bajo la incredulidad superficial.

—Claro que sí. Trabajo para el ministro de Justicia, García Oliver, y me ha dado carta blanca. Sabes que nunca bromearía con un tema así.

El ladrón se quedó quieto, absorto; un fotograma cinematográfico detenido en plena proyección.

—¿De qué va? —preguntó al fin.

Giró el interruptor y salieron de la penumbra rojiza en la que llevaban un rato; desde que se puso el sol, la única luz del salón había sido el resplandor incandescente de las resistencias de la estufa eléctrica. Prendida la lámpara, Ferrer permaneció en pie, estudiando el gran plano de la ciudad. Ubicó los escenarios del drama de los patrulleros y los recorrió por enésima vez.

—Ha entrado un coche. —La Suiza ajustó el visillo que cubría el cristal de la puerta del balcón—. No he podido ver bien a los ocupantes.

Estaban en el piso franco al que García Oliver lo llevó la noche en que se conocieron. Era la primera reunión que iba a celebrar con la Suiza y el resto del equipo de apoyo que el ministro le había asignado.

—¿Te apetece un vaso de vino? —La mujer se dirigió a Fantômas en francés.

—Sí, por favor.

Eddy y la hermosa anarquista helvética habían hecho buenas migas. Eran, cada cual a su manera, dos seres cautivadores y con unos recorridos vitales fascinantes, que los habían llevado desde los arrabales obreros de Nueva York y de Zúrich hasta

los salones de la *crème* de la sociedad europea.

Antes de salir hacia la cocina, la Suiza miró a Ferrer, que negó con la cabeza y musitó un *merci* apenas audible.

—Encantadora —le comentó Eddy al quedarse solos.

—Se me ocurren otros muchos adjetivos para describirla mejor.

—Estoy seguro. En todo caso, gracias por no martirizarme con lo de «podría ser tu hija».

—No seré yo quien te lance esa piedra. Cada día que pasa me parece que hay más mujeres guapas que podrían ser, también, mis hijas.

—Desgraciadamente para el cuerpo, el buen gusto nunca envejece.

A Ferrer le sorprendió aquel breve intercambio de frases. Eddy no hablaba nunca de mujeres. Una noche, en el bar del Colón, Fernández de Luna le explicó que en la vida de Fantômas hubo una sola mujer, *la* mujer, como lo fue Irene Adler para Sherlock Holmes. Se llamaba Leonor. Era una despampanante aristócrata centroeuropea que pulió los modales del joven Eddy, le animó a adquirir una cultura amplia y le ayudó a construir su falsa identidad de rico heredero, acompañándolo por todo el mundo. Cuando ella murió, Fantômas cerró el capítulo de las relaciones sentimentales por manifiesta incompatibilidad con su *modus vivendi*.

—He oído voces en el portal. —La Suiza regresaba con las dos copas de vino—. Son puntuales.

El periodista inglés fue el primero en aparecer mientras Albert, el falsificador, aseguraba la puerta. Ferrer tuvo la sensación de que Fantômas y Albert ya se conocían. Tomó nota. Le gustaba manejar cualquier variable que pudiera incidir en la investigación.

Se sentaron alrededor del gran tablero que hacía de mesa de juntas. Durante media hora, Ferrer les resumió todos sus movimientos, desde la visita al Vampiro del Paralelo, hacía diez días, hasta su entrevista con Luis Daroca y Eduardo Barriobero, aquella misma mañana, pasando por el episodio de Platerías y Regina.

—A mí tampoco me parece que el móvil de los asesinatos sea económico. —El periodista inglés había emborronado una hoja con dibujitos sin sentido.

—Tampoco huele a crimen pasional. Tres amantes muertos y un asesino suelto... es un *ménage à quatre* digno de *La Novela Selecta*. —Eddy alzó las cejas con incredulidad—. La verdad es que no hay muchas alternativas: dinero, pasión o poder. Si no ha sido por dinero ni parece que lo sea por pasión, solo nos queda la peor opción.

Albert arrastró su silla hacia atrás. Carraspeó. No estaba acostumbrado a hablar en público, aunque fuese ante tan escasa audiencia.

—Me da miedo participar en una conspiración contra el compañero Barriobero. No dudo de tu información, entiéndeme, Ferrer. Lo que sucede es que hoy en la Regional aseguraban que el consejero Nin va a cerrar la Oficina Jurídica a la voz de ya y no me gustaría que, para justificarse, utilizara nuestras pesquisas.

—Yo también he oído esos rumores. —El periodista se llevó un cigarrillo a la boca y dejó un paquete de Camel y el chisquero sobre la mesa, al alcance de los demás—. Se dice que la Generalitat quiere cortar las alas a los anarquistas.

—Es un riesgo que debemos asumir y que ya tomó vuestro jefe al encomendarme el caso —sostuvo Ferrer—. La noticia nos obliga a no dormirmos, no sea que a Barriobero se le ocurra plantarnos si se ve en peligro.

La Suiza sacó dos pitillos de la cajetilla, los encendió y pasó uno a Eddy; Albert alargó la mano y cogió otro, el inglés le ofreció lumbre y luego acercó la mecha al suyo. La sala se llenó de humo mientras los cuatro digerían en silencio el caudal de información que les había facilitado Ferrer. El primero en volver a hablar fue Fantômas.

—El hecho de que yo esté aquí, ¿implica que no crees en una vía digamos... legal para acceder al diario o para obligar a Barriobero a entregártelo?

—Él niega tenerlo y yo no tengo ninguna prueba física que indique lo contrario. —Ferrer se levantó—. Además, y coincido con Albert, tenemos que ir con pies de plomo para no meternos en un fregado político.

—¿Tienes idea de dónde lo pudo esconder? —La Suiza dejó caer la ceniza de su cigarrillo en la copa vacía.

Ferrer había visto una pizarra. La arrimó a la pared y buscó tizas en un canastillo. Trazó una línea blanca vertical que dividió la pizarra en dos mitades; en la de la izquierda escribió «Barcelona» con grandes letras y debajo, más pequeñas, tres palabras: «Oficina», «Banco» y «Domicilio».

—De momento dejaremos de lado la Oficina Jurídica —empezó—. No es que me fíe mucho de lo que me dijo Luis Daroca, pero Barriobero no se arriesgaría a dejar los documentos sustraídos en un lugar al que, en cualquier momento, le vedarán el acceso o le pondrán un perro guardián. Pudo alquilar una caja de caudales en Barcelona; sin embargo, teniendo en cuenta que los socialistas controlan los bancos, me extrañaría que se hubiera fiado de ellos. Todo apunta a su domicilio; Daroca hizo un registro demasiado superficial. Es evidente que puede ocultar sus tesoros en cualquier otro lugar, un apartamento o un despacho discreto.

—Eso nos obligará a un seguimiento para saber si tiene un nido secreto —remató el inglés—. Tenemos que decidir quién lo hará.

—Tú, Ferrer, quedas descartado —apuntó la Suiza—. Barriobero te conoce.

—Y tú también estás descartada. —Eddy apagó la colilla en el poso de su vino—. No pasas desapercibida, precisamente.

—Pensaba en vosotros dos. —Ferrer señaló al inglés y a Fantômas—. Los periodistas pueden moverse durante el día con relativa libertad y tienes una excusa perfecta para rondar por el Palacio de Justicia. De ti, Eddy, solo espero que hagas lo que sabes hacer: volverte invisible; por eso te he reservado el turno de noche.

Tomando de nuevo la tiza, escribió «Perpiñán» en la mitad derecha de la pizarra.

—Contemplo la posibilidad de que guarde los papeles en un banco francés.

Sabemos que Barriobero estuvo en Perpiñán para alquilar una caja de seguridad; algún soplón fascista lo vio y se lo contó a Queipo de Llano, que lo soltó en uno de sus discursos de Radio Sevilla. —Ferrer sacó del bolsillo una hojita de papel con anotaciones—. Incluso dio el nombre del banco.

—¡Fabuloso! —exclamó Fantômas con retintín.

Nadie comentó nada más. Iba a ser una obra de romanos a la que un posible viaje a Francia añadiría más dificultades. Muchos municipios de la ruta estaban en manos de comités que actuaban como banderías, con sus propios controles de carreteras, y suponían un riesgo añadido.

—Mientras vosotros os ocupáis del seguimiento, Albert y yo iremos a Perpiñán a visitar el banco —dijo Ferrer—. Estudiaremos las vías para acceder al cofre.

—¿Sabes cuántas veces ha estado Barriobero allí? —inquirió Albert.

—Estoy convencido de que solo fue el día en que alquiló la caja. ¿Por qué?

—Contamos con muchos amigos en los sindicatos franceses y me rondan algunas ideas que nos allanarían el camino. —El falsificador se hallaba en su salsa—. Si de algo te sirve mi experiencia, tenemos que buscar también el contrato de arrendamiento de la caja de seguridad. Es la verdadera llave; sin él me temo que no habrá mucho que hacer.

—Ya puestos en consejos: tú no deberías ir a Perpiñán, Ferrer. —La Suiza le clavó sus ojos azules—. Eres el único que dispone de todas las cartas de la baraja. Si surge alguna urgencia, tienes que estar aquí para reaccionar inmediatamente.

—Esto te convierte, además, en un peligro para esa gente —añadió Fantômas—. Deberías protegerte.

—No es fácil —replicó Ferrer—. Hay muchos frentes abiertos y no sé desde dónde puede venir el próximo garrotazo. Creo, eso sí, que no debo ponerles las cosas fáciles. —Se dirigió a Albert—. ¿Puedo disponer de alguno de los milicianos que custodian este edificio?

—No habrá mayor problema. Preguntaré si alguno ha hecho de escolta.

—La protección no es para mí... no necesito guardaespaldas, ya me espabilaré. Me preocupa Regina Urgell. Voy a irme a vivir con ella hasta que considere que no hay riesgo. Iría bien que, durante estos días, custodiaran su domicilio las veinticuatro horas. No puedo investigar y, a la vez, estar pendiente de mi retaguardia; eso me hace muy vulnerable. Los tipos a los que nos enfrentamos no se andan con milongas.

IX

EPPUR SI MUOVE

La moto pasó rugiendo, trazó la curva con gran precisión y se perdió tras el gentío. Segundos después les llegó el zumbido del enjambre de motocicletas que iba en su persecución; los pilotos dibujaron el viraje con idéntica maestría y siguieron el rastro del escapado. Una humareda fue todo lo que quedó del tránsito de aquellas máquinas estruendosas.

—Una Norton bien afinada es imbatible. —Regina se sentó de nuevo en la manta extendida sobre la hierba y bebió un sorbo de vino.

—Todas me parecen igual de peligrosas. —A Ferrer nunca le apasionaron las carreras de motocicletas—. ¿Te apetece un trozo de tortilla de patata?

Le puso en el plato un sabroso triángulo al que, por buscarle algún defecto, le faltaba algo más de huevo. Estaban bajo un gran árbol de copa pelada, dejando que el espléndido sol del domingo les calentara y diera color a sus mejillas. Miles de barceloneses abarrotaban, desde la mañana, los alrededores del circuito de Montjuich, abriendo un colorido paréntesis festivo en la monotonía grisácea en que la guerra había sumido sus vidas.

—Cualquiera diría que a poco más de doscientos kilómetros de aquí se combate a muerte —comentó Ferrer mirando a la multitud.

—Nadie puede vivir en permanente angustia; se necesita algo de diversión.

—No te lo discuto, pero, a lo peor, más adelante nos arrepentimos por este derroche de bencina.

—¿Tanto crees que va a durar la guerra? —preguntó Regina.

—¡Ojalá lo supiera! Lo que no tiene ni pies ni cabeza es malgastar... ya sean víveres o combustible.

La suerte de Madrid, y con ella la de la República, estaba echada. El asalto final era inminente. Las radios de los sediciosos anunciaban a diario la entrada de sus tropas en la capital. Por el lado gubernamental no cesaban de incorporarse voluntarios antifascistas procedentes de todos los rincones del planeta. Hacía cuarenta y ocho horas, el viernes, Barcelona vivió, entre la exaltación y la esperanza, la partida de las columnas de socorro anarquistas que dirigía Durruti, alejado momentáneamente del estancado frente aragonés. Si Madrid resistía, la guerra iba para largo; los españoles habían demostrado, de sobra, una incansable obstinación homicida.

—Han dado la última vuelta —le decía Regina.

Abstraído, no se había percatado de que muchos espectadores levantaban ya el mantel, dispuestos a regresar a sus hogares.

—¿Paseamos? —Ferrer empezó a recoger los bártulos—. Bajamos hasta plaza de

España y luego tiramos por Cortes hasta Muntaner.

Aprovechando aquellos días de *impasse*, en tanto esperaba los inciertos frutos del seguimiento a Barriobero y de las gestiones de Albert en Francia, había completado la mudanza a casa de Regina. Aun con una discreta vigilancia en el portal, había instalado unas barras metálicas para reforzar la puerta del piso. Dormían bastante más tranquilos.

—Es mucho camino y llevas demasiado peso. —Regina pegó un suave puntapié a la voluminosa maleta de mimbre en la que transportaban la vajilla, los cubiertos y la fiambreira.

—Si me canso, tomamos el tranvía.

Con una sonrisa coqueta, ella lo besó en la mejilla y le susurró:

—Prefiero que reserves energías para actividades más placenteras.

—Qué cosas me dice, señora. Me voy a poner colorado.

—Ya sabes que el vino se me sube enseguida a la cabeza.

Entre risas se dejaron arrastrar por la muchedumbre hacia las fuentes de la Exposición y la ciudad.

Cuando entraron en el edificio, el patrullero de guardia, un hombretón rubio panocha, se les acercó con un papel en la mano:

—Compañero. Un amigo tuyo me ha dejado esta nota para ti.

—¿Te dio su nombre? —Ferrer no estaba para sorpresas.

—No quiso. —El hombre frunció el entrecejo—. Era un gachó guapote y simpático, con unas ojeras negras como los cojones de un grillo y el pelo de artista.

Fantômas.

Ferrer dejó la maleta en el suelo y desdobló la hoja. El mensaje era escueto: «*Eppur si muove*».

—Quiere que te acerques al piso en cuanto puedas —concluyó el centinela alejándose hacia el ángulo desde el que vigilaba—. Te estarán esperando.

—¿Buenas noticias? —Regina había notado la súbita animación en su rostro.

—Conociendo el refinado sentido del humor de Eddy, creo que sí. Lo sabré pronto, tengo que ir a reunirme con él.

—Pon este muerto en el altillo y vete. —Se rascó discretamente la espalda—. Tengo que sacudir la ropa; me pica todo.

Si se viajaba apiñado en un transporte colectivo, convenía zarandear luego en la bañera todo lo que se vistiese para que cayeran las pulgas. Ellas y los estraperlistas, a mayor miseria, tanto mejor vivían.

—Viernes y sábado fueron idénticos y muy aburridos. —Eddy hacía un resumen del seguimiento a Barriobero.

El equipo se había reunido en su cuartel general de Gracia, excepto Albert, que andaba todavía por Francia.

—Dejó su casa, en la calle del Carmen, a las ocho de la mañana para ir a la Oficina Jurídica. Más de doce horas se tira enclaustrado allí cada día.

—¿Salió a comer? —Ferrer tomaba nota en sus fichas.

—No. Desde un restaurante le sirvieron un tentempié y un café a media mañana, un plato de escudella para la comida y otro café a eso de las seis de la tarde. Por la noche, en su casa, no respiró.

—¿Qué hay de su escolta?

—Parece más entusiasta que eficiente —intervino el periodista inglés—. Es un grupo de chavales de las Juventudes Libertarias. Lo recogen en un auto, lo llevan al Palacio de Justicia y lo devuelven al acabar la jornada.

—¿Se quedan con él?

—No, en el palacio ya hay suficiente vigilancia. Regresan a la calle del Carmen y aparcan frente al portal para asustar a los revientapisos. Parece que ha sufrido ya dos conatos de robo.

—Así, al pronto, esos robos tienen más tufo político que delictivo —meditó Ferrer.

—Hoy todo pintaba igual —siguió el inglés—, pero me extrañó que, a mediodía, no le acercasen el almuerzo. Un poco después, Barriobero salió solo y tomó un taxi. —Hizo un alto para aumentar el efecto del giro argumental—. Me pegué a él. Se detuvo cerca de la Sagrada Familia, entró en una casa de vecinos y la dejó al cabo de un minuto. El taxi lo esperaba y volvimos a la Oficina Jurídica. Aguardé media hora, no pasó nada más y llamé a Eddy para que me echara una mano.

—Fui a ver la casa. —Eddy tomó el hilo del relato—. Enfrente hay un bar cuyo dueño habla más que un sacamuelas; en el tiempo de tomarme un vino me contó media docena de chismes sobre el vecindario. En el apartamento que ocupa Barriobero vivía un perito mercantil, un carlista que huyó en octubre al descubrirse que estaba montando una red de sabotadores.

—¿El del bar ha reconocido a Barriobero? —preguntó Ferrer.

—No, aunque le suena la jeta. Malicia que es alguien importante porque hay vigilancia permanente en el zaguán. Eché una ojeada y vi a uno de nuestros muchachitos con pistola.

—Podría ser un nido de amor —aventuró la Suiza.

—No lo parece. —Eddy se restregó los ojos cansados—. Nunca ha entrado con una mujer.

—Si es cauto, nadie tiene por qué enterarse —insistió ella.

—Me extrañaría que el camarero no lo hubiese calado: está a la que salta. Créeme, no es un buen lugar para echar una cana al aire y pasar desapercibido.

—En otro momento discutiremos sobre la materia. —Ferrer no quería que se abriera un debate sobre los amores clandestinos—. ¿Qué más te dijo el del bar?

—Que hay una vivienda vacía en el último piso. Es de unos abuelos a los que la guerra pilló en Manresa, en casa de una hija, y no quieren volver. Ahora se va a realojar a una familia de refugiados.

—¿Quién los va a realojar? —preguntó Ferrer conteniendo la respiración.

—¡La CNT! ¿Quién si no?

Los ojos del desdentado amenazaban con saltarle de la cara y cruzar la calle.

—¡Menuda hembra! —exclamó.

Era el único hombre que permanecía sentado dentro del bar. Le faltaban las dos piernas y no tenía a mano la tabla con ruedas que usaba para desplazarse a ras de suelo. Los demás parroquianos habían salido para ver mejor a la rubia que, en la otra acera, daba instrucciones a los dos mozos de cuerda que cargaban sus bultos.

—Esta jaca pillá al pichafría de Franco y lo convierte al comunismo —comentó un borrachín que la devoraba con la vista. La valquiria se exhibía en un atrevido vestido rojo elegido para la ocasión por Eddy.

—¡*Apartarsus*, joder, que me estáis tapando! —protestó el tullido.

En el umbral de la cantina, Ferrer pidió disculpas y se hizo a un lado. A su alrededor, un coro de machos cabríos gritaba piropos que se adentraban en la obscenidad más burda.

La Suiza, muy metida en su papel de periodista extranjera despistada, discutía con el centinela de Barriobero. El joven, desbordado por la atención que suscitaba su guapísima y descocada interlocutora, le explicaba que, sin una autorización, no podía pasar. Entre la una y los otros se había montado un barullo de tomo y lomo.

Era lo que pretendía Ferrer.

Sin exponerse, averiguaría cuántos hombres velaban por la seguridad del edificio y los localizaría. Curtido en mil tediosas esperas, sabía que un alboroto callejero llamaría la atención y delataría a cualquier centinela aburrido que se encontrara en el inmueble.

Se había plantado a primera hora de la mañana en el despacho de Aurelio, le explicó sus cuitas y le pidió que hablara con su gente para que pospusiera por unas semanas el realojo de los refugiados en la casa. Tenía un plan que no sería factible sin la colaboración del sindicato. A regañadientes, el secretario de Seguridad accedió. Por el mismo precio le envió al bar a un par de agitadores callejeros para que animara el cotarro.

Así, por arte de unos papeles convenientemente rubricados y timbrados, la Suiza se había convertido aquel lunes en una corresponsal de prensa a la que se le asignó la vivienda desocupada. Desde allí, en las próximas jornadas, controlaría las rutinas de los vigilantes y las idas y venidas de Barriobero, algo esencial para preparar el asalto y minimizar sus riesgos. Además, desde dentro le sería mucho más fácil ganarse la confianza de los chicos.

Tras varios minutos de vocerío callejero, el plan de Ferrer dio resultado.

Había otro hombre armado. Se asomó al balcón para ver qué pasaba; silbó a su compañero del portal, que lo tranquilizó con un gesto.

Ya era suficiente. A una señal de Ferrer, la mujer sacó de su bolso el permiso que les había dado Aurelio y puso fin a la discusión.

En lo alto, y puesto que no tenía mucho más que hacer, el vigía se quedó en el mirador contemplando a la rubia que, a lo que parecía, iba a ser su nueva vecina. Si en aquel momento se excitó con alguna fantasía erótica, no sabía hasta qué punto se haría realidad en breve.

Cinco días después, Ferrer soltó un juramento y dejó el periódico sobre la mesa. Había leído el artículo media docena de veces y con cada nueva lectura su nivel de preocupación subía un peldaño: la Oficina Jurídica había sido, al fin, disuelta. Durante unas semanas, Barriobero y su gente continuarían en el Palacio de Justicia para el traspaso de poderes y de los casos más importantes a los tribunales populares, con mayor control del gobierno.

—No te preocupes —le aconsejó la Suiza—. Hace tiempo que lo esperábamos.

—Ya lo sé..., pero es como la muerte de alguien que ha estado muy enfermo: no por previsible deja de afectarte.

Estaban en el salón del piso que ella ocupaba. Ferrer había ido a comunicarle la noticia y a echarle una mano por si los acontecimientos se precipitaban. No había nadie más con ellos; no pudo localizar a Eddy y el inglés estaba siguiendo los hechos para su periódico.

—Al venir hacia aquí he pasado por el Palacio de Justicia y la cosa está que arde —comentó Ferrer—. Han llenado aquello de guardias de asalto y de gente de la Generalitat. En cualquier momento llegarán a las manos con los milicianos de la CNT.

—¿Temes que Barriobero pueda escaparse si le aprietan mucho?

—¿Escaparse? No lo creo, pero no podemos descartarlo. —Se encogió de hombros—. ¿Por qué tendría que huir? No tiene nada que ver con los manejos sucios de Daroca y Platerías.

—Dijiste que lo de Perpiñán es verdad, que ha alquilado una caja de seguridad.

—Me sorprendería mucho que guardase dinero o joyas allí. Claro que sus rivales podrían usarlo contra él y denunciarlo en la prensa, pero dudo que alguien quiera reconocer en público que Queipo de Llano estaba en lo cierto cuando lanzó la acusación. Dar la razón al enemigo sentaría un precedente propagandístico muy peligroso.

—Lo curioso es que, con toda la que se está montando, no haya huido ninguno de los que sí están pringados. Daroca, Platerías y compañía se juegan el cuello quedándose.

—A mí también me escama. No sé por qué lo hacen.

Puestos a inquietarse, a Ferrer le preocupaba la tirantez que notaba en la Suiza. La atribuyó a las servidumbres de la vigilancia, que realizaba en solitario y sin poder salir de la casa. Sabía lo duro que eso podía resultar.

—¿Y tú, qué tal estás? —se interesó.

—Bien, gracias. Han sido unos días agotadores. Los vigilantes son jóvenes y fáciles de engatusar. —La mujer mostraba una ligera vacilación al escoger las palabras en su, por lo demás, correcto español.

—Estoy seguro de ello. ¿Cuántos son?

—Cuatro; dos parejas que se turnan cada doce horas, de siete a siete. Uno está siempre en el portal y el otro en la vivienda. —Giró el periódico para leer el titular—. A Barriobero no le vemos el pelo desde anteayer.

—Hoy lleva todo el día reunido en el Palacio de Justicia. A partir de ahora, y sin ninguna obligación que lo ligue a la Oficina, puede aparecer por aquí cuando menos lo esperemos y estropearnos la operación.

—Se nos va el tiempo —suspiró la Suiza.

—Estamos obligados a actuar de inmediato. —Aquel era el meollo del asunto—. Tenemos que encontrar una manera de neutralizar a esos chicos y entrar en la madriguera de Barriobero.

Un carro pasó por la calle. El sonido de los cascos de la caballería se coló en la sala llenando el repentino silencio.

—No le deis más vueltas. Los dos sabéis que solo hay una manera de hacerlo.

Eddy les hablaba desde el umbral. Iba en camiseta, descalzo y con el pelo revuelto. El incorregible seductor. Con su inesperada visita, Ferrer los había sorprendido; entendió los nervios de ella y la *desaparición* de su amigo durante la jornada.

—Tendrás que... entretenerlos en tu piso durante un par de horas, *chérie* —concluyó Eddy.

—¿Entretenerlos? —A la Suiza se le enrojecieron las mejillas.

—No veo otra manera de alejarlos, sin violencia, de sus deberes.

Ferrer buscó un indicio en la cara de su amigo, una pista sobre lo que pensaba realmente de aquella propuesta. Nada. Cuando trabajaba, era Fantômas y convertía su rostro en una máscara sin emociones aparentes.

—¿Lo dices en serio? —musitó.

—En cuestiones así siempre hablo en serio —le aseguró Eddy.

La mujer se mordió el labio, manchándose de carmín los dientes.

—Podré... entretenerlos durante esas dos horas. —También ella se puso una careta—. Que funcione no depende solo de mí. Son muchachos entregados a sus ideales, podrían tener algún escrúpulo por el lado del deber y... por el del placer también: a pocos hombres a esa edad les apetece compartir a una misma mujer.

—Lamento haber sido tan brusco —se excusó Eddy.

—De todos modos —intervino Ferrer—, no habrá nada definitivo en tanto Albert no nos explique cómo le ha ido por Perpiñán.

—Regresaba esta tarde, ¿no?

—Sí. Nos veremos en la casa de Gracia dentro de un rato. —Ferrer consultó su reloj—. Tenemos que irnos ya, Eddy, no quiero hacerle esperar. Estará fatigado después del viaje.

Salieron por separado. Ferrer dejó que se dijese adiós. No pudo evitar echarles una guipada desde las escaleras. Eddy besaba con ternura a la mujer. Nadie que viese la escena podría imaginarse que le había pedido que se acostara con dos jóvenes por el bien de la causa.

—Estuve bastante ciego. —Ferrer devolvió de un puntapié una pelota de trapo a unos chavales que jugaban al fútbol.

La caminata hasta Gracia era agradable. No hacía demasiado frío y los niños aún correteaban por las calles mientras sus madres les daban voces, desde los balcones, para que volvieran a casa.

—Debí caer en la cuenta de que la proximidad y la acción facilitan los enamoramientos. No me imaginé que hubiera algo entre vosotros, Eddy.

—«Algo» lo define a la perfección.

—Tendrías que haber mostrado un poco más de tacto al insinuar que se acueste con los vigilantes.

—Quizá... aunque ella ya intuía que esa era la mejor solución. Es una muchacha que cree en sus ideas y lucha por ellas usando todas sus armas. Me parece admirable.

—El encanto en la guerra política.

—Yo he empleado el mío para fines bastante menos honorables. Aún es joven y entusiasta; con los años se dará cuenta de que cada vez que utilizas el sexo como arma te deja una cicatriz.

—El de los sentimientos es un campo lleno de trampas que descubrimos cuando ya nos hemos lastimado.

—Demasiado bien lo sé.

Ferrer también lo sabía. Un desgraciado incidente en Guatemala, poco antes de la Gran Guerra, hizo que Eddy extremara las precauciones en su trato con las damas. Una jovencita con la que había coqueteado se presentó en su habitación del hotel empeñada en fugarse con él. Eddy intentó quitárselo de la cabeza, pero la joven, poco más que una adolescente, sacó una pistola y se suicidó allí mismo, disparándose en el corazón. Fantômas gastó una fortuna en sobornos para evitar que lo procesaran. Posteriormente, volvió al país y pagó a un sepulturero para que le consiguiera el cráneo descarnado de la joven. Desde entonces, la calavera lo acompañó siempre, oculta en un estuche rojo. Un macabro recordatorio de los estragos que podía causar el amor.

—¿Conoces la historia del burdel de Zaragoza? —le preguntó Eddy.

—No, pero suena interesante.

—Te dará una idea de su valor y entrega. Fue una iniciativa de tu amigo García Oliver que no se llevó a la práctica no se sabe muy bien por qué. Ella era el eje sobre el que giraba todo. Me lo explicó hace un par de noches.

Los detuvo un control callejero —uno más—, callaron y mostraron su documentación.

Todo en regla.

—Tenía que pasarse al otro bando e ir a Zaragoza con un grupo de voluntarias anarquistas, todas jóvenes y muy guapas. Debían montar un burdel de lujo para atender a oficiales fascistas. En las charlas de almohada les sonsacarían toda la información posible para enviarla a Barcelona a través de los enlaces de la CNT.

—¿Y?

—Ella dijo que sí. Sin condiciones. Iba a ser la regenta.

—Los tiene muy bien puestos —admitió Ferrer.

—Es una mujer excepcional.

—Me asustas, Eddy.

—La guerra me está ablandando. Se me pasará en cuanto se acaben los tiros.

—Vas apañado. Te vas a reblandecer mucho más. Solo te ruego que no pongáis en riesgo la misión, nos jugamos mucho.

—Ya. Donde tienes la olla...

—Por ahí va la cosa, sí.

—Fue una suerte, casi un milagro.

Albert se mostraba más que satisfecho con los resultados del viaje a Perpiñán. Levantó su vaso de vino y brindó con Ferrer y Eddy, sentados frente a él. Eran los primeros momentos de optimismo en una jornada que había apuntado más bien hacia el pesimismo o, cuando menos, a un cierto sinsabor.

El casi milagro se hacía llamar Pierre, un *nom de guerre* nada original para un gabacho. Era un activo sindicalista enrolado en cuantas organizaciones de solidaridad con la República española se constituyeron en el sur de Francia. Su mayor virtud, sin embargo, era laboral: trabajaba en la sucursal perpiñanesa de la Société Marseillaise de Crédit, una de cuyas cajas había alquilado Eduardo Barriobero.

—Le conté que se trataba de una gestión vital para la revolución —explicó Albert—. Nos ha ofrecido toda su ayuda.

—¿Te habló de las medidas de seguridad del banco? —Ferrer estaba convencido de que había truco; no podía ser tan bonito.

—Más aún: me hizo un croquis de la sucursal. —Deslizó sobre la mesa una hoja cuadriculada con un plano dibujado a mano alzada—. Debemos descartar un atraco clásico con pistolas y dos huevos; es un lugar bien protegido.

—Y no muy amplio. —Eddy tomó el papel y señaló con un lapicero tres puntos de referencia—. Aunque no esté a escala, podemos calcular su tamaño y las distancias a partir de las medidas aproximadas de las mesas.

—¿Qué quieres decir? —se interesó Ferrer.

—Mira. —Trazó círculos y líneas sobre el dibujo—. La zona de las cajas fuertes está muy expuesta, a la vista del cajero y de otros empleados. Es inviable alquilar un cofre a nuestro nombre para entrar en la cámara y, una vez dentro, reventar el de Barriobero. Si el sitio fuese más grande, esta habría sido la opción lógica.

—Tienes toda la razón, yo también lo he descartado —afirmó Albert—. Pero ya os he dicho que el Pierre me brindó todo su apoyo.

Dicho lo cual, y con el entusiasmo con el que un aprendiz de mago sacaría su primer conejo de la chistera, colocó un sobado portafolios de cuero marrón sobre el tablero. Extrajo media docena de documentos del banco y los extendió. Le faltó gritar ¡tachán!

—Son buenos —continuó—. Cuando encontremos el original, daremos el cambiazo.

Salvo por los membretes y unos sellos del banco estampillados al pie, estaban en blanco.

—No te sigo. —Eddy tomó una de las hojas y la estudió.

—Si el compañero Barriobero se molestó en ir a Perpiñán fue para salvaguardar dinero o documentos. Lo normal es que los papeles que nos interesan, si son tan importantes, estén allí. Al alquilar un *coffré-fort* te entregan un contrato que te sirve para acceder a la caja. —Albert señaló la hoja que sostenía Eddy—. Se formaliza sobre este papel. Hay que conseguir su contrato para que nos permitan fisgonear en la caja.

—Has hablado de dar el cambiazo. —Eddy le devolvió el papel.

—Sustituiremos el contrato original por uno de estos. Gracias al Pierre tenemos el papel del banco, conozco la máquina de escribir que usan y la tinta con la que firman. —Puso el dedo sobre uno de los sellos—. Esto es lo más difícil de falsificar; por eso usó el tampón del banco en un descuido de su director. Solo nos queda copiar el texto, imitar las rúbricas y hacer el cambio.

—Me gustaría compartir tu confianza, pero Barriobero puede darse cuenta y actuar inmediatamente —objetó Ferrer.

—Lo dudo. —No había ni un ápice de arrogancia en su actitud; constataba un hecho objetivo—. A menos que cada día estudie el contrato con lupa, será incapaz de advertir las pequeñas diferencias que habrá entre el original y el duplicado.

—En cambio, los del banco sí podrían notarlas; por eso es mejor irles con el de verdad. —Ferrer comprendió la idea de Albert—. ¿Cómo vamos a superar el control de identidad?

—Bastará con un pasaporte amañado. —Albert se retrepó en la silla—. El Eduardo Barriobero solo ha estado allí una vez. Mi amigo Pierre lo comprobó en el

libro de visitas o dónde coño sea que apuntan los nombres de los que van a revisar sus cajas.

—Y debió de ser hace tiempo.

—Un mes y medio, durante la primera semana de octubre. Aquello estaba a reventar de españoles. Era uno más entre docenas. ¡Es imposible que se acuerden de él!

—No obstante, el director o quien le atendiera pudo fijarse en algún detalle singular: un lunar curioso o un aire a un tío lejano. —Ferrer oponía una leve resistencia, más de oficio que real—. La memoria es peligrosamente caprichosa y selectiva.

—El franchute ya ha pensado en eso. —Albert buceó en la valija y sacó dos hojas mensuales arrancadas de un calendario de pared. Algunos días estaban marcados con círculos rojos—. Aquí nos ha anotado las fechas en las que el jefe de servicio tiene citas comerciales fuera de la oficina; fue quien alquiló el cofre al Eduardo. En su ausencia, el Pierre es el que recibe a los clientes de las cajas. —Apenas podía contener su alegría—. En cuanto el falso *monsieur* Barriobero aparezca por la sucursal, lo saludará calurosamente. Nadie dudará de que es quien dice ser. El resto déjanoslo a mí y a las dotes de actor del Eddy.

—¿Qué insinúas? —preguntó este intranquilo.

—Uno de nosotros se convertirá en Barriobero y tú eres quien tiene mayor experiencia haciendo papelones.

Albert lo dejó ahí: no iba a discutir los detalles de un plan tan meditado. Guardó las hojas, se levantó y se dirigió hacia la puerta.

—Con un poco de maquillaje y tinte blanco darás el pego —dijo con humor mientras se iba—. Sería peor si fuera calvo: tendríamos que rasurarte esa bonita melena bohemia.

—¿De qué lo conoces? —preguntó Ferrer cuando Albert se hubo ido—. Es innegable que habéis coincidido antes.

—Le pedí ayuda tras mi detención y pasar un tiempo entre rejas. —Eddy dibujó líneas verticales, unos barrotes, con las gotas de vino que habían caído sobre la mesa—. El comisario Fernández de Luna difundió *urbi et orbi* todos mis alias y tuve que crearme una nueva personalidad.

—Parece muy bueno.

—Aprendió el oficio con Mariano Conde. ¿Has oído hablar de él?

—¿Mariano Conde? No.

—Durante muchos años se le consideró el mejor falsificador de Europa. Se dice que fue quien fabricó las cartas que incriminaron a Bravo Portillo.

Palabras mayores.

Bravo Portillo había sido comisario de policía de Barcelona e informador de los

alemanes durante la Gran Guerra. Le acusaron de hacer llegar a los servicios de inteligencia germanos las listas con los nombres, los horarios y las rutas de los mercantes que, desde el puerto, transportaban suministros para los aliados; los submarinos del káiser se encargaban luego de enviarlos a pique. Desde *Solidaridad Obrera*, el líder sindical Ángel Pestaña aportó pruebas irrefutables de la culpabilidad del comisario: la comprometedor correspondencia con su enlace, un tal Von Rolland.

Años después, un policía contó a Ferrer que siempre existió la sospecha de una posible falsificación de las cartas, pero que nunca se pudo demostrar; era tan perfecta que el mismo acusado fue incapaz, en una prueba pericial, de distinguir su auténtica caligrafía de aquella que, según aseguraba con vehemencia, no era la suya.

Bravo Portillo fue condenado y encarcelado, aunque no pasó mucho tiempo en la trena. Tenía buenas agarraderas. A su salida de prisión, si es que ya no lo estaba antes, se alió con un malhechor alemán de altos vuelos que se hacía llamar barón König. Entre ambos organizaron una de las más temibles bandas de pistoleros al servicio de la patronal. Se las tuvieron tiesas con los anarquistas, que también tiraban rápido de pistola, y los asesinatos se sucedieron por ambos bandos. Tiempos duros que finalizaron para el comisario en septiembre de 1919, cuando lo acribillaron en la Diagonal camino de casa de una amante.

—Si es cierto lo que cuentas —comentó Ferrer al rememorar aquel escándalo—, me conformo con que Albert sea la mitad de bueno que su maestro.

—Lo es.

—Entonces, actuemos antes de que la situación se pudra.

Aunque todavía no lo sabían, en Madrid una misteriosa bala perdida les facilitaría las cosas a cambio de conmover la ciudad hasta lo más profundo. Nada volvería a ser igual tras aquel disparo, ni para la guerra, ni para Barcelona, ni para ellos.

Antes de enterrar a una persona fallecida en circunstancias poco claras, los aborígenes de Nueva Gales del Sur preguntaban al finado por las causas y el culpable de su muerte. Lo habitual era que el cadáver no respondiese y el homicidio se quedara sin resolver.

La muerte de Durruti en la Ciudad Universitaria de Madrid tenía todos los números para acabar del mismo modo que un asesinato aborigen. Había muchas preguntas y, por ahora, ninguna respuesta; o demasiadas, que para el caso era lo mismo.

Ferrer había ido de corrillo en corrillo y en cada uno se explicaba una historia diferente: que si fue un moro desde las líneas fascistas, que si un comunista por la espalda, que si un infiltrado que lo acompañaba... Lo único que estaba claro para aquellos cientos de personas era que Buenaventura Durruti, el luchador incansable, el héroe del pueblo, el ganador de los combates de Barcelona y líder de las milicias en Aragón, había caído en la feroz pelea por la capital.

Entre tantas luces de admiración, nadie en su sano juicio se hubiese atrevido a mentar las posibles sombras del extinto: su incapacidad para tomar Zaragoza, por ejemplo, o un pasado en el que no siempre estuvo bien delimitada la frontera entre el activismo político y la delincuencia común.

Se aseguraba, también, que en Alicante se había ejecutado a José Antonio Primo de Rivera, no se sabía si en represalia por lo de Durruti, en cumplimiento de una pena o porque alguien consideró que la muerte de su fundador minaría la moral de la Falange, que formaba el espinazo de las fuerzas enemigas. Un cacareador explicó que se había desbaratado, además, un complot urdido por elementos facciosos andaluces que pretendían asaltar la prisión y rescatar a José Antonio. El comando lo formarían jóvenes falangistas fogueados, dinamiteros asturianos y, ¡asómbrense!, Paulino Uzcudun, el campeón de boxeo y antiguo aizcolari, que echaría abajo a hachazos aquellas puertas que la prudencia aconsejase no volar por los aires. No sería de recibo salvar a Primo de Rivera del paredón para aplastarlo bajo varias toneladas de cascotes.

Harto de especulaciones y de teorías sin pies ni cabeza, se alejó unos metros. Al amanecer, Albert lo había arrancado de los brazos de Regina para darle la noticia. Quedaron en verse al mediodía frente a la sede cenetista. El falsificador, aunque entristecido por la inesperada desaparición de uno de sus dirigentes más emblemáticos, sacó fuerzas de flaqueza y dio vueltas al plan de allanamiento; decidió que había llegado el momento de llevarlo a la práctica.

—Tiene que ser mañana —dijo al llegar a la altura de Ferrer.

Desde el otro lado de la Vía Layetana, este lo había visto abandonar cabizbajo el edificio y abrirse paso, con dificultad, entre la masa que bloqueaba la avenida esperando noticias frescas; cualquiera que saliera de la Regional era una fuente de información más que apetecible y lo sometían a un improvisado interrogatorio.

—¿Qué ha pasado, Albert? —A él le picaba también la curiosidad.

—El jueves por la tarde cayó herido. —Ambos se apoyaron en la pared mirando a la muchedumbre—. Lo trasladaron al hospital de las columnas catalanas, en el hotel Ritz, y ayer murió sin abrir la boca.

—Se hacen muchas especulaciones.

—Todo fue muy confuso. Sucedió en una zona de combates, pero parece que no estaba en primera línea. —El ejercicio de síntesis le estaba sirviendo para ordenar los datos que había recabado—. He hablado con el García Oliver y no sabía nada a ciencia cierta; quiere interrogar a los testigos. Va a venir para el funeral.

—¿Cuándo será?

—Mañana. Traen el cuerpo desde Madrid vía Valencia, que es donde el Joanet se sumará a la comitiva. Si no hay demoras, llegarán esta tarde, aunque lo veo difícil. Irán a homenaje popular por pueblo que atraviesen; va a eternizarse.

Ferrer levantó la vista hacia el cielo nublado.

—Puede ser un entierro pasado por agua.

—Lo seguro es que será multitudinario. —Albert sacó un maltrecho cigarrillo de un bolsillo—. Todos estarán pendientes del funeral, no encontraremos mejor ocasión para ponernos mano a la obra.

—Desde luego la pintan calva. —Le ofreció fuego—. ¿Acudirá Barriobero?

Albert exhaló volutas de un agradable humo mentolado y asintió.

—Por supuesto —dijo—. He visto su nombre en una lista provisional de invitados institucionales.

—¿Asistirán nuestros jóvenes guardianes de la finca?

—Eso espero. Todavía creen en la revolución y el Durruti es su símbolo. Con suerte vendrán los dos; si no, confío en que al menos lo haga uno. Para ellos sería una forma de participar en el homenaje sin abandonar del todo sus obligaciones.

Ferrer echó mano de una expresión con tufillo clerical y de una claridad meridiana.

—Dios te oiga.

—Hace siglos que Dios está sordo como una tapia.

El paño, un sucio rectángulo recortado de una sábana vieja, dibujó dos ventanas en el guardabrisa empañado por el vaho. Chispeaba. Las minúsculas gotas de lluvia se unían sobre los cristales del vehículo en hilillos que se entrecruzaban y formaban redes fluviales en miniatura.

—Joder, hace más frío aquí dentro que fuera. —Ferrer dejó el trapo húmedo bajo su asiento.

Albert se echó el aliento en las manos para entrar en calor. Les habían prestado un Ford A casi nuevo, un bonito convertible de color verde que tenía la lona agujereada. Algún mañoso intentó repararla con cinta encolada, pero fue insuficiente: pasaba un airecillo helado que les calaba hasta los huesos.

—Si en toda la ciudad hay el mismo movimiento que aquí, no van a caber. —Albert observaba el río humano que pasaba a unos metros del coche.

Estaban aparcados discretamente tras la esquina de una calleja desde la que acechaban el nido de Barriobero. Docenas de personas caminaban hacia el centro de la ciudad y les tapaban, de vez en cuando, la visión del edificio y del portal contiguo, en el que se había refugiado Eddy al cerrar, en señal de luto, el bar del parlanchín.

—Esos dos se están retrasando. —Albert miró su reloj: las nueve de la mañana.

—Paciencia, falta todavía una hora para que empiece. ¿Fuiste al velatorio?

—Me acerqué de madrugada, pero era imposible entrar, había miles de personas. Hacía un frío del carajo y me volví, no quería pillar una galipandria.

La marea humana aumentó, impidiendo la vigilancia desde el auto. Ferrer renegó, se ajustó el cuello del impermeable y bajó del coche a tiempo de ver salir a uno de los dos centinelas. Eddy también lo vio y se puso en marcha de inmediato. Lo seguiría hasta que estuviera seguro de que se quedaba a las exequias.

Albert y Ferrer aguardaron durante tres cuartos de hora largos en los que la llovizna les dio una tregua.

—Lo he dejado cantando himnos en la plaza Urquinaona —les explicó Eddy a su regreso—. Aquello está a reventar; ya veremos cómo se las compone el cortejo para pasar. ¿Alguna novedad?

—Ninguna. Su colega sigue dentro —respondió Ferrer.

—No perdamos más el tiempo; ese seguro que ya no se va. —Albert abrió el cofre del Ford—. Echadme una mano.

Sacaron una de las nuevas máquinas portátiles de mecanografía, el portafolios con los contratos en blanco y un estuche alargado, duro y forrado en piel negra, en el que Ferrer notó el tintineo de unos frascos. Tintas.

—¿Compruebo si monta guardia en el zaguán? —preguntó Eddy—. No me gustaría toparme con él llevando todo esto.

Entró en la casa y asomó al poco gesticulando para que se acercaran.

—No hay moros en la costa. El pollo está escuchando la radio.

Subieron las escaleras sin un ruido. Al pasar por el primer piso oyeron al *speaker* de Radio Asociación deshaciéndose en elogios hacia la figura de Durruti; promediaba cinco adjetivos calificativos por cada sustantivo. La quintaesencia de la épica.

Arriba, la Suiza había entornado la puerta. Ella ya estaba lista.

Al verla, cualquier varón en su sano juicio daría gracias al Creador por su tino al ponerla sobre la Tierra y entonaría el salmo más adecuado, David 44,1-II, por ejemplo: «Ya entra la princesa, bellísima/vestida de perlas y brocado». La princesa alpina no necesitaba ni joyas ni telas exquisitas para deslumbrar; le bastaba lucir un osado vestido negro —sutil detalle en una jornada de luto— que, tapándolo todo, no reservaba nada a la imaginación; uno de esos carísimos prodigios a los que tan dadas eran las modistas de París.

—¿No es un modelito demasiado... explícito? —Felizmente enamorado de otra mujer, a Ferrer el deslumbramiento le duró lo justo.

—Estos muchachos tienen tan poca experiencia que, o se lo pongo muy fácil, muy... explícito, o no captarán la indirecta. A sus ojos soy una diosa inalcanzable. Tartamudean al hablarme. —Movía las manos con la elegancia de una artista—. Conmigo, su audacia es la mínima.

—Necesitaremos una excusa creíble para que el mozo abandone su puesto y suba —intervino Albert.

—Lo mejor es que le pidas ayuda. Auxiliar a una dama en apuros es un deber para cualquier español —bromeó Ferrer yendo hacia la cocina—. Cerrad la llave de paso del agua, por favor.

—Está en la azotea, junto a los depósitos. —La Suiza acarició el antebrazo de Eddy—. ¿Te importa subir y cerrarla?

No, no le importaba. Se estaba ablandando.

Un minuto después el chorro de agua del fregadero disminuyó hasta que solo

salió aire. Ferrer desmontó el grifo, retiró la estopa y lo enroscó de nuevo.

Funcionó.

A la que volvieron a abrir la llave, el agua se escapaba por la junta en una sucesión de gotas que caían, con un clop-clop enervante, sobre un cazo.

—Ya tienes tu excusa. —Limpió unos pedacitos de yeso, pruebas de la manipulación—. El inglés está en los funerales siguiendo a nuestro hombre. Si Barriobero decidiera descolgarse por aquí, se le adelantará y nos alertará.

—Avisadme cuando hayáis terminado. Bastarán unos golpes en la puerta. —La Suiza sonrió con resignación—. Procurad no demoraros mucho.

Dejando a un lado los matices legales, Ferrer prefería la fórmula «violación de domicilio», ligada al concepto constitucional de inviolabilidad, a la común «allanamiento de morada». Violación describía con mayor acierto la impotencia y la humillación de la víctima ante la irrupción violenta de un desconocido en su intimidad. Y en ello andaban Albert, Eddy y él tras forzar la cerradura de Barriobero. Tres vulgares espadistas invadiendo un domicilio ajeno.

Examinaron superficialmente todas las estancias —salón, cocina, dormitorio, despacho y baño—. El miliciano había dejado conectada la radio. Atenuaron su volumen para poder seguir el funeral sin que les tapara una posible alarma en el rellano.

—Espabilemos —sugirió Ferrer—, no sea que el casanova dé gatillazo y baje antes de lo previsto.

—Primero el despacho; hay mucha porquería —propuso Eddy.

Una destartalada librería se comía la mitad del cuartucho. Era un mueble enorme procedente de alguna gran biblioteca. Le habían retirado dos o tres cuerpos para que, a duras penas, cupiera en su nueva ubicación. Nada quedaba de su antigua belleza; la chapa se había cuarteado, las molduras no casaban y los estantes estaban combados por el peso de anuarios mercantiles y de gruesas guías comerciales.

Miraron y remiraron cualquier rincón en el que pudieran ocultarse los documentos; abrieron cartapacios, hojearon libros y comprobaron que no hubiera huecos en la madera. Estaban siendo meticulosos y sistemáticos.

Hacia los veinte minutos de búsqueda, Eddy lanzó una exclamación.

Ferrer lo vio apartando un montón de polvorientas carpetas.

—¿Qué es? —Se agachó y le ayudó a despejar el estante.

—Atento a este panel. —Presionó la trasera del mueble. Se desprendió.

—¡Una caja de caudales! —Era gris y pequeña—. Parece sencilla.

Eddy asintió. Llevaba una cartera de cuero con ganzúas y llaves de distintos tamaños. Las fue probando hasta que la puerta se abrió.

Sacaron el contenido y lo ordenaron en el suelo: unos cuantos billetes —cien duros, contaron—, acciones de varias empresas, un par de relojes viejos y una lista

con direcciones y lugares de encuentro de carlistas de la ciudad y de la provincia que el perito huido debía de haber reunido para su red de sabotaje.

—¿Es todo? —Ferrer, en cuclillas, inclinó la cabeza para mirar el interior del arca, situada sobre el estante más bajo.

Eddy metió la mano y palpó las paredes por si hubiera algo pegado.

—No hay nada más —dijo.

Con el repentino mutis se hicieron más presentes las voces de la radio. El funeral estaba empantanado en Vía Layetana, a la que alguien propuso bautizar Vía Durruti. El cortejo era incapaz de avanzar un solo metro, aseguraba el *speaker*; docenas de miles de personas habían desbordado las previsiones e inundaban las calles que recorrería el féretro del héroe caído. Nadie recordaba haber visto nada igual.

—Es obvio que Barriobero no sabía nada de esta caja. —Ferrer pensaba en voz alta—. Está muy bien escondida y hay polvo de semanas.

—¿Me dejáis ver esos papeles? —Hasta entonces, Albert se había mantenido en un segundo plano, callado. Leyó el listado de direcciones y se quedó con él.

Eddy colocó el resto de cosas en su sitio, cerró la puerta, encajó el panel y amontonó de nuevo las carpetas.

—De haberla encontrado, Barriobero hubiera enviado las direcciones de los carlistas a la Regional. —Ferrer miró a su alrededor—. Me juego todo lo que tengo, que ya no es mucho, a que hay otro escondrijo.

Acabaron de registrar el despacho sin tropezar con nada nuevo.

En el salón, pobremente amueblado, disminuían las posibilidades de ocultar cosas. Albert vació una vitrina mientras Ferrer volteaba tres cuadros de pequeñas dimensiones, paisajes de Montse Alberich, una mecanógrafa que alcanzó cierta notoriedad dibujando con una máquina de escribir. Revolvieron todas las gavetas de un bargueño y lo apartaron de la pared para descubrir mucha suciedad y un ratón momificado.

Llevaban una hora trajinando sin resultados. Si la Suiza no se dedicaba al contorsionismo o el muchacho no resultaba ser un Príapo ácrata en permanente erección, les quedaba poco tiempo. Se repartieron las estancias: Albert la cocina, Eddy el dormitorio y Ferrer el baño.

Salvo la necesidad de una limpieza a fondo y la constatación de que el antiguo propietario solía ir de putas —el perito tenía dos envases vacíos y uno a medio llenar de aceite Ynglés mataladillas—, Ferrer no sacó nada más de aquel lugar. Golpeó una por una todas las baldosas y descolgó el espejo sin hallar más que roña. No le extrañaba que Barriobero pasara poco tiempo allí.

—¡Toni! —El grito ahogado le llegó desde el dormitorio cuando daba por hecho que aquella aventura iba a ser inútil.

Eddy estaba arrodillado junto a una cómoda.

—A ver qué descubres. No vale decir que es más nueva que el resto de los enseres.

Ferrer aceptó el desafío. Sacó los cajones, miró dentro y debajo de ellos, en el trasto vacío y detrás. Nada. Sostuvo uno de los cajones junto al lateral del mueble; se quedaba corto por ocho o nueve centímetros.

—¡Hay un doble fondo! —exclamó.

Satisfecho, Eddy metió la mano y apartó un tablero que ocultaba otro cofre metálico.

—Una Kromer —dijo estudiando la cerradura—. Tiene miga.

La atacó con herramientas que había sujetado con tirantes en los desfondados bolsillos del abrigo. Ferrer tenía la espalda empapada de sudor. La tensión.

Por fin, con un esperanzador chasquido, la caja cedió.

Custodiaba dos sobres.

Ferrer tomó uno y lo abrió con cuidado. Contenía varios recibos.

—¡La leche! —Se los pasó a Eddy—. Casi novecientas mil pesetas.

Había reconocido en ellos la caligrafía de Barriobero. Justificaban dinero incautado por la Oficina Jurídica y entregado a la Generalitat y a la CNT-FAI. Donaciones para los gastos de guerra.

Abrieron el segundo sobre. Extrajeron una hoja cuidadosamente plegada. La desdoblaron. En el encabezamiento leyeron un nombre que les era muy familiar: Société Marseillaise de Crédit.

No necesitaron bajarse del automóvil. El portón de la cuadra de Gracia se abrió cuando Albert frenó delante. No había aparcado ningún otro vehículo en el patio, por lo que se detuvieron prácticamente dentro de la casa; de nuevo jarreaba y no les apetecía mojarse yendo del coche al portal.

—Te ayudo a subirlo todo —se ofreció Ferrer—.   Podr  s dejarme luego en casa de Regina?

—Claro. Me viene de camino, tengo que ir a devolver este cacharro a los compañeros de San Gervasio.

Eddy se había excusado y despedido de ellos al pie del edificio de Barriobero. Estaba trabajándose a una nueva dama británica y quería llegar al hotel a tiempo de tomar, al menos, el café con ella. Fant  mas resucitaba. El 46, de Horta a Urquinaona, pasaba a un par de manzanas de all   y, aunque dudaba que pudiera circular a causa del funeral, lo dejaría a un corto paseo del Majestic, cosa de agradecer en un día pasado por agua. No tenía ni idea de si la compa  a de tranvías, colectivizada por la CNT-FAI, se habría sumado al duelo e interrumpido el servicio. Se arriesgaría.

Por lo demás, la Operación Cambiazo había sido un éxito.

La sustitución del contrato fue asombrosamente rápida.

En el dormitorio, Albert había despejado el tablero de la cajonera para preparar su instrumental. Le pidió a Ferrer que sostuviera el contrato en alto para verlo bien, colocó una de las hojas del banco en el carro de la máquina de escribir y giró el

rodillo hasta que la altura de la primera línea coincidió con la del original. Escribió despacio, con un solo dedo. El texto era muy breve:

LOCATION DES COFFRÉS FORTS

Reçu de Monsieur Barriobero Edouard, 22 calle Carmen, Barcelone, Espagne, la somme de cinquante francs pour location de Compartiment numéro 32 du coffré-fort numéro 1, du 7 octobre 1936 au 7 octobre 1937. Perpignan 7 octobre 1936^[1].

Seguían los sellos de tampón, idénticos a los que Pierre les había conseguido, y las firmas del *guichetier* —cajero— y del *chef du service* —jefe de servicio—. Confirmando la suposición de Ferrer al descargar el Ford, en el misterioso estuche de piel negra había varios tinteros de cristal con una amplia gama de tintas azules, un portaplumas y plumillas de acero de diferentes grosores.

Albert buscó el color más adecuado y, en cuanto estuvo satisfecho, practicó las firmas en un papel. No necesitó más de cinco o seis ensayos para clavarlas. Conteniendo la respiración, estampó, sin un borrón, las rúbricas en el contrato falso. Sopló para que se secaran y completó el trabajo presionando un secante.

Si se miraban por separado, no se distinguía diferencia apreciable entre ambos contratos.

Media hora después, ya en el piso-cuartel general de Gracia, Albert dejó la máquina de escribir portátil y el estuche en un armario de su laboratorio fotográfico.

—Tengo que hacer una llamada importante. Espérame en el auto si no te importa—dijo a Ferrer. Era más que un simple comentario y algo menos que una orden—. Tardaré un par de minutos.

—No tengas prisa. Me llevaré algún periódico para no aburrirme.

Por la mañana y por la tarde, un miliciano les subía toda la prensa. Los diarios se amontonaban en el salón. Se llevó uno al azar. Todos dedicaban sus principales espacios a la necrológica del día; no creía que hubiera discrepancias notables entre ellos. No todavía.

Albert sacó de un bolsillo del pantalón la lista que encontraron en la caja de caudales. La alisó con la mano. Marcó un número de teléfono. Saludó. Antes de entrar en materia esperó a que Ferrer saliera.

En las horas siguientes se multiplicarían las detenciones de carlistas. Mala cosa para ellos. La guerra y sus miserias.

Albert tardó más de los dos minutos prometidos. Mientras aguardaba en el auto, Ferrer ojeó unos artículos que no aportaban nuevos datos sobre las circunstancias en las que murió Durruti.

Entre tanta hagiografía del mártir anarquista, casi se le pasó por alto una nota muy discreta para lo que pedía su explosivo contenido: acusaban a Barriobero de haberse apropiado de más de ochocientas mil pesetas incautadas por su Oficina Jurídica. El

viejo zorro sabía lo que se hacía cuando guardó los resguardos que justificaban la entrega de aquellas cantidades. Eran su mejor protección. Peces gordos del gobierno y del sindicato estarían encantados cerrando la boca al jurista caído, por las buenas o por las malas. Se anunciaban días duros para él.

Y, de rebote, también para la investigación. Se enredaba un poco más.

En aquel maldito asunto seguían abriéndose más puertas de las que, por ahora, era capaz de cerrar. Para traspasar alguna de ellas le convenía llevar el Colt bien empuñado.

X

NADIE DEBERÍA MATAR EN OTOÑO

Solo el grosor de la puerta evitaba que Ferrer siguiera la fuerte discusión del despacho. Oía el runrún, pero no lo entendía. Distinguía, eso sí, la voz de García Oliver elevándose, vigorosa e irritada, por encima de las demás; las horas pasadas a la intemperie y el discurso fúnebre que pronunció al pie de la columna de Colón, en la Puerta de la Paz, no le habían hecho mella.

No sabía cuánta gente estaba recibiendo la bronca del ministro, porque, cuando un miliciano lo condujo al antedespacho, ya estaban reunidos. Lo habían citado para aquella noche, después de dejar innumerables mensajes a García Oliver y desesperado por la falta de respuesta. El entierro de Durruti se había prolongado hasta bien entrada la tarde, retrasando el resto de actividades oficiales.

En el edificio se mascaba la ansiedad. La muerte nunca es una compañía bien recibida y más en este caso, al coincidir con una situación política que se estaba deteriorando desde que los dirigentes cenetistas se incorporaron al gobierno con la oposición de una parte de sus bases. Las diferentes facciones del sindicato no tardarían en arrogarse la supuesta herencia ideológica del fallecido para lanzarla contra sus rivales. Era una cuestión de días.

Además, corrían rumores que ridiculizaban la capacidad organizativa de los anarquistas. Los maldicientes de turno aseguraban que el cuerpo de Durruti no había podido recibir sepultura porque no se midió bien el ataúd y no cabía en la tumba; el aguacero caído sobre la ciudad impediría agrandar el foso hasta que el suelo se secara un poco y se pudiera cavar. Para sus enemigos, el cuerpo insepulto vendría a ser una grotesca metáfora sobre la incompetencia de la CNT-FAI.

No era de extrañar, pues, que en la sede sindical anduvieran de un humor de perros.

Ferrer había pasado la tarde con Regina ajeno a aquel clima hostil. Charlaron e intercambiaron confidencias, descubriéndose mientras preparaban la cena. Se quemó las yemas de los dedos pelando un tomate y un pimiento escaldados que ella picó y sofrió con un cuarto de calabaza y una cebolla. Desde el día anterior, unos lomos de bacalao se estuvieron desalando en el fregadero; un conocido se los había cambiado por uno de los paquetes de café que Albert les había traído de Francia. De la todavía bien surtida bodega del señor Urgell tomaron un blanco de Mosela que hizo honor al magnífico bacalao con pisto.

Cenaron temprano —el viejo carillón del pasillo daba las seis y media—, estirando la sobremesa hasta las ocho. El teléfono les interrumpió. Una voz amable preguntó por Ferrer y le pidió disculpas, en nombre del ministro de Justicia, por las

seis llamadas que no habían atendido. Le rogaba que se acercara a la Regional para una entrevista. Hacía meses que Ferrer no oía el verbo rogar en cualquiera de sus formas personales. Le faltó poco para que se le saltasen las lágrimas.

Como le había adelantado su amable comunicante telefónico, a las nueve en punto la puerta del despacho se abrió. Era su turno. Para los individuos forjados en la clandestinidad, y García Oliver era el prototipo, la puntualidad estricta formaba parte de su naturaleza. En lo más duro de la guerra contra los patronos y sus sicarios del gobierno civil, un minuto de retraso en una cita podía alertar sobre una intervención policial. Ese minuto marcaba la diferencia entre seguir vivo o descansar en paz en aplicación de la ley de fugas, un asesinato legal.

Salió un grupo de hombres alicaídos. Algunos llevaban el uniforme de las columnas. Ferrer no los conocía, pero a muchos los había visto fotografiados en la prensa. Ligeramente retirado de los demás, un tipo hosco, con bigote, tocado militar y brazo en cabestrillo rumiaba algo por lo bajo. Estaba clarísimo quién se había llevado la mayor porción de los gritos.

García Oliver estaba de espaldas a la puerta, con la frente apoyada en el cristal de un ventanal. Había apartado la gruesa cortina que lo cubría para contemplar el perfil oscuro de la ciudad. La lluvia arreciaba.

—Ponte cómodo, compañero Ferrer. —En su tono se notaba un enorme desaliento—. Me consta que también ha sido un domingo agitado para ti.

El ministro dejó caer la cortina y procuró ajustarla, siguiendo las instrucciones sobre oscurecimiento. La lámpara de sobremesa, una bonita pieza con pie de latón brillante y pantalla textil, era la única iluminación del amplio despacho y le exageraba las facciones en la penumbra.

—Parecemos condenados a vernos a media luz —comentó Ferrer mientras se sentaba ante una gran mesa de caoba.

Era un despacho ostentoso que perteneció a algún jefazo de Fomento del Trabajo. García Oliver, o quien fuera que lo ocupase en julio, mantuvo la mayor parte de la decoración original. Impresionaba. El ministro se sentó, abrió un cajón y sacó una carpeta similar a la que le mostró en la Torre dels Pardals.

—Dime qué ves. —Se la entregó cuidando de que no se cayera su contenido.

Eran imágenes de Durruti. Docenas de ellas. Una colección de fotografías que fue pasando lentamente intentando encontrar un hilo narrativo: Durruti en el frente con prismáticos, comprobando un puesto de ametralladoras, consultando un plano topográfico... Vestido con mono oscuro en unas, y con su famosa canadiense de cuero en otras.

—¿Tengo que hallar algo en concreto? —preguntó.

García Oliver se puso en pie, rodeó la mesa y se sentó junto a él. Fue separando las fotos una a una.

—Astra de nueve milímetros... Colt cuarenta y cinco... —enumeró—. Astra-Unión de siete milímetros... Una Hotchkiss...

Ferrer lo observaba confuso. No lograba encontrar el sentido a la letanía artillera.

—Le encantaba fotografiarse con armas de fuego y salir en los periódicos. —García Oliver extendió las fotografías sobre la mesa—. Aunque revisaras todas las fotos para las que ha posado durante estos meses, no lo verás en primera línea con un naranjero. ¡Nunca!

Enfatizó el «nunca» golpeando la mesa con la palma de la mano.

—Durruti manejaba armas desde que era un crío. Las conocía y sabía usarlas. —Con el manotazo, el ministro había descargado parte de la rabia—. No se fiaba de los naranjeros. Es un fusil ametrallador impreciso y peligroso. No tiene seguro y se dispara con un estornudo.

—Agradezco la lección, pero no te veo el juego.

En décimas de segundo, García Oliver fue depositando argumentos en los platitos del sí y del no —sí o no contárselo todo a un extraño— de una balanza imaginaria.

Ganó el sí.

—La cazadora tenía un tatuaje de pólvora. —Le salió con un hilo de voz metálica.

—¿La cazadora de quién?

—¿De quién va a ser? ¡De Durruti, joder!

Hasta el corazón dejó de latirle a Ferrer.

Se quedó congelado, la boca abierta, los ojos sin un parpadeo.

¡Un tatuaje de pólvora! A Durruti le habían disparado a quemarropa o desde muy cerca. Los tatuajes aparecían alrededor de los orificios de entrada cuando el arma se encontraba a menos de medio metro de la víctima; los formaban minúsculos granos de pólvora y otros residuos que arrastraban los gases: impurezas del interior del cañón, óxido, grasa e incluso partículas de raspadura del exterior de la bala.

—Manzana quiere hacerme creer que Durruti llevaba un naranjero y se le disparó al bajar del Packard con el que recorría las líneas. —García Oliver dejó ir una risotada sarcástica—. ¡Un accidente!

—¿Quién es Manzana?

El ministro cribó las fotos hasta que encontró una que mostraba a Durruti y a algunos de sus hombres charlando con los campesinos de una colectividad de Aragón. Puso su índice sobre uno de los compañeros del líder anarquista. Ferrer lo reconoció: era el bigotudo hosco que salió del despacho rumiando maldiciones.

—José Manzana, sargento de artillería. —García Oliver la separó del resto de fotografías—. Estaba destinado a las Atarazanas, pero desertó durante los combates del 20 de julio y se pasó a nuestro lado. No sé por qué le cayó en gracia a Durruti, que lo convirtió en uno de sus consejeros militares.

—¿Te da mala espina?

—Pondría en cuarentena a todos los que estuvieron allí... y de él es de quien

menos me fío; estoy seguro de que miente.

Una gota de sudor se escurrió por la espalda de Ferrer hacia la rabadilla. Tenía la boca seca.

—No querrás que investigue la muerte, ¿no?

—No, por ahora no. —El ministro se puso en pie. Espió la calle por la rendija de la cortina—. Si se supiera que pudo ser uno de los nuestros, nos hundirían.

Una ráfaga de viento arrastró la lluvia hacia los cristales; el repiqueteo de las gotas era el único sonido en la habitación.

—En fin —suspiró—, tendremos que lidiar con este asunto y meditar mucho lo que decimos. —Volvió a sentarse en su butaca—. Me has estado persiguiendo toda la tarde sin que te haya hecho caso. —Daba carpetazo al tema Durruti—. Supongo que se trata de la investigación. ¿Cómo te va? Albert me dijo que has hecho progresos.

Ferrer le ofreció un resumen sucinto. Con una luz más generosa habría notado que la sangre abandonaba la cara de García Oliver.

El ministro se acodó sobre la mesa y se frotó las sienes con el índice y el corazón de cada mano.

—¡Barriobero! Tienes que estar equivocado. —MoviÓ la cabeza con incredulidad—. Fue uno de nuestros primeros afiliados en Madrid. Incluso había pensado en él para fiscal general de la República.

—Es una figura controvertida, pero puedes nombrarlo si lo consideras conveniente; dudo que sea quien está detrás de los crímenes.

—¿Entonces?

—Creo que guarda en Perpiñán unos papeles que incriminan a alguien que no se parará en barras para conseguirlos. Ha matado y volverá a hacerlo si no lo detenemos.

—¿Qué necesitas de mí?

—Documentos, dinero y un automóvil para ir a Francia. Aquí está todo detallado. —Puso un sobre en la mesa—. Partiremos el miércoles. He adjuntado el itinerario para que aviséis a los comités locales sobre los que tengáis autoridad y que no vayan poniéndonos trabas todos los virreyes desde Badalona a La Junquera.

García Oliver torció el gesto por el comentario y echó un vistazo a la ruta.

—No habrá ningún problema —aseguró.

Presionó un botón. Respondió una secretaria joven y bajita. Llevaba unas pequeñas gafas que acentuaban su aire diligente. Sostenía un cuaderno de notas taquigráficas. García Oliver le dio el sobre y dictó algunas instrucciones.

—Mañana se lo entregaremos todo a Albert —concluyó tras despedir a la muchacha con un «muchas gracias, compañera».

Vieron un corrillo en el antedespacho, nuevos visitantes que aguardaban su turno.

—Tengo que pedirte dos favores —dijo Ferrer.

—Haré lo que esté en mis manos.

—Uno de mis colaboradores tuvo problemas con la justicia hace unos años. Le prometí que destruiríais sus antecedentes. —Desdobló una hoja de papel que llevaba

en la cartera—. Hemos resumido las causas y enumerado todos los alias que usó. La primera detención fue en Madrid.

—¡Sanjoderse! —El ministro repasó admirado la inacabable relación de nombres y apellidos falsos—. Ordenaré que los busquen y los quemen.

—En cuanto al segundo favor... Habré de quedarme un día más en Perpiñán por una cuestión particular y regresar en avión el sábado, pero la Generalitat tiene reservadas todas las plazas.

—Veré qué se puede hacer. —Se apoyó en la mesa y se levantó poco a poco; estaba agotado—. Tengo todavía un par de reuniones por delante.

—Ahí fuera ya están esperando a que terminemos. —Ferrer también se puso en pie—. Por cierto, en la lista de peticiones no he incluido que nos busquéis cuatro o cinco cartas autógrafas de Barriobero.

—Eres un maldito liante. —Tomó nota en un cuaderno.

—Viniendo de ti lo considero un piropo.

García Oliver esbozó la primera sonrisa sincera de la noche y lo acompañó hasta la puerta.

—Voy a presentarte a un amigo. —Salieron al antedespacho.

Cinco o seis hombres se apresuraron a saludar al ministro. Uno de ellos, tras el intercambio de obviedades sobre la jornada, le dio un abrazo.

—Ramón Pradell, uno de nuestros hombres más importantes en Sarriá —lo presentó García Oliver—. Este es Toni Ferrer, un muy valioso colaborador.

Pradell lo miró fijamente.

—¿Nos hemos visto antes?

—Sí, aquí mismo, en el Servicio de Información, aunque no nos presentaron; a mis anfitriones les preocupaba una filípica de Escorza.

—¡Estabas con Paco *el Ecijano*! —Haber conseguido situarlo relajó su rostro de niño compungido.

Ferrer se fijó en detalles de su interlocutor que le pasaron desapercibidos aquel otro día, como las pinceladas blancas en las sienes y en las patillas o la redecilla de capilares que rodeaba los ojos, más fríos de lo que le parecieron la primera vez.

—Sabiendo lo parco que es Joanet en los elogios —continuó Pradell—, tienes que ser muy eficiente para que te tenga en tanta consideración.

—A Ramón lo conozco desde que vine a Barcelona siendo un chaval —se explicó García Oliver—. Trabajamos de camareros en infinitud de cafés-concierto.

—Ha llovido mucho desde entonces.

—La lluvia, hoy mejor ni mencionarla, Ramón. —García Oliver hizo un gesto con la mano para que los otros invitados fueran pasando al despacho.

Pradell se dirigió a Ferrer.

—Si tuvieras que hacer gestiones o precisaras ayuda en Sarriá, ven a verme y te echaré una mano.

—Muchas gracias. Tomo nota —le aseguró—. Nunca se sabe las vueltas que da la

vida y, mucho menos, las que puede dar una investigación.

Hay, en el hecho de mandar, una parte de aptitud y otra de impostura. Tan importante como ser capaz es que los demás se lo crean. El auxilio de la etimología resulta esclarecedor. La palabra actor, referida a un comediante, hunde sus raíces en la griega *aktor*, jefe, mientras que al comediante en la Grecia clásica se le llamaba *hypokrites*, simulador, voz que daría origen a hipócrita. De esta manera, las acciones de mandar y de fingir quedan unidas por los sorprendentes lazos del lenguaje.

Ferrer había asumido con naturalidad la jefatura del grupo. Como *aktor*, era el único que poseía una visión total del caso y capacidad para coordinar el trabajo de todos. En tanto que *hypokrites*, hacía de tripas corazón para tragarse temores y dudas y simulaba una confianza a prueba de bomba.

—Tendrás que despedirte de tu *lady*. —Le pasó a Eddy una fotografía de carné—. Vas a cambiar de aspecto y de identidad... una vez más.

Tras el encuentro con García Oliver, la noche anterior, había dedicado varias horas a buscar puntos débiles a su plan. Regina actuó de eficiente abogado del diablo poniendo el dedo en la llaga varias veces.

—Es bastante más viejo, gordo y feo que yo. —Eddy estudiaba el rostro de Barriobero—. ¿Crees que colará? Una cosa es inventarte una identidad falsa y otra bien distinta suplantar a alguien conocido.

—No te alarmes. Una maquilladora y una peluquera del sindicato del espectáculo vendrán mañana. Te enseñarán a avejentarte —lo animó Ferrer—. Además, una modista del Liceo te está preparando un traje con relleno que te engordará un poco.

—Nos han dado pasaportes y cédulas originales —intervino Albert, recién llegado de Vía Layetana de recoger todo lo que solicitaron al ministro—. Con tu fotografía, los nuevos documentos no se distinguirán en nada de los que te hubiesen hecho en una oficina del gobierno.

Ferrer tomó el mazo de cartas y notas autógrafas de Barriobero. Desanudó la cinta que las sujetaba y las estudió superficialmente.

—La rúbrica no parece muy enrevesada —opinó.

—Practicaremos hoy y mañana hasta que te salga perfecta —le dijo Albert a Eddy—. Tienes que conseguir firmar con un movimiento fluido y natural.

El escape de un automóvil petardeó bajo el balcón. Oyeron abrirse el portón de la cuadra y el intercambio de chanzas entre varios hombres. Relevo de centinelas. Las cuatro de la tarde. A esa hora, la Suiza estaría justificando su cobertura de periodista. Había solicitado, a través de la CNT, una *interview* en francés a Barriobero. Desde el sindicato, y a sugerencia de García Oliver, pidieron al jurista que accediera a la demanda de la corresponsal; así podría lavar la imagen de la Oficina Jurídica y difundir la experiencia de una justicia auténticamente popular.

—Cuando ella vuelva, te pondrás también con el francés —comentó Ferrer—. Le

he pedido a nuestra dama que te ayude a imitar el acento de Barriobero.

—Me tienes admirado —dijo Eddy medio en serio, medio en broma—. No dejas un puñetero detalle al azar.

—El azar, amigo mío, es el clavo ardiente al que se cogen los imprevisores.

La vida comercial y administrativa de Perpiñán giraba sobre el eje que iba de la plaza de Aragón a la de la Lonja o, si se prefería la buena vida, del Gran Café de la Paix al de la Loge, a la derecha del río Bassa. La intrincada red medieval de calles que se extendía a su alrededor era un hervidero de refugiados, de voluntarios camino de España y de vividores ávidos de dinero fácil.

En la orilla izquierda existía un pequeño núcleo financiero que unía la plaza de la Banca, sede de la sucursal del Banco de Francia, con la calle de la República y la plaza de Bardou Job, en la que estaba situada la Société Marseillaise de Crédit, donde Barriobero había alquilado un cofre de su cámara de seguridad y en la que Ferrer acababa de entrar dispuesto a comprar francos.

La oficina estaba muy activa. Los empleados se afanaban en atender a los clientes rezagados antes de la pausa del mediodía. La noche anterior, Pierre, el sindicalista francés que les ayudó a preparar el golpe, les aconsejó que actuaran a esa hora, ya que en los mostradores del Crédit se estaría más pendiente del inminente almuerzo que de las aburridas rutinas bancarias.

Solo una voluminosa matrona lo separaba del cajero cuando entró Eddy. De no haberlo visto aquella mañana, caracterizándose en el hotel, no lo hubiese reconocido en aquel sesentón corpulento de abundante cabello cano y andares un tanto inseguros. Pierre, atentísimo, salió a recibirlo con grandes muestras de amistad, llamándole *monsieur* Barriobero. El francés era un hombrecillo delgado, nervudo y con un peculiar sentido del humor; cansado de una vida de solterón milimétricamente organizada por su madre, estaba disfrutando horrores con aquel pequeño complot contra el sistema.

Eddy accedió con Pierre a la zona de las cajas, en donde saludó a un segundo empleado e inició el trámite de identificarse y firmar en el libro de registro, el momento más delicado. Ferrer estaba atento a la más mínima señal de alarma; de haberla, montaría un pequeño escándalo en el vestíbulo de la oficina para permitir la huida del falso cliente.

No fue necesario. Pierre revisó el pasaporte y el contrato, y dio la conformidad. Su compañero, entre risas, cotejó las firmas.

Parfait.

En unos pocos segundos, Fantômas se lo había metido en el bolsillo. Un trabajo de maestro. El encanto fue siempre su arma más eficaz y no le había fallado. No en vano lo había usado con éxito desde hacía tres décadas.

Fantômas empezó a actuar en los grandes hoteles de París cuando aún no había

cumplido los veinte. Su método era sencillo: se ganaba la confianza de sus presas, a las que embobaba con su labia y *savoir faire*, les sonsacaba información sobre las joyas con las que viajaban, sus acompañantes y las medidas de seguridad... y daba el golpe. Siempre limpio.

Infalible.

Por lo que Ferrer sabía, solamente había fracasado tres veces en todos aquellos años. Dos por culpa del sueño ligero de las víctimas y la tercera, en Berlín, más que un fallo fue una renuncia romántica. Se había enamorado de la joven heredera a la que iba a sustraer un valioso collar y desistió al verla «durmiendo con el cabello dorado alrededor de su preciosa cara», según le confesó. Su idilio meteórico con la Suiza confirmaba esta pasión por las rubias hermosas.

Tras comprar los francos, se entretuvo leyendo las circulares de la dirección del banco, colgadas aquí y allá, mientras Eddy registraba el cofre de Barriobero. No tuvo que esperar mucho: en dos minutos su amigo salió de la cámara, se despidió de todos y abandonó el banco. Contó hasta quince antes de dejarlo él también.

Perpiñán estaba infestado de agentes fascistas que pagaban a informadores en casi todos los establecimientos públicos. No estaban seguros de que no hubiese alguno en la sucursal que diera el chivatazo cuando aparecían según qué personajes.

Por si acaso, Ferrer caminó unos veinte metros por detrás de Eddy para asegurarse de que este no tuviera ninguna *sombra* pisándole los talones. Dieron un rodeo paseando por Vauban, a la izquierda del Bassa, hasta el puente que conectaba con el muelle de Sadi Carnot, en la otra orilla, donde estaba el Hotel de France. Milagrosamente, García Oliver les había conseguido un par de habitaciones. Albert se sumó al séquito durante el trayecto, vigilándolos y controlando después el hotel, atento a cualquier sospechoso que vagara por sus inmediaciones.

—Esto es todo lo que había. —Eddy dejó una hoja arrugada sobre la mesita de su habitación—. Ni más documentos ni joyas ni dinero.

Ferrer se sentó en la cama. Cogió el papel y lo leyó varias veces.

—¡Mierda! Es una carta de Sales, el jefe de los Sindicatos Libres, en lo peor de su guerra contra los anarquistas —explicó—. Va dirigida a uno de los prohombres de Esquerra Republicana.

Era comprometedora; más por quien la firmaba que por su contenido. En caso de divulgarse dejaría en una posición muy incómoda al presidente de la Generalitat frente a sus aliados ácratas en el gobierno.

—No es lo que buscamos, ¿verdad? —preguntó Eddy con escasa convicción.

—Qué va... Podría provocar una marejada entre Esquerra y la CNT, pero poco más. Desde luego, no justifica por sí sola los asesinatos.

—Entonces, ¿por qué se tomó Barriobero tantas molestias con ella?

—Para amenazarles con un escándalo cuando se huela que van a por él por vía

penal, que irán. «Si meneáis lo mío, airearé lo vuestro», les dirá. —Ferrer se levantó y guardó la carta en su portafolios—. Nos la quedaremos, puede ser una buena baza si hay que negociar con él.

—Estamos en un callejón sin salida.

—Mucho me temo que sí. Tendré que repasar todos mis movimientos y buscar en dónde la cagué.

—Mortificándote no ganarás nada. —Eddy le dio una palmada en la espalda—. Ven conmigo. Aprovechemos que estamos en tierras civilizadas para comer como Dios manda. ¿Te has fijado en el tamaño de los filetes?

El mozo empujó un poco y la maleta encajó en el único hueco que quedaba bajo la cabina de los pilotos. No andaban sobrados de espacio. Un responsable de la Consellería de Sanidad transportaba medicamentos y la bodega estaba llena de cajas.

Fue el último en embarcar en el avión. Se sentó al fondo, a la derecha, junto al pequeño cubículo del retrete. Los ocho asientos disponibles, cuatro a cada lado del corto pasillo, estaban ocupados. Cinco ventanillas por lado llenaban de luz matinal el interior del aparato. La puerta que comunicaba con la cabina de los pilotos estaba abierta; los dos aviadores ultimaban la revisión de los indicadores.

Aunque nadie mentara la bicha, a todos los pasajeros les asustaba el posible ataque de un caza rebelde. Los mandos fascistas sabían que en aquellos Latécoère franceses, en teoría neutrales, volaban altos funcionarios del gobierno republicano y no les importaría mucho que uno de los suyos, «en un lamentable error», los derribase. El ingeniero de vuelo había asomado la cabeza por la puerta y los tranquilizó asegurando que no corrían riesgo alguno; seguirían una ruta protegida por la aviación gubernamental.

En cuanto se acomodó, Ferrer cerró los ojos. Era temprano y estaba agotado.

Había ido directamente al aeropuerto desde Béziers, bien entrada la madrugada, sin tiempo para dormir. Había pasado todo el viernes en aquella ciudad. Negoció, primero, y cenó y charló después, durante horas, de lo divino y de lo humano con *monsieur* Larzac, frente a la magnífica chimenea del gran salón de su mansión.

El palacete del anticuario francés ocupaba media manzana en el centro de la ciudad, lindando con la preciosa alameda Paul Riquet, que, al modo de las Ramblas barcelonesas, articulaba la vida de Béziers.

—Ernest Babelon fue mi profesor. —*Monsieur* Larzac había entrado con paso vivo en la sala de espera—. Impulsó la moderna ciencia numismática.

—Disculpe, no debí cogerlo. Es precioso.

Ferrer devolvió a su atril un hermoso volumen sobre monedas de la República romana. En uno de los tejuelos del lomo leyó el nombre del autor: Babelon.

—Aprecio a la gente capaz de valorar un libro. Nos estamos extinguiendo. Así que no es necesario que se disculpe, señor Ferrer.

Monsieur Larzac, «llámeme Henri», estaba en los sesenta. Era de rasgos distinguidos y ademanes precisos. Alto y algo cargado de espaldas, vestía un elegante terno azul que le sentaba a la perfección.

—Tras su llamada desde Perpiñán pedí informes urgentes sobre usted. —Abrió una enorme puerta lacada en blanco y pasaron a una biblioteca convertida en despacho profesional—. Dos compañías francesas de seguros, a las que prestó sus servicios en España, me dieron unas referencias inmejorables.

—Me alegro de que quedaran satisfechas; suelen regatear todas mis minutas.

El despacho era tan lujoso como el resto de la casa. La mesa a la que estaban sentados, el secreter, los armarios y las estanterías estilo imperio eran dignos de un museo. Caoba maciza y bronce dorados. Muebles centenarios que enmarcaban valiosos incunables y estuches expositores con monedas de oro.

—Usted dirá qué se le ofrece; estuvo muy evasivo por teléfono. —*Monsieur* Larzac puso las manos sobre la mesa y entrelazó los dedos.

—Viajé a Perpiñán en misión oficial y esta es una gestión privada. Por eso pude parecerle evasivo; tengo ciertos reparos en mezclar ambas cosas.

Durante diez minutos le explicó la situación de Regina y sus dificultades para encontrar a alguien que comprase sus monedas.

—Le agradezco su confianza, pero debe saber que no es el momento adecuado para vender, ni siquiera en Francia —empezó el anticuario—. Además de los españoles, los judíos que se van de Alemania están saldando su patrimonio para poder malvivir aquí o saltar el Atlántico hacia América.

Esperó a que Ferrer hubiera digerido la explicación.

—¿Tiene alguna lista de esas monedas?

—Sí, claro. —Algo desinflado por el panorama, buscó en su maletín la lista y las fotografías—. El padre de la señora Urgell era muy concienzudo.

—Esto es lo que diferencia a un coleccionista erudito de un mero recopilador de curiosidades históricas.

Mientras estudiaba el listado, a *monsieur* Larzac se le escapó algún movimiento apreciativo con la cabeza.

—Es una muy buena selección —dijo al acabar—. Algunas de ellas me pueden interesar.

Tomó una pluma de una escribanía de ébano, la mojó en el tintero y anotó cantidades sobre una docena de descripciones de piezas, las más caras.

—Está en francos —aclaró al devolverle la lista—. Les sugiero una compra-adición *a die*: si alguien les paga más, véndanselas; si no, estoy dispuesto a mantener estos precios durante, digamos, los próximos dos meses.

Ferrer leyó las cifras. Cuadruplicaban lo que les habían ofrecido en Barcelona y, aun así, estaba convencido de que *monsieur* Larzac haría negocio. No se podía sostener aquel tren de vida sin ganar mucho dinero.

El potente rugido del motor acalló las voces de los pasajeros. El avión empezó a vibrar, cobró velocidad y, lentamente, se despegó del suelo. Conforme se elevaba, los campos se convertían en polígonos verdes. El sol creaba en las arboledas texturas aterciopeladas imposibles de apreciar desde el suelo.

Trazaron una amplia curva sobre los viñedos que rodeaban el aeródromo, a unos seis kilómetros de Perpiñán. Hacia el sur se dibujaban las cumbres del Pirineo, emblanquecidas ya por las primeras nieves.

Al otro lado de aquellas montañas, los campos se regaban con sangre.

Ferrer pensó en las vidas segadas en aquel instante bajo el mismo cielo azul otoñal que él contemplaba. Aquella era una estación para vivir y para amar, no para morir. Nadie debería morir en otoño. Mejor aún: nadie debería matar en otoño.

No supo si le había despertado el descenso del avión, en su aproximación a la pista de El Prat, o la animada conversación de los mandamases de la Generalitat que se sentaban delante. Según se desprendía de sus palabras, las últimas cuarenta y ocho horas habían sido descorazonadoras en Barcelona.

Se había abortado un peligroso complot independentista contra el presidente Companys. Uno de sus cabecillas, el comisario general de Orden Público, fue cesado de forma fulminante y nada se sabía sobre su destino, un pelotón de fusilamiento y un talud junto a la carretera, seguramente. Se apuntaba, también, la posible implicación del presidente del Parlamento catalán, Joan Casanovas, un personaje popular por sus amoríos con Margarita Carbajal, la *vedette* mexicana que había desnudado los pechos más gloriosos nunca vistos sobre un escenario barcelonés.

Recordó los papeles que leyó a hurtadillas en el despacho de Aurelio Fernández cuando le reclutaron. Eran informes de un chófer espía que alertaba sobre movimientos sediciosos contra el gobierno catalán y los anarquistas. A la luz de los acontecimientos, el nervioso intercambio de palabras entre Aurelio y García Oliver, del cual había sido testigo, parecía justificado.

El aterrizaje fue suave. Los escasos botes que dio el aparato solo descompusieron a un par de pasajeros algo impresionables.

—¿Compañero Ferrer?

El miliciano, un gordo de apariencia jovial, se le acercó mientras recuperaba su equipaje de las tripas del aparato.

—Me envía el compañero Aurelio —aclaró el hombretón—. Hay novedades en lo de Barriobero y nos ha pedido que te llevemos pitando a la consellería.

Un imponente Hispano-Suiza, negro y sin distintivos, estaba aparcado al lado de un hangar. Otros dos milicianos fumaban apoyados en el capó. Apuraron sus cigarrillos y los apagaron sobre la chapa. Abrieron las puertas para que su invitado se

acomodara. El gordo metió la maleta en el portaequipajes. Ferrer quiso llevar consigo el maletín.

Superaron el control de salida y pasaron bajo una pancarta con vivas a Sandino. El coronel Díaz Sandino era el conseller de Defensa y fue el oficial responsable de que la base aérea militar se mantuviera leal a la República durante el golpe de julio. Conociéndolo, a Ferrer no le habría extrañado que el coronel ordenara personalmente que colocasen el cartel.

Estaba embotado. La noche en vela le empezaba a pasar factura. Notó la presencia de los dos milicianos que lo flanqueaban y sintió que algo no encajaba. Aquella disposición, él en el centro y dos tipos armados a derecha e izquierda, era propia del traslado de un detenido.

Y entonces cayó en la cuenta.

Damián Tielmes, uno de los patrulleros asesinados, fue visto por última vez en un coche grande y negro con gente de la que se fiaba. ¿Falsos milicianos? Blanco y en lechera.

Empezó a sudar.

Nervios. Los disimuló.

Se hizo preguntas cuyas respuestas obvias eran puñetazos en el estómago. Siendo lo de Barriobero una materia secreta y delicada, ¿por qué iba Aurelio a destaparlo ante unos simples milicianos? Le bastaba con darles órdenes. ¿Cómo supo el gordo quién era él? Los ocho pasajeros bajaron del avión en grupo y el sujeto no había titubeado, fue directo; sin embargo, Ferrer estaba convencido de no haberlo visto nunca, sus ciento y muchos kilos no pasaban desapercibidos.

—El vuelo en el aeroplano ha sido muy movido —mintió—. Si no paramos, voy a echar el bazo.

El chófer se arrimó al arcén.

A repelones, el gordo consiguió apartarse para que Ferrer saliera abrazado a su maletín.

Doblado en un bancal, fingió los espasmos de una vomitona. No era plato del gusto de nadie y los milicianos desviaron la vista lo suficiente para que pudiese abrir el maletín, sacar el revólver y sujetarlo en el cinto. Mantuvo la farsa medio minuto más antes de retornar al coche.

El gordo había aprovechado el receso para orinar tras unas matas. Sus compañeros volvían a fumar tranquilamente dentro del auto.

Aquel era el momento.

Ferrer lanzó el maletín al asiento trasero, no quería estorbos. Aguardó a que el gordo regresara abrochándose los pantalones y le pateó los huevos con toda la fuerza de la que fue capaz.

—¡Las manos quietas! —Empuñaba el revólver. Su orden se confundió con los quejidos agónicos del gordo—. ¡Al primero que se mueva le reviento la cabeza!

Tomados por sorpresa, los dos milicianos levantaron las manos hasta rozar el

techo del vehículo.

El máuser del gordinflón estaba junto a la puerta. Ferrer lo lanzó al descampado tras extraer el peine con la munición.

—¡Tirad las armas! —ordenó a los del coche—. Bien lejos y sin trucos.

—¿Se puede saber qué coño de mosca te ha picado? —le espetó el conductor.

—Un cambio de planes. Me voy solo.

—Estás meando fuera de tiesto, compañero.

Ferrer prefería ponerse colorado si se tenía que excusar ante Aurelio por una metedura de pata que pudrirse en el Depósito Judicial con un ojo nuevo en el cogote. El capado seguía revolcándose y sujetándose los genitales.

—¡Que las tiréis de una puta vez! ¡Vamos!

A desgana, el chófer sacó un pistolón del 45 y lo arrojó por la ventanilla. Su compañero, el silencioso del trío, lo imitó. Luego cogieron sus fusiles por el cañón, les quitaron las balas y los lanzaron fuera. Sin dejar de encañonarles, Ferrer alejó las armas a puntapiés.

—Salid y poned las manos sobre el capó.

Los registró. Solo les encontró las inevitables navajas.

—¡Hijoputa! —El gordo empezaba a articular.

—Espabila. —Con el cañón del revólver le señaló el coche—. Te quiero aquí, con tus compinches.

Aunque parcialmente oculta por el Hispano-Suiza, a nadie que circulara por la carretera podía escapársele la escena. Sin embargo, ningún vehículo redujo un ápice su velocidad; a la manera de los tres monos de Nikko, sus ocupantes no oían, no decían y no veían el mal.

—Tumbaos con los brazos y las piernas bien abiertos.

En el maletero encontró una cuerda. No era demasiado larga pero bastaría. La cortó en tres. Tiró dos trozos al chófer.

—Átales las manos —le ordenó—. Fuerte. Quiero que los dedos se les pongan morados.

Comprobó los nudos.

—¡Ahora tú! —gritó al conductor—. ¡Al suelo!

Tan pronto lo tuvo bocabajo, Ferrer lo inmovilizó clavándole la rodilla en el cóccix.

Pendiente de amarrarlo, no se apercibió de una leve variación en la sonoridad de los campos circundantes. Una señal de peligro.

La súbita relajación del chófer fue la que lo puso sobre aviso. Ya era tarde. Un calcetín relleno de perdigones y postas le golpeó a un lado de la cabeza, sobre la oreja derecha.

Cayó como un pelele.

Cuatro golpes más en las costillas lo dejaron sin respiración. Se abrió un circuito de dolor insoportable que unía la cabeza con el tórax. El agresor del calcetín, otro

individuo con el ineluctable mono azul y unas alpargatas que requerían más de un remiendo, le quitó el revólver.

—¡Menudos comemierdas! —dijo el fulano mientras cortaba las sogas que maniataban a los tres milicianos—. Os ha dado en la caperuza. Suerte que os seguíamos.

—Nos pilló por sorpresa. —El chófer se friccionó las muñecas.

En el suelo, Ferrer estaba consciente, pero apenas podía moverse. Parpadear era un ejercicio insoportable.

—¡Te voy a reventar los cojones! —El gordo le dio dos patadas en el estómago y otra en la cara.

—¡Para! —El del calcetín se interpuso—. Lo necesitamos vivo.

Por la forma de acatar sus órdenes, en la primera persona del plural —«necesitamos»— no se incluían los tres matones.

—¡Cargadlo en el auto y arreando! —Hizo una señal a un coche aparcado a unos cincuenta metros de allí—. Que no os la vuelva a jugar. Hasta medio muerto tiene más cerebro y más hígados que vosotros tres juntos.

Agarrándolo cada uno por un sobaco, el gordo y el silencioso lo arrastraron hasta el Hispano-Suiza y lo lanzaron dentro sin cuidado alguno, un fardo molesto.

—Espero que vayas cómodo —se mofó el gordo—. Si se te ocurre abrir la boca, te machaco. ¿Entendido?

Con cada bache, con cada movimiento brusco del automóvil, creía morir. Tenía rota, al menos, una costilla. Respirar era tragar ácido.

Decidió probar suerte.

—¡Será gorrino! —El gordo miró con asco el gargajo sanguinolento que su prisionero le había escupido en la mano—. ¡Te voy a dar chulería!

Ferrer fue afortunado.

Bastó un fuerte culatazo del patrullero y quedó inconsciente. Un chichón más, había pensado antes de levantar la cabeza y escupir, no sería un precio excesivo por desmayarse y ahorrarse un tiempo de suplicio.

El dolor insoportable del costado le ayudó a ubicarse.

Durante unos segundos no supo ni dónde estaba ni, a duras penas, quién era.

Sintió náuseas. Devolvió. Notó en sus piernas la humedad cálida del vómito. Lo habían desnudado y atado a una silla de madera basta. Una cuerda le rodeaba el torso y lo fijaba al respaldo. Los tobillos estaban amarrados a las patas y las muñecas a los reposabrazos.

No podía abrir el ojo izquierdo, hinchado por la patada que le dio el gordinflón. Quedamente logró enfocar el ojo sano y echar un vistazo a aquel lugar. Era una nave

fabril abandonada o, quizá, saqueada. Nada había en su interior salvo la silla, dos focos muy potentes, un cable eléctrico industrial, cuyos dos conductores acababan en unas pinzas metálicas, y un soplete. Un conjunto muy inquietante.

Sentados en dos butacas desvencijadas, el gordo y el silencioso no le quitaban el ojo de encima. Se lo pasaban bien contemplándole debatirse. Lo habían atado procurando que la cuerda presionase el lugar en el que el calcetín de plomo le había hundido las costillas.

El estridente sonido del gran portón metálico, deslizándose por un viejo riel oxidado, anunció novedades.

Intuyó una silueta recortada en el umbral. No le dio tiempo a más. Los focos lo cegaron con una luz hiriente que le atravesó los párpados.

La fiesta iba a empezar.

—Así ya no pareces tan machote. —Era el del calcetín.

Para evitar que los reflectores continuaran lastimándole, cerró el ojo y agachó la cabeza. Un puñetazo se la levantó violentamente.

—Quiero verte la cara —le dijo el tipo.

Llevaba un puño americano; le había reventado los labios y roto algún diente.

Le vaciaron un cubo de agua helada sobre el cuerpo. El del calcetín se puso unos guantes protectores y cogió las dos pinzas metálicas unidas al cable eléctrico; tenían tanta fuerza, casi tantos dientes y eran tan siniestras como las cabezas de dos cocodrilos pequeños. Sujetó una a la tetilla derecha de Ferrer, que gimió de dolor.

La segunda pinza mordió el pezón izquierdo.

Los músculos se le tensaron hasta la deformación. Los tendones del cuello se convirtieron en gruesos tallos de hiedra alrededor de un tronco. La descarga eléctrica fue corta y brutal. Aulló con todas sus fuerzas y perdió el control de su cuerpo.

Al retirarle las pinzas, la cabeza se le venció. Por sus muslos se escurría la orina.

—Estos son solo los preliminares. —El tono del verdugo era desapasionado, gélido—. Puedes ponérmelo fácil o difícil y yo puedo ponértelo difícil o peor. Tú eliges.

Le dolió hasta el alma cuando abrió la boca hinchada y balbució un ininteligible «¿qué quieres?».

—El documento que fuiste a buscar a Perpiñán.

Se quedó descolocado; esperaba que no se hubiese notado mucho. No quería darles pista alguna, ni para bien ni para mal. Necesitaba ganar tiempo.

Tiempo.

¿Para qué? Cuando Regina o Eddy echaran cuentas y comprobaran que su ausencia era injustificada sería demasiado tarde. Además, era imposible que pudieran localizarlo en aquel depósito. Estaba solo. Todo lo jodidamente solo que se podía estar antes de una muerte espantosa.

Un guantazo fuerte, sonoro y humillante, con la palma abierta, volvió a aturdirle.

—No te lo volveré a preguntar. ¿Dónde está?

—No sé de qué me hablas.

El del calcetín le aplicó las pinzas eléctricas en los testículos y las giró a derecha e izquierda para desgarrarlos.

Un rayó le atravesó el cuerpo.

El calambrazo se prolongó algo más. Muy poco. Lo suficiente para que, durante una décima de segundo, deseara que le pegaran el tiro en la nuca.

Inesperadamente, el carnicero paró.

Un truco de interrogador: daba a su víctima un tiempo para que tomara conciencia de su situación desesperada y se ablandase.

Olía a piel achicharrada y heces.

La pausa no duró demasiado. Un brillo intenso se impuso a la luz de los focos. Ferrer notó una súbita sensación de calor. Su torturador había cambiado de instrumento y manejaba el soplete con la misma soltura que la electricidad.

Con desesperante pachorra, el rufián graduó la llama y se la acercó a la cabeza, chamuscándole el pelo y las pestañas.

—¿Un pitillo? —Arrimó un cigarrillo al fuego, lo encendió y aspiró el humo con glotonería—. Disculpa, no fumas, ¿verdad? Haces bien. Cuesta mucho encontrar tabaco de calidad. —Se colocó tras la silla y puso los labios junto a su oreja—. Vas a decírmelo —le susurró—. Soy muy bueno provocando dolor. El mejor. Y tú eres un tío duro, un reto.

Le echó el humo a la cara y suspirando, como si de verdad le desagradase tener que hacerlo, apagó lenta, muy lentamente la colilla en el pene.

—¿Dón-de-es-tá, Ferrer?

—No-lo-sé —respondió con lágrimas en los ojos y la parca sonrisa que le permitía la boca machacada.

Sabiendo que lo iban a matar, había decidido no darle el gusto de derrumbarse y contar todo lo que no sabía.

La llama del soplete alcanzó su longitud máxima.

—¡Escucha, idiota! Tienes cinco segundos para decirme dónde está el documento. Si no lo haces, te freiré los huevos. Luego les diré a esos dos que se los lleven a cierta dama de la parte alta de Barcelona y se los metan en el coño antes de tajarle el pescuezo. Traerán su cabeza para que te despidas de ella.

La voluntad de Ferrer parecía flaquear. Inspiró con dificultad, por culpa de la sangre que le taponaba la nariz, y renegó por haber asumido el papel de un puñetero tonto enamorado que no se entera de lo que sucede a su alrededor y pone en peligro otras vidas.

—¡Lo dejé allí! —exclamó.

—¿Qué has dicho? —Redujo la llama—. Repítemelo.

Ferrer se dio cuenta de que, con la boca hinchada, no debía entenderse nada.

—Lo dejé allí —vocalizó.

—¿Me tomas por un imbécil?

El del calcetín le mostró la carta de Perpiñán, el único botín de la Operación Cambiazo.

—Montas un asalto de narices, entras en el banco, accedes al cofre de Barriobero, examinas los papeles y solo te quedas con esta mierda. —Puso una esquina de la carta junto al soplete y la agitó hasta que ardió—. A lo mejor es verdad y no eres todo lo listo que suponíamos.

Dejó caer la carta en el regazo de Ferrer, que gruñó de dolor mientras la llamarada le quemaba el vello púbico, los muslos, la barriga y el pecho.

—Descríbemelo —le espetó el incansable atormentador.

—¿Qué, qué dices?

—Que me describas el documento, quiero que me digas cómo es.

El silencio fue elocuente. Ya no tenía fuerzas para seguir con aquella comedia.

—Dadle matarile y tiradlo por ahí. —El del calcetín se alejó—. ¡El cabrón nos ha engañado a todos!

No se deslomaron. Sin nadie que les metiera prisa, el gordo y el silencioso se dedicaron a labores de intendencia. Registraron su cartera, el maletín y la ropa, se repartieron su dinero y los objetos de valor —el reloj, el revólver y la pluma estilográfica— y metieron el resto en un saco de arpillera que después lanzarían al mar.

Los focos lo cegaban y le impedían ver más allá del inmisericorde círculo de luz. Oyó, amplificado por el vacío de la nave, la corredera de una pistola.

El gordo se puso a su espalda.

—Se acabó lo que se daba, capullo —dijo el asesino.

Ferrer alzó los hombros en busca de un caparazón que le protegiera. Puro instinto. Sonó un disparo.

El hijo de puta se estaba divirtiendo a su costa: disparaba al aire para ver cómo reaccionaba.

Inesperadamente, a las desesperadas voces de advertencia del silencioso se sumaron un segundo disparo y los quejidos del gordo.

Tres disparos más.

Gritos.

Unos segundos de incertidumbre.

—Se han escapado —chilló Albert—, pero le he dado al gordinflas.

Ferrer escuchó unos pasos apresurados y una voz familiar a su lado.

—¡Cómo te han dejado! Si fueras a Valladolid, te sacaban en procesión.

Eddy empezó a deshacer los nudos.

—No te la mires. La tienes entera pero hecha unos zorros. Durante unos días solo la

podrás utilizar para orinar, un drama para el género femenino del país.

Ferrer soltó la sábana.

Eddy le hablaba desde el umbral de una habitación desconocida: paredes desnudas, un desvencijado armario con luna, una silla junto a la pared, una sencilla lámpara en la mesilla y una solitaria bombilla en el techo.

—Es un dormitorio deprimente que hemos improvisado con muebles que sobraban en otros lugares. Estás en el sitio más seguro que se nos ocurrió —se justificó Eddy—. Aurelio ha doblado la guardia en el patio y en los bajos.

El piso de Gracia.

—¿Se ha despertado? —Regina irrumpió desde el pasillo—. Estoy un minuto fuera y has tenido las narices de despertarte en este momento.

Hizo el gesto de lanzarse a sus brazos, pero se contuvo.

—¿Por dónde se te puede abrazar? —le preguntó con una sonrisa.

—Mientras no me toques las costillas, por donde quieras... si no aprietas demasiado —apenas podía vocalizar—. Mejor bésame en la frente; es lo único que no me duele.

Regina se tumbó junto a él, le tomó la cara con delicadeza y depositó un beso leve en la boca, cosida con siete puntos de sutura. Se abrazaron durante varios minutos, frotando sus mejillas y susurrándose palabras de amor que solo ellos escucharon.

—Pasé las peores horas de mi vida sin saber qué había sido de ti hasta que Albert me dijo que estabas en el Clínico, malherido pero vivo.

Ferrer sintió el fuerte vendaje en el torso y notó el pringue de la pomada sobre la piel quemada.

—Te dieron bien. Tienes rotas un par de costillas y tres dientes —le explicó Eddy—. Luces bastantes quemaduras, aunque no muy profundas, y contusiones por todo el cuerpo. Si te echo una carrera, te gano seguro.

—Estoy mareado —se quejó.

—Es normal, te han inyectado sedativos para atenuar el dolor.

Regina arrastró la silla y se sentó al lado de la cama. Le tomó la mano.

—¿Cómo me localizasteis? —Además de inflamada, tenía la boca estropajosa—. ¿Os importaría acercarme el agua?

En el suelo, sobre una bandeja, había una jarra y un vaso.

—Llámalo una corazonada si quieres —empezó Eddy.

Entre él y Regina lo incorporaron para que bebiera unos sorbos con ayuda de una caña.

—Al poco de cruzar la frontera nos pararon en un control que hace unos días no existía y, a pesar de las órdenes que llevábamos, nos revolvieron el coche y el equipaje. —Continuó—: El acabose fue en un mesón de Gerona mientras comíamos. Colgamos las chaquetas en el respaldo de la silla y un tontolculo nos las registró mientras su socio pretendía despistarnos ofreciéndonos compañía femenina. Simulamos que no nos enterábamos.

—Buscaban los papeles de Barriobero.

—Eso supusimos. Pensamos que lo mismo iban a por ti y fuimos a recibirte al aeródromo.

—No os vi.

—Hubo líos en la carretera. Un coche arrolló a un guardia y se dio a la fuga. Se montó la de Dios. Nos retrasaron media hora. Llegamos al Prat justitos, cuando te ibas con Fatty Arbuckle. Olía tan mal que os seguimos. Por fortuna, nos dimos cuenta a tiempo de que circulaban en dos vehículos, de lo contrario nos hubiesen atrapado y la Pasión hubiera sido triple; el Calvario a la barcelonesa.

—Tú serías el buen ladrón, supongo.

—Por supuesto. Lo demás es aritmética: dos contra seis es una mala proporción si solamente llevas la pistola de Albert. En cuanto dejaron solos al Fatty y a su compinche decidimos intervenir. Dos contra dos es más sensato si no se está habituado a los atracones de violencia.

—¿Cuánto tiempo llevo aquí?

—Estamos en la mañana del lunes.

—¡Mierda! —Con esfuerzo, se giró para levantarse—. Hemos perdido casi dos días. Ayudadme a vestirme.

—¿Estás loco? —Regina quiso que se acostara de nuevo.

—No, no estoy loco. Están pendientes una vida y la resolución del caso. No te alarmes, está peor mi carrocería que mi salud.

—Sabiendo lo cabezota que eres, te he preparado ropa holgada. —Eddy abrió el armario y sacó un paquete envuelto con un gran pañuelo de tela—. Estarás cómodo, aunque no creo que te convenza el estilo.

Vestido con un mono de miliciano, varias tallas mayor que la suya, Ferrer se impacientaba cada vez que el automóvil se detenía.

—La verdad, el uniforme te sienta como a un Cristo dos pistolas —observó Eddy, sentado al volante.

Ferrer había visto el firmamento completo mientras se vestía. Antes de salir encargó a Regina que telefonara a Aurelio y le pidiera, en su nombre, que enviara con urgencia policías de confianza al Palacio de Justicia para una eventual detención.

—Al menos, sabemos que tenías razón en lo de los documentos —apuntó Eddy—. Son la clave.

—Sí, pero he tardado demasiado en atar cabos. El cabrón nos engañó a todos. —Con esta misma frase, el del calcetín había hecho encajar todas las piezas treinta y tantas horas antes.

—Estoy a oscuras.

—No es muy complicado: varias patrullas requisaron documentos de gente del Sindicato Libre y de grupos que apoyaron a los militares. Uno de estos documentos,

un diario o un dietario, es tan peligroso para alguien que está dispuesto a matar por agenciárselo.

Buscó una postura con la que aliviar algo el dolor, cosa difícil con unas calles tan bacheadas.

—Todo lo requisado iba a parar a la Oficina Jurídica. Allí lo recibía y estudiaba Luis Daroca, el hombre de confianza de Barriobero.

Haciendo sonar el claxon, Eddy sorteó a un taxi y a un camión. Ferrer continuó el resumen:

—Luis le pasaba a su jefe los papeles más delicados para que fuese este quien decidiera qué se enviaba a la CNT y qué al Comité de Milicias. Gente difícil, en ambos casos. Por eso nuestro asesino se andaba con cien ojos; les temía y no quería levantar la perdiz.

—Desde luego no podía ir a la Oficina y preguntar alegremente por el diario.

—Tuvo que inventarse alguna historia convincente para justificar su interés ante Luis, que negó haberlo visto nunca. El asesino no se lo creyó y buscó confirmación interrogando a los patrulleros. Creía que lo tenía Barriobero; de ahí las dos tentativas de robo en su domicilio.

—Entonces aparecimos nosotros.

—Y llegamos adonde el asesino no podía. Tras el viaje a Perpiñán se convenció de que conseguí el diario y quiso recuperarlo, lo cual aclaró las cosas. Si nosotros no lo teníamos ni Barriobero tampoco, ¿quién nos queda?

Se calló con una punta de teatralidad.

—¡Luis Daroca! —exclamó Eddy.

Ferrer asintió mientras veía, a lo lejos, los árboles del salón Fermín Galán y las cúpulas del Palacio de Bellas Artes.

—Luis conoce al asesino; es el único que pudo facilitarle los datos de las patrullas que habían requisado documentos durante aquellas semanas.

—¿Por qué no le mintió?

—Habría quedado en evidencia a poco que el otro indagara; así que se empeñó en despistarle dándole mucha información para que la verdad se diluyera, un «no sé cuál de estas patrullas pudo ser». Creyó que el asesino renunciaría a ir tras cada una de las pistas. No valoró su interés.

Frenaron ante las escalinatas del palacio.

—Tiene que haber mucho en juego, Eddy. Nos lo dirá Luis... si sigue vivo.

No tuvieron que esperar mucho. Los hombres de Aurelio llegaron en una camioneta descubierta con guardias de asalto y un automóvil con policías de paisano. La docena de elementos armados silenciaron a las palomas.

El desfile por los pasillos de la antigua Audiencia fue digno del revuelo que se organizó en todas las dependencias judiciales: un grupo de recios guardias yendo a

paso de tortuga tras un cojo con más cardenales que la curia romana.

Eran profesionales curtidos. Sin que nadie diera una orden fueron colocándose ante puertas y ventanas por las que pudiera fugarse alguien muy desesperado. Al final, solo un par de los agentes de paisano, pistola en mano, acompañaban a Ferrer en su ruidosa irrupción en el despacho de Luis.

—¿Qué... qué sucede? —Al joven que ocupaba el cubículo, el corazón le amenazó con salirse por la boca—. ¿Quiénes sois?

—Consellería de Seguridad —masculló Ferrer mostrando su identificación—. ¿Quién eres tú? ¿Dónde está Daroca?

Cuando el joven comprobó que el despliegue de valentones no iba con él, se serenó algo. Era la encarnación de la propaganda comunista: rostro anguloso bien afeitado y gafitas redondas de intelectual soviético. A los quince años debía masturbarse mientras leía *El Capital*, de Carlos Marx.

—No sé en dónde para. —Al hablar se deshizo el encantamiento: era mayor de lo que aparentaba, estaría ya en la treintena; tenía una de aquellas caras que pasaban de la juventud a la vejez sin estadio intermedio—. Quizá esté en Valencia con Barriobero, al que García Oliver va a ofrecer algo en el gobierno... o eso he oído. Yo fui designado para sustituirlo en sus responsabilidades.

—¿Cuándo lo viste por última vez?

—La semana pasada... nos despedimos el sábado citándonos para hoy. —Había recobrado cierto aplomo—. No haberse presentado es un ejemplo más de su enojosa falta de tacto.

O de algo peor, aunque Ferrer prefirió no dar muestras de preocupación.

—Estamos haciendo el traspaso de asuntos —continuó el funcionario—. Hoy teníamos que tratar los temas más delicados.

Ferrer olió sangre e hincó el diente.

—¿Qué temas delicados son esos?

—Varios, pero sobre todo dos: el litigio de la lotería de la Ciudad Universitaria y los avales de las fianzas y de las multas de estos meses.

—¿Qué los hace tan especiales?

El joven que ya no era tan joven refregó los dedos pulgar e índice de su mano derecha, el signo internacional del dinero.

—Hombre, en total, entre una cosa y la otra, participaciones, billetes y avales, son casi cuatro millones de pesetas que en unos días podrán hacerse efectivos. Un buen pellizco.

De no haber perdido tres dientes, tener la lengua inflamada, los labios suturados y la capacidad pulmonar limitada, Ferrer hubiese silbado.

¡Cuatro millones de pesetas!

Por una décima parte de esa cifra, un porcentaje nada despreciable de españoles mataría a su propia madre. De ahí que Platerías, Daroca y, quizá, los implicados en los crímenes de los patrulleros se la jugasen quedándose en la ciudad, en lugar de

poner tierra de por medio. El riesgo era alto, pero la recompensa merecía la pena.

—Luis era el depositario y quien llevaba el libro de cuentas. —El joven se adelantó a una posible pregunta—. El gobierno quiere fiscalizar hasta la última peseta, y sin él no hay por dónde empezar.

—¿Lo has buscado?

—No tiene teléfono y le envié recado a su casa. Tampoco estaba.

—Dame su dirección, por favor. —Mientras el joven escribía, Ferrer garabateó en su tarjeta el teléfono del piso de Gracia—. Toma, llámame si sabes de él.

El día que las ranas críen pelo o que el dichoso camello celestial pase, al fin, por el ojo de la aguja, debió añadir.

Aunque en los últimos meses se habían rebajado los requerimientos físicos para los novatos, gran parte de los guardias de asalto veteranos respondía a lo que popularmente se consideraba un buen mozo y superaba, con creces, el metro y ochenta centímetros de estatura. Los tres que aguardaban sus órdenes entraban de lleno en esta categoría; uno de ellos, un gigantón, rozaba con la cabeza el techo del rellano.

—Le damos un minuto más y echamos la puerta abajo —anunció Ferrer mientras presionaba el timbre por cuarta vez.

Hacía poco que habían pintado la escalera y su aspecto era mejor de lo que anunciaba la estropeada fachada del inmueble, una casa barata con pretensiones: esgrafiados mitológicos indistinguibles, portal amplio con algún cristal roto y balcones de forja oxidada.

Pasados los sesenta segundos, se hizo a un lado. El gigantón se perfiló y midió fuerzas con la madera. No tomó carrerilla, balanceó el cuerpo un par de veces y cargó con todo el peso de sus hombros. La puerta cedió con un crujido. En un movimiento perfectamente sincronizado, los otros dos guardias apuntaron sus armas al interior de la vivienda, uno a media altura, arrodillándose, el otro a la de la cabeza, manteniéndose en pie y asomando por el quicio.

No hubo tiroteo. Nadie salió a hacerles frente.

La cajonera del recibidor estaba hecha astillas y su contenido desparramado por el suelo.

—¡Demasiado tarde! —se lamentó Ferrer.

Avanzaron por el corto pasillo tomando muchas precauciones.

Una puerta cerrada. Un guardia se puso a un lado y Ferrer al otro. Giró el pomo y la abrió. Tampoco hubo disparos. Era el dormitorio. Estaba patas arriba. Del armario, abierto de par en par, habían tirado toda la ropa y sacado los cajones de sus guías; la borra escapaba por los cortes del colchón destripado a navajazos.

Unos cristales crujieron bajo sus botas. El marco destrozado de un portarretratos y, junto a él, una fotografía pisoteada. El guardia se la dio.

Era una foto de estudio con el aire inconfundible de principios de siglo. Una mujer vestida de negro miraba ceñuda a la cámara, sentada ante unas cortinas oscuras; un gran jarrón de flores secas, sobre una peana, daba al conjunto un toque decadente. Cuatro niños enlutados y serios rodeaban a la mujer. El mayor mostraba ya los rasgos ascéticos del Luis Daroca adulto.

El caos en el comedor y en la cocina también era completo. Los asaltantes habían hecho un registro exhaustivo y violento.

Les quedaba por inspeccionar el retrete, situado en un balconcillo que daba al patio de manzana. Con la culata del fusil, el gigantón empujó la puerta entreabierta.

Luis estaba dentro, desnudo, maniatado, salvajemente mutilado y con la cabeza dentro de la vasija de la letrina.

Lo habían degollado y dejado desangrar como a un animal sacrificado.

XI

LOS HOMBRES NUNCA CAMBIAN

—**A**ún no ha llegado, pero estará al caer; viene cada día a esta hora. —El tabernero le indicó una mesita redonda que había quedado libre—. Espérale allí; en cuanto aparezca le digo que quieres hablar con él.

El local estaba lleno. Mientras pasaba entre las mesas, parte de los parroquianos se volvió para verle la cara; mostraba una variada gama de colores entre el verde apagado y el violeta subido, el tatuaje de una cola de pavo real. Era una de las tabernas cercanas al Palacio de Justicia, así que abogados y litigantes aprovechaban el momento para echarse algo al colete y ultimar estrategias y declaraciones.

Limpió las migas caídas en la silla y se sentó. Sobre el tablero del velador quedaban los restos de un bocadillo y dos vasos de vino a medio beber. Los dos tipos que acababan de levantarse debían de tener un juicio aquel día y no les entraba nada en el estómago.

Ferrer había vuelto al trabajo con la oposición de Regina y de la enfermera, que le renovó los vendajes y comprobó que ninguna herida hubiese empeorado. Después de descansar —que no dormir— casi diez horas, se sentía capaz de soportar mejor las punzadas dolorosas que le enviaban las costillas fracturadas. Por lo que pudiera ser, Aurelio le había endosado dos guardias para que fueran sus chóferes y escoltas; uno de ellos era el gigantón que le acompañara en casa de Luis Daroca. Vestían de civil y se habían quedado aparcados frente a la puerta, después de una agria discusión sobre los límites de su protección.

La noche anterior, tras el descubrimiento del cadáver, había convocado a sus compañeros a una reunión de urgencia en el piso de Gracia. Invitó también a Regina. Lo sabía todo sobre el caso y confiaba en su intuición.

—Los asesinos no encontraron los papeles —afirmó taxativo al rematar su exposición—. De ser así, o si Luis les hubiera dicho el lugar en que los escondía, no se habrían entretenido en dejarlo todo manga por hombro.

—Y más sabiendo que te habías escapado y que llegarías a las mismas conclusiones que ellos —lo apoyó Albert—. Sería estúpido que se arriesgaran a que los pillaras con las manos en la masa.

—Luis era consciente de que, cantase o no, lo iban a liquidar y pudo cerrar la boca en un último gesto de orgullo... o de venganza. —Ferrer bebió agua usando una pajita—. Con la Oficina Jurídica disuelta había dejado de ser útil para ellos porque ya no fiscalizaba los cuatro millones de pesetas de la lotería y de los avales.

—¿Y si protegía a alguien: una novia, un familiar o un amigo? —Todas las miradas convergieron en Regina—. Por eso resistió tanto; defendía la vida de esta

persona, no los documentos.

—Puestos a elegir me quedo con una mujer —sugirió Eddy—. El amor multiplica las fuerzas en los peores momentos.

Regina mostró su conformidad.

—Yo también me inclino por una mujer.

—Que es la que guardaría los papeles, incluso ignorando su contenido. Luis se los pudo haber dejado para que estuvieran más seguros. —Ferrer hizo un gesto apreciativo—. Suena bien, desde luego mucho mejor que pensar que hemos topado con un callejón sin salida.

—¿Pero de qué nos sirve este razonamiento? —Había escepticismo en los ojos azules de la Suiza—. No hemos encontrado nada sobre esta persona ni en su casa ni en su despacho.

—Busquémosla a partir de sus rutinas; alguien tiene que conocerlas. No abandonemos esta vía hasta que esté muerta.

La sutura no le dejó sonreír.

—Un día discutí sobre rutinas, costumbres y vicios con el doctor Ripoll.

—¿Con quién? —preguntó Albert.

—Con el doctor Ripoll, el Vampiro del Paralelo. Os he hablado de él.

Una carcajada general distendió el encuentro.

—Eres único poniendo motes —lo riñó Eddy—. Me gustaría saber cómo bautizarás al tío que conocía los hábitos de Daroca. Si existe.

Existía.

Y no necesitó bautizarlo; se llamaba Venancio.

Era el conductor del automóvil que utilizaba Daroca por cuenta de la Oficina Jurídica. El joven comunista que había sustituido a Luis en la intendencia de los tribunales lo puso sobre su pista: si no lo encontraba en su vehículo, estacionado junto al Palacio de Justicia, podía probar suerte en alguna de las cantinas cercanas.

En eso estaba.

Venancio se dejó caer más tarde de lo que había vaticinado el tabernero. Media hora larga. El hombre le hizo una seña cuando entraron tres individuos y habló atropelladamente con uno de ellos.

El tipo se le acercó con curiosidad.

—Me ha dicho el Matías que andabas buscándome.

—¿Venancio? Siéntate, por favor; si miro hacia arriba, me mareo.

—La verdad es que vas hecho un eccehomo, compañero.

Venancio se giró hacia la barra y se llevó la mano a los labios pidiendo un chato. Se sentó, se desencasquetó la gorra y se la puso sobre las rodillas para que no se ensuciara con las gotitas de aceite y de vino que habían quedado sobre la mesa. Ferrer calculó que debía de estar más cerca de los cuarenta que de los treinta. Vestía una

chaqueta de automovilista de cuero negro sobre su mono de miliciano. Era bajo y fibroso; tenía la frente despejada y con dos buenas entradas, la nariz corta y recta, los labios carnosos y los ojos saltones. Despertaba una simpatía inmediata.

—¿Qué sabes de Luis? —Ferrer tanteó el terreno.

—Desde hace unos días, nada. —Sin levantarse, se quitó la chaqueta.

—Está muerto. —Ferrer *el Psicólogo* dando una mala noticia y atendiendo a la reacción de su interlocutor.

—¿Qué has dicho? —Las palabras le salieron a tirones.

—Que ha muerto. Lo asesinaron ayer en su casa.

—¡Joder! —Había palidecido, no fingía.

—Estoy investigándolo. —Puso su identificación sobre la mesa—. Tengo entendido que fuiste su chófer.

—Desde septiembre. Era un hombre... muy entregado a la revolución.

—¿Tenía familia?

—Aquí no. —Se pasó la mano por la cara. Estaba impresionado—. Su madre y sus hermanos viven en un pueblo de Huesca.

El tabernero recogió el bocadillo y los vasos de vino abandonados, pasó el paño por la mesa y dejó un chato de tintorro.

—Necesito que hagas memoria, Venancio. Sabemos muy poco sobre su vida privada.

—Era muy reservado... Quizá no pueda ayudarte.

Ferrer ignoró la objeción.

—¿Tenía novia o conocidos a los que visitara?

—Esto te lo podría responder mejor el compañero Barriobero, eran amigos.

—Lo sé, pero está en Valencia y no he podido localizarlo aún. —Puso emoción en sus palabras—: Haz un esfuerzo, cada minuto cuenta. Hay otras vidas en peligro.

—¡Madre de Dios! —se le escapó—. No, no visitaba a nadie ni tenía novia. Vamos, que yo sepa.

—Cualquier cosa que recuerdes, por nimia que te parezca, puede ser importante.

Venancio miró al techo y cerró los ojos. El mecanismo mental en marcha.

—No sé si significará algo, pero, desde hará cosa de tres semanas, por la tarde salía antes de la Oficina y me pedía que lo dejara en la plaza de España y no en su casa.

—¿Qué hacía allí?

—Nunca me lo dijo. —Bebió un sorbo de tinto—. Además, un par de veces lo llevé Ramblas abajo, cerca del puerto.

Ferrer notó una duda, un titubeo apenas perceptible.

—No te guardes nada en el buche.

El chófer se removió en el asiento.

—No sé cuándo fue exactamente, el martes o el miércoles pasado, lo vi en el Paralelo. —Miró a sus dos compañeros, que ocupaban otra mesa—. Estábamos

tomando unas cervezas y lo vimos paseando.

—¿Iba solo?

—Sí y me extrañó mucho. —Apuró el chato—. No esperaba encontrármelo en un sitio al que todos vamos a lo que vamos. Luis era como un cura anarquista, para entendernos.

Puso un dedo sobre el plano de la ciudad, que colgaba en una pared del piso de Gracia, y siguió el trazado de la avenida del Paralelo.

Luis Daroca no había ido por allí de casualidad: si se dibujaba una recta desde el puerto hasta la plaza de España —los dos puntos a los que pidió a su chófer que lo llevase—, su recorrido casaba con el de la avenida.

Confiaba en que en algún lugar de aquella línea Luis escondiera un secreto. ¿Una mujer, según la insinuación de Eddy y Regina? Probablemente. Un hombre podía vivir sin amigos, pero no sin mujeres, aunque fuesen de alquiler. Encontrarla entre cientos de coristas, de prostitutas y de simples vecinas no sería una tarea fácil.

—Están listas, dales tu bendición. —Albert había pasado el mediodía en su laboratorio, preparando unas copias de la mejor foto de Luis que había encontrado en el archivo de la CNT.

—Gracias. —Ferrer estudió una de ellas. La imagen era reciente y nítida—. Está muy bien.

—A ver si nos ayuda a encontrar a tu chica fantasma.

—¡Ojalá! La hipótesis de una amante que guarde los papeles me parece verosímil, a pesar de basarla en pruebas circunstanciales. Espero no equivocarme.

—Yo también. Me volvería loco si tuviéramos que empezar de nuevo.

Albert le entregó el resto de copias tras meterlas en un sobre.

—Una cosa más —le dijo—. No tiene nada que ver con la chica... Le he dado muchas vueltas estas últimas horas. —Un instante de vacilación y se lanzó de carrerilla—: Aunque todo sucedió muy rápido, creo que reconocí al gordo que te iba a matar. Lo he visto un par de veces.

Ferrer se quedó helado. No se habría sorprendido más si le hubiese confesado que era un agente secreto del enemigo.

—¿Dónde?

—En Sarriá. Juraría que rondaba por el comité del Ramón Pradell un par de ocasiones en las que fui. ¿Conoces al Pradell?

—Sí, me lo presentó García Oliver.

—No quería decirte nada hasta estar seguro. Esta mañana estuve de visita en su local por si aparecía el gordo. No le vi el pelo y nadie me dio razón de él, pero se les notaba a la legua que me mentían.

—Si Pradell está en el ajo, su gente sabía que eres un elemento peligroso y se cuidaron de meter la pata. —Ferrer sintió un escalofrío—. En cuanto al gordo, desde

luego no es fácil de olvidar. Nos sobran los dedos de una mano para contar los que hay, con esas hechuras y tantos kilos, en las patrullas de Barcelona.

—Por eso te lo digo.

Ramón Pradell.

«Uno de nuestros hombres más importantes en Sarriá», dijo de él García Oliver cuando coincidieron en su despacho de Vía Layetana el día que enterraron a Durruti.

—Es de locos —se concomía Albert—. El Pradell y el García Oliver son amigos desde jóvenes.

—Y sin embargo, si lo contemplas desde una cierta distancia, la madeja empieza a desenredarse. Primero, no olvides que los papeles que buscamos eran de un usurero que fue paseado por un comité de Sarriá. ¿Te apuestas algo a que fue el suyo? —Ferrer comenzó a desgranar indicios contra Pradell—. Segundo, por lo que conocemos de uno de los crímenes y, por desgracia, comprobé en mis huesos, los asesinos no inspiraban desconfianza: eran de los nuestros, si quieres decirlo así.

La euforia por el descubrimiento sustituía al primer impacto negativo.

—Tercero, buena parte de los condenados por la Oficina Jurídica vivían en Sarriá y hubo allí grandes incautaciones legales e ilegales, mucho dinero sin control —continuó—. Y cuarto, gracias a las relaciones de Pradell, su gente tiene acceso a vehículos, armas e información de primera; el socio ideal para Luis Daroca.

—Necesitaremos algo muy sólido. No podemos irle al García Oliver por nuestra linda cara y decirle que creemos que uno de sus amigos está con la mierda hasta el cuello.

—Tendremos que darnos prisa. Si yo fuera Pradell, saldría pitando del país. Con tu visita de hoy, la camisa no le llegará al cuerpo y ya no hay dinero que lo retenga aquí, ahora que los millones de la Oficina Jurídica están en manos de sus enemigos políticos. Quedándose no gana nada y puede perderlo todo.

—¿Qué vas a hacer?

—Estar al tanto de sus movimientos. Entre tú y Eddy vigilaréis su local; repartíos los turnos. Yo iré al Paralelo a enseñar la foto de Luis para ver si alguien nos da alguna pista. —Ferrer miró, de nuevo, el plano de la ciudad—. Debemos ser muy cuidadosos con lo que hacemos y con lo que decimos; no sabemos hasta dónde llegan sus tentáculos.

La paciencia es una virtud cristiana que tiende a disminuir al mismo ritmo con el que se incrementa el cansancio.

Si aquella noche el santo Job se hubiera sentado en el extremo de una escala que la midiera, Ferrer lo hubiese hecho en el contrario.

Había recibido evasivas cada vez que mostró la fotografía de Luis Daroca a los camareros y a las chicas de bares, cafés-concierto y cabarés del Paralelo. Y había visitado unos cuantos. Después de la enésima negativa decidió dejarlo. Los efectos

analgésicos de la euforia se habían disipado, repercutiendo en su capacidad de convicción y de trabajo. Su careto de saco de box machacado tampoco ayudaba en exceso.

Se había equivocado yendo solo. Si quería avanzar, no tendría más remedio que recabar la ayuda de Albert y Eddy, aunque tuviera que apartarlos de la vigilancia de Pradell durante unas horas.

Pidió una cerveza. Se la bebió despacio, procurando que no se le escurriera por la comisura remendada —le dolía de nuevo—, y observó el automóvil en el que esperaban el gigantón y su compañero. Llevaban la palabra policía escrita en la frente. No era raro que nadie se fiara de él.

Al abandonar la taberna vio enganchada una hoja con el sello de la CNT. Anunciaba que aquel era un local colectivizado. Al leerla, se le ocurrió quién podría echarle una mano con mayores garantías de éxito que cualquier miembro de su propio equipo.

En la calle Rosal, el vigilante cejijunto no hizo ningún comentario sobre sus heridas; puede que no le reconociera, que no le viese bien en la oscuridad o que le importara un pimiento que le hubieran zurrado. Ferrer le mostró su acreditación y preguntó por uno de los sindicalistas.

—¡Pasa, compañero! —Trini, el patrullero escurridizo, salió enseguida.

Dentro del local todo estaba como un mes atrás.

—Te han sacudido bien —le dijo cuando la luz del portal reveló, en su plenitud, los moretones del rostro.

Abrió la puerta de un cuarto, un pequeño almacén repleto de pilas de pasquines y de carteles del sindicato.

—Aparta estos paquetes y siéntate; cuando se nos agoten las municiones los lanzaremos contra los fascistas. Descalabraremos a más de uno. —Trini le señaló la cara—. ¿Te lo han hecho ellos? Los asesinos del Damián, quiero decir.

—Sí. No me dejaron tieso por muy poco.

—Así pues, ya debes saber quiénes son...

—Aún no; estoy a un paso de averiguarlo, pero necesito vuestra ayuda para hacerlo.

Sacó una foto de Luis y se la entregó.

—Es... otra víctima. Tenía la clave del caso y venía a menudo por aquí, no sé adónde ni a qué. He husmeado, pero no le caigo en gracia al personal.

—¿Y qué puedo hacer yo?

—Me gustaría que preguntarais por él en el Paralelo. Hay muchos cenetistas trabajando en las tabernas y en los teatros; confiarán más en vosotros que en mí. —Le dio el sobre con las copias fotográficas—. Ni que decir tiene que debe llevarse de la manera más discreta posible. ¿Podrás convencer a tus compañeros?

—No te preocupes por ellos; en un caso así me echarán una mano. —Miró hacia la puerta—. Por lo demás, no les diré nada que no deban saber y no me preguntarán más de lo que precisen. ¿Cuántos días tenemos?

—Uno. Dos si cuentas esta noche. —Y previendo una queja añadió—: Temo que el asesino se nos escape o vuelva a matar.

Trini se encogió de hombros.

—De acuerdo. Te espero pasado mañana, a las cuatro, en el Español; a ver si hemos pescado algo.

Durante años, si alguien necesitaba comprar una pistola bastaba con que fuese al café Español, diera una propina y preguntase a los camareros por la persona adecuada. Putas cansadas de trotar, pistoleros de alquiler y traficantes de armas solían sentar allí sus reales a la espera de clientes. Tenía a gala ser el café más grande de Europa y, con todo, se quedaba pequeño cuando llegaba la hora de los espectáculos del Paralelo. A las cuatro de la tarde, sin embargo, su terraza y sus salones estaban relativamente tranquilos.

Trini le aguardaba sentado frente a una tacita humeante y un vaso de agua.

—Ten, compañero Ferrer, ya no las necesitamos. —Le devolvió las fotos de Luis—. Tu hombre era un habitual del Pompeya; iba varias noches a la semana.

—¿Os han dicho si se veía con alguien?

—No, y tampoco lo hemos preguntado. No sabíamos qué buscabas. —Le hizo un guiño—. Aquí el experto en interrogatorios eres tú.

No dejaba de ser curioso que Venancio, el chófer de Luis Daroca, definiera a este como «un cura anarquista», ya que el patio de butacas del Pompeya tenía el aire de una iglesia, con sus largas hileras de bancos de madera encarados hacia el escenario. En la trasera de cada asiento, en lugar de un reclinatorio, había una tabla con el espacio justo para poner la consumición.

Trini le había aconsejado que acudiera temprano; en cuanto las *girls* exhibieran sus carnes y el aforo se llenara sería impensable poder charlar, ni siquiera un minuto, con Cilleros, el mozo que aseguraba haber reconocido a Luis Daroca.

Los trabajadores del teatro se afanaban en ponerlo a punto. Aunque el público era menos exigente que antes de la guerra, se aplicaban para mantener una calidad mínima e irrenunciable acorde con su reputación e historia.

—Tú tienes que ser el investigador que envía el compañero Aurelio.

Cilleros, un hombre delgado y pulcro, colocaba botellas de Tío Pepe en unos estantes. Paseó la vista por la cara de Ferrer.

—Me advirtieron que tenías pintado el mapa del frente de Aragón en la jeta.

—Un recordatorio de que no debo meter las narices en según qué lugares.

Puso la foto de Luis sobre el mostrador.

—Un amigo me ha dicho que lo has reconocido. ¿Estás seguro?

—Palabra. A poco que se descuelguen por aquí un par de veces me quedo con sus caras y sus consumiciones. Una habilidad profesional bastante común —dijo Cilleros con modestia—. El fulano viene cuatro o cinco días a la semana, siempre al comenzar la función. Bebe *coñá* de verdad.

—¿Qué hace? ¿Se cita con alguien?

—No, que yo haya visto. Pide un palco y allí se tira una hora. Se sienta, bebe y mira a las niñas... Lo que cada quisque.

A Ferrer se le encendió una bombillita.

—¿Las actuaciones mantienen un orden fijo?

—Naturalmente, amigo. Esto es el Pompeya —lo amonestó Cilleros con humor—. Primero actúan las meritorias y las novatas: buenas piernas, buenas tetas, buen culo y... poco más. Al final salen las *consagrás*, que ya no tienen todas las chichas en su sitio, pero las mueven con más salero.

—¿Es posible que venga siempre a la misma hora para ver a alguna chica en concreto?

—Pudiera ser. —Se rascó el cogote—. Es posible, sí. Por la hora, tendría que ser una novata, eso seguro, pero no sé decirte cuál... En el tiempo que pasa aquí actúa media docena.

—¿Hay manera de hablar con ellas ahora?

Cilleros se mordió el labio. La petición no le hizo gracia.

—Es cuestión de vida o muerte —insistió Ferrer.

—Lo probaré; deja que se lo explique a los del comité. —Un resoplido—. Hay quien daría un brazo por estar en los camerinos y darse una ración de vista mientras se cambian.

Aunque apestaba a sudor, leía y cosméticos baratos, lo que le dijo Cilleros era cierto: más de un hombre —y de una docena de hombres también— daría su brazo por pasar un ratito allí. Cuando entró en el atiborrado camerino, una veintena de mujeres guapas se mostraba en distintos grados de desnudez.

No se inmutaron por su presencia.

—Por favor, ¿quién es Encarnación? —preguntó a una rubia vestida con un minúsculo remedo dorado del uniforme de miliciana.

—Un segundo. —La punta de la lengua le asomó entre los labios en un gesto inconsciente de concentración. Con un lápiz se retocó las cejas, dos finísimos acentos circunflejos sobre unos ojazos verdes—. Allí en el rincón; es aquella chiquita del sostén y la faldita de pedrería.

Encarnación, aun siendo muy joven, era la más veterana de un grupo de cinco chicas. En el comité del teatro le habían asegurado que era también la más

espabilada. Pronto subirían al escenario y ya estaban ataviadas con unas ropas que le irían pequeñas a una muñeca.

—¿Encarnación?

—Esa soy yo. —La chica se llevó la mano a un pecho y lo acomodó en la copa del sujetador.

—¡Cuidadito, Encarni, que el muchachote no es un bujarrón! —le gritó una compañera—. Ha bizqueado cuando te colocabas la teta.

—No la hagas caso, quiere que te pongas *colorao*. —Frente a un espejo, enmarcado por un escaso arco de bombillas, Encarnación dio los últimos retoques a su indumentaria.

—Aunque me pusiera como un tomate, con tantos morados no se me notaría. —A Ferrer era difícil sacarle los colores—. ¿Puedo hablar contigo?

—Uno del comité me ha dicho que eres policía.

—Más o menos.

La muchacha se apartó de la frente un mechón de pelo castaño y lo miró, desafiante, con unos ojos grandes y negros.

—No me gustan los policías.

—Eso es o que no los has tratado lo suficiente o que los has tratado en demasía. ¿Cuál es tu caso?

Encarnación sonrió y le aparecieron dos hoyuelos en las mejillas. Tenía mucho encanto.

—¿Me das un cigarrillo, señor más o menos policía?

Ferrer sacó su arrugado paquete de Ideales.

—No, aquí no; en el pasillo. —La chica levantó la voz para que sus compañeras la oyeran—: Estas malas pécoras no nos dejarían hablar.

—Amos anda. Lo que pasa es que no lo quieres compartir, guapa. —Respondió una pelirroja desvestida de enfermera—. El hombretón parece una col lombarda del cuello para arriba, pero está de toma pan y moja del cuello para abajo. Luego nos explicas si todo lo tiene tan *morao*.

Salieron del camerino entre risotadas.

—No me suena.

—Suele alquilar un palco para él solo. —Ferrer sostenía la foto de Luis bajo la pobre luz de una lámpara polvorienta.

—De verdad que no recuerdo haberlo visto; si no invitan, no me fijo en los babosos que solo vienen a vernos mover el culo. —Encarnación dejó ir el humo por la nariz. Sujetaba el cigarrillo con la punta de los dedos en una actitud displicente que suponía elegante—. Aparte de esto, el jodido foco nos deslumbra.

—Durante estas últimas semanas, ¿siempre habéis abierto vosotras el espectáculo?

—¿Te refieres al grupito que nos estábamos arreglando? —Esperó a que Ferrer asintiera—. Hoy falta la Dori.

Campanas. Sirenas. Una alarma sonando.

—¿Sabes por qué no ha venido? —Casi deletreó la pregunta.

—No. Anoche, al despedirse, no nos dijo nada. No se ha presentado y ya está.

—¿Lo hace a menudo?

—Es la primera vez.

—¿Está enferma o tiene algún problema grave?

Encarnación se encogió de hombros. Apagó la colilla en la pared.

—Es joven y muy bonita; la más guapa de todas nosotras... a pesar de todo. — Terminó la frase con las palabras arriba, misteriosa.

—¿A pesar de qué? —Ferrer entró, apostó, en su juego de mujer de mundo haciéndose de rogar; con paciencia, el caudal informativo sería abundante.

—¿Tienes otro pitillo?

Ferrer sacó de nuevo el paquete. Aguardó a que se llevase un cigarrillo a la boca y se lo encendió.

—Gracias. Fumo demasiado antes de subir. —Dio una calada—. La Dori es una adicta: opio, cocaína, absenta... cualquier cosa que la haga olvidar sus desgracias.

—¿Tan mal le va?

—Antes del pronunciamiento vivía como una reina. —Con la uña del meñique se quito una brizna de tabaco de entre los dientes—. Era la querida de un industrial muy rico que desapareció en julio; no se sabe si lo pasearon o se najó antes de que le pegaran un tiro.

—Y ella se quedó en la calle.

—No del todo. Pudo conservar el piso. Seguramente se la mamó a algún elemento del comité del barrio o de la fábrica de su amante. Perdona la franqueza, pero es lo único que se me ocurre.

—Estás perdonada. —Ferrer apoyó la espalda en la pared; le calmaba.

—Total, que ahí la tienes compuesta y sin parné con el que pagarse los vicios. Durante las primeras semanas lo pasó fatal, hasta que acabó tocando la flauta a los milicianos en el burdel del Cojo. Es un trabajo asqueroso pero te pagan a diario; solo usas la boca y te respeta el cuerpo. Al principio te dan arcadas porque muchos vienen directamente del frente y les huele a macho cabrío. Para no vomitar nos poníamos en la nariz algodoncitos con perfume.

La aparente naturalidad con la que explicaba los detalles más escabrosos de su reciente biografía profesional, pensó Ferrer, era fruto de una estudiada interpretación. Se había creado un personaje duro y algo cínico con el que soportar el hedor que la rodeaba.

—¿Fue allí donde la conociste?

—Sí. —Exhaló una nubecilla de humo y la miró con fijeza; proyectaba en ella una película sobre aquellos días—. Después nos ofrecieron ganar un dinero extra

participando en unos cuadros estéticos para visitantes extranjeros.

Cuadros estéticos. Un buen eufemismo. Habían vuelto a escenificarse tras el verano sangriento; una explotación obscena de la pobreza en la que vivían muchas jóvenes de barrios populares y del desamparo en el que quedaron modistas, peluqueras y chicas de servicio de la casi extinta burguesía.

Montar un cuadro estético fue siempre sencillo, barato y muy rentable. Bastaba con reclutar y disfrazar de época a tres o cuatro mujeres y a otros tantos hombres. Luego se decoraba una habitación con cuatro elementos que recordaran —aun de forma remota— un episodio histórico. El organizador presentaba la escena con un breve parlamento en el que describía la situación recreada. A continuación, los actores y las actrices de pega se limitaban a quitarse los ropajes y a copular ante cinco o seis espectadores sentados, al modo de un teatrillo, frente al improvisado escenario.

Durante muchos años fue un caro entretenimiento para señoritos sin escrúpulos. Ahora, los amos del mercado negro y algunos de los nuevos mandos políticos y militares, españoles y extranjeros, sufragaban aquellas emociones fuertes.

—Se ha hecho una revolución para que nos veamos como siempre: con las piernas abiertas. —Encarnación tiró el cigarrillo y lo deshizo con la suela de su zapato de tacón alto. Pisaba algo más que una colilla—. Los hombres nunca cambian.

—¿Cómo habéis conseguido lo del Pompeya?

—Una de las chicas de los cuadros había trabajado aquí y, cuando anunciaron que volvían a abrir, nos avisó.

—¿Has notado alguna alteración en el comportamiento de Dori durante, digamos, el último mes?

—Pues sí... Un mes o mes y medio atrás, poco antes de debutar aquí. Creo que ha encontrado un nuevo protector.

—¿Lo conoces o te ha hablado de él?

—No. No nos ha dicho nada. En realidad son suposiciones mías. —Se alisó la faldita—. A veces, charlando, se la escapan cosillas y el resto lo he deducido: ropa nueva, mejores cremas, perfumes franceses... no te los venden en la esquina.

—Alguien con dinero, pues.

—Desde luego no es ninguno de los muertos de hambre que se pasan la tarde aquí con una gaseosa.

—¿Sabes dónde vive Dori? —Notó una sombra de recelo y decidió explicarle parte de la historia—. El de la foto podría ser su amante. Lo han asesinado e irán a por ella si no lo evitamos.

Encarnación se tambaleó y mantuvo el equilibrio sujetándose al pomo de una puerta.

—¿Es... es eso verdad?

—Si no te fías, busca un teléfono y llama a la Consellería de Seguridad. Pregunta por Aurelio Fernández; es el secretario. —Le dio la tarjeta de Aurelio—. Toma, aquí tienes su número.

Encarnación volvió a estirarse la falda, un ademán pudoroso que la ligaba con la que fue antes de caer en aquel lodazal en el que lo único que contaba era su cuerpo y la habilidad con que lo utilizaba dentro y fuera del escenario.

—Vive en la avenida Mistral, a la altura de Enteriza —dijo finalmente—. Distinguirás el portal enseguida; hay una pintura con una mujer desnuda. La colocó algún ricacho cabrón.

La mujer desnuda resultó ser la Venus de Botticelli en una copia bastante digna hecha al óleo. El que colgó a la diosa del amor y del deseo en aquel lugar tenía un perverso sentido del humor. En década y media, la avenida Mistral se había convertido, en alguno de sus tramos cercanos al Paralelo, en la avenida de las mantenidas, mujeres a las que su benefactor sacaba de las pensiones de artistas para ponerles un piso y asignarles una paga mensual a cuenta de la empresa. Amigas de la dirección, las denominaban los contables en sus balances.

Ferrer tuvo que echar mano de sus probadas dotes de persuasión, de una nota escrita por Encarnación —que deslizó bajo la puerta— y de su carné de investigador —que sostuvo frente a la mirilla— para conseguir que Dori le dejara entrar.

Aun con el rímel corrido y los ojos azules enrojecidos de tanto llorar era una mujer de belleza turbadora: veintipocos años, melena azabache, piel morena, alta, de formas rotundas matizadas por una cara de huesos finos y rasgos delicados. Llevaba un vestido poco llamativo que se diría escogido para viajar, impresión que confirmaba una maleta grande colocada junto a la puerta. Estrujaba un pañuelo en su mano derecha.

—Me has dicho que tenías noticias sobre Luis —señaló en cuanto lo hubo acomodado en un saloncito amueblado y decorado con buen gusto.

El gigantón se había quedado en el recibidor, montando guardia, y su compañero en el automóvil.

Ella permanecía en pie, dando pasitos nerviosos.

—Siéntate, por favor —le pidió Ferrer.

Al oír aquellas tres palabras empalideció y se dejó caer en un butacón de piel negra.

—Ha muerto, ¿verdad? —balbució tras un dilatado silencio.

—Sí.

—¿Lo han paseado?

—No, no ha sido un paseo. —Era inútil andarse con rodeos—. Lo asesinaron el lunes en su casa.

Dori balanceó el cuerpo adelante y atrás mientras mordía el pañuelo y musitaba incoherencias.

—Y yo que he llegado a pensar que se había arrepentido y no quería saber nada más de mí.

—¿De qué temías que se hubiera arrepentido, Dori? —Procuró que la pregunta sonara a invitación para desahogarse.

—Nos íbamos a ir al extranjero, lejos de toda esta mierda.

—¿Tenías miedo de que lo mataran? Te has adelantado a la noticia.

—Ha sido la forma en que me has dicho que me sentara. —Miró al techo—. Además, los últimos días parecía muy asustado; disimulaba, pero cerraba la puerta con dos vueltas y daba excusas tontas para no salir a pasear.

—¿Te dijo qué le sucedía?

Negó con la cabeza.

—Le pedí que lo dejara todo si ya tenía suficiente para vivir bien, pero me comentó que había un dineral en perspectiva y que, cuando lo tuviera, nos marcharíamos y empezaríamos de nuevo, a lo grande, en Argentina.

—¿Cuándo lo viste por última vez?

—El domingo. Me dijo que necesitaba tres o cuatro días para resolver algunos asuntos y que luego nos iríamos. Quedamos para el jueves... para hoy... pero han ido pasando las horas y...

Ferrer varió el interrogatorio para evitar una crisis de llanto.

—¿Cuándo lo conociste?

—Hace un par de meses, más o menos. El comité de la fábrica del... amigo que me dejó el piso vino a echarme porque lo había pagado con dinero de la empresa. Les dije que nanay y me denunciaron a la Oficina Jurídica. Allí conocí a Luis.

A Ferrer no le costó imaginarse el impacto que aquella mujer de bandera causó en Daroca, un hombre maduro y solitario. Un relámpago de belleza en su universo de color gris burócrata.

—Fue muy atento conmigo. —Un ligero rubor le tiñó la piel de los pómulos—. Charlamos, le expliqué mi situación y me prometió que estudiaría la causa personalmente.

—Y lo hizo.

—Ajá, nos volvimos a ver una semana después. Me aseguró que había llegado a un acuerdo con el comité y que me dejarían en paz. No sabía cómo darle las gracias. Me dijo que se sentiría recompensado si aceptaba cenar con él. Así empezó nuestra relación.

El resto de la historia respondía al patrón clásico de solterón chocho por una señorita joven y muy guapa a la que colma de regalos cada vez más caros. A Luis, de paso, se le hacía más difícil escapar de la espiral de robos y mentiras en la que se había ido enredando.

—¿Sabía él cómo te ganabas la vida?

El rubor se convirtió en sonrojo.

—No, no lo sabía. Le dije que iba tirando con unos ahorrillos.

—Entonces te salió lo del Pompeya...

—Una suerte, aunque al pronto le supo muy mal. Yo creo que estaba celoso, le

mosqueaba que me cortejaran otros, supongo. Luego se fue acostumbrando y venía a verme casi todos los días.

El *síndrome de la posesión*, por ponerle un nombre de reminiscencias psicológicas. Luis debía de sentir una satisfacción morbosa al contemplar cómo otros hombres deseaban a quien él disfrutaba.

—De repente, a mediados del mes pasado, empezó a ponerse muy irritable —siguió Dori—. Una noche me dijo que tenía algunos problemas en la Oficina y que su trabajo se había complicado; me dejó tirada un par de veces por culpa de unas reuniones inesperadas... y empezó con los temores.

—El domingo, antes de despediros, ¿te dio alguna instrucción?

—Me pidió que no comentara nuestros planes con nadie, que siguiera trabajando y que hoy lo tuviera todo preparado para irnos.

—¿Dejó aquí o te pidió que le guardaras algún documento?

—No.

—¿Pudo esconderlo sin que tú te dieras cuenta?

—Tenía una copia de las llaves, entraba y salía cuando quería.

—Vamos a hacer una cosa. —La tomó de las manos para animarla—. Registraré el piso mientras tú coges la maleta y te vas con mis hombres a casa de alguna amiga. No te muevas de allí hasta que yo te lo diga. ¿Entendido?

Entendido.

En ocasiones, el miedo era el mejor consejero.

A Dori, o a su antiguo amante, le chiflaban los trastos con muchos cajones aunque no tuviera gran cosa que guardar en ellos. Ferrer los había abierto, registrado y vaciado sin encontrar nada relacionado con los trapicheos de Luis. Separó los muebles de la pared y revisó las fundas de los sillones del salón y de las almohadas y del colchón del dormitorio con idéntico resultado. En la cocina no hubo mejor suerte.

Quedaba el baño. Era sencillo y moderno. Disponía, incluso, de retrete anexo. Remolinó inútilmente el agua del depósito y, no sin asco, la del sifón de la vasija.

Todavía agachado y con las manos chorreando miró hacia el espejo, cuadrado y no muy grande, que colgaba de una alcayata.

Demasiado evidente para un amagatorio.

Lo levantó y lo volteó. Nada.

Lo apoyó de nuevo sobre la pared.

Algo no cuadraba.

Repitió la operación: levanta, gira y suelta.

El contacto entre el dorso del espejo y la pared no era completo. Una de las dos superficies estaba combada y no era la pared, bien alicatada.

Descolgó el espejo para estudiarlo mejor.

La madera que protegía el azogue y el cristal, fijada a través de unas guías

metálicas, era delgada. En uno de los lados, la guía había sido forzada. Presionó. La madera cedía; había algo debajo.

Luis había improvisado un escondite perfecto. De haber ido con prisas o echado un simple vistazo, no habría notado nada.

Fue a la cocina a por un cuchillo. Con cuidado, lo introdujo entre la chapa y la guía. La madera salió sin grandes esfuerzos.

Ahí estaba, sujeto al interior del espejo.

Era un paquete de escaso grosor, envuelto en papel embreado para evitar la humedad. Lo llevó a la mesa del comedor.

Contenía un puñado de hojas con anotaciones de fechas y nombres. En la primera página destacaba el sello del propietario, el asesinado usurero de Sarriá. Vio, también, anotaciones apresuradas escritas por Luis.

Leyó los nombres que se relacionaban. Conocía a bastantes; gente importante de la CNT con García Oliver a la cabeza.

XII

EL TÓPICO ARISTOTÉLICO

Dos décadas de la vida del país cubrían el gran tablero de madera del comedor. Ferrer se había pasado la madrugada estudiando el documento maldito. Al amanecer, telefoneó a uno de los ayudantes de Aurelio para pedirle que le consiguiera periódicos cuyas fechas concordaran con las anotadas en sus páginas y con las semanas anteriores y posteriores; a ser posible, ejemplares de diferentes cabeceras y, por tanto, de distintas orientaciones ideológicas. Con la suma de todos esperaba hacerse una idea más cabal del origen de unos hechos que habían costado tantas vidas.

«Si solo sabéis la cosa de que se trata por uno de los testigos, haceos cuenta de que no sabéis nada y de que debéis dudar», proclamó Voltaire con más razón que un santo en su *Diccionario filosófico*; dicho fuera, lo de santo, con el mayor de los respetos por el venerable pensador.

—Ya he examinado estos. —Regina dejó unos periódicos en la pila de los leídos.

Tenían números atrasados que abarcaban desde la dictadura de Primo de Rivera hasta la victoria del Frente Popular en febrero de aquel año.

—¿Cuántas bajas has contado? —Ferrer desdobló una *Vanguardia*.

—Cinco muertos y... —punteó los palitos que había trazado en una hoja— trece, catorce y quince detenidos en unos meses. —Le dio el papel—. Aquí tienes los nombres que publicó la prensa.

Ferrer pasó los datos a limpio en una tabla que relacionaba las fechas con la filiación de los muertos y detenidos.

—¿A quién cuelgan los asesinatos? —preguntó.

—Los tres primeros a pistoleros del Sindicato Libre y los otros dos a la policía. —Regina cogió otro montón de diarios—. ¿Hay tanta violencia en los tuyos?

—No. Detenciones, algunas palizas... Y eso que un pistolero solo cobraba diez pesetas al día; menos que muchos trabajadores industriales.

—¡Dios mío, cuánta sangre! Parece un ensayo para esta gran carnicería.

—Durante lustros las pistolas sustituyeron a los argumentos. —Dejó su pluma sobre la mesa—. Violencia de estado, violencia de la patronal, violencia revolucionaria... Matar al adversario se convirtió en un fin en sí mismo y el matonismo en una forma de vida.

Estaban solos en el piso de Gracia. Eddy y la Suiza habían pasado por allí a lo largo de la mañana, pero Ferrer declinó sus ofrecimientos para colaborar en la tediosa labor de cotejo; no quería dispersar el esfuerzo. Albert continuaba pegado a los talones de Pradell.

—Luis subrayó las fechas que coincidían con los sucesos más graves —comentó Regina.

—Las entradas del listado corresponden a chivatazos. —Le mostró la tabla cronológica—. Fíjate: un par de días después de cada anotación se producía una acción policial o un atentado de los pistoleros del Sindicato Libre contra los anarquistas. Todos los que caían eran dirigentes destacados o tenían un peso en sus sindicatos. El gobierno o los patronos infiltraron a uno de los suyos en la CNT, y muy arriba.

—Tuvo que tener una sangre fría y una habilidad extremas para poder soportarlo sin delatarse.

—Dosificaba muy bien la información para no amoscar a sus compañeros; García Oliver y Durruti no eran hermanas de la caridad y los cita un montón de veces. Cuando caía un elemento importante descansaba varios meses hasta el siguiente soplo.

—El usurero de Sarria vendría a ser su enlace; por eso llevaba un registro, ¿no?

—Sí. El chivato le cantaba el día, la hora y el lugar de los encuentros de los cenetistas y los nombres de los asistentes. —Ferrer se repantigó, cerró los ojos y se masajeó los párpados—. Estas listas son el resumen de la actividad del espía. Lo que me inquieta es que hasta ahora no hayamos encontrado ninguna relación con Ramón Pradell. Ni se le menciona.

—¿Para qué iba a dar su nombre si el muy hijo de puta era el chivato?

García Oliver estaba de pie, con las manos en la mesa, inclinado sobre el documento del usurero y la tabla cronológica de muertos y detenidos. Se dirigió bruscamente hacia la ventana y permaneció inmóvil mirando la calle. En su anterior visita ya estuvo pegado al ventanal y Ferrer pensó que era el sistema con el que se concentraba o exorcizaba sus demonios.

Tras repasar el último de los periódicos, a primera hora de la tarde, había llamado a Valencia para solicitar una entrevista con él y apelar a su legendaria memoria en una última gestión para ligar a Pradell con el listado de fechas y apellidos. Un secretario le informó de que, por una feliz casualidad, el ministro estaría llegando a Barcelona para participar, el sábado y el domingo, en varias reuniones sobre la planificación de las fortificaciones y la defensa de la ciudad.

Al anochecer, se presentó en la Regional sin solicitar una cita. Redactó una breve nota —«estoy a un paso de la solución, pero necesito tu punto de vista», decía— y se la entregó a uno de los ayudantes que corrían por allí.

Obró el prodigio.

García Oliver despidió a un grupo de funcionarios con quienes estaba despachando y lo recibió. Durante quince minutos, Ferrer le detalló sus pesquisas y le expuso sus conjeturas y sus dudas.

—Luis Daroca se limitó a recordar detalles de aquellos días, algo que tú no podías hacer; por eso no viste la relación con Pradell. —García Oliver dejó la contemplación de la calle y volvió a sentarse—. Acudió a muchas de las reuniones que se registran en este dietario que has traído y se acordaba, igual que yo, de las que acabaron a tiros. ¡Cómo olvidarlas, con tantos compañeros caídos!

—¿Nunca sospechasteis de Pradell?

—No, nunca. Era un veterano de primera hora. —Carraspeó—. Sufrimos muchas infiltraciones, pero parece que fuimos incapaces de dar con el gran tiburón y nos conformamos con pescar pececillos. Lo más sorprendente es que Pradell ayudó a pillarlos.

—A él le interesaba que atraparais a soplones de poca monta para que les cargarais la cabra, os entretuvierais con ellos y lo dejarais en paz. Cebos en toda regla. Es muy inteligente. No te extrañe que él mismo los infiltrara en momentos de apuro.

—Como Luis estaba al tanto de todas estas historias, en cuanto vio los papeles se dio cuenta de lo que representaban. Leyó los nombres y se preguntó por qué razón entre ellos no aparecía el de Pradell, a pesar de haber participado en infinidad de actos de la organización. ¿Por qué el soplón daba todos los apellidos menos aquel?

—Y llegó a la única conclusión posible: ¿para qué iba a hacerlo si él era el delator? —Todo encajaba—. Daroca se los quedó para emplearlos contra su socio si sus negocios en común se torcían. Pradell robaba y mantenía el tinglado en pie gracias a sus influencias y a sus matones, Luis le daba cobertura jurídica y seleccionaba a las víctimas más adineradas, mientras que Platerías fundía el oro y colocaba en el mercado las piedras preciosas y las obras de arte.

—Luis pecó de inocente. Pradell llevaba veinte años vendiéndonos y, siendo los listados la única prueba contra él, no era descabellado suponer que mataría por recuperarlos. —Devolvió el documento al sobre en el que lo llevara Ferrer y lo guardó bajo llave—. ¡Sanjoderse!

García Oliver había soltado pocas maldiciones pese a su enfado monumental. No se dejaba llevar por la furia y analizaba los hechos con una extraordinaria frialdad; quizá por eso todavía seguía vivo, a diferencia de sus amigos Durruti y Ascaso, que ya formaban parte del martirologio anarquista.

Sonaron tres golpes secos en la puerta. Entró uno de los colaboradores del ministro con un voluminoso expediente. «Ramón Pradell», leyó Ferrer en una etiqueta.

—Dile a Tomás que prepare un grupo de intervención y me avise cuando esté listo. —García Oliver se dirigía al recién llegado, un hombre atlético y marcial, un asesor militar, sin duda—: Vamos a asaltar un comité en Sarriá y a detener a unos cuantos maleantes.

—Tú no deberías ir, compañero ministro. Es muy arriesgado. —El asesor cabeceaba—. ¿Qué ganas exponiéndote?

—¿Ganar? Nada. —Tomó la lata de conserva con el agujero de bala, el fetiche que Ferrer había visto en la Torre dels Pardals—. Supeditarlo todo a la relación entre acción y beneficio es injusto, además de burgués; hay cosas que debemos hacer por compromiso moral. El cabrón al que vamos a arrestar fue mi amigo y nos traicionó. Muchos hombres buenos pagaron mi error con sus vidas. Así que no me digas que no me exponga.

Sonó a bronca y se dio cuenta.

—Disculpa la vehemencia. —García Oliver le dedicó una de sus sonrisas desarmantes—. No es contigo con quien estoy enfadado.

El militar se retiró no muy convencido.

Ferrer señaló la lata agujereada.

—¿Pradell estaba contigo cuando la aviación fascista os ametralló en Vicién?

—Sí. ¡Maldita sea su estampa!

—¿Pudo ser él quien colocó las latas para marcar vuestra posición a los aviones?

—Desde luego, tuvo mil oportunidades. Sin embargo, no veo a alguien tan calculador como Pradell matando a su gallina de los huevos de oro... Sí, ese ha sido mi triste papel en todo este asunto. ¿Cómo pude estar tan ciego?

—Tú lo has dicho antes; no había nada que te hiciera recelar de él. Ahora, a toro pasado, es fácil verlo claro. Siempre ocurre lo mismo: descubres algo, echas una mirada retrospectiva y comportamientos que se te antojaron inocentes adquieren otra dimensión y distingues su maldad oculta.

García Oliver pasó el dedo meñique a través del agujero de bala cuidando de no cortarse con los bordes afilados de la lata reventada.

—Curiosa deriva la que nos ha llevado de luchar, y de matar o morir, por transformar la sociedad hasta el asesinato o el expolio en provecho personal.

—Os ha perdido la fe —le respondió Ferrer—. Para ser ateos tenéis una confianza cristiana en el ser humano. Estabais convencidos de que construyendo una sociedad más igualitaria nadie pisotearía a sus semejantes para satisfacer su egoísmo.

—¿Y no estás de acuerdo con esto... aunque sea en su teoría?

—No. No creo ni en dioses ni en mitos ni en la bondad innata del ser humano. Somos animales racionales, y disculpa el tópico aristotélico. En tanto que animales nos atrae el sexo y el poder sobre el grupo, mientras que lo racional nos hace vulnerables al dinero. Hay que ser de una pieza para no caer en estas tentaciones cuando nadie te lo impide.

—Estamos inmersos en una guerra; la ganaremos y luego consolidaremos la revolución. Las cosas empezarán a cambiar.

—No será sencillo. Sobran los ejemplos de procesos revolucionarios en los que hombres sin escrúpulos manipulan a los idealistas para aprovecharse de ellos y conseguir sus propios fines.

—¿Es eso lo que hicieron Pradell y Luis, aprovecharse de nosotros?

—Cada cual según su escala de valores y sus posibilidades. Luis robó

amparándose en el poder de la Oficina Jurídica y en el temor general a las patrullas. La perspectiva de una nueva vida, lejos de aquí y acompañado por una mujer hermosa, le animó a liarse aún más la manta a la cabeza.

—¿Y Pradell?

Ferrer se lo pensó antes de seguir con su perorata. Al fin y al cabo, su relación con García Oliver, aunque cordial, era reciente y profesional.

—Adelante, no te cohíbas. —García Oliver se dio cuenta de sus dudas—. Si confío en ti es porque estoy seguro de que haces y dices en cada momento lo que consideras justo.

Se *dejó* convencer.

—El de Pradell parece un caso típico de avaricia homicida; nada que no hayamos visto mil veces desde que Caín le abrió la cabeza a Abel. Su fondo, sin embargo, es complejo y políticamente muy delicado porque sus fechorías se diluyeron en una kermés sangrienta de la que fuisteis protagonistas destacados.

Aguardó la reacción de García Oliver. No la hubo.

—No podéis eludir esta responsabilidad y tendréis que ser críticos con vuestro papel durante los meses en los que pudo actuar con tanta osadía e impunidad.

Tomó el expediente sobre Pradell.

Su intuición le decía que habría una nota a propósito del simulacro de juicio y del paseo al usurero, el único que conocía la verdadera identidad del traidor.

La encontró y la puso sobre la mesa de forma que García Oliver pudiera leerla.

—Cuando el juez es parte y verdugo a un tiempo —continuó—, la justicia se convierte en venganza ciega o, en lo que es peor, interesada y parcial.

El timbre del teléfono les sobresaltó. García Oliver respondió con energía:

—Poned los vehículos en marcha, bajamos al vuelo. —Colgó—. ¿Trajiste un arma?

—Se la quedó uno de tus hombres antes de dejarme entrar. Dijo que me la devolvería al irme.

—No se fían de ti, no te conocen. Si te conocieran, se habrían quedado también con tu lengua: es más peligrosa que la pistola.

García Oliver hojeaba los documentos sobre Pradell que habían reunido con urgencia los Servicios de Información de la FAI. Los sacaba, uno a uno, del expediente que le entregó su asesor militar en el despacho y los leía a la escasa luz de la linterna sostenida por uno de sus escoltas.

—El muy cabrón ha montado una taifa en Sarriá —dijo irritado—. Hubo suficientes denuncias para haberlo detenido mucho antes, aunque nadie protestó lo suficiente.

—¿Y te extraña? Pradell es uno de los vuestros y nadie quiere líos con la CNT.

Atravesaban Barcelona a gran velocidad en cinco vehículos, tres camionetas y el haiga que llevaba al ministro, a su escolta y a Ferrer, cuyas dos *sombras* cerraban la comitiva en el auto que Aurelio les había asignado.

El grupo de intervención estaba formado por dos docenas de jóvenes curtidos en el frente aragonés, según le explicó García Oliver tras abrazar a varios veteranos de su columna, los Aguiluchos de la FAI, a los que hacía meses que no veía. Todos ellos, como Tomás, el angelote rubio y manco, vestían gruesos jerséis de lana oscura y cuello alto y pantalones de pana negros. Lucían también brazaletes rojinegros con símbolos que malpintaron en blanco poco antes de salir, una manera de reconocerse. Entregaron uno a Ferrer cuando subió al automóvil.

—Tenías razón. —García Oliver cerró la carpeta y pidió a su escolta que apagara la linterna—. Hay algo más que una presunción sobre las relaciones entre Pradell y un tal García, un acaparador y mercachifle de Hostafrancs. Es al que tú llamas Platerías, ¿verdad?

—Sí, es él. —Observaba por la ventanilla la celeridad con la que se levantaban las barreras de los controles al paso del convoy—. Si me permites que exceda mis competencias de investigador, te aconsejaría que enviaras gente armada para detenerlo. Estuve en su cubil y me sentí transportado a las cuevas de Alí Babá vigiladas por la banda de Al Capone.

Una ligera neblina se había asentado sobre Sarriá. Era un vaho que lo empañaba todo y difuminaba el brillo de las contadas farolas y de alguna ventana insuficientemente oscurecida por cortinas o páginas de periódico.

Al aproximarse a su objetivo, la caravana se detuvo y se dividió.

Desconectaron los motores y las luces.

Aprovechando el ligero desnivel de la zona dejaron que, con la inercia, los vehículos se desplazaran a oscuras y en silencio. Una de las camionetas bloqueó la salida de la calle por la derecha y otra por la izquierda. Los demás se estacionaron a una distancia prudencial para que sus ocupantes descendieran sin provocar alarma en la casona de Pradell y su gente.

Con una velocidad y un sigilo asombrosos, jóvenes milicianos fueron avanzando de portal en portal y de árbol en árbol hasta ocupar sus posiciones. La operación había sido bien planificada. Media hora antes, en la Regional, Ferrer había visto al asesor militar del ministro y a Tomás concentrados sobre un plano de la zona.

García Oliver y Ferrer se mantuvieron al margen del despliegue hasta que uno de los escoltas alertó sobre un movimiento a una docena de metros de donde se encontraban. Se agacharon y se protegieron tras las portezuelas abiertas de los automóviles.

Ferrer desenfundó su revólver penosamente. Las costillas le estaban matando.

Un hombre salió de las sombras y se dirigió hacia ellos con las manos en alto.

—Tranquilos, es de los nuestros —susurró Ferrer en cuanto identificó el andar elegante del desconocido que ya no lo era.

Se incorporó con dificultad, pero aliviado.

—Os presento a Eddy, un colaborador y amigo.

—El hombre de los mil alias —rememoró García Oliver. También se puso en pie y sacudió el polvo de sus pantalones—. Lástima que nos conozcamos en unas circunstancias tan desagradables.

—Llevamos unos días siguiendo a Pradell. ¿Hace mucho que estás aquí, Eddy?

—Desde el mediodía. Comió temprano en el centro de la ciudad y vino directo.

—¿Está dentro?

—Es de suponer. No ha salido nadie y su Buick continúa aparcado delante.

Una linterna parpadeó dos veces en el extremo derecho de la calle: «Todo a punto». Le respondió otra luz en el izquierdo: «Por aquí también». Dos de los milicianos que se habían situado frente a la casa treparon por el muro exterior y se descolgaron en el jardín.

Treinta segundos después abrieron el portón.

Sus compañeros corrieron y entraron. El resto de la fuerza ocupó toda la manzana.

Tomás hizo una seña a García Oliver.

—Vamos —dijo este—. Es hora de actuar.

—Espéranos aquí, Eddy, ya te has expuesto bastante. —Ferrer le palmeó el hombro—. Sé cuánto te repelen las armas. —Miró a sus dos custodios—. Quedaos con él; yo voy más que protegido.

Al entrar en el jardín vio a dos centinelas inconscientes y maniatados. A diez metros, junto a la puerta de la mansión, varios milicianos esperaban órdenes.

—¡Ahora! —gritó el ministro.

De un patadón reventaron la cerradura. Penetraron en la lobera cubriéndose unos a otros y desplegándose en todas direcciones.

Extendiendo un brazo, el asesor militar impidió que García Oliver los siguiera.

—Deja que actúen ellos primero —comentó—. Con todos mis respetos, tienes oxidadas tus facultades para el combate y no estoy dispuesto a que te peguen un tiro o a que se lo peguen a uno de mis chicos por ayudarte.

No hubo mucha pelea. La resistencia de los sorprendidos hombres de Pradell fue mínima. Sonó media docena de disparos y, a los dos minutos de haber irrumpido, uno de los asaltantes se asomó sobre el balaustre de la terraza del primer piso para anunciar que el caserón era suyo.

—Ven conmigo.

García Oliver se precipitó hacia el *hall* arrastrando a Ferrer. Cruzaron el distribuidor y se dirigieron hacia las escaleras desde donde Tomás reclamaba su atención:

—¡Arriba! Hay algo que quiero que veáis.

Mientras subía, Ferrer observó, en un salón de la planta baja, a siete u ocho individuos arrodillados y con las manos en la nuca. Tres de los hombres de García Oliver los encañonaban con sus naranjeros.

Arriba, el panorama era parecido. Dos milicianos habían desarmado y registraban a cinco tipos que se estiraban en el suelo de la biblioteca todo lo que les daban sus articulaciones.

Ni rastro de Pradell, al que el asesor militar buscaba de habitación en habitación. Tampoco del gordo ni del silencioso.

Encajada entre estanterías de madera oscura y brillante, en la chimenea de la gran biblioteca humeaban papeles medio chamuscados que alguien había apagado con una jarra de agua.

—Estaba quemando documentos. —Tomás tocó con la punta de su bota el costillar de un viejo conocido que permanecía con la barriga sobre las losas de mármol.

Ferrer se acucilló junto a él.

—Nos volvemos a ver, pero con las tornas cambiadas.

Del bolsillo trasero del mono le quitó el calcetín relleno de postas y lo tiró lejos.

—Todavía me duelen tus recados. —Lo miró con todo el desprecio del que fue capaz; no le era fácil contenerse—. Tienes suerte de que no sea de tu misma calaña porque te molería a palos; ganas no me faltan.

—¡Levantadlo! —ordenó García Oliver.

El más corpulento de los milicianos agarró al hombre de Pradell y lo llevó en volandas hacia una silla, contra la que lo lanzó.

El asesor militar entró furioso.

—¡Ha volado! —dijo—. Hemos registrado toda la casa.

—¿Cómo es posible? —García Oliver parecía perplejo.

—Hace horas que se marchó. —El del calcetín se llevó la mano al pómulo tratando de contener la hemorragia provocada por un fuerte golpe bajo el ojo, un culatazo, supuso Ferrer—. Había incautado también la casa de atrás sin comunicárselo al sindicato.

García Oliver arrastró otra silla. Se sentó frente a él a horcajadas y del revés, apoyando los brazos en el respaldo.

—Continúa —dijo.

—Hace unas semanas mandó construir un paso a través del muro que separa los dos jardines. Tenía otro coche preparado por si algún día necesitaba una vía de escape. —Miró a Ferrer—. Desde que aquellos dos metepatas te dejaron vivo, el Ramón sabía que, a no tardar mucho, aparecerías.

—Podrías haberte ido con él. —García Oliver continuó el interrogatorio.

—El hijoputa no me avisó. A eso de las tres dijo que necesitaba tomar el aire, salió al jardín y no volvió.

—¿Por qué no te largaste tú también en lugar de quedarte a destruir documentos?

—Lo hubiera hecho de haber sabido que vendríais. Aparte, quien tenía los medios

para guillárselas era el Ramón, y no yo. —Señaló las cenizas y los papeles medio quemados—. Una vez empantanado aquí, lo prioritario era no dejar que encontraseis todo esto.

—Te incriminan tanto como a Pradell, ¿verdad? —El ministro se giró hacia Tomás—. ¿Puedes enviar a alguien para que compruebe lo del muro?

El angelote manco salió llamando a voces a dos de sus compañeros. Los oyeron bajar las escaleras a grandes saltos.

—Supongo que no nos habrás facilitado toda esta información graciosamente. —García Oliver conducía el diálogo hacia una abierta negociación—. Querrás algo a cambio de seguir explicándonos cosas, ¿no?

El hasta entonces locuaz matón asintió, echó la cremallera y no volvió a abrir la boca. Comenzaba un toma y daca con su vida en juego.

La inspección del jardín duró cinco eternos minutos en los que los actores de aquel drama permanecieron quietos y mudos, figuritas de un teatrillo de papel.

—Hay un hueco en el muro —confirmó Tomás a su regreso—. Una valla de madera lo disimulaba, pero alguien la ha apartado para pasar. Al otro lado hay señales de roderas sobre la hierba.

—Así que la historia es cierta. —García Oliver se dirigió al lugarteniente de Pradell—: Tú y yo vamos a hablar largo y tendido.

—Eso no es todo —añadió Tomás—. Compañero Ferrer, hemos encontrado a los que te querían enviar al otro barrio.

Se abrieron paso entre una maraña de ramas desnudas. El jardín, de natural frondoso, estaba abandonado desde el verano y los arbustos necesitaban una poda. En la oscuridad, Ferrer había tropezado varias veces con raíces y piedras casi invisibles.

—Ya llegamos. —Tomás se agachó para pasar bajo el arco metálico sobre el que se retorció un enorme rosal trepador—. Cuidado con las espinas, tienen el tamaño de bayonetas.

Salieron a un pequeño claro en el que dos milicianos habían apartado el montón de hojas caídas y la tierra húmeda que cubriera dos cuerpos a medio desenterrar. A la luz de un farol la sensación era de irrealidad. Hamlet y Horacio frente a la tumba de Yorick.

Con su única mano, Tomás jaló de los cabellos y levantó la cabeza de uno de los cadáveres. La giró para que Ferrer pudiera verle bien la cara.

Era el silencioso.

En la nuca tenía un agujero de bala del tamaño del puño de un bebé.

No fue necesario levantar la otra cabeza: el corpachón del finado apenas cabía en el agujero.

—El Ramón se volvió loco cuando los dos imbéciles dijeron que no te pudieron rematar. Juraron que les había atacado un grupo muy numeroso. —El del calcetín se limpiaba la sangre de la cara con una toalla húmeda—. Ordenó que los llevaran al jardín y les dieran pasaporte para poner a los demás sobre aviso.

García Oliver había llegado a un acuerdo con él: se le respetaría la vida a cambio de información.

El ministro dio además instrucciones para que se cerrasen los pasos fronterizos con Francia y las aduanas de puertos y aeródromos catalanes, muchos en manos de la CNT, hasta que pudiera hacerles llegar los retratos de Pradell y Platerías —que también había cogido las de Villadiego—. Encargó docenas de copias de sus fotografías, que repartirían motociclistas de las milicias y de los cuerpos de seguridad. Finalmente, telefoneó a Valencia para garantizarse la colaboración de los carabineros en los puertos de aquella ciudad y de Alicante.

Respecto a su gente, García Oliver solo enviaría fotografías a los principales controles de carretera en las rutas de Francia, Valencia y Aragón. Era inviable entregárselas a todos porque, dejando a un lado su número desproporcionado, actuaban a las órdenes de comités locales de una forma autónoma y descoordinada. Demasiada gente a la que convencer. Demasiadas explicaciones que dar.

—Solo nos queda confiar en que no se haya puesto en manos de un contrabandista para pasar por alguna cañada del Pirineo. —García Oliver acababa de explicar a Ferrer todas las decisiones que había tomado.

—Dudo que lo intente. Se vería obligado a llevar encima toda su fortuna y le rebanarían el gaznate. —Se le apagó la voz—. Los huesos de muchos de los que escaparon de Barcelona durante las primeras semanas de guerra aún están por aquellos barrancos. Y él lo sabe. No se la jugaría. Me preocupa más el factor tiempo.

—Tienes razón, nos lleva muchas horas de ventaja. A poco que conduzca un automóvil veloz y los controles no le hayan importunado puede estar ya en Francia.

—Dadlo por hecho. —El del calcetín parecía ansioso por cumplir su parte del acuerdo y pasar página, no fuera que García Oliver se arrepintiese del pacto—. Tenía salvoconductos y documentos de la Regional con nombres falsos para que los paletos no le tocaran los huevos cada diez kilómetros.

Ferrer le hizo unas preguntas de tanteo para comprobar si su colaboración era sincera o improvisaba trolas.

Sus respuestas se ajustaban a los hechos. No mentía, por el momento.

—Todo se nos torció cuando el Barriobero condenó a un jodido prestamista y ordenó que le confiscaran hasta el aliento —resumió el origen de la historia.

—¿Qué pasó? —Era la parte de la tragedia en la que Ferrer aún tenía lagunas.

—No lo sé a ciencia cierta. Al haber mucho dinero en el lance, el Luis mandó a tres patrullas distintas a hacer la requisa: una a la casa de empeños, otra a un despacho que ocupaba en el centro y la tercera a su domicilio.

—Y una de ellas confiscó algo que perjudicaba a tu amigo Ramón.

—Se enteró por casualidad y se lo llevaron los demonios. —Se pasó la mano por el corte del pómulo; ya no sangraba—. Nos ordenó que detuviéramos al gilí y se lo trajéramos.

—¿Se conocían?

—¡Y tanto! Se encerraron en aquel despacho —señaló una puerta entreabierta—, empezaron a discutir a gritos y, al cabo de un rato, el Ramón le pegó un tiro. Por si el Barriobero preguntaba por él, hicimos ver que hubo una denuncia muy grave y que lo habíamos juzgado y paseado.

García Oliver dejó escapar un gruñido que el del calcetín no supo cómo interpretar.

—¿Sobre qué discutían? —inquirió Ferrer.

—No se les entendía gran cosa. —Una mueca de disculpa—. Por lo que el Ramón nos explicó después, hacía unos años los dos anduvieron metidos en algún asunto sucio, el cabrón guardó un diario comprometedor a sus espaldas y una de las patrullas lo encontró.

—¿Qué sabes de ese diario?

—Más bien es una lista de fechas y de nombres; nos dijo que eran unas hojas escritas en papel del negocio de usura, sin tapas ni nada.

El relato consecuente se aproximaba mucho a lo que Ferrer había ido deduciendo durante la investigación. Pradell fue con un cuento chino a Luis Daroca, que le mintió asegurándole que no había visto aquel documento. Con los millones de pesetas de los avales y del pleito de la lotería en el aire, Pradell no podía emplearse a fondo contra su socio y decidió dar un rodeo para seguir la pista a los papeles desde otra vertiente: su hallazgo por los patrulleros.

—El Ramón estaba seguro de que alguien se los había quedado por el camino y se empeñó en que los buscásemos. A él lo conocía mucha gente y no quiso enmiardarse.

Como era de Perogrullo, el tipo admitió su participación en los secuestros y en los interrogatorios de los tres infortunados anarquistas, pero inculpó al gordo y al silencioso de los asesinatos.

Poco más dijo que Ferrer no supiera, incluyendo la componenda con Platerías y Luis para repartirse el botín de sus saqueos.

—¿Barriobero sacaba tajada? —intervino García Oliver.

—No, que yo conozca. El Ramón solo se veía con el Platerías y el Daroca, pero eso no quiere decir que el viejo no tuviera también sus chanchullos.

—¿Nada más? —El ministro estaba cansado y se le notaba.

—Nada. —El del calcetín hizo por sonreír—. Lo he desembuchado todo.

—Más te vale. No le quites el ojo de encima —le dijo a uno de sus hombres—. Ven conmigo, compañero Ferrer.

—Vuelve a casa, hoy no podemos hacer nada más. —Desde el descansillo del primer piso, García Oliver llamó a Tomás, que charlaba en la planta baja—. Te mantendré informado sobre cualquier novedad.

El angelote manco subió los escalones de dos en dos —juventud, divino tesoro— y se plantó frente a ellos.

—Tomás, busca un transporte que salga para Aragón y carga en él a todos los detenidos.

La voz del ministro sonaba indignada.

—Al baranda de la biblioteca, que le reserven un puesto avanzado y que le digan al que esté al mando que cuenta con un voluntario permanente para las misiones más peligrosas.

En los descreídos, por lo general, las rutinas asumen el papel de pequeñas supersticiones que ayudan a afrontar las contingencias de la vida. Usar siempre la misma pluma estilográfica para redactar informes, no tolerar un solo borrón en una hoja mecanografiada y conservar las notas más ínfimas al concluir un caso eran manías que a Ferrer le daban una cierta seguridad —infantil, si se quería— en las situaciones de mayor tensión.

Y la espera de acontecimientos sobre los que no podía influir se la generaba en cantidad industrial.

—De verdad, Julia, estoy bien.

En su oficina, hacía lo imposible por desembarazarse de la portera para continuar archivando todo lo relacionado con la investigación de los patrulleros. La mujer, tras recuperarse del soponcio que le provocó el verlo tan magullado, pretendía que guardara reposo.

Julia había seguido más que bien sus instrucciones. Ya no olía a cerrado y el polvo era un triste recuerdo de la depresión profesional, y casi personal, de los meses de inactividad posteriores al pronunciamiento militar y a la revolución popular.

—Déjalo, Julia, es muy terco. —A Eddy, apoyado en el marco de la puerta, la escena le divertía—. El espíritu de sacrificio forma parte de su encanto.

—Hola, Eddy, no te esperaba —dijo Ferrer satisfecho por la interrupción de aquella discusión bizantina—. Pasa, por favor.

—A ver si me lo convence, señor Eddy, y lo mete en la cama. —Era el único con el que ella seguía manteniendo las fórmulas de cortesía previas a julio. Influjo de su facha de hipnotizador, indudablemente—. Tiene que descansar o luego lo lamentará; sé de lo que le hablo: a mi hermano la policía le hacía una cara nueva cada vez que lo detenía.

—Le echaré un somnífero en la bebida, no te preocupes.

Renegando sobre la tozudez de los hombres en general y de Toni en particular, Julia salió del piso dando un portazo más fuerte de lo que acostumbraba. Su manera de tener la última palabra.

—Regina me dijo que estabas aquí. —Eddy se sentó en una de las butacas para las visitas—. Y que habías amanecido malhumorado.

—Hemos discutido, nada más.

—¿Y qué pareja no discute? —Jugueteaba con un abrecartas de plata—. Me he tomado la libertad de explicarle que hasta que no cierras un caso tu carácter se avinagra, pero que la mala uva se te va en un decir amén.

Ferrer fue hacia al armario de archivos.

—Quiere irse —dijo abriendo uno de los cajones.

—Debe irse. No es lo mismo.

—Lo sé, lo sé... —Sacó varias carpetas del cajón y las amontonó en un estante vecino—. Espera que, con el crimen resuelto y los que nos amenazaron huidos o en la cárcel, podamos preparar su paso al otro lado.

—No es justo que le hagas sentir culpable. —Le alcanzó una pila de tarjetas con anotaciones—. A ella la separación le duele tanto como a ti. Más aún. Se ha visto obligada a elegir. No me gustaría estar en su lugar.

El teléfono dejó a Ferrer con la réplica en los labios.

—¿Te importa contestar? —Estaba rotulando los nuevos cartapacios.

Eddy descolgó e impostó la voz.

—Residencia del detective Ferrer; te habla el compañero mayordomo. —Fue enrojeciendo mientras escuchaba a su interlocutor—. Sí, un momento, señor ministro... compañero ministro, es cierto. —Tapó el micrófono con una mano—. García Oliver —exageró la vocalización sin hablar, echando el aliento.

Ferrer tomó el aparato y se sentó frente a su escritorio.

Durante más de diez minutos escuchó las explicaciones del ministro, intercalando unos pocos monosílabos. Eddy siguió el diálogo a través de su expresión preocupada: García Oliver le estaba dando malas noticias.

—¡Mierda! —Ferrer colgó.

No dijo nada más.

Se quedó ensimismado aunque menos abatido de lo que Eddy esperaba.

Había gato encerrado.

—¿Puedo saber qué ha pasado? —La curiosidad pudo más que su discreción.

—Pradell se nos ha escapado. Está en Francia.

—¡La madre que lo parió! —Era la expresión más dura que Ferrer le había oído; jamás blasfemaba—. De todas formas, no me sorprende.

—A mí tampoco. Si he de serte sincero, no confiaba en que lo atrapáramos. Nos llevaba demasiado adelante.

—Algo más te habrá dicho. —Eddy dejó el abrecartas—. Te ha soltado un discurso larguísimo y no parece que vayas a abrirte las venas por el disgusto.

—García Oliver es un estratega muy meticuloso y su optimismo se contagia. De perdidos, al río; tiene un buen plan para atraparlo en Francia.

—Si la presa se ha escapado, el cazador no tiene mucho que planear.

—Depende de quién sea el cazador. —El carillón dio la una de la tarde—. ¿Te apetece un aperitivo?

Abrió el pequeño mueble bar del despacho, oculto en un globo terráqueo de inspiración renacentista en madera y pergamino. Sirvió dos copitas del rivesaltes que reservaba para los amigos, un magnífico vino del Rosellón ideal para despertar el apetito.

—Ayer cruzó la aduana de Port Bou antes de que llegara la orden de cerrar la frontera —dijo—. Llevaba documentación a nombre de un comerciante belga.

—Ya habrá cambiado de identidad.

—Es de imaginar. Engatusar con acento de opereta a un par de milicianos es fácil, engañar a las autoridades francesas es impensable.

—Has dicho que García Oliver tiene un plan.

—Piensa que Pradell no permanecerá en Francia, que saldrá cuanto antes. Primero, porque hay refugiados que podrían reconocerle y notificárselo a los servicios de información fascistas; se darían con un canto en los dientes por atrapar a un jefe de las patrullas. Y, segundo, porque sabe que la CNT alertará a los simpatizantes de nuestra causa en la zona. Tiene en su contra a tirios y troyanos.

—En Europa hay muchos países más en los que ocultarse y a los que llegaría en unas pocas horas.

—No, si puede permitirse algo mejor. —Ferrer depositó la copa sobre un papel para no dejar un cerco en la madera de la mesa—. ¿Dónde irías tú si solo hablaras español, tuvieras dinero, gente armada persiguiéndote y quisieras evitar las preguntas indiscretas de las autoridades?

—A América del Sur, sin duda.

—Y para ir a América debes embarcar en un buque transatlántico.

—Veo por dónde vas... Los transatlánticos fueron una de mis especialidades. —Una pausa, un tributo a la nostalgia—. Si quiere irse rápido y con garantías tendrá que pasar por Marsella o Le Havre.

—De ahí el optimismo de García Oliver: en los dos puertos la presencia sindical es muy importante y contaremos con ayuda. Esta mañana ha enviado a dos grupos de hombres de su confianza.

—Es demasiado tarde. —Eddy frunció los labios con fastidio—. Si de verdad quiere irse a América, Pradell buscará un buque a punto de zarpar y se embarcará *ipso facto*.

—Afortunadamente para nosotros, necesitará unos días para desprenderse de los objetos más caros y engorrosos. Es más fácil huir con dinero contante y sonante que arrastrando bultos; por no hablar del riesgo de extravío o de que se los roben.

—Solo has nombrado a Pradell. ¿Qué pasa con Platerías?

Ferrer se echó hacia atrás hasta que su sillón crujió.

—Cayó en un control cerca de Granollers. Se entretuvo demasiado seleccionando y cargando en un camión obras de arte robadas.

—¿Vas a interrogarle?

—Sería un milagro.

—No me digas que le han cerrado el pico...

—Emprendió la huida cuando lo identificaron y hubo un tiroteo. Nadie ha protestado mucho en Barcelona. Si lo hubieran llevado a juicio, Platerías se habría convertido en un torpedo contra la línea de flotación de la CNT. Es mejor así.

—El cinismo es un defecto que no te conocía.

—No es cinismo, Eddy. Vivimos tiempos en los que nuestra capacidad de elección se limita a escoger el mal menor.

XIII

LA RUTA DE LAS INDIAS

Dio otra vuelta sobre sí mismo. Había convertido la sábana en un churro inútil que, a eso de las cinco de la madrugada, lanzó lejos de la cama. La pelusa de la manta le hizo estornudar.

—¿Quieres que prepare un té? Podrías explicarme lo que te preocupa. —Regina prendió la luz de la mesilla; apenas se le intuía un rastro de somnolencia—. Anoche llegaste muy tarde.

—Eran más de las tres. —La atrajo, pasando un brazo por sus hombros—. Perdona que te haya despertado; estoy desvelado.

Ferrer cerró los ojos. Con cada latido, un alfiler se le clavaba en las sienes.

—Pradell se ha ido. A estas horas va hacia América del Sur en un transatlántico francés.

Ella lo besó en los párpados y le acarició la cara, como si, con su tacto, pudiera aliviarle el profundo desánimo.

—Cuánto lo siento. No sé qué decirte. —Regina bajó la voz hasta el susurro—. He visto cómo te entregabas al caso e imagino tu frustración y tu rabia; a mí también me duele, pero se presentarán nuevas oportunidades. No desesperes; has cumplido con creces resolviendo los asesinatos.

Esperó inútilmente una respuesta.

—Vamos, tomemos algo caliente y me lo cuentas todo —lo animó—. Te sentará bien, ya lo verás.

—Lo único que de verdad me sentaría bien es que ese cabrón pagase por lo que ha hecho. —Salió de su hermetismo—. Me conformo con que alguien le pegue un tiro donde sea que vaya.

—¿Desde cuándo crees en *vendettas*?

—Será que me estoy volviendo más inflexible con según qué actitudes y más flexible en la respuesta que hay que darles. —Se incorporó—. No me hagas caso. No, no creo en el ojo por ojo y diente por diente. Es el cansancio; digo tonterías cuando me vence.

Sentándose en el borde de la cama, Ferrer sintió que, en otro tiempo y en otro lugar, llorar le hubiera aliviado.

—El hijo de puta ha matado en Marsella a tres de los chicos que envió García Oliver hace una semana. Te hablé de ellos.

Regina se colocó a su lado y le tomó una mano.

—¡Dios mío! ¿Cuándo ha sido?

—Ayer... encontraron sus cuerpos a media tarde. —Ferrer se frotó la nariz con el

dorso de la mano libre—. Conocí a uno de ellos, un muchacho inteligente y luchador; se llamaba Tomás. Los despacharon a cuchilladas en un muelle. ¡Maldita sea! Subestimamos a Pradell. Previo nuestros movimientos y contrató a unos matones para que estuvieran ojo avizor cuando fuese a embarcar.

—¿No puede ser otra trampa? ¿Cómo sabéis que subió a bordo?

—Un estibador lo reconoció en uno de los puentes cuando zarpaba. No pudo hacer nada, salvo avisar a su sindicato. —Suspiró, metió los pies en unas zapatillas de lana y buscó un apoyo para levantarse sin forzar los costados—. Vamos a la cocina, acepto tu invitación.

—Tienes que darle las gracias a Eddy de mi parte. —Regina se manejaba en los fogones—. Hacía tiempo que no bebía un té tan rico.

—Una de sus *ladies* se lo trajo de Londres.

La espera de novedades, desde que supieron que Pradell eludió los controles de carretera y consiguió huir a Francia, había durado ocho días. En el ínterin, dejaron el refugio de Gracia y volvieron a vivir en el piso de los padres de ella.

Dos mil trescientos años atrás, Platón estableció la estrecha relación entre amor e inteligencia y, mientras la miraba preparar la infusión, Ferrer no podía estar más de acuerdo.

Por eso no se engañaba.

Su enamoramiento era un arma de doble filo con la que, y eso era lo único seguro, iba a cortarse. Profundamente.

Por un lado, resultaba un bálsamo para sus heridas físicas y morales mejor que cualquier reconstituyente que le recetara un médico; por otro, cuanto más intensa se hiciera su relación, tanto más dolorosa sería la separación que ambos sabían inminente.

—Yo también tardé mucho en dormirme. Si no estás, me cuesta horrores conciliar el sueño. —Regina llevó a la mesa la tetera humeante, dos tazas y una jarrita con leche fría. Porcelana inglesa. El té sabía diferente en ella—. Cuando el chófer de Aurelio apareció en plena cena y te fuiste con él casi sin despedirte, imaginé que nada bueno había sucedido. Estuve hasta las tantas dándole vueltas a esa reunión.

—Más que a una reunión me llevó a un velatorio. Aurelio tenía en mucha estima a Tomás y conocía por su nombre a los otros muchachos. La guerra te endurece, pero no te inmuniza contra ciertos dramas.

—¿Qué van a hacer?

—Ni ellos mismos lo saben. —Suspiró—. Le dije que cuenten conmigo si deciden seguir adelante. Tal y como están las cosas, lo lógico sería que dejaran el caso durmiendo hasta que las circunstancias permitan retomarlo.

—A lo mejor, en alguna de las escalas del barco tienes colegas dispuestos a colaborar.

—Supongo. Pagando, San Pedro canta. —La estrategia de Regina daba resultado y Ferrer iba librándose de la amargura aplanante en la que lo había sumido la muerte de Tomás y la fuga definitiva de Pradell—. Ver las cosas en perspectiva me ayudaría. ¿Hay un atlas en la biblioteca?

Era un libro grande y bien editado. Fue pasando las páginas de mapas coloreados hasta detenerse en una lámina doble. Sobre un planisferio destacaban, en rojo sangre, las líneas que simbolizaban las rutas comerciales marítimas. Siguió las que salían de Marsella hacia América.

—¡Mira esto! —Su voz había cobrado nueva vida—. Fíjate en estas rutas.

—No veo nada especial. —Regina seguía el dedo deslizándose sobre el papel—. ¿Qué quieres decir?

—¡Una locura! —Volvió a la portada del volumen en busca de la fecha de publicación—: 1935. ¡Magnífico!

—Celebro tu júbilo, pero...

La interrumpió tomándola de los hombros.

—Luego te lo explico. Quiero aclarar primero algunas dudas para no movilizar en vano a todo el mundo. —La besó—. Es una idea tan descabellada que aún no estoy seguro de proponérsela a Aurelio.

—Gracias, compañero. —Ferrer se despidió del motorista.

Cerró la puerta y abrió el sobre con el escudo de la Consellería de Seguridad.

—¿Es lo que te ha prometido Aurelio? —preguntó Regina viniendo del salón.

—Eso creo. —Sacó unas hojas sujetas con un alfiler—. Es el último prontuario del armador del buque. —Le mostró la fecha—. Finales de noviembre; hace tres semanas.

Ya en la biblioteca, comparó el itinerario descrito en el documento con el impreso en el atlas.

Coincidían con bastante exactitud. La ruta de las Indias.

—La naviera puede haber cambiado el recorrido de sus barcos para evitar incidentes con los buques de guerra —objetó Regina.

—Los del sindicato portuario han teleografiado a sus colegas de Marsella y les han dicho que no. —Ferrer subrayó las escalas—. Francia es una potencia neutral y ni los nuestros ni los fascistas se atreverían a disparar contra uno de sus barcos de pasajeros. Por eso han mantenido todas las escalas; por eso y porque cambiarlas les costaría mucho tiempo y dinero.

Regina cerró el atlas.

—¿Me explicas de una vez tu idea?

Ferrer tomó aire.

—Quiero hacer llegar esta información a los rebeldes.

—¿Perdona? —Lo miró perpleja.

—Lo que has oído. Quiero que sepan quién va en el barco. Es la única forma de detener a Pradell antes de que se pierda en América.

—No puedes levantar el teléfono y llamar a Burgos.

—Ya lo sé. —Inclinó la cabeza a derecha e izquierda para relajar el cuello y las cervicales—. Lo mejor es hacerles llegar el soplo a través de alguna embajada o servicio consular extranjero. Tienen personal de inteligencia que podría colaborar.

—¡Vamos, Toni! No te dejes llevar por las emociones. ¿Por qué tendrían que inmiscuirse en un asunto interno? Aun cuando consiguieras hablar con alguno que simpatice con la República, ¿qué vas a decirle? No puedes explicarle la verdad y no tienes ninguna excusa coherente para que se mojen ayudando a la CNT; todos los gobiernos europeos la temen.

—Al menos tendremos que probar. Si no lo conseguimos, que no sea porque no hayamos tocado teclas.

—No te empecines. —Le acarició la mano—. Intentas protegerme, y te lo agradezco de todo corazón, pero estoy tan metida en esto como tú. La solución es mucho más sencilla que acudir a los espías.

—Lo que me pides es un suicidio. —García Oliver se enrocó—. Me crucificarían por traidor en cuanto se supiera que es un montaje urdido en este despacho.

Vestía de ministro, aunque se había quitado la chaqueta, desabotonado el cuello de la camisa y aflojado el nudo de la corbata. Dado lo insólito de la propuesta —y de sus graves consecuencias si salía mal— había venido a Barcelona en un viaje relámpago; Aurelio no se había atrevido ni a aprobarla ni a rechazarla y lo había llamado. Llevaban media hora discutiendo. Regresaría a Valencia tan pronto tomara una decisión.

—Descuida, no se sabrá nunca. Y, aunque lo lleguen a sospechar, no les interesará decir que hubo una filtración desde nuestro bando; al contrario, atribuirán la hazaña a sus servicios de información y se colgarán la medalla. ¿Qué harías tú? —Lo apaciguó Ferrer—. No saben que queremos que atrapen a Pradell. Para ellos es un dirigente anarquista, nada más.

—Y nada menos —rezongó—. ¿Es necesario poner los sellos y usar mi papel timbrado?

—Les garantizará la autenticidad de los documentos. De todos modos, solo con eso no será suficiente.

Eran ya las diez de la noche. Regina y él habían tenido tiempo de sobra para preparar la réplica a cualquier objeción que se planteara.

—Tendrás que poner en danza, cuanto antes, a vuestros agentes en Burgos y Sevilla para que hagan correr el rumor de que han desaparecido unos papeles muy

importantes de la Regional. Entre la travesía y los días de escala, disponemos de un plazo razonable si ponemos toda la carne en el asador.

Notó que tenía a García Oliver a un paso del sí y se lanzó con todas sus armas y bagajes dialécticos.

—Se trata de decidir qué es más importante: que el enemigo se anote un pequeño éxito o que Pradell reciba su merecido. Propaganda frente a principios.

Aurelio era un simple espectador a un lado del despacho. Tenía las manos en los bolsillos y la cara inescrutable. Callaba.

García Oliver, habituado a tomar decisiones en solitario, se bajó del burro.

—¿Cómo sabemos que los fascistas se lo van a creer?

—Lo fundamental es que la documentación presuntamente desaparecida se la entregue alguien de quien se fíen.

—¡Acabáramos! ¿De quién van a fiarse? ¿De ti?

—No, de una amiga, Regina Urgell. La conoces de oídas. Está casada con un coronel faccioso y tiene a su madre en San Sebastián.

Pocas veces en su vida Ferrer había luchado tanto contra sus sentimientos.

—Confío en ella. Ha colaborado en la resolución del caso y es... muy testaruda.

—Y valiente también. Si averiguaran que se trata de una farsa, lo pasaría muy mal. ¿Lo sabe?

—Es consciente.

—Transmítele todo mi agradecimiento y mi más sincero reconocimiento por su acción. Hay que tener un enorme sentido de la justicia para exponerse así.

El asesinato de Tomás le había avejentado. La relación entre ambos, por lo que había observado Ferrer, se acercaba más a lo fraternal que a la simple camaradería; para García Oliver era un hermano menor y, como tal, sentía su muerte.

—Te quería pedir también un favor... Otro más. —Ferrer alejó la sombra del angelote manco—. Autoriza al chófer a desviarse hacia Béziers antes de llevarla a Irún. Solo perderá un par de horas.

García Oliver abrió un cajón. Sacó una hoja de papel con su membrete del sindicato. Ferrer mecanografió un mensaje escueto y directo. El ministro lo leyó varias veces, tomó un tampón y estampilló el sello de la Regional al pie.

El joven uniformado colocó la última maleta y la fijó con una red para evitar que se moviera cuando el automóvil circulara sobre un firme irregular. Bajó la tapa del cofre para el equipaje sujetándola con dos cerraduras.

—Ya está todo, compañeros —les dijo.

Agarrando su fusil ametrallador Thompson, se sentó al lado del conductor. Los escoltaría hasta la frontera francesa.

Regina y Ferrer estaban junto al llamativo Bentley que la CNT les había destinado. Con los distintivos borrados, su pintura azul brillaba sin una sola mota de

polvo.

—Todavía estás a tiempo, Toni. Ven conmigo. —Regina tenía los ojos enrojecidos—. Sabes que García Oliver no te pondrá ningún impedimento.

—¿Y qué le digo: «Me marcho, si ganáis la guerra me avisáis»?

—No seas sarcástico. Hoy no, te lo ruego. —Unió sus manos a las de él—. Siento que no volveré a verte.

—Cuando esto termine seguiré en mi casa. —Encontró sus labios—. Te esperaré escuchando mis discos de Cole Porter... y si no te presentas, te buscaré. Soy muy bueno localizando gente.

—Podemos vivir en París o en Londres —insistió. Las primeras lágrimas asomaron—. Quiero llevarme a mi madre lejos. Con lo que me den por las monedas los tres aguantaríamos durante unos meses. Nuestra preparación nos ayudaría a encontrar un trabajo.

—Nunca me habían tentado con un futuro tan maravilloso, pero no puedo aceptar. La abrazó. Era la despedida.

—He estado demasiado tiempo al margen, ajeno a todo cuanto no me afectara directamente. Decir que lucharé por unos ideales no sería cierto; cada vez que me miro al espejo veo más arrugas y menos ideales. Prefiero pensar que me quedo para combatir por una forma de entender la vida. Casi todo cuanto detesto está al otro lado, aunque aquí haya mucho que cambiar.

El chófer puso el motor en marcha. Se hacía tarde y el camino era largo.

—Entrega el sobre lo antes posible —le aconsejó Ferrer.

—He hecho cosas más complicadas. —Ella alegró la expresión—. No me lo repitas mil veces, pesado.

Abrió el bolso y le mostró el sobre con los documentos a los que tantos reparos había puesto García Oliver.

Regina se los había aprendido de memoria.

Había una supuesta petición de fondos, solicitada por Pradell a la Regional, para viajar a América en busca de apoyos para la CNT, y el correspondiente visto bueno de García Oliver. Constaba el buque, la fecha de embarque y el nombre falso que, por motivos de seguridad, utilizaría Pradell. Se adjuntaba el prontuario del armador con la ruta del transatlántico.

—En cuanto llegues a Irún, di quién eres y pregunta por un oficial de la inteligencia militar. No te apartes ni un milímetro de la historia que nos inventamos.

—Tranquilo, Toni, daré la información justa.

Explicaría que un antiguo conocido, un falangista que se afilió a la CNT para salvar el pellejo y que trabajaba en las oficinas sindicales, robó el documento y se lo había pasado al saber que abandonaría Barcelona para ir a cuidar a su madre a San Sebastián. Este supuesto amigo, además, le habría confesado su temor a haber sido descubierto.

—No improvises; te pillarían. García Oliver hará que pasado mañana se publique

un suelto en *Solidaridad Obrera* sobre la detención y ejecución de un infiltrado fascista en la secretaría de la Regional de la CNT. Eso respaldará tu historia cuando hagan las comprobaciones. Si, con todo, te pusieran algún obstáculo, usa el nombre de tu marido.

—Lo haré... si es preciso.

Se había quedado fría.

—Perdóname, no tenía que haberte sugerido algo así. —Hubiese querido que un rayo le partiera cuando la hería con su torpeza.

—No te preocupes. —Lo miró con ternura—. Es la guerra.

—Sí, es la jodida guerra.

No se dijeron nada más. No era necesario. Se besaron de nuevo. Ferrer la ayudó a entrar en el automóvil y a acomodarse. Cerró la puerta con suavidad.

El Bentley empezó a avanzar.

Tras la ventanilla, Regina le dijo adiós con la mano. «Cuídate», leyó él en sus labios.

Quieto en la acera, tenía la sensación de que el cielo sobre la ciudad era más gris que nunca.

XIV

LOS ÚLTIMOS SACRAMENTOS

Precursores de tantas cosas, los romanos no erraban cuando, en el antiguo ritual, invocaban a Jano antes que a Júpiter, padre de todos los dioses. Jano, Ianus, el de las dos caras, era a la vez Patulcius, el que abría, y Clusius, el que cerraba; el primero anunciaba el día, el segundo daba paso a la noche. Por eso, aquel mes frío, el que iniciaba el año solar, le estaba dedicado: Ianuarius, enero.

Como el dios bifronte que fascinara a Rómulo, la realidad, en las penosas condiciones que imponía la guerra, era poliédrica y ofrecía tantas caras que hacía imposible saber cuál de ellas respondía a su esencia.

Sevilla y Barcelona, tan cercanas en el sintonizador de la radio, se diría situadas en dos galaxias distintas y peleando en conflictos diferentes, con el enemigo respectivo en perpetua retirada y las tropas propias avanzando de victoria en victoria hacia la nada.

Llevaba tres semanas pendiente de las emisoras rebeldes y soportando las bravuconadas del general Queipo de Llano en Radio Sevilla. Desde la lejanía, y la relativa seguridad de su hogar, Ferrer comprendía el pánico de quienes estaban a tiro de rifle de moros y legionarios azuzados por aquel inmoral locutor para violar mujeres de rojos y fusilar a quienquiera que les opusiera resistencia.

Los españoles, tan poco dados a las innovaciones técnicas —¡que inventen ellos! —, se colocaron, en cambio, a la vanguardia mundial en el uso militar de las ondas hertzianas, convirtiéndolas en arma de guerra para aterrorizar a los civiles y, a través de ellos, desmoralizar a los combatientes.

Cerrazón e inventiva. Clusius y Patulcius.

Una noche más escuchó el carraspeo familiar y el buenas noches aguardentoso del militar; desde diciembre se le oía mucho mejor gracias a una nueva emisora más potente, gentileza de Alemania. Tras el habitual destilado de bilis contra los dirigentes republicanos, cambió el tono de voz para dar «una buena nueva».

—Un regalo de nuestros Servicios de Información en esta noche de Reyes.

Ferrer saltó del sillón en el que dormitaba, ajustó la recepción de la radio y subió el volumen del altavoz.

—Esta mañana ha sido ajusticiado, en la prisión provincial de esta ciudad, un gerifalte rojo, lidercillo de una de esas patrullas de chulos, pederastas, ladrones, asesinos y facinerosos de la CNT. —Nuevo carraspeo, quizá un sorbito de anís o de manzanilla—. Hace unas semanas, gracias al heroico esfuerzo de un camarada de Barcelona que antepuso el deber a su propia vida, nuestros agentes supieron de la presencia del tal Ramón Pradell en un transatlántico francés. Iba camino de América

con las manos chorreando de sangre inocente y el botín de tantos y tantos crímenes. Para su desgracia, el barco hizo una escala de varios días en las islas Canarias y, conociendo su falsa identidad, lo apresamos. Trasladado a Sevilla, Ramón confesó sus culpas. Al saber lo que le aguardaba se vino abajo, por no usar otra palabra que disgustaría a las señoras, y pidió el auxilio espiritual de un sacerdote del que recibió los últimos sacramentos.

Desconectó el aparato para no seguir oyendo las sandeces del general.

No se sentía especialmente eufórico por la noticia; si acaso, más sereno al cerrar aquel asunto y porque significaba que Regina había llegado bien a su destino.

Destino.

Moros, lo llamó el poeta griego Hesiodo; descendiente del Caos y de la Noche y dueño del libro en el que estaba escrito el porvenir. A Ferrer no le importaría compartir un buen vino con él si, a cambio, le dejaba fisgar en las páginas que guardaban los secretos de un mañana que no podía ser mucho peor que el presente.

Decidió irse a dormir sin cenar. Su despensa tampoco andaba muy sobrada y se mantendría así durante mucho tiempo. Aquella misma mañana se había anunciado el tan temido racionamiento y Julia no las tenía todas consigo sobre la equidad del sistema de reparto.

Además, debía madrugar.

Lo habían citado temprano en la Consellería de Seguridad. Aurelio le había pasado su nombre a un tipo que decía representar los intereses de los servicios secretos del gobierno catalán. A lo que parecía, sufrían escasez crónica de personal cualificado. Su experiencia de abogado e investigador políglota les iría de perlas.

Se metió entre las sábanas. Estaban bastante más frías que su ánimo.

Tapado con más mantas de las que recordaba haber usado alguna vez, empezaba a notar un alivio inmenso y su espíritu, si es que tal cosa existía, remontaba el vuelo tras unos días de zozobra por la suerte de Regina.

Superada por los acontecimientos bélicos, la vida, su vida, al menos, se movía a merced de un entorno cuyos impulsos no siempre podía controlar. Cada decisión suponía tomar un camino de difícil retorno. No había espacio para el arrepentimiento. Tampoco para la duda. Regina, por ejemplo, no había vacilado al tomar partido y arriesgarse por amor.

Regina. Se la imaginaba despierta en la cama, pensando en él a quinientos kilómetros de allí. La sentía a su lado. Notaba su calor.

Caricias telepáticas.

Sonrió como hacía mucho que no sonreía y se durmió soñando con ella.

Notas

[1] ALQUILER DE CAJAS FUERTES.

Recibida del Sr. Eduardo Barriobero, calle Carmen 22, Barcelona, España, la cantidad de 50 francos por el alquiler del cofre n.º 32 de la caja fuerte n.º 1, del 7 de octubre de 1936 al 7 de octubre de 1937. Perpiñán, 7 de octubre de 1936. <<